

ANTOLOGÍA
RELATA
2021

CUENTO, NOVELA, DRAMATURGIA,
CRÓNICA, POESÍA Y NARRATIVA
GRÁFICA

RED DE ESCRITURA CREATIVA
Y DE TERTULIAS LITERARIAS

RELATA

La Red Relata nació en 2006 con el objetivo de construir un tejido social que permitiera relacionar y potenciar el ejercicio de la creación literaria en las diversas regiones de Colombia. Durante estos quince años la Red ha logrado vencer, como equipo, cada uno de los obstáculos que se han presentado en su camino, incluida la pandemia del covid-19. La Red Relata ha demostrado su carácter resiliente, su capacidad de actualizarse y de abrirse a nuevos formatos creativos que validan y visibilizan el trabajo que realizan los escritores y —desde este, año a través de las tertulias— los lectores del país.

Esta Red está integrada por 79 talleres y 26 tertulias literarias que han surgido en diferentes regiones de Colombia gracias a la iniciativa de docentes, escritores, bibliotecarios y lectores apasionados que, a partir de su vocación, han implementado estrategias de formación para estimular la lectura crítica y, sobre todo, la escritura como un vehículo de libre expresión del ser humano.

En esta ocasión, el Ministerio de Cultura no solo acogió y validó estos ejercicios territoriales, sino que entendió que los modelos mixtos de participación (virtualidad y presencialidad) permiten una gran variedad de creaciones y nuevas maneras de entender el mundo. Un ejemplo tangible de esto es la presentación en este volumen, por primera vez en la historia de la Red, de un género que dará mucho de qué hablar: la narrativa gráfica. Como memoria del proceso, el Ministerio se encarga cada año de hacer la gestión editorial para la publicación de la *Antología Relata* que, en esta, su versión 2021, incluye los mejores textos concebidos en los talleres y las tertulias literarias.



ANTOLOGÍA RELATA

Talleres Literarios





ANTOLOGÍA RELATA

CUENTO, NOVELA, DRAMATURGIA,
CRÓNICA, POESÍA Y NARRATIVA GRÁFICA

Talleres Literarios

2021

Red de Escritura Creativa
y de Tertulias Literarias



ANTOLOGÍA RELATA 2021

CUENTO, NOVELA, DRAMATURGIA, CRÓNICA, POESÍA Y NARRATIVA GRÁFICA

Talleres Literarios y Tertulias Literarias 2021

RED DE ESCRITURA CREATIVA Y DE TERTULIAS LITERARIAS - RELATA

MINISTRA

Angélica María Mayolo Obregón

VICEMINISTRA DE CREATIVIDAD Y ECONOMÍA NARANJA

Adriana Padilla Leal

SECRETARIA GENERAL

Claudia Jineth Álvarez Benítez

DIRECTORA DE ARTES (E)

Ángela Beltrán Pinzón

COORDINADORA DEL GRUPO DE LITERATURA

María Orlanda Aristizábal B.

ASESORES DEL GRUPO DE LITERATURA

Santiago Humberto Cepeda R.

Vanessa Morales Rodríguez

Daniel García León

Ángela Amarillo Castro

EDITOR

Juan Fernando Hincapié

CORRECCIÓN DE ESTILO

Juan Fernando Hincapié

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Carlos Diazgranados Cubillos

ALIADOS DE RELATA

BIBLIOTECA NACIONAL DE

COLOMBIA DIRECTORA

Diana Patricia Restrepo Torres

BANCO DE LA REPÚBLICA

JEFE DE SERVICIO AL PÚBLICO

Luis Roberto Téllez

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES - IDARTES

GERENTE DE LITERATURA

Adriana Martínez Villalba

COORDINADOR DE ESCRITURA DE BOGOTÁ

Ricardo Ruiz Roa

© Ministerio de Cultura,

República de Colombia

© Red de Escritura Creativa y de

Tertulias Literarias, Relata

© Derechos reservados para los autores

Textos logrados en los Talleres de

Escritura Creativa y en las Tertulias

Literarias del año 2021

PRIMERA EDICIÓN: DICIEMBRE DE 2021

ISBN 978-958-753-475-7



La cultura
es de todos

Mincultura



ÍNDICE



PRESENTACIÓN	13
CUENTO	
PERFECT PRESENT Yury Paola Viáfara Sánchez	15
PÁJAROS MUERTOS Alexánder Martínez	18
BLANCA Y PURA COMO EL ALGODÓN Luisa Jiménez Lambráño	24
OMNIVORIA Sierra Rusínque	31
PERROLANDIA Anyeli Sharith Sánchez Quintero	35
INVISIBLE Elle	38
EL ÚLTIMO MUÑECO Nubia Yanet Alvis Ariza	42
LA HISTORIA DE LA MUJER MÁS VIEJA DEL PUEBLO, QUE ADEMÁS SE DECÍA NIETA DEL LIBERTADOR Luis Eduardo Valdés Romero	46

MUERTO EQUIVOCADO	
Jessica Obando	53
PASES DE CORTESÍA	
Germán Bernal	57
OLOR A GÜIRES	
Daniela Zuluaga	60
UN CABALLO DE ALTURA	
Elocadio Ortega Carvajal	66
CUATRO CUENTOS CORTOS	
Anabelén Arcila Valencia	72
DEBAJO DE LA CAMA ESTABA EL PERRO	
Eduard Pereira Jaramillo	74
UNA IMAGINARIA CATARSIS	
Nicole Lugo Rincón	76
LA MUERTE DE PURIFICACIÓN CORAL	
Nino Ramos	83
EL TARRO DE GALLETAS	
Juliana Villegas Gómez	88
IRONÍA	
Héctor Ancízar Vargas Obando	91
UN DÍA GRIS Y LLUVIOSO	
Ana Gabriela Suárez Cepeda	94
CEFERINO	
Ángel Roys Mejía	97
EL CONTRATO	
Aura Mena de la Cruz	102

JUAN DEDOS	
Luis Ángel Yepes Gallego	107
LA PRIMERA VEZ	
Laura C. Pizza Vargas	112
OMBLIGADO	
Alexánder David Cortés Zamora	114
ANDATE PA' LA CIUDÁ	
Martha Lucía Londoño Carvajal	117
LA CASA ESTÁ TRISTE	
Santiago Bernal Vélez	122
UNA SEGUNDA OPORTUNIDAD	
Zunny Eljach	124
LA OBSESIVA VOZ DEL OTRO	
Limberth José Zambrano	128
LA PANDILLA DE LAS FRUVER	
Ligia Moreno	132
DOS CUENTOS CORTOS	
Juan Camiño Montaña	134
EL CAOS	
Clara Valencia	137
EL SUEÑO DE JULIÁN	
Ela María Arias	141
SE APAGA EL FUEGO	
Lizeth Rátiva	144
FUTURIKA	
Jhonny Fernando Jiménez Rodríguez	147

EL BOBO DEL PUEBLO Mauricio Vanegas Gil	153
--	-----

NOVELA

EL SEÑOR DEL TIEMPO Andrea Guatavita	158
---	-----

DONDE NACE LA MUERTE Daniel Sebastián Meo Cabal	164
--	-----

PEORES COSAS HAY EN LA VIDA, MIJITA Paula Medina Pacheco	170
---	-----

DRAMATURGIA

EL JARDÍN DEL MANZANO Diana C. Suárez	177
--	-----

CRÓNICA

CAMILA LOBOGUERRERO: NOTAS PARA UNA BIOGRAFÍA Laura Gutiérrez Rozo	185
--	-----

VIAJAR EN EL TIEMPO CON UNA OLLA DE BARRO Juan Pablo Chaves	192
--	-----

ENTRE EL TERROR Y LAS NUEVAS ESPERANZAS Yeni Yasnith Yaguara Villa	198
---	-----

ANTES DE QUE SUENE LA CAMPANA Paula Cristina Quintero	202
--	-----

POESÍA

PARTERÍA Yadira Rosa Vidal Villadiego	216
--	-----

DÍAS DE CASA	
Jessica Andrea Tolosa Rincón	218
GIRAR DE LOS CUERPOS	
Georges René Weinstein Velásquez	220
NOVENARIO	
Claudia Camacho	226
ANTES DEL FINAL	
José Morelos	227
DECADENCIA DE LAS ALAS	
Yireth Daniela Segura García	228
ARCANO DE LA TERNURA	
Arley Botero	232
DICCIONARIO POÉTICO / PERCEPCIONES	
Eliana Andrea Pinto Mesa	233
UBICUIDAD	
Guillermo David Soto Giraldo	239
DONDE VIVEN LOS MONSTRUOS	
Marilyn Peña Zuluaga	240
SENTIRES Y VOCES: COLLAGE	
Maniguaje	241
BIENVENIDO A SANTANDER	
Mario Alfonso Bautista	243
RAÍCES EN LA NIEBLA	
Rocío Valvanera Castaño	247
CARNE QUE SE ERIGE	
William Jiménez	250

VERSOS Y ESPEJISMOS	
Nydia Reyes	253
SFUMATO: DE LA ILUMINACIÓN A LAS SOMBRAS	
Jairo Abelardo Centeno Villamizar	257
POEMAS EN MI MAYOR	
Amparo Andrade Loaiza	262
DOS POEMAS	
Juan Bautista	265
LOS LÁPICES	
Verónica Lucía Rodríguez Fuerte	267
LA MUJER	
Cecilio Castellar Velásquez	269
LAS VITRINAS	
John Hoyos	272
CORRESPONDENCIAS	
Hellman Pardo	273
NARRATIVA GRÁFICA	
HABLA TU ESPEJO	
Juan Camilo Pedraza Sanabria	278
BOGOTÁ EN LLAMAS	
Mauricio Sosa	284
MOJICÓN	
Sindy Infante y Pablo Guerra	290
DIRECTORIO DE TALLERES ANTOLOGÍA	
RELATA 2021	296
AUTORES	303

PRESENTACIÓN



Estamos felices: la Red de Escritura Creativa Relata celebra en 2021 su cumpleaños número quince. Esto no habría sido posible sin el esfuerzo constante de cada uno de sus integrantes: directores de taller, asistentes, algunas entidades territoriales y, desde luego, el Ministerio de Cultura, que reconoce en esta organización una de las más importantes instancias del sector literario colombiano. Las voces, los textos y las diversas maneras de contar son el reflejo de un país que siempre encuentra la manera de expresarse con autenticidad, aportando a nuestra memoria colectiva. A partir de este año la Red abrió sus puertas a las tertulias literarias, para seguir apostándole a la promoción de la lectura y, sobre todo, a la lectura crítica.

Entre los elementos constantes de nuestro programa cabe destacar el libro que usted, lector, tiene en las manos: la Antología Relata, una publicación que invita a reflexionar desde dos aristas. Por una parte, es el resultado de los aprendizajes literarios de estos quince años y, por la otra, un llamado a encarar los retos que nos plantea el futuro, respetando en todos los casos la vocación y el criterio de los autores, que son la razón de ser de la Red. En esta, la versión de 2021, presentamos 68 piezas literarias escritas por colombianos y colombianas de casi todas las regiones del país. Estamos encantados de darle la bienvenida en este número al género de narrativa gráfica, que abre un camino a nuevas formas de crear y narrar.

Cada sección comienza con el texto ganador del concurso de la Categoría Asistentes de Taller y finaliza con el ganador de la Categoría Directores. Lo que está en el medio es el trabajo de los nuevos creadores del país, que dicen presente en el panorama de las letras nacionales.

¡Feliz lectura!



CUENTO



PERFECT PRESENT

YURY PAOLA VIÁFARA SÁNCHEZ

Ganadora - Categoría Asistentes de Taller
[Taller El lenguaje secreto, Bogotá]



Bogotá, 2 de julio de 2021

Asunto: Perfect Present

Estimado profe:

No hice la tarea. Y quisiera decirle que la haré en los próximos días, pero la verdad es que eso no va a suceder. El tema del pasado participio en inglés de por sí ya es bastante raro, como para haberle sumado ese tal perfect present que ni el diablo sabe lo que significa.

Ayer, por ejemplo, salí muy temprano con Lucía (la hermana que me sigue) a vender el periódico mañanero, pues en el barrio de al lado apareció muerto uno al que le decían el Trenzas que dizque había salido a marchar antier en la tarde, pero en la noche ya estaba muerto en el caño y, según cuentan, por unas balas raras. Pero no es eso lo que quería contarle, sino que estábamos vendiendo el periódico, como pan caliente, cuando de repente llego don Henri y yo que le digo: «Don Henri, ¿usted sabe lo que es eso del perfect present?». Y don Henri me mira y me dice: «Deje de preguntar pendejadas, chino, que ya voy tarde para el trabajo».

Ya quedaban pocos periódicos cuando pasaron Pipe y Caremuñeca, que venían hablando de lo del Trenzas y nos cuentan a Lucía y a mí que no entendían por qué en los periódicos insinuaban que el muchacho andaba en cosas raras, cuando media localidad vio que lo llevaban al CAI dizque para un chequeo de rutina. Entonces digo yo:

«Ey, Caremuñeca ¿qué es eso del perfect present?». Y él, tras mirar a Pipe con cara de confusión, me hizo una mueca que dio a entender que no tenía ni idea y luego se fueron.

Eran más o menos las once y media de la mañana cuando decidimos coger camino hacia la loma para llegar a casa, pues había que hacer algo de almuerzo para que Vivianita (mi hermana menor) se conectara a la clase de la una. En lo que subíamos bajaba doña Carmela con una bolsa repleta de pitos, banderas y vuvuzelas para venderles a los manifestantes que ya empezaban a llenar la plaza. «Doña Carmela, ¿y usted no andaba enferma?», le digo, y ella responde: «¡Ay, mijo! Como si los pobres tuviéramos derecho a tomar vacaciones por la gripa esa que está dando. Además, si yo no bajo a abrir la chaza ¿quién va a poner aguapanela en la mesa?». Como la vi tan embotada no quise preguntarle la cuestión del perfect present, pero de pronto ella sí sabe porque más de una vez la he visto indicarle a uno de esos monos extranjeros por donde es que queda el Resort Continental, a cambio de cualquier moneda.

En la casa, Vivianita andaba llorando porque el más pequeño de mis hermanos, Santiago, le había dañado el dibujo de la célula que tenía que presentar en la clase de la una. Y yo que pensaba llegar a mirar uno de esos videos de internet para ver si de una vez por todas encontraba lo que era el bendito perfect present, pero ahora le tocaba a Lucía solucionar lo de la comida y a mí sentarme con la Vivianita a hacer otra vez el dibujo de la condenada célula. Faltaban como diez minutos para la una de la tarde cuando llamó mi mamá para preguntar si ya habíamos hecho almuerzo, qué tal había estado la venta del periódico y si había llegado la recarga para que la chinita se conectara a la clase. Obviamente no le contamos lo del problema de la tarea porque ¡ahí sí es que iba a haber rejo para todos cuando ella llegara en la noche! A Lucía por no haber puesto el tablón que separa la cama de la mesa; a Vivianita por haber dejado la tarea en la mesa y no en un lugar seguro al otro lado de la habitación; al Santi por inquieto y a mí porque se supone que tengo que estar pendiente de todo cuando ella no está. Sin embargo, sí le conté mi dilema con la tarea de inglés para ver si ella me ayudaba a buscar respuestas por allá donde trabaja, pero me dijo: «No, mijo, no me puedo poner a hablar con nadie ahorita porque como se han perdido muchos clientes y la fábrica está al borde de la quiebra, están que echan a cualquiera así sea por la cosa más pendeja».

Voy a confesar que a eso de las tres de la tarde me sentía desesperado porque hacía demasiado calor en la habitación y todos estábamos encima de la cama. Vivianita en clase, Lucía con la mirada perdida y pensando en quién sabe qué, Santiago durmiendo con su ronquido infantil y yo intentado descifrar la mirada de Luchita, que es como de cariño le digo a Lucía. Golpearon la puerta y era el venezolano, que venía a ver si lo acompañaba a vender unas botellas. A mí se me ocurrió que como él es de por allá a lo mejor sabía lo de la tarea de inglés, pero me dijo: «¿Qué te pasa chico, me estás hablando en serio?».

Como podrá ver, estimado profe, antier, al igual que ayer, no me conecté a clase de la mañana porque estaba en lo de los periódicos, así que en la noche cuando fui a revisar el aula virtual vi que usted había asignado la tarea de construir para hoy diez oraciones en perfect present según lo visto en clase, y como yo no estuve presente, pues usted sabrá entender.

Hace un rato me llegó la devolución de la actividad con un tenaz y punzante cero y la nota en la que usted me pregunta por qué no hice la tarea. También me pide que le explique qué es lo que pienso de la vida. Pues bien, profe, la primera ya está explicada, y muy bien explicada, pero ¿la segunda? ¡Carajo, ese sí es un reto!

Mientras le escribo esta carta, pienso que nadie a quien yo conozca sabe lo que significa eso del perfect present, o por lo menos a nadie le interesa. Uno se pone a mirar su entorno y lo que encuentra es que por estos días la gente lidia con problemas que (literalmente) son de vida o muerte, pues definirán el destino de un muchacho al que le llaman Trenzas, el bienestar de los habitantes del barrio Egipto, que no tienen más opción que ir a buscar su sustento haya o no haya gripa o el tan anhelado resultado de un pueblo que lleva casi dos meses gritando a una sola voz su rabia colectiva.

A lo mejor nadie (a quien yo conozca) le interese saber por ahora qué es eso del perfect present, o tal vez nadie sepa responderme porque en un país tan carente de oportunidades nadie ha podido vivir un presente perfecto... ni soñar un futuro perfecto... ni siquiera alardear de un pasado perfecto. Eso del presente ya es bastante difícil cargarlo en los hombros, y eso de *perfecto* nunca estuvo en nuestro vocabulario.

Atentamente,

CHICHARITO RONCANCIO, su seguro servidor.

PÁJAROS MUERTOS

ALEXÁNDER MARTÍNEZ

Cuento destacado por el jurado - Categoría Asistentes
[Taller Distrital de Cuento, Bogotá]



Esteban se levantó después de pasar toda la noche sumergido en la oscuridad del techo. No había pegado el ojo por culpa de una larga pesadilla. Giró con cuidado hacia el cuerpo de Clara, que roncaba y dormía con una pierna por fuera. Adivinó, entre la maraña de sábanas y la oscuridad apenas rota por la luz amarilla de la calle, dónde estaba cada parte de ella. Pasó con delicadeza el reverso de la mano por sus pómulos y fingió apretarle la nariz. Quiso besarla, pero mejor no. Se quedó un rato bocarriba antes de sentarse con esfuerzo en el borde de la cama, la cabeza gacha y los ojos cerrados. No sabía qué hora era, pero sí que faltaba mucho para el amanecer. Sus pies se estremecieron al contacto con el piso frío. Descalzo y en silencio fue hasta el baño. El latigazo propinado por el bombillo lo conmocionó unos instantes; cuando alzó la mano para protegerse era tarde. Se apoyó sobre el lavamanos. Estaba desnudo. Miró al espejo, parpadeó, mostró los dientes y se palpó el mentón. Detalló la piel ajada y áspera. Se mojó la cara y le dio forma a su pelo con la punta de los dedos húmedos. Sabía que no volvería a la cama.

Se paseó desnudo por la cocina. Era muy pronto para leer, escuchar la radio o encender el computador; tampoco había con qué prepararse una bebida. Quería evitar a toda costa cualquier ruido que le rompiera el sueño a Clara. Se le antojó un cigarrillo, pero tampoco tenía. Para evitar un golpe con la pata de algún mueble encendió una lámpara que estampó su sombra en la pared. Observó, con interés infantil, la exagerada silueta. Si se recostaba en el sofá quizás el sueño lo vencería. Luego de ponerse un pantalón y unas chancas oyó chillar al pájaro. Sus ruidos eran más intensos y agudos que de costumbre. Esteban se acercó

preocupado ante la posibilidad de que los chillidos despertaran a Clara. Examinó la jaula desde diferentes ángulos, dio unos toquécitos con la punta del dedo, estuvo quieto a ver si pasaba algo y, por último, silbó muy muy quedito. Sobre el columpio estaba el pájaro verdiamarillo chillando cada vez más fuerte. Esteban abrió la jaula para cerciorarse de que hubiese agua y comida. Lo primero que encontró su mano fue un palo frío al borde de la casita de metal. Se sobresaltó. Retrocedió. Después sintió una pata dura. Sus dedos recorrieron la silueta del animalito. Tomó con delicadeza el cadáver y, con el máximo esfuerzo por no rozar al pájaro vivo, lo sacó. Lo guardó durante unos segundos en su puño. Abrió la mano con lentitud, fue por un par de toallas de cocina, envolvió el cuerpo y lo dejó sobre el mesón. Otro pájaro muerto... Había pasado mucho desde el último animal que había encontrado así. Salíó a caminar.

El frío del exterior le permitió pensar. Con el envoltorio en el bolsillo sabía lo que vendría. Imaginó su apartamento sin Clara para siempre. Ya conocía a la perfección el guion. Se interesó más bien por la suerte del otro pájaro. Se preguntaba cuánto tiempo aguantaría solo. Todo iba tan bien. Sintió pena por el pájaro muerto y por él mismo. Contempló algunas opciones para deshacerse del ave, pues le incomodaba andar con un pedazo de carne dura entre las manos. Quizás un bote de basura, dejarlo junto a un poste, tirarlo a un caño o dárselo como caramelo a algún gato callejero.

Recordó el primer pajarito que había comprado y el profundísimo dolor por el abandono de Nina. Nunca volvió a saber de ella. Lo único que le había quedado había sido un papelito en la nevera que decía «Decir adiós es crecer». La referencia carecía de buen gusto y elaboración. Guardó el mensaje un tiempo. Cuando se acordaba de ella lo leía a contraluz o al revés para ver si encontraba una pista que le permitiera salir del laberinto en el que estaba; concluyó que el gesto, además de cobarde, había sido rebuscado. Con el tiempo le pareció patético, aunque nunca se pudo reír de lo que Nina le había hecho sin que le doliera algo. Cambió de vida. Se buscó un nuevo apartamento en el que se sintió solo, pero no tanto como para seguir buscándola o pretender a alguien más. Para distraerse decidió tener una mascota, pero no quería complicarse con un cuadrúpedo, además de las restricciones del propietario. La mejor opción era un pájaro, por más cruel que le pareciera a su madre tener enjaulada a una criatura de dios.

En la tienda de animales hizo una rigurosa escogencia. Preguntaba por la especie, las características, la región de origen, la esperanza de vida, lo que necesitaba para mantener bien al animal. Al final compró un vistoso canarito de plumas amarillas y naranjas y equipamiento más que suficiente para tenerlo en las mejores condiciones. Los primeros días lo dejó tranquilo, como le habían recomendado. Cuando tuvo confianza comenzó a silbarle mientras lavaba los trastes o se escapaba de una lectura. Un día le hizo conversación y le gustó la manera en la que el ave movía la cabeza y parpadeaba mientras lo escuchaba. No se iba al trabajo sin despedirse de la criatura. A veces lo sacaba de la jaula y le ponía un lápiz para que se apoyara mientras paseaban y Esteban nombraba los electrodomésticos o le narraba escenas de la calle. Era toda la compañía que necesitaba.

Semanas después de haberlo comprado conoció a Fernanda. Esteban la saludó en un parque y así comenzaron a hablar. Pasó poco tiempo antes de la primera cita en un cafecito cercano. Salieron porque se gustaban, pero en los casi cuatro meses durante los cuales se frecuentaron nunca fueron a otro lugar, por timidez y porque se veían con irregularidad. Un día se dejaron sin drama y nunca se volvieron a hablar. A los pocos días de aceptar la ausencia de Fernanda, el pájaro apareció muerto. Esteban lo encontró pegado a la puerta de la jaula con las alas y el pico abiertos. Sin duda el ave había sufrido. Esteban estaba impresionado, pues nunca había tenido que deshacerse de un cadáver. El pájaro le hizo tanta falta... pero después de un prudente luto resolvió comprar otro. Tomó precauciones, consultó en internet, le hizo un larguísimo cuestionario al vendedor de la veterinaria —que lejos estaba de ser un ornitólogo siquiera aficionado—, compró la comida más fina y mejoró la jaula; por recomendación de su mamá, dejó una ramita de ruda debajo de la camita. Al poco de estar juntos, Esteban cayó en cuenta de que no había bautizado a la mascota; supuso que esa falta de consideración podía tener relación con el temprano deceso del primer animal. Al nuevo pájaro lo llamó Paquito, porque le gustó cómo una niña decía *paquito* en vez de *pajarito* en la tienda. Todo comenzó igual o mejor que con el primero. Paquito se reveló incluso más locuaz y jovial que su antecesor; además, tenía una tremenda capacidad para silbar antes que el despertador de Esteban, por lo que fue designado para esa tarea. Al mes apareció Isabella con sus hermosísimos ojos azules. Luego de mucha conversación en las pausas de la oficina llegó la cerveza de rigor

y después la invitación a cenar. De Isabella le gustaba lo desprevenida que era para todo. Una noche de fuegos artificiales terminaron agarrados de la mano. A partir de ahí un mensaje de vez en cuando con promesas para salir o un emoticón coqueto. Pero esa vez fue Esteban el que saltó del barco. No aceptó la posibilidad del enamoramiento porque de vez en cuando algo le dolía cuando lo agarraban de las mejillas y le besaban la frente. Prefirió apagar el incendio antes de que todo fuera ceniza. Casi un mes después del adiós con Isabella, que no estuvo exento de drama, murió Paquito. Esteban sufrió incluso más que la primera vez. Era inexplicable. Pensó que podía haber sido la jaula o el lugar de la casa en donde la tenía; imaginó alguna bacteria o enfermedad que poco a poco lo había carcomido. Su mamá insistía en las malas energías y le preguntó si alguna vez le había cambiado el palito de ruda. Ya qué. Puso el cuerpo sobre una camita de viruta dentro de una cajita blanca y lo cubrió con papel seda. Lo dejó con delicadeza en una bolsa negra frente a la casa que a las pocas horas había desaparecido.

Vinieron Ana María, Pilar, Marta, Emma, Luciana, Valentina, Jorge (cuyas insinuaciones nunca fueron correspondidas), Alina, Tania, Verónica y la misma cantidad de aves. Cada vez que lo dejaban o que él dejaba moría un pajarito al poco tiempo; en un par de ocasiones se invirtió el orden, primero moría el ave y luego venía la separación. En la tienda veterinaria terminaron por negarse a venderle más canarios; empezaron a rumorar que usaba a los animalitos para rituales de tortura antes de dejarlos agonizantes por ahí. Buscó nuevos lugares para comprar. Mandó a revisar la calefacción del apartamento, hizo fabricar una jaula con los mejores materiales, el propietario le permitió abrir una claraboya en el techo, buscó vendedores especializados y hasta compró manuales de parasitología de aves domésticas para saber cómo prevenir enfermedades. Un sábado, muy temprano, por recomendación de su mamá, lavó toda la casa con infusión de ruda y eucalipto antes de colgar una cabeza de ajo amarrada con una cinta roja en un rincón. Había leído que los canarios podían vivir en cautiverio hasta diez años. Pero nada cambió. A Martina, Alba, Laura, Alejandra, Marcela, Patricia y María José les siguieron el respectivo número de defunciones. Al final compraba aves por simple afición, aunque para ello tuvo que hacerse a un directorio personal de expendedores cada vez más clandestinos. Apostaba con él mismo cuánto resistiría un pajarito luego de una ruptura; anotaba en una hoja y comparaba las marcas.

Un día, mientras miraba la jaula vacía (hacía dos días había muerto Azulejo luego de la partida de Eliana), pensó que los pájaros, como cualquier otro animal, no están hechos para vivir solos. Fue una epifanía. Concluyó que la muerte de sus animales se debía a su falta de consideración ante una existencia individual. Decidió comprar una pareja de aves, con la fe de que todo sería diferente. Le gustó uno verdiamarillo por el color y otro café con azul por lo enérgico; parecía además que se entendían bien. Los llevó y los dejó tranquilos las primeras semanas. Conocía de memoria la rutina de adaptación. Cuando apareció Clara dudó, incluso le huyó. Pero era idiota. Clara era la más bella de todas las mujeres que había conocido y soltaba comentarios untados de un finísimo sarcasmo. De todas las mujeres con las que había estado desde el primer pájaro era con la que mejor se sentía y a la que más se demoró en encontrarle un defecto tan irritante como para querer mandarla cañería abajo. El enamoramiento fue una feliz fatalidad correspondida antes del primer año. La vida parecía por fin el mar tranquilo que había buscado desde la nota de Nina. El tiempo confirmó la posibilidad de existir fuera del cautiverio individual. Todo pasó como debía. Después de los primeros encuentros llegaron los domingos juntos, los días entre semana con pertenencias y obligaciones compartidas, la cerveza con los amigos, las respectivas cenas con las familias y las vacaciones juntos antes de la mudanza.

De todo eso se acordaba Esteban mientras recogía el brazo luego de haber lanzado el cadáver tan lejos como pudo. Todavía estaba oscuro y no había vendedores, aunque tampoco tenía monedas para el cigarro que quería. Le dolió imaginar la vida sin Clara. Se preguntó si de vuelta en el apartamento aún estaría dormida o si lo habría abandonado. Esteban sintió frío y recordó que había dormido mal por una larga pesadilla en la que trataba de abrazar a Clara y no podía, pues en cuanto la tenía entre los brazos se le desvanecía como un holograma. Hacía muchísimo frío y el cielo seguía oscuro. Encontró una silla y, vencido por el sueño, se recostó de lado, con la cabeza metida en la capota y las manos entre las piernas. Se quedó dormido.

+

Clara se despertó tarde. Luego de estirarse y explorar la habitación con los ojos entrecerrados fue por un vaso de agua. Mientras bebía y se des-

enredaba el pelo con los dedos esperaba a Esteban para un domingo lento. Le gustaba quedarse viéndolo profundo y en silencio; y le gustaba más que él hiciera lo mismo. Miró atenta las uñas a medio pintar y movió la cabeza hacia adelante y hacia atrás un par de veces para terminar de despertarse. Tragó saliva y bebió un segundo vaso de agua; la lengua le sabía a sarro. Cuando terminó de beber notó el silencio total en el apartamento. Le pareció extraño no escuchar a los pájaros. De camino hacia las persianas quiso un poco de luz y espiar el movimiento de los carros miniatura. Se acercó desnuda a la jaula, la miró con detenimiento desde abajo, se paró en la punta de los pies mientras con una mano se sostenía la garganta. Cuando vio adentro soltó un grito que ahogó con la mano que tenía libre mientras se le aguaban los ojos al ver al pajarito verdiamarillo con las alas pegadas a su cuerpo y dormido para siempre.

BLANCA Y PURA COMO EL ALGODÓN

LUISA JIMÉNEZ LAMBRAÑO

[Taller Páginas de Agua, Sincelejo]



Caían las hojas de algodón, en invierno o verano era casi lo mismo, nunca dejaban de caer. La cosecha de ese año no estaba dando buenos resultados y la familia Sanmartín no estaba pasando por una buena racha. A pesar de todo, Florencia, la hija mayor se encontraba allí, debajo del frondoso árbol de algodón, en el cual todas las tardes reposaba. Miraba hacia el campo queriendo que, al menos, un grano de maíz naciera allí, pero era inútil. Ya la temporada de cosecha había pasado y no se recogió ni uno solo.

Eran casi las seis y media de la tarde y, como era normal en un territorio de soles persistentes, apenas y empezaba a oscurecer. Al llegar y entrar a casa vio unas maletas en la sala, al lado de un viejo taburete que habían dejado sus abuelos.

—Te estábamos esperando —dijo la señora Ilda, madre de Florencia y de cinco hijos más.

Florencia casi nunca devolvía palabras cuando su madre le hablaba. Medio sonrió, esperando que ella le dijera adónde iría.

—Ves a la cocina, en la hornilla hay un pocillo con agua de panela, tómala y regresas.

Ella asintió con la cabeza y obedeció, mientras la señora Ilda terminaba de hacer tratos con el señor Cáceres, Eulario Cáceres, de más de treinta años y de clase media, quien traía consigo un trueque que le convenía a la señora.

Al regresar de la cocina, Florencia miró a su madre con ojos de niña ingenua queriendo, ahora sí, una explicación.

—Todo está arreglado, vendrás hasta la otra semana.

—¿Adónde voy? —preguntó.

—El señor Cáceres nos ha dado tres jornales de palma, los que necesitábamos para rellenar el techo. Te irás con él a la Villa. —Y le colocó un cintillo blanco sobre la cabeza para demostrar su pureza de niña virgen.

—Estaré afuera esperando, tengan buenas noches —dijo Eulario a modo de despedida.

—Bueno hija, en la maleta verde llevas algodón, las medias veladas, un vestido y un tarrito con alcanfor por si las moscas, es para cuando regreses.

—Y si le damos algo de la próxima cosecha —intervino Florencia con intenciones de cambiar el pago y una mirada enternecida.

—Eso sería hasta el próximo año. No te pasará nada, ya pronto cumplirás los diecisiete.

—Sí, madre. —Y se despidió con maleta en mano y casi llorando.

Afuera esperaba el señor Cáceres, preparando su caballo para llevarse consigo a Florencia. Ya de noche, el sonido intenso de los grillos era lo único que se oía en aquel lugar. Se puso una ruana en el pecho, subió sus maletas y partieron rumbo a la Villa, a unas horas de su casa en Tierra Blanca.

En casa se quedaron Francisco, Anastasia y Augusto con doña Ilda. Sus otros dos hijos, Pedro y Juan Carlos, estaban en los cultivos aun a esas horas, pues se encargaban de cuidar los terrenos dos días a la semana. El padre de los tres primeros y de Florencia, don Aurelio Cortez, había caído muerto por venganzas pasionales ya hacían unos diez años. Desde su muerte, la señora Ilda tuvo que vérselas muy negras para poder darle de comer a sus hijos. Eso había sucedido en Pitalero, muy cerca de ahí, donde asesinaron a su marido y por miedo a más derrames de sangre decidió venirse a Tierra Blanca, donde al paso de tres años se unió en hogar con Oudulio Sanmartín, con el que tuvo sus otros dos hijos. Desde entonces vivían todos en un humilde jabeque que el señor Oudulio había conseguido con trabajo arduo, en los secos terrenos que le habían dejado sus padres.

Ese año nada había salido como se esperaba, ningún sembrado dio cosechas y ellos a duras penas conseguían para la comida. Su casa se estaba cayendo a retazos y una parte del techo se había volado por los fuertes vendavales que azotaban en mayo. Así que cuando el señor

Cáceres llegó al pueblo y vio a Florencia mientras salía de su casa le pareció muy bonita, como para hacerla su mujer.

Ambos partieron aquella noche. Por el camino, la joven que pronto cumpliría sus diecisiete iba perdida viendo los matorrales y el monte impregnado en sus ojos por el verde que le habían dejado esa época. Se preguntaba por qué sus cultivos no estaban tan verdes y vivos como aquellos que le acompañaban por todo el camino, era una lástima.

—Cuántos años tienes, bella niña —preguntó Eulario mientras dirigía el potro.

—Dieciséis —contestó con tierna voz.

—¿Sabes cuantos tengo yo?

—Como más de cuarenta, creo.

—Casi. —Le sonrió y aceleró la cabalgata. Ella no se dio cuenta de su amable gesto, pues solo veía su espalda.

Florencia parecía poco preocupada de lo que podría y seguramente pasaría, no se imaginaba cómo sería su primera vez con un señor de mediana edad, al que apenas y conoció al subirse al caballo. Ella jamás había soñado con ese momento, nunca había tenido novio ni mucho menos besado a otros muchachos. Ella vivía como lo hacían todas las niñas de su edad que estaban en sus condiciones, solo conocía del trabajo que pudiera hacer para ganar algo que le ayudara a comer a ella y a su familia, definitivamente el romance no era parte de su corta historia.

—*Déjala di, déjala ay que se vaya, vaye pue, que yo la voy a busca, ay vaye pue* —cantaba Cáceres encima de su caballo. Llevaba una ramita de hierba en su boca mientras con voz de buen campesino recitaba.

A Florencia le pareció agradable su corto canto y cerró los ojos hasta llegar a la Villa, cerca de las tres y media de la mañana.

Se quitó el sombrero, lo colocó sobre la hierba que hacía las veces de alfombra de su casa y bajó a Florencia del caballo. Bajó sus corotos y la invitó a pasar. La llevó a un cuartico que tenía una pequeña cama y le ofreció entrar.

—Termina de dormir lo que queda de la madrugada.

La sentó sobre la cama, le quitó las zapatillas remendadas e intentó besarle su pequeña boca de labios pálidos y delgados resecaos por el sol. Ella no puso resistencia y lo miró con inocencia esperando que esa madrugada no rompiera su pureza.

Y fue así, él salió del cuarto y se dirigió a la cocina a hacer café para pronto ir a revisar los corrales. Era un señor que sabía esperar, sabía que tenía más noches o madrugadas en que poseería a la niña.

Al cabo de un rato, ya asomándose el sol de entre las montañas, empezaron los gallos a cantar y a anunciar el nuevo día. Los rayos de luz impregnaron el cuarto recayendo sobre los párpados de Florencia. De salto abrió los ojos y se dio cuenta de que en la pared colgaban la camisa descolorida y el calzón del señor. De inmediato se quitó las sabanas y se dio cuenta de que aún estaba vestida. No se sintió extraña, pero la desconcertó ver las prendas de don Eulario. Después de todo, el señor no la había tocado.

Salió a la sala y vio en el patio al hombre echándose de humos con un tabaco. Lo miró detenidamente hasta que él se percató de que le observaban.

—Pensé que te pasarías de largo —le refirió Eulario

—No alcance a dormir —dijo Florencia con pocas ganas de responder.

—Aquí no viniste a dormir. —Y le lanzo una mirada tan pícara como solo la podría tener un señor de su edad.

Le sirvió café amargo con un pedazo de pan.

—Pero sí a comer porque necesito una mujer tan fuerte como yo.

Florencia casi nunca respondía a las osadas intenciones que llevaban sus comentarios, ella solo abrió la boca para comer. Ese día de seguro don Eulario cumpliría su parte del trato, así que debía estar preparada para la noche, fue al cuarto y empezó a sacar las cosas de la maleta, las colocó a un lado de la cama para cuando tuviera que regresar a casa. Sacó ropa interior y con el temor más grande de su vida pidió al señor que le prestara el baño.

—Allá en el patio te puedes bañar —le dijo

Florencia hizo reparos al ver que no había ninguna cortina o un remedo de trapo que le tapara mientras se limpiaba.

—No me vea, por favor —imploró la niña.

—No me tengas miedo, criatura. —Se le acerco, la cotejó por detrás y le beso el cuello agrio de sudor—. Te bañas bien.

Ella salió al patio y con una taza de totumo se echaba agua tapándose los senos nuevos que le había regalado su fisiología. Pero Eulario no asomaba cabeza por ahí, aun después de haberse bañado no lo vio en la casa. Ese día se echó mentol encima de los trapitos viejos con los

que vestía y esperó arreglada en la cama al don. Sin darse cuenta, se quedó dormida y nuevamente con el canto de los gallos perniciosos despertó y vio la vestidura del señor Cáceres colgada en la pared. Otra vez se mira y estaba igual: cada prenda con la que durmió estaba consigo, aún el olor a mentol estaba flamante en su piel. Era muy confuso presenciar aquella situación, aunque a pesar de ello Florencia temía cada vez más porque ahora simplemente Eulario la podía abordar y ya no habría marcha atrás.

Pero no fue así, pasaron cinco días en los cuales de alguna manera el señor Cáceres no dormía bajo su techo, desaparecía de la nada durante la tarde y dejaba a Florencia esperando en cama mientras ella solo lo veía al amanecer cuando prendía su tabaco y le ofrecía pan con café. Faltaban apenas dos días para cumplir su plazo e irse a casa, pero aún nada pasaba; ya eran gritos de libertad para la joven. Al parecer, la vida le estaba dando la oportunidad de casarse de blanco, lo que la regocijaba y solo pensaba en volver a su casa, bajo un techo nuevo que no dejaría que ella se mojara mientras la lluvia inundaba su morada.

Así que el domingo en la mañana, con muchas ansias, hizo maletas, guardó el alcanfor, el algodón y las medias veladas, no tendría que usarlas por ahora, ni tendría que madrugar para llegar al pueblo, pues llegaría como una niña y no como «las brujas» que se van de noche y regresan de madrugada con algodón en las orejas para protegerse del frío y exponerse a que la gente la viera y se dieran cuenta de que ya había probado hombre, pues para todos era sabido que cuando una mujer regresaba a esas horas y con esas fachas era signo de la lujuria que solo las casadas podían conocer. Por eso ellas, las que pecaban antes del matrimonio y las que lo hacían con otros hombres estando casadas, debían protegerse del frío maligno, el cual entraba por cualquiera de los orificios que tiene una mujer, por eso las medias veladas debían usarse sin quitárselas por más de una semana, el alcanfor debía untarse cerca de las fosas nasales para que espantara los males que entraban por ahí, el algodón para las orejas debía ser cambiado cada tres días con la mayor precaución y debía la mujer vestir de bata blanca durante todo ese tiempo que estuviera en cama, era su tradición, a la cual Florencia debía ajustarse y cumplir si se diera el caso, pero ella estaba convencida de que no sería en esta ocasión.

Con orgullo de sí misma y ya lista para partir al día siguiente, se bañó temprano y confiada de que esa noche el señor Cáceres tampoco

regresaría. Esta vez, como sabía que nadie más llegaba a esa casa y por los calores de septiembre, se dispuso a dormir desnuda. Se tendió en la cama y durmió como una gallina remojada aquella noche.

A las tres y treinta de la madrugada un fresco lento pasó sobre su pecho, despertó, pero esta vez las prendas de Eulario no colgaban en la pared.

—Hoy no me esperaste —le dijo una voz a su lado.

Vio entonces a Eulario a un lado de la cama contemplándola como Dios la había enviado. Sorprendida, se dobló y le dio la espalda temblando de miedo.

—Así te ves mejor.

Entonces se paró corriendo y se colocó detrás del baúl en donde estaban las camisas del señor.

—Y ahora para qué te escondes —insistía Eulario—. Llevo desde las tres de la madrugada aquí y bien quieta que estabas.

La historia sin marcar de Florencia había llegado a su presidio, era hora de ello. Respiró profundo y caminó lentamente hacia la cama donde estaba acostado Eulario. Se sentó y se quitó las sabanas de encima, dejó ver sus favorecidos senos y su mirada tomó valor sobre la de él.

—Yo hubiese querido darle aunque fueran unos bultos de maíz... pero la siembra no dio nada —alegó Florencia

—Vas a llevar leña pal monte —respondió Eulario con el tono burlón que le caracterizaba—. Tengo vacas, pero ninguna con tu carne.

Tan pronto acabó la plática, Florencia se acostó y dejó a su cuerpo a favor de Eulario.

Aquella madrugada los gallos intensos que sin falta cantaban a las seis comenzaron a hacerlo un poco más temprano y con más ganas que nunca. Esta vez no hubo en la casa el humo penetrante de tabaco puro que tanto le gustaba al señor. En la mesa no había pan ni café sino un plato hondo con colada que nunca había probado y que degustó con tanto fervor que la acabo en cuestión de nada.

Eulario no se encontraba por ningún lado, así que ella rápidamente aprovechó y se bañó para partir a Tierra Blanca. Se puso un vestido blanco y siguió con el protocolo del algodón y el alcanfor, pues ella quería que su familia creyera que había pagado bien la deuda por todos ellos, pero también temía que el señor Cáceres la delatara e hiciera que le devolvieran hasta los bejucos de la casa.

A las diez de la mañana apareció Eulario como si nada, a lo que Florencia muy preocupada le dijo:

—¿Nos va a quitar lo que cambié por mí? —preguntó con timidez

Él la miró con la picardía que lo caracterizaba, se quitó el sombrero y debajo traía el cintillo blanco, se lo entregó y le dijo:

—Póntelo, quítate las medias y destápate las orejas. Que tu familia sepa que tu futuro esposo es todo un caballero.

OMNIVORIA

SIERRA RUSINQUE

[Taller Virtual de Ciencia Ficción]



Hoy la sacaron del tanque. No se parece nada a la que instalaron hace siete años; ahora tiene un aspecto terrible, amenazante. Debe pesar unos cien kilos, por lo menos. Eso sí, hasta el momento mismo en que la arrancaron del lecho llegó el agua potable a las casas. Pero había que sacarla, por puro respeto a doña Eugenia. Julián era su hijo menor, tendría unos nueve años.

Cuando instalaron a la criatura en el turbio fondo del tanque, los técnicos dijeron que su tamaño jamás sería un problema, que el mantenimiento cada tres años lo regularía para que no excediera los setenta centímetros. ¡Qué va! Pasaron siete años y acá nunca volvieron, y la *Omnivoria* ya tiene unos tres metros de longitud. Un niño de nueve años sería un bocado.

Había que arrancar —de raíz— el fruto de la biología sintética. Fruto que, mediante una inusitada anatomofisiología, permitió la oferta de nuevos «servicios ecosistémicos». Más allá de las implicaciones éticas, políticas y epistémicas que provocó la patente de seres vivos, estos permitieron el avance en dimensiones sociales como, por ejemplo, el manejo de residuos, la potabilización del agua y la prevención de ciertas enfermedades. Este es, precisamente, el caso de las *Omnivorias* creadas en los laboratorios de la Universidad del Vaupés.

«Es una bicha que come de todo y después excreta agua potable» fue lo que nos dijo aquella vez el alcalde. En efecto, comía cualquier cosa, micro o macro, hueso o plástico. Se alimentaba de las *Leptospira* y de las *Salmonella*, de las *Giardia* y de las *Entamoeba*; no más agua con *hepatitis A* ni Ébola. Nada. Pura agua *pura*: incolora, insípida, inodora y estéril. Tres corregimientos fuimos beneficiados con «unidades» de

Omnivorias como parte de un proyecto piloto de acueductos de circuito cerrado que eliminaban la necesidad de extraer el agua de ríos o caños, lagunas o ciénagas, pues la cantidad de agua potable producida era proporcional a la cantidad de aguas residuales recibida.

Estas criaturas nos daban, simultáneamente, solución a tres problemas: acueducto, alcantarillado y, además, manejo de residuos sólidos: no más quemas de basura ni (limitados) rellenos sanitarios, pues todo sería comida (o insumo) para la *Omnivoría*. Desde heces fecales hasta llantas, todo se convertía en agua potable. Básicamente nosotros pusimos un tanque de cincuenta kilolitros con sus respectivos conductos aferentes y eferentes, y el Gobierno puso la *Omnivoría* para que reposara en el fondo del tanque, fungiendo como núcleo para el tratamiento de aguas.

De las tres criaturas elaboradas y donadas por la UniVaupés, una —la del Catatumbo— murió (o caducó, como dicen los técnicos) por consumir cantidades ingentes de petróleo; otra —la del Urabá— se perdió (o emigró, como suponen los técnicos), y la tercera —la nuestra— es la única que por siete años se mantuvo en correcto funcionamiento. Claro que no faltó quien dijo que ahora no solo nos mantenían *comiendo mierda*, sino que nos tenían bebiendo la mierda —y orines, y basura, y chatarra— de los demás.

Y, sin embargo, fue un *inventazo*. Acá las vías terrestres no conectan con las del resto del país. Así que el manejo de la basura era complicado: lo único que podíamos hacer era quemarla. Era eso o amontonarla. Ahora, en cambio, solo debíamos botarla al tanque para que se la comiera la *Omnivoría*. Ciertamente fue un sistema innovador: nos permitió el desarrollo social *sin* detrimento del patrimonio hídrico. Pero nosotros nunca preguntamos qué pasaría si alguna vez consumía tejidos humanos. Ni lo consideramos posible.

Y hoy tocó sacarla para recuperar el cuerpo del niño. Por puro respeto al duelo de doña Eugenia. Aunque eso sí, prevenidos todos —y consentido por la mayoría— de que sacarla implicaría volver el agua im potable. Persistían las dudas de que eso fuera justo. Por eso cuando se ahogó el hijo de doña Eugenia consultamos a la Secretaría (que las gestionó), pero acá nos dijeron que eso era asunto del Ministerio (que las aprobó), y allá nos dijeron que eso era asunto del Instituto (que las instaló). Dicho Instituto ya no existe. Ahora hay mejores métodos para potabilizar el agua; rogamos que algún día lleguen al pueblo.

Mis paisanos se decidieron, entonces, por sacarla ellos mismos. Y fue difícil. La criatura estaba bien pegada al lecho del tanque, como queriendo vivir. Tocó machetearle el tegumento para que se soltara. Una vez salió a flote pudimos verlo. Ahí estaba pegado el niño, o lo que quedaba de él. Con mórbida curiosidad vimos su cuerpo parcialmente digerido y adherido al cuerpo de la *Omnivoria*; no se distinguía con claridad dónde empezaba el de esta y dónde terminaba el de aquel. Pero ahí tenía puesto un zapato —del par que se estrenó el día que se ahogó— como garantía de identificación.

—Tuvo que haberse ahogado primero... —le decía Jaime a doña Eugenia, disipándole la terrorífica idea de que el niño había muerto mientras era digerido.

Jaime es edil del municipio, y uno de los que empuñó el machete. Cuando me vio en uno de los costados del tanque, vino hacia mí.

—Una decisión muy poco utilitarista la de ustedes, Jaime —le digo.

—Pues sí, doctora, pero es cuestión de empatía con doña Eugenia, ¿sí me entiende? Empatía de nosotros hacia ella, no de ella hacia nosotros. Pero aún no acabamos, y ahora necesitamos su ayuda. Hay que recuperar la *mayor cantidad* de Julián posible, para el funeral, y de paso ver si la bicha puede continuar, aunque sea unas semanitas más, potabilizando el agua.

Me confiaron la tarea pues como médica rural tengo la experiencia técnica en animales humanos y no-humanos propicia para la tanatopraxia y el diagnóstico clínico, respectivamente. Entre Jaime, sus dos hijos y yo cargamos la *Omnivoria* hasta el puesto de salud. Una vez allí, procedí a examinar la criatura.

Es toda una obra ingenieril: su epitelio, diseñado a partir de enterocitos (que recubren el tracto digestivo de los mamíferos), secreta una biopelícula que le permite fagocitar todo material que haga contacto con su superficie. Y, sorprendentemente, su cascada de coagulación de tuvo la hemorragia provocada por los machetazos —varios evidentemente innecesarios— formando una extraordinaria matriz de fibrina.

La examino: aún tiene signos vitales, sin embargo, está en franco choque hipovolémico.

Pobre criatura. No puedo saber —con mis herramientas actuales— si es un ser consciente pero, a juzgar por su sistema nervioso centralizado, sí me atrevo a considerarla sintiente. Sin duda, *siente* dolor. Sería un riesgo para *ella* abrirla en búsqueda de los restos del niño; y un

dudoso beneficio, considerando la probabilidad de que dichos restos estén ya desintegrados. Trataré, entonces, el cadáver de Julián que quedó adherido a la superficie de la *Omnivoria*, y eso será lo que les daré. Diré que dentro no había nada más. Si se permitieron sobreponer el duelo de doña Eugenia a las necesidades del resto del pueblo, yo me puedo permitir sobreponer la *Omnivoria* a las mismas necesidades.

Actuar así me obliga, no obstante, a decidir qué haré con ella. No puedo liberarla en el río, sería ecosistémicamente catastrófico. Y mantenerla en mi casa, aunque sea para protegerla, no me diferenciaría de mis paisanos. Si se trata de mantenerla cautiva, mejor que sea en el tanque donde seguiría siendo *productiva*.

Me incomoda saber que la única condición para su existencia acá, entre nosotros, sea la de continuar potabilizándonos el agua. Comprendo que es menester para la salud de la comunidad, pero no puede ser a costa de *otro* ser vivo. Pues indiscutiblemente está viva, por más tecnicismos que usemos para referirnos a ella. Además, no es ninguna depredadora. Lo que pasó con Julián fue un accidente: el niño cayó, se ahogó, y en el fondo su cadáver se topó con la *Omnivoria*.

De hecho, pese a que nadie lo menciona, todos sabemos que el agua que llegó a las casas durante los últimos días contenía moléculas del niño: nos estuvimos *tomando* al hijo de doña Eugenia. Por eso el afán de sacarla, cada vaso de agua calmaba la sed pero inquietaba la conciencia.

La examino nuevamente: su frecuencia cardíaca sube mientras su presión arterial cae.

Debo tomar con urgencia una decisión, pues —a menos que haga algo— su muerte es inminente. No quiero devolverla al tanque, pero tampoco debo liberarla al río... Y, sin embargo, pensándolo bien, sí puedo liberarla. Solo debo mantenerme al margen, sin retrasar ni acelerar lo inevitable. Lo único que debo hacer es *no hacer nada*. Porque sí puedo liberarla... de nosotros.

PERROLANDIA

ANYELI SHARITH SÁNCHEZ QUINTERO

[Taller de escritura creativa para la paz «La voz propia», Pelaya]



La ciudad de Perrolandia es muy diferente a las ciudades y pueblos que conozco. Todas las casas están construidas en tablas de color amarillo. Existen muchos árboles, en su gran mayoría recubiertos de caramelo; en el centro de sus tallos hay chocolate puro. Como en esta ciudad no hay transporte público, no hay buses, y los niños tienen que ir al colegio montados en perros gigantes amaestrados para este fin.

Esta ciudad es muy especial. Existe una amplia carretera construida en baldosa roja que conduce al centro de la ciudad. Por allí los perros recorren uno o dos kilómetros mientras inician su vuelo; y allí mismo realizan los aperrizajes.

Muchas cosas son interesantes en esta ciudad, por ejemplo, el aire en los barrios es un poco caliente, pero cuando te mudas al centro de la ciudad el aire se vuelve bien frío. Por eso, casi todos los habitantes de la ciudad viven en el centro.

Los perrolandios, o sea los habitantes de esta ciudad, no usan dinero para comprar. Cuando desean algo, se acercan a unos grandes micrófonos que hay en las tiendas y simplemente dicen la palabra mágica: «guau». La voz queda grabada en los computadores y, al ser reconocida, se comprueba que la persona tenga dinero en sus cuentas y le entregan lo que pidió.

Luis tiene nueve años, vive con su papá Nivardo y su madre Érika en el centro de la ciudad; por eso, siempre llevan sus abrigos puestos. Desde muy pequeños.

Luis tenía un sueño: convertirse en un gran psicólogo. El único problema es que el niño es un poco despistado. Tan despistado es Luis que una noche fue a llevar al gato a dormir y en vez de guardarlo

en su camita, lo metió a la piscina. En otra ocasión, cuando se iba a lavar los dientes, en vez de llenar su cepillo de crema dental, le echó fue jabón líquido.

Luis tiene un gran amigo, su nombre es Lukas. Él quería ayudarlo para que dejara de ser despistado, su consejo fue sencillo, le dijo simplemente: «Amigo Luis, tú sabes que te quiero, si quieres volver a ser un chico normal, debes dejar el colegio. ¡Yo no estudio y me está yendo muy bien!».

Luis le hizo caso, empezó a cambiar su vida, dejó de asistir al colegio, no volvió a madrugar, se dedicó a jugar en su computador día y noche, dejó de ser un niño obediente, dejó de aprender cosas buenas... Pero, contrario a lo que todos pensaban, ahora era más despistado que antes.

Una mañana se levantó con un gran dolor en el cuerpo y en el alma, tenía mucha fiebre y escalofríos, sus padres se preocuparon y le mandaron a sacar la prueba del covid-19. Afortunadamente, le salió negativa.

El médico les dijo:

—Luis tiene un gran problema; en verdad, son muchos problemas. —Y luego se dirigió al niño—: Dejaste de hacer lo más importante, que es estudiar, ahora estás enfermo, sigues despistado y dejaste de crecer. Tu cuerpo no puede crecer más, a pesar que pasen los años, tu estatura será siempre igual o menor. Por eso sientes tanto dolor.

Los años en que Luis no fue al colegio su cuerpo no creció. Se quedó pequeño. No solo eso: sus padres comenzaron a notar que la ropa que antes le quedaba bien, ahora le empezaba a quedar grande. Luis se estaba encogiendo.

—Esto no puede seguir así —dijo un día su padre Nivardo.

—¡Debemos hacer algo! —gritó doña Érika, con lágrimas en sus ojos.

Tomaron un perro y se dirigieron a la escuela más cercana, matricularon a su hijo nuevamente, le compraron uniformes y empezaron a llevarlo a clases.

Aunque, al comienzo, Luis seguía siendo despistado, con el paso del tiempo dejó de serlo. Los dolores empezaron a desaparecer y, un día cualquiera, alcanzó la estatura normal de todos los niños de su edad.

Una mañana recibieron la visita de unos señores, eran don Macario y doña Pepa. Traían a un niño que lloraba en sus brazos. Se encerraron en la oficina de sus padres y salieron después de media hora de

reunión. Salieron muy agradecidos con los padres de Luis pues recibieron, además de sus consejos unos buenos *guaus* para que llevaran al niño al médico.

—¿Quiénes eran ellos, papá?

—Eran los padres de Lukas. El muchacho empezó a enfermar y a encogerse desde que se salió de clases. Le ayudamos con consejos y le dimos unos buenos *guaus* para que lo lleven al doctor.

Luis se sorprendió y, con un abrazo, les agradeció a sus padres por estar estudiando de nuevo:

—Uf... ¡Gracias, papitos! Los amo. ¡De lo que me salvaron!

INVISIBLE

ELLE

[Taller Triade, Itagüí]



¡Pero si ella me lo dijo! Recuerdo que ella me dijo que su padre había muerto. Creo recordarlo bien, aunque en aquel momento yo estaba desabrochando los botones de su blusa en el interior de un motel en las afueras de la ciudad y posiblemente la memoria me estuviese jugando una mala pasada, pero no podía ser. Lo dijo claramente y sin tristeza: había muerto hacía muchos años, atropellado o algo así; por eso me extrañó tanto verlo sentado en la sala de su casa el día que ella me invitó a conocer a su madre. Era un hombre más bien pequeño, con gestos desamparados; estaba sentado con las piernas muy juntas en uno de los muebles de la sala que quedaban junto a la ventana y no paraba de mirarme, como si me suplicase algo.

—Yo creía que tu padre había muerto —dije.

—Sí, y así es.

Quedé con una sonrisa medio confusa en la cara, sin acabar de entender qué ocurría. Volteé para mirar al hombre y seguía allí, observando cada movimiento mío con mucha expectación.

—Siéntate, voy a ir por café —me dijo Carolina, y no tuve tiempo de preguntarle quién era aquel hombre. No encontré las palabras apropiadas.

La vi desaparecer tras las esquinas que formaban las paredes de su casa. Estuve un rato de pie, pensando qué hacer, hasta que decidí acercarme a él y sentarme a su lado, en una silla libre.

—Hola —le dije tímidamente.

Tardó unos segundos en contestar. Primero miró alrededor para ver si había alguien más con nosotros y, al comprobar que estábamos solos, se inclinó un poco hacia delante y me habló en un tono muy bajo.

—¿Puede usted verme?

Me sorprendió esa pregunta. Se me ocurrió entonces que aquel hombre ya no era un hombre; pensé que era en realidad el fantasma del padre muerto de Carolina, a quien, yo no sé por qué, podía ver. Esa idea me puso nervioso.

—Sí —dije—, puedo verlo.

Pensé ofrecerme como intérprete, por si quería decirle algo a su familia, o preguntarle qué tal era la vida después de la muerte, si era feliz de algún modo, si necesitaba que fuéramos a una iglesia a rezar por su alma atrapada en el mundo terrenal, no sé, muchas cosas se me ocurrían, pero no me parecían prudentes.

—Ellas dicen que no existo —me dijo en un susurro.

Se me hizo un nudo en la garganta y tuve que carraspear.

—¿Cómo dice?

—Que ellas dicen que no existo. Hacen como si no me pudieran ver. Me ignoran. Es así desde hace cinco años. Aún no sé por qué. Fue cosa de mi mujer. Ella fue la que me condenó a esta maldición.

La verdad, yo no sabía de qué me estaba hablando. No entendía nada de lo que decía.

—Fue hace cinco años. Cinco años llevo viviendo este infierno, joven. Cinco años. Demasiado tiempo ¿no creés? —Miró un momento por la ventana, como si recordase algo, luego volvió a mirarme y siguió hablando—. Todo por una tontería. Es muy injusto, creeme. Yo siempre he procurado que no les falte nada. No fue culpa mía perder el trabajo. ¡Claro que se me dañó el humor! ¿A quién no? A ver, dígame, si a usted le despiden después de veinte años trabajando en la misma empresa, dígame, ¿le darían ganas de ponerse a reír? Yo estaba envenenado, es cierto. Muy alterado, ¡mucho! Me exaltaba por cualquier cosa. ¡Ah! El teléfono contra la pared, el plato de comida a la mierda, la silla a la mierda. ¡Todos a la mierda! ¡Todos! ¡A la mierda!

Miré hacia la puerta de la cocina, esperando que Carolina saliera a calmarlo; o al menos que su hermana o su madre vinieran a ver qué pasaba, pero no apareció nadie, como si aquel hombre no estuviera gritando a todo pulmón como un loco.

—Cálmese, por favor —dije.

—No se asuste, joven. Gritar es lo único que me queda. Y nunca me sirve de nada. ¿Sí ve como nadie me hace caso? De no ser por usted, seguiría pensando que soy invisible. Esta situación es horrible. Un día

ella reunió a las niñas delante de mí. Yo estaba aquí sentado... aquí mismo, como ahora. Y ella y las niñas sentadas alrededor de la mesa, esta de aquí —señaló la mesa que estaba en el centro de la sala, una mesa de madera fina—. Les dijo: «Niñas, su padre ha muerto, se ha ido, ya no vive con nosotras». ¡Y yo aquí! ¿Podés creer eso? ¡Yo aquí mismo! Y ella diciendo que ya no estoy y que no existo. En ese momento pensé: ¿pero qué diablos está diciendo esta vieja loca? Me levanté y le pregunté qué era lo que le estaba diciendo a las niñas. Y ninguna me volteó a reparar. ¿Qué pasa aquí? Les gritaba, y ni al caso, era como si de verdad no me oyeran. Desde ese día no me han vuelto a hablar. No me ponen plato en la mesa, ni silla; me toca comer en la cocina las sobras que encuentro por ahí. ¿Sí me creés lo que te digo?

—Pues, la verdad...

—Claro. No me extraña —me interrumpió—. ¿Quién puede creerse algo así? Si es que es de locos, ¡Es de locos! Yo me muevo por la casa, salto, grito y nada, ni me miran. A veces hasta me rebelo en contra de esta dictadura. ¿Sabés qué? Un día, cuando empezó todo este rollo, me encerré en el baño y me quedé allá tres días, sin comer ni nada, para ver si me pedían que saliera, pero nada. No me dijeron nada. Las oí decir que el baño estaba malo y no sé cómo se las arreglaron, pero ninguna hizo contacto conmigo. Al final salí de allí, claro, tenía hambre. Luego intenté varias cosas, pero bah, tonterías. Ni se inmutan. Las empujo cuando nos cruzamos por el pasillo y dicen que se tropezaron con algo y pasan de largo. O les apago el televisor y ellas dicen que se está dañando y se van a otro cuarto. No sirve de nada. Esto es infumable. No es vida, se lo digo yo. Soy un muerto en vida... Y sí, podría largarme de aquí, claro que podría, pero no sé adónde ir ¿Puede creer? A veces bajaba a la calle y charlaba con algún vecino, para asegurarme de que todavía estaba aquí, para comprobar que había gente que podía verme. Pero ya no salgo. Quizá me he acostumbrado a ser invisible. No sé. Además, ella salió a pregonar por ahí que dejaran de hablarme, de verme, que me ignoraran, y sé que algunos le hicieron caso. Cada vez tenía que ir más lejos para encontrar a alguien que comprobara mi existencia.

El hombre empezó a sollozar y fui incapaz de animarlo. Nunca me había topado con una situación tan rara. No sabía qué podía aconsejarle. Pensé en ponerle una mano en el hombro, pero entonces apareció Carolina con dos tazas de café, una para ella y otra para mí. Se sentó a mi lado, en una silla, y me sonrió.

—¿Cómo estás? —me dijo.

—Bien, pero... es sólo que no entiendo la situación de tu padre... Ella se puso tensa.

—¿Qué quieres entender? Ya te dije que se murió. No hay nada que explicar.

—¿Y quién es este señor? —dije señalando el sillón en el que estaba sentado.

—¿Cual señor? ¡Por Dios! ¿Qué te está pasando? ¿Me quieres hacer enojar?

—Este hombre que está aquí sentado.

—¡Ahí no hay nadie! ¿Qué intentas hacer? Me estás asustando. Mi padre murió trágicamente, ya te lo había dicho.

El hombre entonces empezó a decir que no estaba muerto: una retahíla para interrumpir y hacer molesta nuestra conversación.

—No estoy muerto, no estoy muerto, no estoy muerto, no estoy muerto...

Pero ella parecía no oírle. Cuando miraba hacia el sillón como yo le pedía, parecía no verlo. Todo era muy extraño. Llamó a su madre y a su hermana para que me confirmaran que aquel hombre estaba muerto. Y ellas lo confirmaron. Una tragedia, dijeron.

—Murió de repente, en ese accidente. Nunca hablamos de eso porque son recuerdos dolorosos.

—No estoy muerto, no estoy muerto, no estoy muerto, no estoy muerto...

Me contaron que estaba susceptible, que la vida con él se había vuelto insoportable, pero no le guardaban rencor. Un día salió y ya no volvió, me contó la madre. Murió en la calle, esa era la versión oficial.

Y el hombre seguía con su letanía.

—No estoy muerto, no estoy muerto, no estoy muerto, no estoy muerto...

Pero nadie le hizo caso. Tomamos el café omitiendo lo importante y luego me marché confuso.

La siguiente vez que visité la casa de Carolina, el hombre seguía allí, sentado en el mismo sofá, y su rostro se iluminó al verme, sin duda parecía ilusionado ante la expectativa de poder hablar con alguien. Pero hice como si no pudiera verlo. Me saludó y fingí no escuchar. Entonces agachó la cabeza y empezó a caminar por toda la sala diciendo una y otra vez: «Me llamo Nelson y no estoy muerto...».

Lo ignoré por completo. A fin de cuentas, Carolina tenía un culo espectacular.

EL ÚLTIMO MUÑECO

NUBIA YANET ALVIS ARIZA

[Taller Liberatura, Ibagué]



Yo me encargaba de producir los moldes y crear la ficha técnica para la producción de los muñecos de trapo. Me interesé por fabricar el mío el día que nos dijeron que los iban a exhibir en distintos museos del mundo. Era como poder llevar a mi hijo a la universidad que no le pude dar. Él quería ser cantante de ópera y viajar por el mundo. Era como cumplirle su sueño.

Lo que menos me gustaba de los muñecos de trapo era su cara pintada. Quería que los rasgos de mi hijo fueran lo más parecidos al día que lo vi subir a la camioneta, con su carita iluminada por la alegría de un nuevo trabajo.

Cuando mi hijo se subió a la camioneta tenía diecisiete años. Su carita brillaba como cuando me contaba su propia versión de la «capitulica loa». Ese fue el cuento que usó para consolarme después de la fuerte discusión en la que no pude evitar que estuviera presente. Ese día, la máquina de coser nueva rodó por el suelo. Era una máquina portátil de la marca Brother con su carcasa de pasta blanca brillante y una regleta con números que indicaban el tamaño de las puntadas. El golpe contra el suelo me hizo pensar lo peor. Apenas habíamos pagado la primera cuota.

Cuando las discusiones pasaban yo me obligaba a no llorar. No sabía cómo responder las preguntas que eso le provocaba al niño. Se me rompió todo por dentro al verlo, tan chiquito, frenar contra la pared. La habitación era grande. Cuando el niño se le enfrentó para defenderme, el papá dejó de gritar por unos segundos. Lo agarró de un bracito como un muñeco de trapo y lo hizo a un lado. El niño resbaló por el piso hasta chocar contra la pared mientras yo me congelaba de miedo.

El papá salió de la casa y el niño salió de la habitación. Yo me quedé recogiendo el desastre con una resignación dolorosa. Cada vez que me agachaba a recoger las cosas del suelo sentía que le estaba haciendo la venia al honorable verdugo. Me resistía a llorar y seguía recogiendo. Cuando vi entrar a mi hijo, traía en su pequeña mano una espiga de pasto recién arrancada del suelo. El patio estaba cubierto de maleza y la tierra húmeda le había enmugrado sus babuchas nuevas. Cuando el niño apareció en la puerta yo estaba apoyada contra el testero a los pies de la cama mirando hacia afuera. El niño me entregó la *floretica*, me dijo que no llorara y me preguntó si quería que me contara el cuento. Yo le dije que sí intentando sonreír. Sentí que las lágrimas me mojaban la cara, pero me dispuse a escucharlo con la ternura que me invadió el corazón.

El niño empezó a narrar su propia versión del cuento, en el que la protagonista era la canasta llena de chocolates. Cuando terminó, estaba sentado en mis piernas. Levantó su carita, me miró con esos ojos brillantes, pasó sus acolchadas manitos por mi cara, me dio un beso en la mejilla y se bajó de un salto a seguir corriendo detrás de Azabache, el perro viejo que era más grande que él.

Durante estos años yo he intentado no pronunciar su nombre. Me negaba a creer que él hacía parte de la lista. Cuando decidí ponerle su nombre a mi muñeco viví ese mismo abandono que me produjo sentirlo salir de mi vientre.

Esa semana me quedé después de mi jornada de trabajo. Empecé a rellenar el muñeco que ya estaba armado. En ese estado había llegado a las manos de todas las mamás para que cada una lo personalizara. Elegí los retazos para confeccionarle su ropa y lloré. Pensaba en los pantalones de paño que le hice cuando apenas tenía tres años. La tela que usé era de un pantalón grande que me habían regalado. Lo desbaraté con cuidado. El paño era gris, un paño costoso que no le podía comprar. Reutilicé hasta los pasadores cosidos en máquinas industriales. Quería que su pantalón quedara como un verdadero modelo de diseñador. Le confeccioné una camisa rosada con la pechera bordada aprovechando todas las funciones de la máquina nueva. Él se veía como un señor en miniatura. Lucía con orgullo su ropa nueva.

Ya estaba cerca la hora de etiquetar y enviar los muñecos para la primera exhibición y todavía mi muñeco no tenía las características de mi hijo. Lo guardé en la bolsa de los retazos, me retiré a dormir y des-

carté la posibilidad de terminarlo. Al día siguiente, continué con mi rutina sin darme permiso de pensar en el muñeco. En las caras de ellas ya no había tristeza. Cada una vestía y peinaba el suyo, lo etiquetaba con la ficha que decía su nombre y lo empacaba en una bolsa transparente después de haber pasado por control de calidad.

Al terminar mi jornada salí de la oficina de diseño. Ya eran casi las siete de la noche. El salón de producción era un camino obligado. En la mesa de empaque que estaba iluminada solo quedaba un muñeco sin la bolsa transparente. Los demás estaban en los guacales de madera listos para su gira mundial. En el salón sonaba un silencio agradable. La única lámpara encendida era la que estaba arriba, justo encima de él. Me sentía como cuando en el teatro se apagan las luces y se abre el telón. Miré a mí alrededor y no había nadie. Era una pieza de la colección que se había quedado olvidada. Pensé. Me dirigí hacia la mesa, saqué la bolsa de papel celofán transparente y la coloqué junto al muñeco. En el centro de la mesa quedaba la gaveta con las cintas de colores. La abrí. Seleccioné una cinta roja para cerrar la bolsa cuando el muñeco estuviera dentro y me dispuse a empacarlo. Cuando lo sostuve en mis manos su cara me quedó de frente. Miré de nuevo a mí alrededor. Todo se veía gris. Volví la mirada hacia la cara del muñeco. ¡Era él! Su cara, que todavía olía a las acrítelas frescas, me miraba como acariciándome. Lo apreté suave contra mi pecho, lo retiré de nuevo. ¡Su cara era la misma! Era como si en esos ocho años le hubiera pasado una sombra de tiempo que lo hiciera ver de veinticinco. Me sentí como si nunca se hubiera ido. Lo acaricé con la misma ternura del día que lo tuve por primera vez en mis brazos. Recordé sus manitos moradas, sus deditos arrugados. Lo senté sobre la mesa sosteniendo su torso entre mis manos. Le pregunté cosas sobre el cuento, sobre la luna, sobre el frío, sobre el canto, sobre el amor... Sin decir nada él me dejó llorar con la más descarada desvergüenza. Sentía mis ojos pesados. Mi cuerpo liviano. Él me seguía mirando con sus ojitos saltones.

Busqué un retazo. Limpié mis lágrimas de su camiseta color vino tinto. Coloqué mi bolso sobre la mesa, saqué una foto de carnet vieja que tenía en la billetera. La foto estaba marcada por detrás con su nombre y el grado séptimo dos. La amarré con un trozo de cabuya a su mano derecha. Lo empaqué en la bolsa de celofán transparente. Anudé la bolsa con la cinta roja, Me dirigí hacia donde estaban los guacales. Lo dejé dentro del último guacal que estaba medio cerrado. Él quedó mirando

hacia afuera como el día que lo vi por entre las tablas de la compuerta de la camioneta. Di media vuelta y entonces fue él quien me siguió con la mirada hasta que doblé la esquina de la última mesa de empaque.

Dejé de llorar y compartí de nuevo mi milagro con el mundo.

LA HISTORIA DE LA MUJER MÁS VIEJA DEL PUEBLO, QUE ADEMÁS SE DECÍA TATARANIETA DEL LIBERTADOR

LUIS EDUARDO VALDÉS ROMERO

[Taller Permanente de Escritores Guaviarí, San José del Guaviare]



Pueblo Grande, 30 de septiembre de 1989

Queridas hermanas:

De verdad que poseo un cierto dejo de apatía por las cosas lúgubres y siempre he sido enemigo de las historias funestas; de los velorios, entierros, cabos de año... Pero hoy me siento transportado por la fantasía, después de haber asistido al sepelio de la finada Eva.

Se preguntarán ustedes: ¿Quién es ella y por qué causa tanto revuelo?

Siendo honesto conmigo mismo, no es nadie así que digamos *uy, qué bruto*. No, en realidad lo es. O mejor: era una mujer como cualquier doña. Honesta y hogareña, pues con sus ciento seis años auestas, con sus múltiples arrugas y sus limitaciones y achaques, propios de tan avanzada edad, no podía ser otra cosa.

Doña Eva. Pese a todo, lo que sí poseía era una imaginación indescribible y una memoria apenas comparable con la de un elefante.

Ella podía recitar a pie juntillas los nombres de todos los presidentes, desde el mismísimo Simón Bolívar hasta Belisario Betancourt,

incluyendo el partido político al que pertenecían, el año de su nombramiento, el año de su salida e incluso el día de su muerte. Ella se sabía de memoria los nombres de sus ancestros familiares por rama materna y paterna, incluyendo abuelos, tíos, primos, bisabuelos, tatarabuelos y el resto de afinidades familiares que puedan existir en el mundo. Todos creíamos lo que nos contaba pues no nos quedaba otra alternativa dada su avanzada edad, y por ende su gran experiencia.

Esa es una de las muy pocas ventajas que tienen los más viejos sobre los más jóvenes, pues ellos pueden contar toda suerte de carajadas, toda gama de mentiras, toda clase de fantasías que tienen que creerse por ley y por no tener evidencias para refutarlas.

Verdad o no, doña Eva contaba muchas cosas de la historia de nuestra patria, cosas que no estaban en los libros de historia, cosas que historiadores, periodistas, investigadores y eruditos de todas las marcas y colores no habían esbozado nunca, al punto que algunos llegaron a exaltarla como una mujer revelación y con poderes de clarividente. Otros, por su parte, la tachaban de loca y embustera.

Cuando conocí a doña Eva, yo era un niño. Tan niño que, con mis bellas y avanzadas travesuras fui capaz de enloquecer un perro de los grandes, y hacer huir de casa a una mucama con más de cuarenta años de antigüedad.

Doña Guma. Como ustedes bien saben, hermanitas, vivía en la casa de los Riaño, la familia vecina y amiga sempiterna de nosotros.

El hogar de los Riaño —compuesto por doña Teresita, don Edilmo y sus doce hijos— había conservado desde tiempos inmemoriales a Gumersinda Panqueva Piraquive al servicio de la familia y cariñosamente le decían «La Gumita».

La anciana mucama parecía no tener familia cercana y nadie más en la vida que los Riaño, y fue así que permaneció por tanto tiempo ayudando a criar y educar a los doce muchachos, los cuales para la época eran curas, maestras, celadores, carpinteros... y, eso sí: todos viejos.

Como doña Teresita y don Edilmo ya se habían quedado solos, a doña Teresita se le ocurrió la brillante idea de decirle a mi mamá:

—Oiga, misia Rezura, ¿por qué no me empresta unos díttas al Luquitas pa que nos acompañe en la casa y le ayude a Gumita a aprontar la agua y el palito e leña?

A mi mamá no le pareció mayor problema y me mandó para la casa de los Riaño.

A los ocho días completicos doña Teresita me trajo de vuelta. Ustedes se acuerdan, hermanitas.

—Este «jodío» es el mandinga en pasta, misia Rezurita —le dijo doña Teresita en el colmo del enojo a mi mamá.

—Pero ¿qué tanto hace mi muchachito? —preguntó malhumorada mi vieja.

—Gumita jamás tuvo *peo* alguno con mis muchachos, y a este guante no se lo aguantó y se fue de la casa.

En realidad, no sé qué tantas cosas malas hacía yo para que la vieja gruñona de doña Guma decidiera largarse, cuando lo único que hice en esos ocho días fue trabajar como un galateo y en los poquitos ratos libres jugar con Roni, el dóberman de la casa, de quien doña Teresita tuvo la desfachatez de decirle a mi mamá que había enloquecido de tanto que yo lo martirizaba...

Treinta años más tarde, el día de su sepelio, doña Eva se miraba tan vieja como la primera vez que la vi. No sé cómo la gente logra detenerse cronológicamente de forma tan sorprendente.

Ustedes se acuerdan, hermanitas, cómo era que doña Eva llegaba dos veces por día a nuestra casa, pues como no había letrina en la suya, siempre aparecía por el patio de atrás diciendo.

—Misia Rezurita, emprésteme la letrina pa ver si puedo.

Y se metía al sanitario para salir media hora más tarde totalmente bañada en sudor, temblorosa y con los ojos llorosos.

Con el colapso que le causaba la entrada al baño parecía operarse un milagro, y doña Eva iniciaba sus consabidas historias que abarcaban apartes de la independencia, de la reconquista española, de la Patria Boba. Hablaba de los carracos, de los patidores, de la guerra de los Mil Días, de la violencia de los años cuarenta, donde «los chulavitas y la chusma se prendían a bala a toda hora por el solo placer de mirar jetiar a la gente». Es decir, nos contaba en un ratito toda la historia de nuestra nación. Eso sí, poniendo siempre a su familia en el papel protagónico.

En esas largas y divertidísimas jornadas de historia que escuchábamos todos los de la casa entre felices e incrédulos, doña Eva llegó a lo máximo de su apuesta al afirmar que ella era descendiente directa de un soldado y una hija del Libertador Simón Bolívar; historia que hoy recuerdo a medias pero que trataré de resumir echando mano de lo poco que mi mente infantil captó en ese entonces.

Cuando Bolívar y sus soldados lograron vencer al ejército español, ya sin mucho que hacer se asentaron en algún lugar de los Llanos, en donde permanecían la mayor parte del tiempo, limpiando sus viejos máuseres, cazando grillos y hablando, en una inactividad que comenzó a volverse demasiado tediosa.

Fue entonces cuando supieron que un reducto del ejército chapetón aún permanecía en la nación haciendo estragos en las poblaciones indefensas. Entonces decidieron perseguirlo, y aunque nunca encontraron el mentado reducto, lo que sí hallaron fue a un niño indígena abandonado, el cual adoptaron y el cual se volvió el protegido del ahora inactivo ejército patriota. Paralelo a este suceso, apareció una mujer. Tal vez una de las múltiples conquistas del Libertador en sus tiempos de gloria. La mujer le entregó una niña de pocos años, asegurándole que era su hija.

Según doña Eva, estos niños, después de criarse juntos, se casaron, tuvieron hijos y de ese linaje provenía ella.

Está claro que ella recitó al pie de la letra, no solo el nombre de los niños en mención, sino de toda la línea generacional de su árbol genealógico, desde Bolívar hasta ella, pero yo en ese momento, infortunadamente, no presté ninguna atención.

Hoy, que doña Eva está muerta y que yo, pese al incidente en la casa de los Riaño soy una persona decente, y teniendo en cuenta que el destino me ha acomodado en una próspera carrera de periodismo y que por avatares de la vida se abre una convocatoria de periodismo nacional cuyo tema central no es otro sino el bicentenario, no he hecho otra cosa más que lamentarme por no haberle parado bolas a aquella jugosa historia que hubiera sido merecedora del más grande premio que uno se pueda imaginar, toda vez que hablar de hijos del Libertador es algo totalmente *sui generis*, máxime cuando lo que afirman los cánones de historia certificada, veraz y secular es que el Libertador era estéril...

En el ajeteo que conlleva el menester de poner fuera de circulación a un finado, donde los unos ponen cara de piedad hipócrita con la intención de que no los sancionen a la hora de la repartición del tinto, la aromática y el aguardiente, y los otros disimuladamente echan chistes de medio pelo, cuidándose eso sí de que los deudos no se percaten y los saquen del velorio; donde otros hacen comentarios entre técnicos y burlones sobre la logística del velorio tales como el precio del ataúd,

la calidad del coche fúnebre, el aroma de los cirios, la pertinencia de la serenata y la estructura semántico-religiosa del sermón del ministro que ofició la ceremonia... Fue en medio de todo ello donde conocí a doña Emérita y a doña Berta. Ellas afirmaban haber sido compañeras de andanzas juveniles de doña Eva. Y, como eran tan viejas, no tuve otra alternativa que creerles.

Doña Bertha hablaba muy poco y entendía solo lo que le convenía. Doña Emérita, un poco más conservada, se mostró receptiva ante mi apremio casi demencial, ante mi insistencia agónica, movida por la cercanía de la convocatoria al Premio Nacional de Periodismo. Accedió a contarme la historia de doña Eva, la mujer más vieja de pueblo chiquito.

Estaba más que feliz. ¿Quién quita que tuviera en mi haber el santo grial de la historia de Colombia, que daría un vuelco total a todo lo que se había especulado acerca del Libertador? ¿Quizá lo que se aseveraba de su esterilidad no fuese más que una aberrante mentira y sin saberlo estuviésemos andando en medio de la simiente del Padre de la Patria?

Por donde se mirara, la historia de la tataranieta de Bolívar era fascinante. Si se pudiera corroborar que el Libertador efectivamente dejó descendencia, sería un *boom* inigualable, envidia de periodistas, investigadores, historiadores... y fuente de un caudal astronómico de dinero, prestigio y poder. Y si fuese simple especulación de doña Eva, también se convertiría en todo un golpe mediático que daría mucho de qué hablar.

Imaginando la jugosa ganancia que representaba la historia de doña Eva, llegué a casa de doña Emérita, pero como hablaba tan bajo, tan lento, tan pausado y tan enredado, y como su dentadura postiza se movía imprimiendo mayor sordidez a sus palabras, opté por visitarla a diario y grabar la conversación para después, en la soledad de mi cuarto, en la cola de un banco o en el ajetreo de un bar, traducir y copiar.

Después de un agobiante mes de grabaciones, traducciones y transcripciones ininterrumpidas, omitiendo eso sí toda suerte de rodeos y frases innecesarias emitidas por doña Emérita, logré consolidar el siguiente borrador de la historia de la mujer más vieja del pueblo, que además se decía tataranieta del Libertador. Así:

La Evita llegó con los siete criatureros aquí a pueblo chiquito, ingrísimamente sola, porque se habían aborrecido con el finao Escobar

y a ella le tocó echase al hombro a todos los sutecitos.

Treia puro guipita a Pachatico, y bolantoncitos al Moñono y al Chumin. Hay pa arriba taban: El Chitica, la niña Barbarita, el Yei y el Patipon. Y pa colmu e males taba en estado interesante de la Estelita.

¡Ay, divino rostro! Usted juera visto don Luquitas, como taban de patraciaos todos los criatueros. Eso toiticos cabezones, toiticos oji-jondos niguatosos patojos y hasta jetidos.

La Evita, pa qué pero tuavía taba güena moza y como tuavía taba casamentera, y como en esas habíamos poquitas chinas aquí en pueblo chiquito, el primero que li hizo el lance y le dijo que se emparejaran fue el viejo Moisés gritón, pero la finaíta no quiso, no quiso y no quiso.

En después jue el finao Mesías patechipa el que le propuso amores, y tampoco. Antonces le cayó el finao Fidelino, luego el tuerto Ruperto, el viejo Clemente chuchero y en últimas el finao Rosendo el alcalde di aquí, y pa que la china le parara bolas y pusiera amoríos con él, le arregaló un lotecito en tuel frente al parque; y la finada tampoco quiso poner amores con él. Pero al finao Rosendo eso no li importó y siguió gratándola: él le treía colaciones a los criatueros, él le treía mauros a la finada, él le regalaba los bojotes de cebolla, guatilas y repolla, él le treía pionias, guchubas y garbinchas al pachatico. Y como naa de eso le valió pa que la finada pusiera amores con él, se puso toriao toriao y comenzó a hacele la vida imposible a la pobre china, a echale vainas, a tratala como las cachazas patas de él, encomenzó a tirale afrecho e recaó al lote, a decile a la gente que la Evita era una tal por cual, que era bruja, que era comunista, y que le robaba los güevos y las gallinitas al padre Achuri, en compañía con la vieja Santos Loca...

En esta parte, mi exasperación estaba casi al límite. Yo no necesitaba la historia personal de doña Eva. No era su catálogo de amoríos y desventuras lo que me urgía para ganar mi premio de periodismo, era la historia generacional de doña Eva y la confirmación de su parentesco con el Libertador. Pero a pesar de mi desespero y frustración, me propuse continuar escuchando durante otro mes a doña Emérita a ver si al fin le daba donde era. Pero, por cosas de mi trabajo, a los ocho días, muy a mi pesar, tuve que ausentarme de pueblo chiquito.

Pasaron seis meses en los cuales realicé grandes cubrimientos, como la toma del Palacio de Justicia y la avalancha de Armero, pero a pesar de los éxitos de mi carrera, a pesar del dinero que corría con fluidez por mis manos, a pesar del licor, los viajes al exterior y las buenas mujeres, mi insatisfacción era total y mi mente solo apuntaba a la historia de la tataranieta de Bolívar. Así que, una vez que pude, regresé a pueblo chiquito y sin mucho preámbulo pregunté por doña Emérita. Me dijeron que estaba en el hospital.

Con la terquedad e imprudencia propias del periodista promedio, ese mismo día estuve en el centro de salud, grabadora en mano. Tenía la firme intención de no dejar perder esa historia tan peculiar.

Doña Emérita estaba conectada a toda una gama de tubos, mangueritas, catéteres... su rostro estaba pálido y muy perfilado y sus arrugas se veían mucho más pronunciadas.

Sentí tristeza. No sé si por el estado tan deplorable en que se encontraba o por estar a punto de perder la historia que me haría ganador del Premio Nacional de Periodismo.

—Hola, doña Emérita —le dije mientras accionaba la grabadora.

Por toda respuesta solo escuché:

—Ayyyyu agaa ji ji shh shh.

La serie de onomatopeyas se entremezclaba con el sonido de las máquinas de reanimación y los aparatos de oxígeno.

Aún tengo vivo el recuerdo de la grabación que dejó doña Emérita tres días antes de morir, y aunque traté por todos los medios de descifrar lo que dijo, solo pude rescatar, en medio de los ronquidos, zumbidos toses y expectoraciones, la siguiente frase:

—Bertica también conoce le historia.

La grabación con doña Bertha, dos noches después del velorio de doña Emérita, fue un rotundo fracaso. Si alguien es capaz de traducir el sonido de una subienda de chúbanos, podría también traducir lo que dejó grabado doña Berta un mes antes de morir.

Por ahora —pero solo por ahora—, queridas hermanas, tengo que resignarme a ver esfumarse el Premio Nacional de Periodismo. Y, peor aún, a no poder confirmar nunca la historia de la tataranieta de Bolívar

Atte.

Su hermano,

LUCAS ORLANDO OVIDIO PÁRAMO

MUERTO EQUIVOCADO

JESSICA OBANDO

[Taller Funza para contar, Funza]



—¡Ese muerto no es mío! —exclamó Teresa luego de abrir por última vez el ataúd de la que creía era su madre.

Iban a cremarla, tal como lo exigían las normas de bioseguridad de la pandemia, pero el rostro que se escondía debajo de la brillante capa de cedro bossé no era su madre, ni siquiera era una mujer; era un hombre diminuto, sin traje formal, con el rostro pálido y con las mejillas hundidas.

—¿Quién es este señor? Por Jehová, qué falta de respeto, nosotros hemos pagado el mejor servicio funerario para mi mamá, para Cecilia Gallego, no para este señor. ¿Quién es este hombre?

El tipo del coche fúnebre solo se rascaba la cabeza y revisaba nerviosamente la lista de cuerpos que había cargado durante el día. Recordaba a todos *sus* muertos, como solía decirles, pero a este sujeto no lo tenía en mente, excepto tal vez que...

—Señora, ha habido una confusión, ese hombre es un N.N. Se supone que debíamos cargar a dos muertos en un viaje para cremar este cuerpo, pero... no entiendo en qué punto todo salió mal, voy a preguntar por los que ya cremaron hoy, tal vez alguno tenga información... Espéreme aquí, por favor.

El hombre salió a toda velocidad hacia el edificio, subió las escaleras de dos en dos y se perdió más allá de las puertas de cristal que tenían una cruz desde el piso hasta arriba.

—Esto es el colmo, primero nos dicen que no podremos enterrar a mi madre porque tiene covid, nos toca despedirnos acá en la calle antes de que la metan en ese edificio, luego le ponen a mi mamá una cruz en el ataúd, imagíneso eso, y ahora ni siquiera es ella. No es mi mamá.

Teresa se sentó en el andén no sin antes alisarse el gabán negro para evitar las arrugas, después miró el ataúd al fondo del coche fúnebre que había dejado el baúl abierto, dio un suspiro largo que poco a poco se fue convirtiendo en llanto, se limpió las lágrimas, desde el lagrimal hasta las orejas con delicadeza para no dañar su maquillaje.

—Ya lo solucionaremos, tú tranqui...

Los otros familiares se sentaron a lado y lado de Teresa mirando un horizonte ciego, como esperando que algo sucediera.

Pasados unos cuarenta minutos bajó el chófer, tenía los ojos constipados y una actitud incómoda, en sus manos sostenía una bolsita plateada minúscula, amarrada con un nudo brusco. Teresa se puso de pie con rapidez, los demás tardaron un poco más en incorporarse.

—Señorita, lamentablemente su madre ha sido cremada con los demás N.N. que salieron hoy, no es un proceso que se haga por persona, sino que, en este caso, se creman varios cuerpos al mismo tiempo. Por la acomodación que me indicaron, es posible que estas sean las cenizas de ella. Lo siento mucho.

Teresa estiró la mano, que temblaba por la ira y la tristeza, le arrebató la bolsita y la observó por un largo momento.

—¿*Yyo?*

El susurro que salió del coche hizo que Teresa dejara caer la bolsita

—*Tengo un nombre, y solía tener una vida.*

Todo se quedó en silencio por un momento, y Teresa miró a los demás. Esperaba que alguien hubiese compartido el hecho, pero nadie parecía haber oído nada.

Miró el baúl y vio allí sentado al hombrecillo, o a lo que parecía una versión fantasmagórica de él.

—*Emilio, ese era yo, solo yo... Emilio a secas, buscando un lugar en el mundo.*

—Esto no es verdad, me estoy volviendo loca... ¿Me estoy volviendo loca?

—*No, usted está cuerda, está bien. Cecilia también está bien, ha venido y la ha acariciado antes de evaporarse en el universo, ya no queda nada de ella, pero yo estoy aquí, sin nadie, hasta sin nombre, dijeron. Su mamá quería ser enterrada, prepararse para el paraíso, por eso nunca imaginó un escenario en el que sus cenizas debieran ser esparcidas; yo, en cambio, siempre quise ser cenizas, siempre quise volar.*

Teresa pensó por un momento que Emilio era un atrevido, ¿Cómo era posible que le estuviera pidiendo reemplazar su duelo? Quitó la vista y la posó sobre un árbol, sobre sus ramas y sus hojas, y pudo sentir cómo el sol del crepúsculo, que atravesaba la corteza verdosa, le acariciaba débilmente las mejillas. Pensó en su madre y de repente una hoja seca se meció hasta desprenderse, la hoja empezó a elevarse hasta que fue imposible verla más... una nueva hoja cayó del árbol, pero, en vez de elevarse, cayó suavemente a sus pies.

—¿En dónde quiere volar, Emilio?

—*Existe un cerro, por allá por Cota, el Majuy, desde lo alto quiero volar...*

—Crémelo, me llevaré sus cenizas

Todos observaron a Teresa, incrédulos

—¿¡Qué!?! ¿Y Cecilia qué?

—Ella se ha ido, ya no está más aquí. ¡Quiero las cenizas de Emilio y punto!

El chofer cerró el baúl y Teresa pudo ver cómo Emilio sonreía mientras se evaporaba. El coche entró al edificio y, luego de unas horas, el hombre salió con una cajita con el rótulo N.N.

—Teresa, ¿estás bien? Con todo respeto, mi primi bella, ¿cómo vas a recibir estas cenizas? Pagamos un servicio para mi tita, no para un don nadie...

—Es mi decisión. Yo soy quien respondía por ella, no se diga más, esto nada tiene que ver con el dinero.

Todos subieron a la camioneta roja de Teresa, ella los dejó a todos en su casa y entrada la noche solo quedaban ella y la caja. Teresa la tomó y con un rotulador tachó el «N.N.» y anotó «Emilio». En su celular escribió: Cerro del Majuy, y dejó que una *app* la guiara.

El camino fue largo y silencioso; el trayecto lleno del misterio que solo la noche puede brindar. Una vez allí, Teresa tomó el sendero empedrado que llevaba hasta la cima, ascendió con marcha firme, de vez en cuando se detenía para ver la montaña y deleitarse de la vista que una luna llena iluminaba.

Por fin llegó a la cima y allí pudo ver la belleza verde manchada del azul de la noche y la luz de la luna. Sintió la brisa y respiró la pureza que solo la cumbre puede brindar, caminó hacia el abismo más cercano y una vez allí abrió la caja y arrojó su contenido al viento.

Las cenizas se elevaron, volando hacia la luna como si fuesen un grupo de luciérnagas.

—Adiós, Emilio. Dígale a mi madre que la quiero...

Un par de luciérnagas titilaron y desaparecieron. Teresa sonrió y dejó que la brisa jugueteara un poco con su cabello. Luego se marchó.

PASES DE CORTESÍA

GERMÁN BERNAL

[Taller Nautilus, Tuluá]



Salí huyendo hacia la noche fría. Corrí algunos metros fuera del local y vi que no me persiguieron. Era sábado y Lavalle hervía de gente: turistas esbeltas hablando en portugués; hombres y mujeres que iban o venían, hacia y desde Carlos Pellegrini, a tan solo unos pasos de allí; parejas parsimoniosas y transeúntes presurosos con afanes desconocidos. Lavalle en pleno furor. Las luces neón destellando ese aire de gran ciudad. ¿Por qué huía? No sé. ¿De quién? Del mismo hombre que veinte minutos atrás había sido muy amable conmigo, mientras caminaba sobre la calle Pellegrini, hacia mi casa, una noche de invierno.

Buenos Aires era entonces un tapiz de volantes y el oficio de volantero una legión. En los bolsillos llevaba siempre algunos para arrojar en basureros urbanos sin siquiera mirar, porque el contenido era predecible. Restaurantes y burdeles dominaban la escena marketinera del volanteo en la ciudad. En su mayoría eran burdas fotocopias de la peor calidad, pero suficientes para brindar información sobre el producto anunciado.

Un hombre repartía volantes en un costado de la calle Pellegrini, metros antes de cruzarse con Lavalle. Yo caminaba rumbo al obelisco para doblar sobre Corrientes en dirección a mi casa, en el tradicional barrio de Almagro. El subte no prestaba su servicio a esa hora de la noche y preferí caminar en lugar de tomar el colectivo. El invierno era suficientemente frío para mí, un neófito en asuntos estacionales, proveniente de una calurosa ciudad tropical. Decidí caminar a paso de turista y escudriñar los rincones de la ciudad mientras calentaba mis músculos. Recibí el volante sin mirarle la cara y sin mirar el papel. Me detuve solo un instante para abrir el morral y depositar allí la basura de mis manos.

Su voz interrumpió aquel acto mecánico: «Todos son iguales. Nadie me escucha, nadie me mira». Inmediatamente me quedé escuchando su queja. Mis ojos fijos en los suyos, prestos a recibir lo que tenía que decirme. El hombre soltó una retahíla de alabanzas: «Este trabajo es muy duro —decía—, pocos pibes como vos». Yo no estaba muy interesado en escuchar sus lamentaciones que, de entrada, percibí un poco fuera de lugar, pero tampoco era capaz de ser lo suficientemente descortés como para dejarlo solo. «La gente no se fija en uno que trabaja en esto porque hay que vivir de algo», continuaba mientras yo no entendía en qué aportaba a su valoración personal el quedarme escuchándolo. No tenía ningún afán, pero fingí tenerlo y por fin lo interrumpí. Agradecí su trabajo y la información en la que aún no me había fijado. Sugerí que algunos amigos me estaban esperando en el obelisco para ir a cenar. Él, en todo caso, agradeció por haberle escuchado. «Sos buena onda —dijo—. Vamos, te daré pases de cortesía para que volvás cuando quieras.» Entonces miré el volante y me di cuenta de lo que se trataba. Me pidió acompañarlo hasta un local para que su jefe firmara la autorización de algunos pases de cortesía, con los que podría volver sin afanes y, si quería, podría invitar a mis amigos. Le agradecí, pero advertí que no me interesaba. El hombre insistió. Entonces pensé que era una buena oportunidad para conocer un lugar como aquel, en simple calidad de curioso de un escenario al que probablemente no volvería.

Cuando entré al burdel, acompañado del tipo, dos mujeres en la puerta nos recibieron. Sabían que yo, o alguien como yo, llegaría en cualquier momento: desprevenido o curioso, al menos. La pelirroja del lado derecho fue la primera que vi. Muy alta y blanquísima. Su cabello, fuego en medio de la nieve. La mujer del lado izquierdo era morena, más baja y robusta, con un rostro angelical de cabellera ondulada y frondosa. Ambas muy divas y de belleza sobresaliente.

Noté enseguida el tono caricaturesco que adoptaron al hablarme. Al mejor estilo de una comedia latina, la voz susurrada y con impostado acento argentino, preguntaron mi nombre. Me tomaron cada una por un brazo e hicimos una entrada triunfal a través de un estrecho y corto pasillo. Un túnel de tenues luces rojas que desembocó en un amplio salón. Nada parecía sorprender o desligarse del cliché más predecible. Al fondo una barra de licores y, en frente, un sofá rojo en L que daba la espalda a la puerta de ingreso. Apenas si pude darme cuenta que el hombre ya no estaba con nosotros.

Una vez sentados sobre el enorme sofá pregunté por el hombre. Sin dar una respuesta concreta arremetieron con preguntas. «¿De dónde sos?, qué linda tonada tenés, ¿cómo te tratan las argentinas!», y una larga lista de frases y cuestiones a las que respondí con obediencia, pues era un guion fácil de seguir. Pasaron, tal vez, cinco minutos cuando decidí salirme de la escena prevista, haciendo uso también de frases prefabricadas. *Fue un gusto conocerlas, volveré con mis amigos, es una lástima que tenga que irme, me están esperando...* en esas estaba cuando apareció un hombre, uno diferente al volantero. Puso sobre la mesa frente al sofá, tres copas, mientras las divas intentaban convencerme para que me quedara. «¿Cómo va a dejarnos solas un chico tan lindo como vos?», mientras tanto una rozaba con su mano mi pierna y la otra me acariciaba un brazo. «Ven, bebé con nosotras que es cortesía de la casa.» Insistí en irme, por lo que no tomé ni un sorbo de la copa. Ellas tan divas y yo tan atormentado, insistieron en que el hombre tardaría solo unos minutos con los pases de cortesía y que les encantaría verme de nuevo.

Previeron que irremediablemente me iría. En la conversación final se autodenominaron damas de compañía y me contaron que su tiempo valía. Como el oro, supuse. Dijeron que su trabajo era hacer sentir bien a los clientes y que por ello cobraban. Entonces remataron con una frase lapidaria: «Llevamos un buen rato hablando con vos, que lindo que sos, muy agradable, muy buen chico». Me di cuenta en ese momento de que la escena tendría un final inesperado. Primero balbuceé, desarticuladamente, que no tenía la intención de permanecer allí más de unos cuantos minutos. *Solo espero al hombre con los pases de cortesía*, rematé. Agregué la promesa de volver y fingí interés en estar nuevamente con ellas. Aquella patraña no fue suficiente. Las mujeres pasaron a explicarme la letra menuda de un contrato inexistente: «Los pases de cortesía son para que regresés después. Hoy llevamos un rato conociéndonos y sos encantador, pero nuestros servicios...». Interrumpí con alguna frase torpe y me volteé hacia la morena para darle un cálido beso en la mejilla. Solté de la mano a la pelirroja y las miré, quizá con dulzura. Sonrieron. Al sentirme liberado, trepé sobre el sofá y salté tras el espaldar. Corrí tan rápido como pude hacia la salida, mientras escuchaba un alegato tras de mí. Giré la cabeza para mirarlas por última vez y vi al hombre correr detrás. Aceleré y entonces me encontré con las luces neón en Lavalle. Me mimeticé entre la multitud.

OLOR A GÜIRES

DANIELA ZULUAGA

[Taller Casa Barullo, Bogotá]



Cuando recogimos todo, Angie me preguntó si quería irme con ella en el carro. El sol estaba cayendo y el cielo había empezado a coger esos colores inmensos y brillantes que solo se pueden ver en Los Llanos. Aunque me sentía un poco triste, también sentí que me merecía esa recompensa. Estaba convencida de que tanto los niños y niñas como yo habíamos hecho un buen trabajo. Lo triste es que se nos estaba acabando el tiempo. Mañana era el cierre de la actividad y yo me iría. La brisa del río me corría fresca por entre la nuca mojada de sudor. Sonaba un canto de pájaro lindo, pero no lo podía ver.

Qué raro que Maicol no viniera, le dije a Angie ya cuando estábamos solas en el carro y el aire acondicionado se había llevado el calor suave de la tarde. *Dani, bueno, ya ves cómo son las personas acá. Es muy difícil poder contar con ellos.* En la radio sonaba Cepeda. Angie iba cantando y yo también, aunque pasito. Ella era de estas mujeres hermosas y que sin importar la situación siempre se ven muy bien vestidas, maquilladas y peinadas. En un semáforo sacó un splash que tenía guardado y se lo echó por todo el cuerpo. Luego se cogió la camisa y se la llevó hacia la nariz, metiendo la cabeza entre los pechos. *Uy, no. Es que ese olorcito no se quita, ¿no? Ahí con los demás decimos que uno queda como con ese olor a güires, el mismo que tienen ellos.* Güires era el nombre del lugar donde estábamos trabajando, un asentamiento improvisado de migrantes que venían desde Venezuela. *Sí, yo también quedé como si me hubiera metido en una piscina, tengo la camisa empapada.* Oíamos horrible, como a ese olor ácido y fuerte de cuando el sudor se seca. Con las ventanas cerradas y ese perfume dulce encima todo era peor. Solo quería llegar a darme una ducha.

¿Sabes qué pasó con Maicol? Él me dijo que no contara nada, pero bueno, es para que veas que no fue porque no quisiera. Empezó a decirme Angie, yo creo que porque me veía pensativa. *Ayer, cuando acabamos la actividad, Maicol me dijo que se les había acabado el jabón en la casa, que la mamá no había tenido para comprar y que él no sabía qué hacer porque no quería venir así al otro día. Yo la verdad es que me hice la loca porque es que también, Dani, uno no siempre puede dar.* Nos miramos las dos brevemente, abrimos los ojos y cerramos duro los labios, haciendo ese gesto de impresión y resignación que es tan común entre la gente que trabaja en lo social.

Ya tenía mi pequeña rutina para cuando llegaba al hotel. Apenas cerraba la puerta ponía el aire a dieciséis. Me quitaba el jean, las medias, los tenis llenos de polvo, la camiseta azul húmeda y olorosa, los cucos, el top. Sentía con los pies calientes la baldosa fría y lisa, blanca, veía las venas de mis pies hinchadas. Quería desprenderme de este cuerpo pegachento y volver a oler a mí. Entraba a la ducha y me soltaba la moñita del pelo. Sentía cómo me iba llenando de agua, cómo los chorros me corrían por los mechones de la cabeza, el cuello, las nalgas. Siempre que llegaba había un jabón nuevo, todos los días uno, solo para mí, para estrenar, para abrir, para gastar un poco y luego hacer lo mismo con otro. En la ducha había varios cadáveres de jabones apenas usados. Esa tarde preferí guardar el nuevo y usar uno de los que había por ahí.

Luego salía de la ducha y hacía ese truquito que había aprendido en casa de mi abuela para lidiar con el calor: secarme mal, dejarme gotitas de agua por todo el cuerpo para llevarlas conmigo, como los vasos que transpiran el frío de los jugos helados. Me acostaba en la cama y el viento artificial del aire acondicionado me corría sobre la piel. Las gotitas se ponían heladas. Me sentía más yo, limpia y fría. En el hotel había una cobija enorme, era morada, morada rojiza, y en ella se veía un tigre andando entre un pastizal. Me envolvía todavía mojada y sentía suavcito, peluchito. Cerraba los ojos. Creaba una nevera en medio de Los Llanos, sin sol, sin calor, sin luz y sin ruido. Atrás quedaba el patio sin paredes y a borde de calle donde trabajaba, las motos pasando, el polvo, los perros flacos y con garrapatas. Esa tarde quería algo distinto. Toda envuelta, inhalé fuerte y busqué en mí algo de ese olor. Solo vino el dulce del jabón, las flores a las que había quedado oliendo mi pelo.

Al día siguiente era el cierre de mi trabajo. Maicol estaba allí. Se veía muy limpio, recién bañado. El pelo aún lo tenía mojado, brillante y negro. Su piel morena relucía. Como me hice al lado suyo, podía sentir que incluso olía a desodorante Axe. Sentí el jabón del hotel que había traído en el bolsillo y me sentí estúpida. *Chicas y chicos, mil gracias por venir. Como saben, hoy es el día más importante de nuestro trabajo juntos. Hoy vamos a hacer el cierre y les vamos a mostrar a sus papás, mamás, vecinos del barrio y a la gente de las organizaciones todo lo que hemos hecho. Vamos a mostrarles que los niños, las niñas y los adolescentes de Arauca sí tienen voz y tienen muchas cosas que decir frente a la situación de violencia sexual que se vive en el territorio. Ya tenemos listos los fanzines que hicieron, quedaron hermosos. Y, como ya les había contado, la idea es que hoy hagamos una feria para mostrárselos a todas las personas.*

De mi equipo no había llegado nadie. Fredy me trajo con la carpa, me ayudó a descargarla y luego se fue. Los chicos y chicas se pusieron a ayudar. Parecían hormiguitas cada uno cargando un tubo, una mesa, una parte de la lona. El viento corría fuerte. Ahora que lo pensaba bien no entendía por qué habíamos elegido este lugar, la cancha de Los Güires, al lado del río. Ahí donde estábamos armando la feria una chica encontró una jeringa usada. *Bótala, bótala*, le dije. Los fanzines de los chicos volaban por todas partes y nadie estaba ahí, éramos solo ellos y yo. El sol caía pesado sobre nosotros.

Quería llorar, pero ellos no. Los chicos y chicas terminaron de armar la carpa y la pusieron perfectamente. Arreglaron las mesas y las sillas y cada grupo acomodó su puesto. Cogieron piedras y las pusieron sobre los fanzines, ya no se volaban. Fueron a buscar a las personas que no quisieron llegar por sí solas. Ellos mismos hicieron el gran evento que nunca fue.

Nos abrazamos contentos. Un abrazo gigante de veinte niños, niñas y yo. Las cabezas nos olían, todos estábamos sudorosos, cansados, cubiertos en el polvo que la brisa del río había levantado. Me sentí feliz de volver a sentir ese olor. *Seño, seño, vea, vea a los güiri güiri, ahí van volando.* Corrimos a la baranda del malecón del río. Pude ver una bandada de patos hermosos, patos güires, levantando el vuelo desde la orilla y perdiéndose con el río.

Llegó Angie a buscarme. Ya teníamos que irnos al aeropuerto. Mi maleta estaba en el baúl. Me despido de ellas, de ellos. Sabía que no los iba

a volver a ver. Me iba con eso que uno siente en el fondo de la garganta cuando se aleja de la gente que quiere. La carretera al aeropuerto tiene verde a lado y lado. El verde y el calor se meten por las ventanas del carro. Le había dicho a Angie que no prendiéramos el aire.

Nunca había llegado tan encima a un vuelo. Fui la última en subir. Los petroleros e ingenieros ya estaban todos en sus asientos con sus camisas blancas planchadas y sus cascos descansando en las piernas. Hay dos tipos de personas que viajamos a Arauca en este avión de Satena que cuesta casi un millón de pesos el asiento: a los que nos lo paga la cooperación internacional para tratar de ir a hacer cosas que sirvan de algo a la crisis migratoria, y a los que se los paga la empresa para seguir sacando petróleo de la tierra. Nos creemos muy diferentes, pero tal vez ambos grupos terminemos haciendo lo mismo. Sacando cosas de acá para llevarlas allá, al centro.

Mi camiseta estaba aún mojada de sudor, de río, de ellas y ellos, del polvo, del sol grande y amplio. Me pasé por encima de mi compañero de puesto. Cuando pasé, me pareció que dejó de chatear en su iPhone, levantó la cabeza, arrugó la nariz y me miró de reojo.

Yo estaba en el asiento que da a la ventana. Pude ver el río una última vez, el río y esa extensión de tierra, el sol cayendo. Luego nos fuimos poniendo más alto y más alto. Nos fuimos adentrando en la montaña.

Tengo un brote en la piel y mi tía me dice que es por las camisetas sudadas. Me salió poco después de llegar y está por todo mi abdomen. No me rasca, pero me asusta: el brote va formando anillos rosados y ya tengo varios. Mi tía dice que es un hongo que se llama tiña. Yo creo que me traje incrustado el olor a güires. Me compro unas cremas funguicidas y me las echo en la mañana luego de bañarme, al mediodía y después de dormir. Pero no se va, los anillos siguen creciendo y aunque no me rascan empiezo a sentirme débil. Me duele la cabeza, tengo tos y me arde el colon.

Al día siguiente tengo que ir a la oficina a mostrar los resultados. Me toca inventarme de alguna manera unos datos que muestren el impacto de lo que hicimos. Le digo a mi mamá que me ayude y nos quedamos hasta tarde haciéndolo. En la mañana me pongo una blusa de sedita, unos pantalones negros, botas altas y un blazer. Debajo están los anillos rosados.

Las luces eran claras. Los pasillos amplios. Como siempre todo estaba muy limpio, color madera clara, piso pulido blanco y paneles de plástico azul. Tatiana salió a recibirme, parecía feliz de verme y llevaba puesta la pañoleta que le había regalado en su cumpleaños. No la veía desde que yo había terminado la pasantía. Ahora parecía más cercana, más amiga. *¿Pudiste hacer las gráficas con los resultados?*, me preguntó. *Sí, y también traje los fanzines que hicimos, fue muy chévere.* Le conocía esa sonrisa. Sabía que no me había escuchado lo último, que no era tan importante para lo que teníamos que hacer. Llegaron las otras mujeres. Todas como ella, vestidas muy bien, ejecutivas pero modernas. Me sonreían también y parecían entusiasmadas de conocer cómo me había ido implementando el piloto en Arauca. No habían llegado los jefes. Tatiana estaba molesta por eso.

Presenté las cifras. Las mujeres estaban más o menos ahí y más o menos en otros cinco lados. Chateaban en sus teléfonos. Pensaba que no me prestaban tanta atención, pero luego me hicieron preguntas, buenas preguntas que derrumbaron mis gráficas hechas con datos débiles, que trataban de ocultar que esto no había servido tanto o que, más bien, no se podía probar cómo había servido. Una dijo: *Pero, entonces, casi que solo un veinte por ciento de los y las participantes fue con los que pudiste trabajar de principio a fin, ¿sí? Mmm...es que algo de tantas sesiones en frontera es difícil.* Otra mencionó: *Sí, y también me preocupa que a la final no se llegó a un grupo tan grande de personas y es que en emergencias es mucha la gente que necesita atención.* Era cierto y es que sí, era difícil. Tatiana trató de defender todo diciendo que había sido un piloto y que había varias cosas que sabíamos se debían ajustar si queríamos volverlo la estrategia para prevenir la violencia basada en género en todo el marco de la atención a la emergencia migratoria. Yo saqué los fanzines y los puse en la mesa.

Dejaron a un lado sus teléfonos y todas se pusieron a verlos. Estaban encantadas y por unos minutos pudieron ver la cosa un poco distinta. Los fanzines hablaban de monstruos y de estereotipos, de fútbol y de igualdad, de historias en primera persona de adolescentes luchadoras. Nos felicitaron y dijeron que estaríamos hablando a ver cómo podríamos hacer. Cuando salimos, Tatiana me dijo lo mismo y se despidió más o menos rápido porque tenía que irse a otra reunión.

Mi tía me dice que vaya donde una dermatóloga porque mi cuerpo no está respondiendo al funguicida. Llegamos con mi mamá y la doctora

nos dice que no es un hongo. *Lo que tienes se llama rosada y es una de las reacciones que a veces da la gripa. Seguro tienes las defensas muy bajitas porque hay algo que te tiene estresada.* Me manda un antigripal y unas pastillas para alergias. A los pocos días el brote empieza a ceder.

Hace días que no sé nada del trabajo, pero ya me suponía que esto iba a pasar. Seguro se pusieron a hacer otras cosas más importantes. Toca buscar algo más por hacer. Los aros empiezan a desaparecer. Los güires no. Esos los cargo conmigo.

UN CABALLO DE ALTURA

ELOCADIO ORTEGA CARVAJAL

[Taller Tinta de Yopos, Yopal]



Isaac tenía cara de «chico malo», pero en realidad no lo era. Su aspecto de joven grandulón, parco y serio lo hacía ver de tal manera. Inició estudios de Medicina Veterinaria y Zootecnia en «Villao la Bella», como se le conocía a la ciudad de Villavicencio en el argot de sus habitantes. Fue allí, en la Universidad de los Llanos, donde conocí a Isaac Cristancho Forero, a quien de cariño empecé a llamar «Tacha», tal como continuaron llamándolo los demás compañeros del código 2016, el que nos identificaba como primíparos del segundo semestre de 1993.

Con Isaac compartíamos un mismo sentimiento: el amor por los caballos. Coincidíamos también en el gusto por el deporte de los toros coleados y la afinidad por las costumbres de nuestra tierra llanera. Él, atento, me escuchaba cuando le contaba vivencias de mis primeros logros como coleador aficionado en mi pueblo natal. Juntos nos preparábamos para los parciales y exámenes que exigía la carrera universitaria.

Pasamos de compañeros a ser amigos y hasta me volví cómplice de caprichos, también testigo mudo de sus desventuras y triunfos con la chica que lo atormentaba, una catira de ojos de candela en marzo, que lucía más bella cada vez que el viento arremolinaba su lacia cabellera, y los destellos solares le daban más luz que una cascada de oro en tiempos de verano, motivo para que Isaac se sintiera seducido y muy enamorado de la vecinita del barrio.

La necesidad de tener un caballo propio en la ciudad para lograr su sueño de ser el más grande coleador de la llanura, sueño que tanto lo motivaba, lo llevó a traer un ejemplar. Estando en la finca los Venados, propiedad de su padre (don Isaac), recordó su anhelo y escogió el potro de mejor estampa, el más brioso, con una alzada justa que le diera cier-

ta ventaja en los diferentes campeonatos de coleo y con el que apostaría a ser el mejor. El domingo 5 de septiembre, justo el día del partido de clasificación al Mundial de fútbol de Estados Unidos de 1994, entre las selecciones de Argentina y Colombia, que se jugaba en el Estadio Monumental de River Plate, a eso de las 4:40 de la tarde timbró el teléfono de mi casa, en el momento que yo leía un capítulo del libro escrito por la bióloga Helena Curtis, y por aquello del patriotismo le echaba un ojo al partido. Levanté el auricular y era Isaac quien estaba al otro lado de la línea. Su saludo fue breve y de tono preocupado. Me expresó que necesitaba mi ayuda de manera urgente, y yo con el deseo de escapar de la lectura del libro gordo de carátula negra y con un pájaro multicolor impreso. Acudí oportunamente a su llamado y supuse que se trataba de buscarle pesebrera al potro, según lo que dialogamos. Salí con destino a la casa de Isaac.

Las calles de la ciudad estaban solitarias, la mayoría de la gente se ocupaba viendo el partido en casa y otras personas lo veían en las pantallas gigantes de los negocios comerciales. Rumbo al encuentro con Isaac se escuchó el grito de los aficionados cuando Freddy Rincón abrió el marcador.

Llegué a la cita con Isaac. Me esperaba en la casa de sus padres, quienes se encontraban en el restaurante del hotel que hacía pocos meses habían inaugurado. Tacha y yo nos saludamos con calidez, nos estrechamos la mano y, lo noté ansioso.

—Vamos al vehículo y le muestro —me dijo.

En la carrocería de la Toyota Fj 45 3.0 roja había un potro del color de la canela. Al caballo se le notaba el cansancio en la postura y actitud de alerta pasmada, postura natural porque habían viajado por una trocha durante ocho horas desde un lugar recóndito de la altillanura.

—Acompáñame a buscar un lugar para que duerma este caballo —me dijo Tacha.

—Listo, vamos rápido —repliqué y miré el reloj que había en la pared al fondo de la sala y marcaba las cinco en punto de la tarde.

—Está jugando la Selección y va ganando —le recordé.

A Isaac tal partido no le preocupaba para nada, su verdadera preocupación era encontrar una pesebrera para alojar el caballo. Subimos al vehículo en el que transportábamos al equino; Isaac se puso frente al volante, rugió el motor de seis cilindros y partimos raudos. El tiempo apremiaba, pronto iba a oscurecer y estábamos en riesgo de no con-

seguir una pesebrera o un palenque adecuado para el corcel, cuestión que acabó sucediendo: no conseguimos ninguna pesebrera libre. Las pocas posadas para caballos no tenían espacio para un caballo más.

—¿Ahora qué hacemos? ¿Adónde vamos? —me expresó el coleccionador aficionado.

—Ponga luces estacionarias y pensemos —propuse.

A la carrera me dispuse a buscar una solución y se me ocurrió la idea de llevar el caballo al hotel recién inaugurado, del que eran dueños los padres de mi amigo. Dejar al animal en la carrocería de la camioneta no era posible. Si bien Isaac se había traído el canelo sin el consentimiento de su padre, era obligatorio bajarlo, porque el día siguiente era lunes y el señor Cristancho, a las seis de la mañana, iría por la camioneta al sótano del hotel para salir a comprar víveres y abarrotes para el restaurante.

Mi idea en un principio parecía descabellada, pero no lo era. En aquel hotel pintado de color rosa, de fachada con diseño clásico y sobrio, puertaventanas a manera de balcón con vista al exterior en todas las habitaciones, sótano, terraza para eventos sociales en el quinto piso y restaurante en el primer piso contiguo a la recepción; en uno de los extremos de la recepción —recordé— hay una pequeña puerta casi imperceptible que permite el acceso a una terraza donde se ubican dos tanques que surten de agua al edificio. Mastiqué la idea y la lancé.

—Tacha, subamos el caballo a la terraza de abastecimiento de agua del hotel; la escalera es rústica y el caballo a estas horas no pondrá resistencia si lo sabemos conducir —le dije.

Abrió los ojos, se mostró incrédulo.

—Parece usted boludo —me refutó creyéndose émulo auténtico de un argentino.

Insistí:

—Es el único lugar posible a esta hora, además el señor Cristancho jamás sube por allá. Intentémoslo —lo animé con seguridad.

Resignado, y sin otra alternativa a la vista, mi amigo aceptó y nos dirigimos al hotel.

Una vez allí, buscó la llave y quitó el seguro de la pequeña puerta, desatamos la compuerta de la carrocería del vehículo y, una vez el caballo pisó tierra, lo tomé del ronزال, le acaricié la frente, emitió una señal de tranquilidad y relajación, le di una suave palmada en el cuello, le dejé que reconociera el lugar, se incorporara y tomara un nuevo aire.

Con el optimismo al cien por ciento, halé del cabestro y me dirigí a la puerta, crucé el umbral, iniciamos el ascenso de manera lenta y cuidadosa. A medida que avanzaba, Isaac lo arreaba con prudencia para que no se detuviera. A la vuelta de cada piso superado, mi optimismo aumentaba, me convencía de que mi plan era realizable, aunque los cascos del cuadrúpedo tropezaban de vez en cuando con los bordes de los escalones. De vez en cuando el caballo se rehusaba a continuar y nosotros lo inducíamos con suavidad hasta que de nuevo me seguía. Sobre las 6:30 de la tarde, hora en que la Selección Colombia ya había goleado 5 a 0 a la selección albiceleste, lográbamos los dos aventureros subir el caballo a la terraza que tenía a su respaldo una habitación.

—Lo logramos —exclamé.

—¡Sí, lo logramos! —replicó Isaac, aquí va a estar seguro y bajo techo.

Isaac tomó un balde lleno de agua y le dio de beber al canelo, se bebió tres baldados de diez litros cada uno.

—¡Pobrecito!, estaba muerto de la sed —dije.

—¡Sí!, pobre caballito —agregó Isaac.

—El mundo es de los atrevidos, Tacha, mañana será otro día, vamos a ver el resumen del partido.

—No, voy a casa, me daré una ducha, me cambio la ropa y voy donde mi chica, luego lo llamo.

—Vamos y lo dejo en su casa —dijo.

Al bajarme del auto, Isaac me expresó:

—Mañana lo llamo para sacar el caballo, debemos esperar la noche, en el transcurso del día le conseguiré pesebrera.

Subí a mi habitación, tomé una ducha y salí a casa de Rafa, un amigo de noveno semestre, estudiante también de Medicina Veterinaria y Zootecnia, quien iba ya de salida. Lo habían invitado a tomarse un par de cervezas dos de sus compañeros en uno de los bares exclusivos de la ciudad, Marandúa Bar.

—Venga conmigo —dijo Rafa.

Tomamos un taxi y llegamos al lugar. Los amigos de Rafa ya habían tomado y discutían por quién era mejor y más osado en las prácticas de cirugía de pequeños animales, yo entendía poco de la discusión, aún era un primíparo con ilusiones y sueños monumentales, nada más. Mientras la discusión se calentaba, pensé en la suerte del caballo y cómo bajarlo al día siguiente; también pensé si Isaac habría encontrado

a la Mona, ella no sabía que él había regresado del viaje. Al termino de cinco cervezas olvidé la aventura caballuna. Con Rafa de vez en cuando hablábamos y reíamos mientras la televisión seguía repitiendo cada uno de los goles. Se veía cómo los periodistas colombianos festejaban muy efusivos y animados, en medio de la sorpresa que nos dio la tricolor a los colombianos.

Amaneció el lunes 6 de septiembre, escuchaba a lo lejos que timbraba el teléfono y mi cabeza retumbó cuando traté de enderezarla. El malestar por la resaca era tremendo, al cabo de un rato Isaac llegó a mi casa, me incorporé, me di una rápida ducha y salí con él.

—Ya le di agua y comida al caballo, amaneció bien, se pegó unas cuantas orinadas, esa terraza está hedionda —dijo—. Debemos sacarlo ahora, aprovechando que mi papá desocupó la camioneta y se fue a casa con mamá.

—¿Ha pensado como bajaremos a su canelo? —le pregunté con un poco de risa.

—Así como lo subimos —dijo despreocupado—. Todo lo que sube baja —agregó y rio.

—No siempre —dije—. Recuerda que la cosmonauta canina Laika murió en órbita. Bajó, pero muerta.

—¡Uy!, no me diga eso.

—Si intentáramos sacarlo mirando de frente al descenso, el caballo con seguridad se asustará, se irá de bruces y lo más fijo es que nos matemos escaleras abajo —le dije.

—No lo había pensado, es verdad, hasta ahora lo considero —dijo.

—Amiguito, aquí es donde el conocimiento vale —dije.

—Lo bajaremos de cola, es decir, en reversa —propuse.

En esta ocasión no me dijo boludo y asintió con la cabeza.

Llegamos al hotel y merodeamos en la recepción, la hermana de Isaac estaba desconcertada porque una pareja de amantes hospedada en la habitación contigua al recinto donde pernoctaba el canelo le había reclamado que su habitación, la 502, olía a orines de caballo.

—Es extraño —dijo—. ¿Me ayudan, muchachos, y revisan?

—De inmediato, yo me encargo —respondió Isaac—. Y partimos hacia la terraza.

—¡Uf! ¡Llegamos a tiempo! —dijo Isaac.

Enseguida fuimos al quinto piso; el caballo estaba inquieto e impaciente, y mostraba signos de dolor; una de sus patas, la anterior dere-

cha, estaba lastimada y vertía sangre. Sin perder tiempo até un lazo a la cola del caballo, le ordené a Isaac tirar de la sogá con mucha prudencia mientras yo hacía presión en el ronزال hecho de cuero crudo.

El caballo se resistió a dar el paso para bajar en reversa, froté su frente un par de veces y lo volvimos a intentar tirando más fuerte de la cola y aplicando más fuerza en el ronزال. De esta manera logramos iniciar el descenso y a medida que avanzábamos la pata lastimada iba dejando un rastro de sangre cada vez más intenso. Al cabo de una media hora que parecieron semanas cruzamos el umbral de la pequeña puerta metálica, ubicada en el primer piso. Isaac parqueó la camioneta en la rampa, tomó una bayetilla, la envolvió sobre la herida del noble animal y la fijó con doble nudo; desatamos la compuerta de la carrocería y subimos a empujones al que una vez fuera un potro salvaje, parte del sueño de un coleador y en pocas palabras un encarte. El trajín de dos días de penurias lo había amansado.

Cuando terminamos de asegurar la compuerta de la carrocería, el señor Cristancho estaba al lado de nosotros viéndonos lelo, sin parpadear.

—Isaac, ahora a limpiar todo el reguero de sangre, cagajón y orines. En los años que tengo, es la primera vez que veo un caballo dormir en un hotel —dijo don Isaac.

CUATRO CUENTOS CORTOS

ANABELÉN ARCILA VALENCIA

[Taller La filosofía o las mariposas, El Carmen de Viboral]



Señora tempestad...

¡Sea breve, señora tempestad! No me entusiasma su presencia... tome lo que tenga que tomar, pero hágalo rápido, no pretendo que se descubra nuestra relación clandestina, tampoco pretendo hundirme en este lago de sentimientos que usted me provoca. Le agradecería marcharse lo más pronto posible; también quisiera que regresara con prontitud, recuerde que por más locura que cause en mis entrañas, es la mejor amante de todas, a quien acude mi vida cuando tiene un deseo desbordado de evolucionar. Gracias, hasta pronto.

A usted, ¡le hablo a usted!

Aquí me tienes, yo que tanto te odio, ¡yo!, siempre tratando de escapar de tu maldita existencia, tratando de reprimir esa parte de ti que habita en mí. ¡Yo!, que siempre soy quien camina con el alma cerrada, con la mirada recta, con el corazón paralizado. No entiendo por qué, ni cómo, pero siempre logras que vuelva a tu mundo; ese mundo donde todas las líneas son muy delgadas y todos los límites borrosos, o inexistentes; ese mundo donde todo es demasiado, o muy poco, excepto para esos afortunados que logran comprenderte... ellos logran siempre llegar a tu paraíso. No te odio, solo te temo; temo lo que puedas llegar a hacer conmigo, temo lo muy frágil que me siento, temo lo muy intensas que se tornan mis emociones cuando vislumbro el pedacito de ti que subyuga mis ideas y me aturde la cabeza. ¡Sí!, te temo, señor amor.

Dolor

Todas las heridas en tu cuerpo proclaman mi presencia; las hendiduras en tus mejillas, las cicatrices en tu espalda, las grietas en tu alma.

Soy el remedio bendito para tus miedos, soy el asomo latente de todo aquello que por tanto tiempo llevas reprimiendo, ¡soy libertad!, soy sufrimiento.

¡Grita! Lloro muy fuerte, en soledad o en compañía, muy poco me interesa, pero ten siempre en cuenta que solo así podrás conocerme y podrás aceptarme con un hálito de amor para tu existencia.

Una voz sin lengua

Soy ese ruido que todos oyen, pero que nadie logra entender.

Qué fácil es oír, pero qué difícil escuchar. No te preocupes por mí, sabré hacerme notar.

En un mundo que retumba, soy la voz del viento. Podrás apreciar-me frágil, pasajera y sin destino final. Sin embargo, recorro el planeta, el tiempo, la vida, buscando con prisa a alguien que me pueda salvar.

DEBAJO DE LA CAMA ESTABA EL PERRO

EDUARD PEREIRA JARAMILLO

[Taller Club de Escritura Creativa Altazor, Cali]



—¿Sí puedes venir? Llevo tres cafés y nadie entra —le dijo nerviosa al buzón de voz.

Se quitó el guante de la mano derecha. Se dejó puesto el izquierdo y se acomodó el sombrero. No quería quitarse nada, pero usar el teléfono y tomar la taza no se le daba con guantes. La ventana que tenía detrás reflejaba los catorce bombillos que no eran suficientes para llenar de luz la cafetería Cisterna, ubicada a dos casas de la suya.

Miró el teléfono. Tenía buena señal y la batería, aunque pobre, alcanzaba para una hora más de espera.

—¿Qué necesidad tienes de venir aquí si vivimos cerca? Además, no entiendo cómo aplica ese nombre a un lugar como este —dijo el hombre al sentarse.

—Apolo no ladraba —dijo ella.

—¿Y a mí qué carajos me importa el perro? —dijo él.

—Que no ladraba, te digo, y estaba debajo de la cama —insistió ella bebiendo más café.

—¿Es que aquí no atiende nadie? —dijo él, ignorándola.

—No ladraba, Bruno. Solo estaba debajo de la cama y no salía. Lo llamé varias veces —dijo ella sosteniendo la taza de café a la altura de su pecho, como si escondiera algo.

—¿No vendrá nadie?

—Aquí debes atenderte solo.

—¿Cómo en casa? Estoy harto de eso.

—En casa nunca lo hiciste, Bruno... pero ¿el perro?

Se abrió la puerta. Una mujer mayor se sentó al lado. Descargó el bolso y el abrigo y comenzó a mirar desesperada buscando a un mesero.

—Aquí es autoservicio, Sandra.

—Verdad. Siempre lo olvido. Perdona mi retraso, querida. Estaba terrible el tráfico —dijo la mujer poniendo sus gafas oscuras sobre la mesa.

—No ladraba el perro, Sandra. Estaba debajo de la cama y me miraba con rabia —dijo ella.

—¿Y Bruno? —Todavía no se acomodaba en la silla y detestaba tener que pararse a servirse un café.

—Él no hablaba. Apenas movía la mano que trataba de coger a Apolo, pero Apolo no quería que él lo tocara. El perro no quería que lo manchara de sangre. Tuvo que ser eso, Sandra, tuvo que ser eso.

—Deja de pensar en el perro y por lo menos llora. Contenerte tanto hace que las cosas exploten cuando no deben. Te escondes bajo tierra, te recoges y conservas las lágrimas como un depósito de agua. Todo te cuesta.

—Dispararle no me costó tanto, Sandra. Incluso ya tiré el arma al río, pero el perro, la mirada del perro... Desde que me vio entrar se metió bajo la cama y no salió de allá ni cuando escuchó el tiro. Allá debe de estar, Sandra. Que Bruno ya no esté no me importa, pero no quiero que me mire Apolo.

UNA IMAGINARIA CATARSIS

NICOLE LUGO RINCÓN

[Taller DoXa, Bogotá]



Las moralejas parecían estar sobreactuadas y a mi alrededor todos parecían desvanecerse. Al comienzo éramos mi hermana gemela y evidentemente yo, ella era segura y aparentemente perfecta, ella con su vida y yo con la mía, realmente éramos idénticas, la diferencia era que yo estaba en el funeral del supuesto amor de mi vida y ella en su mundo perfecto, supongo. Me agobiaba no estar triste, daba mi mayor esfuerzo pero los impulsos mecánicos de mi cuerpo no respondían, solo pensaba en mí misma y era inevitable convertir mi dolor en un mensaje visible para los otros, mis pensamientos eran susurros, flotaban entre ellos sin poder corresponder a la situación, éramos yo y mi vestido rojo cautivando la atención como siempre, era rara, una contradicción completa, él en mi mente estaba vivo, tan vivo como los colores del lugar, tan vivo como mi cabellera larga y eterna; me reía del cura constantemente, mi abuela me obligó asistir, los lamentos de la gente eran una epifanía para mí, creo que ella sabe que soy adicta, se nota en mis pupilas, mis ojos parecían inyectados de sangre y sin embargo no brotaba ni una lagrimea, mi paranoia entre escalofríos y sudoración en la frente me delataba con las ancianas de al lado; quisiera dar sobresaltos en el coro, las estatuas parecían mirarme fijamente, juzgándome por los moretones en mis nudillos, parecían tan inmaculadas, tan perfectas, que me apetecía estropearlas, su vulnerabilidad era majestuosa, indiferente, la verdad es que yo también quería estar aislada de los gritos del cura, parecía un ciclope en celo, vociferaba cosas del cielo y el infierno sin saber de qué tamaño era el dolor que se encarnaba en alguna parte de mí, ni él ni yo lo sabíamos, eran largas metáforas sin sentido de la muerte y solo el hecho de no entender nada de lo que él decía me excitaba incrédula-

lamente, sus palabras apelaban a una construcción utópica de la vida, su ceguera ante laberintos desarmables con marcas de cólera visibles, donde ninguno de ellos podría darse cuenta de la manera en que él mismo les hacía creer su propio credo, llegado el momento de levantar las cenizas de Artemis, mi pecho resonaba, mi boca no podría dar nunca testimonio de lo que hay más allá, pero esas cenizas parecían simple arena que con el viento se sacudirían y no sabrían dónde parar, quizás en Alaska quedando como hielo para hacer ángeles en el suelo.

Nenúfar

Mi hermana parecía oscura, llevaba meses sin ver a su psiquiatra y me daba escalofríos estar a solas con ella, al pasar por su cuarto me fijé directamente en un peluche de felpa, ella no era de tener peluches, pero me causó curiosidad ese conejo blanco que miraba al vacío, estaba sentado en el pórtico de su ventana. Tomé el coraje para tomarlo, me helaban los pies, su cuarto emanaba aires de persecución y ansiedad, era una niña que no se soportaba a sí misma, llena de jeroglíficos sin sentido en un papel, no tuve miedo y tomé el curioso conejo. Mis ojos se abrieron como platos, mis pies se clavaron en el piso, me sentí inmóvil, el aire de repente se hizo más pesado, tragué saliva y mi boca estaba seca,

—Los ojos del conejo blanco, eran, eran, eran de Artemis. Mi hermana le sacó los ojos... y se los puso a un conejo de felpa. Maniática.

Laysa

Lo conocí en un psiquiátrico, todas las noches me gritaba otro nombre, no me dejaba en paz, me gustaba tener su atención, realmente nunca me dio miedo, me gustaba verlo desvanecerse, creo que nunca se dio cuenta de quién era yo y me gusta ser su enigma, no tendría el tiempo suficiente para conocerme y en cambio él era predecible, un loco más que siguió al gato, tal vez tomó el camino equivocado, pero no importaba ya que él está inmóvil frente a mí. Ese día fue confuso como la primera vez que lo conocí. Cuando llegué a la morgue, así le decía al hospital, todos parecían muertos andantes, dopados de morfina y con largas batas blancas, no sabía adónde me llevarían, me quitaron todo lo que tuviera filo, no tenía cordones, bueno, no podía usarlos, ninguna manilla, anillos o cualquier cosa con la que pudiera lastimarme, solo me dejaron un lapicero, sabían que me encantaba dibujar. Me enderecé inconscientemente al escuchar personas cantando mi bienvenida en el

tercer piso, llegando a mi recámara acompañada de apuestos cerdos que parecían enfermeros, me dieron limitadas instrucciones y un montón de pastillas que parecían plastilina. Me gustaría cortar esos límites con bisturí, estaba esposada, y las instrucciones eran pequeñas recetas de supervivencia, tenía una voz en mi cabeza que decía control; parecía un triángulo, tres puntas diferentes del mismo tamaño o círculos, como reloj, tal vez miles de figuras o repetitivas canciones, estaba adentro queriendo contar una historia diferente, una que no me perteneciera, no pretendía escribir mi realidad, pretendía terminarla y me eran suficientes un par de pensamientos más para empezar.

Teníamos una sala de televisión, las personas parecían divertirse tanto que temblaban, al fondo del vestíbulo se gritaba el nombre de Artemis, al parecer era peligroso, se notaba por la preocupación en los rostros de los demás pacientes, el sobresalto de sus miradas tratando de advertir algo, meneaban con desespero sus cabezas y sus ojos en blanco apuntaban a una luz mientras sus cuerpos permanecían inmóviles por la cantidad de té, supuse. Indiferente, sintiendo una respiración cálida y agitada en mi nuca, decidí sentarme, sin darme cuenta que los alaridos de los pacientes eran porque Artemis estaba junto a mí; su mirada penetraba la mía, mis parpados ardían, me faltaba el aire mientras él empezaba a acosarme en pequeños susurros, causando tensión en todo mi cuerpo, de momento di un grito ahogado, él empezó a reír y a gritar el nombre de una mujer, no podía entenderlo y me ahogaba en mis propios gritos desbordando miedo cuando, sin más, alguien dio el aviso de que él se encontraba allí, al parecer mis gritos no fueron escuchados, mi garganta sabotó mi dolor, mi voz represó el odio y mi mente no dio el impulso, diera lo que diera no estaba presente, solo pude contemplar lo que eran unos hermosos ojos garzos.

Quería ser precavida, pero ella tomó el teléfono y llamó a la Policía, dando aviso de Artemis, imbécil ¿por qué se tenía que morir?; sin embargo, nadie podía conmigo.

Mi hermana dejaba roseada toda la casa de su perfume de flores, daba asco y tenía tanta prisa por su cita que le sugerí que usara mi pañoleta. Nenúfar era ordinaria, parte de la cotidianidad de su vida, era un peso de simpleza que no haría falta, mi mente se distrajo por un momento y pensé en voz alta, «Estoy justificando lo que voy a hacer». Mi cuarto estaba impregnado de su olor, ella había estado allí, produje una sonrisa ligera, un poco sarcástica, disfrutaba haberle provocado cierto

repudió; decidí entonces dejar al conejo en su cuarto, si tanto coraje tuvo de verlo, lo tendría de quedárselo. Al rato de irse se escuchaban sirenas, el maldito conejo las llamó, los recibí con una risa nerviosa que me salía de la boca, tuve que declarar; era obvio el perfumado olor entre las flores y el mortecino del peluche, tranquila declaré comenzando por el final:

—Mi hermana oficial; ella desde que era un infante tenía cierta perturbación con la fantasía, tiene un conejo con los ojos de Artemis, el difunto del domingo. Fue ella, fue mi hermana quien le sacó los ojos y los grapó al peluche de felpa.

Los policías, estupefactos, tragaron saliva dos veces antes de botar el lapicero al suelo. Me creyeron, supongo, solo era una joven asustada con miedo de su hermana; se despidieron muy cordialmente, más que por cortesía fue por miedo, intuí. Nenúfar no tuvo ni tiempo de llegar a casa cuando ya se la habían llevado, tenía que quedarse callada, era su única opción, ella lo sabía.

Nenúfar

No maté a Artemis, no fui yo, ella lo sabía, ella llamó a la Policía, ella vio cuando Artemis murió, ella le sacó los ojos, fue ella. No fui a la Policía, me enviaron directo a la morgue, era casi de noche y todo parecía confuso, todo pasó muy rápido, quería escaparme de allí y me sujetaron mientras me drogaban, las personas de allí se oían confusas con gritos ahogados que vagaban entre el cielo y el infierno, eran laberintos recónditos, veía pasar bélicos, esquizofrénicos, suicidas, anoréxicos, no eran normales, les excitaba la agonía, eran vírgenes de cuerpo pero sus mentes estaban fragmentadas por una lujuria caótica, drenaban su corazón para saciar los placeres matutinos; trataba de estar cuerda pero el ambiente arrasaba con la poca cordura que tenía, era una fantasía desconocida, un mar de maravillas y de repudio palpables, un país sin habitantes, sin órbita que seguir, éramos yo y la punta de un lápiz; poco después la droga hizo su efecto y caía entre las sábanas de una supuesta habitación, me era insoportable estar allí.

Me levantaron con gritos, no podía escapar de eso, quizás eran míos, no sabía, hasta que vi los otros cuerpos desnudos bajo el agua fría, mientras nos decían el itinerario matutino levanté mi cabeza, el agua fría me tensionaba el cuerpo al tener miles de ojos puestos en todo el lugar menos en mí, ya no era el centro de atención hasta que escuché

«salida grupal», la idea llegó sin pensarla, huiría en la excursión de grupo. Al salir, reflexioné de la hora, de los pájaros y de las personas, estábamos encadenados cada uno por las muñecas y algunos más psicópatas salían en sillas de ruedas.

—Tengo que ir al baño, es urgente —exclamé.

Me le insinué a uno de los enfermeros más jóvenes para poder ir al árbol más cercano con mi bata entreabierta; aceptó y, sin pensarlo, al darme cuenta de que seguía viéndome, lo seduje por la espalda mientras tocaba mi torso desnudo. En ese momento tomé la punta afilada del lapicero y se lo clavé en la yugular. Corrí desesperada, mi rumbo era una iglesia cercana, era lógico que ningún demente fuera católico, decidí tomar lo único con filo que tenía, la punta bien tajada de un lápiz, apreciando el pequeño puñal que había creado me fijé que detrás de las vitrinas había un extraño huerto de conejos y entonces lo supe.

Laysa

Extrañaba a Artemis, su agonía me producía confianza, sus manos frías y sus venas flotantes, eran esos ojos garzos que adornaban su rostro; un paquete extraño estaba en mi ventana, inexpresiva lo tomé, al darme cuenta de que era una Biblia produjo una risa sarcástica confundida con tos, pesaba mucho pero estaba hueca, fruncí el ceño al percibir un putrefacto olor familiar, mi cuerpo recibió un escalofrío, mi garganta se sentía seca, como si inhalara cigarrillo por primera vez, me invadió una oleada de ansiedad, inquietante lo abrí; era un conejo blanco, flaco con largos bigotes y dientes llenos de insectos, arqueé los ojos al darme cuenta de que no tenía ojos, sentí que el estómago se me caía en las piernas y al hígado correr de angustia, mis manos no temblaban, seguía siendo incapaz de demostrar lo que sentía, no tardé en darme cuenta de que traía una nota. *Atentamente, sin ojos garzos.*

Nenúfar

Artemis no estaba muerto, lo estaba viendo frente a mí, parecía un vagabundo, acaso habría sobrevivido con hostias y vino, no entendía, no tenía ojos, pero estaba vivo y al parecer yo muy drogada. No podía creer que estaba vivo, y la iglesia, las cenizas, todo tenía sentido con la incredulidad de Laysa, el entierro no tenía sentido, o tal vez sí, tardé minutos en entenderlo, como el darse cuenta de que no estaba solo, era un intercambio, yo tenía que irme y él volver, pero por qué yo, yo

no hice nada malo, no conocía bien a Artemis, no sabía quién era él realmente, mis pensamientos fueron interrumpidos por una presión en mi estómago, mi bata se llenó de náuseas, estaba devolviendo todas las drogas que ingerí. Artemis me reconoció y me culpó porque su muerte fue planeada, su voz era átona, hostil y desgarradora, entre tanto me explicaba que las cenizas eran de un conejo y que el hospital confirmó su muerte por negligencia; volviendo en sí, repetía que se sacó los ojos y se los dio a Laysa para que lo recordase, mi asombro no me permitió seguir con el nudo de su historia, pero me dijo que sabía por dónde escapar para llevarme a casa.

Alicia

Alicia, Alicia, Alicia... una voz medio ronca y melosa me sugería escapar de mis pensamientos, captó mi atención preguntando cuáles eran mis flores favoritas, y con una sonrisa burda le dije «nenúfares» porque crecían en el agua, al responder pregunté gélidamente: «¿Cuánto tiempo pasó desde que desperté?». Él se aclaró la garganta y gruño:

—Estas internada desde hace dos meses, le sacaste los ojos a un chico que sufría de trastorno de personalidad y esquizofrenia, quien creía ser tu novio; la noche en que lo hicieron, se escabulleron entre los guardias gracias a favores sexuales, dejándolos libres, huyeron a una iglesia cerca del pueblo con una huerta de conejos en su jardín, ¿lo recuerdas? Tienes esquizofrenia, llamaste a la Policía y te culpaste a ti misma, dejaste atónitos a los policías quienes te llevaron inmediatamente al psiquiátrico, huiste y llegaste de nuevo a la huerta, dejaste el lugar lleno de náuseas y escapaste a tu antigua casa dejando en la ventana de mi hijo una Biblia con un conejo blanco muerto. Te desmayaste, la Policía encontró el cuerpo de Artemis, no tenía ojos y el forense dijo que murió desangrado, durante el trance confesaste que Artemis llamó a la Policía en un ataque de su enfermedad pensando que era un niño, huiste y nadie te incriminó porque estabas enferma, él murió en la huerta y tu guardaste sus ojos, decidiste no perderlo, quemaste todos los conejos para no tocar su cuerpo.

Absorta, mi mente sobresaturó todo lo sucedió, mientras él seguía profesando

—Alicia, tú no tienes hermanas, Artemis murió, tus padres fallecieron en un incendio mientras estabas en casa de tu abuela, y ella... murió el mes pasado. No puedes irte, no hay lugar adonde puedas lle-

gar, la que era tu casa la habita mi hijo.

Asentí y medité durante unos instantes. Respondí:

—Su hijo tiene unos hermosos ojos garzos, doctor. Mi desesperación comprende los muchos rivales que desató mi pasado, mi incomprensión es el credo de la mescalina; usted, doctor, solo es parte de mi autoimpuesta esquizofrenia, es solo un loco con sombreros dentro de un confuso ropero fingiendo ser un intelectual. Yo relato la fantasía de un ingenuo pasaje de agonías, entre interrumpíos constantes, respuestas binarias y, si se pregunta, sigo en busca de encontrar a qué conejo blanco cuyos ojos se desmoronen en perfume volver a seguir. Unos orificios garzos sin más, doctor.

LA MUERTE DE PURIFICACIÓN CORAL

NINO RAMOS

[Taller Virtual de Cuento]



No recuerdo haberla visto tan cobijada como ahora. En este lugar se sienten los rezagos del infernal calor de la tarde. Es verano y ella parece estar acurrucada en la mitad del invierno. También me parece que hace poco ha cogido sueño, al poco tiempo que dejó de escucharse el seseo de las vendedoras de comida y los chillidos de los niños que jugaban a la pelota. Lo sé porque yo tampoco podía dormir a esa hora.

Desde que llegué no se ha levantado. Está recostada con la cara frente a la pared y lo único que me asegura que está dormida es que su cuerpo se infla y desinfla, apenitas. Hasta se me hace que duerme cansada, como en esas noches en que la rutina de chacarera le concedía el don del sueño inmediato. Algo que envidio hasta ahora: ella durmiendo y yo sigo aquí despierto.

Siempre llego a verla más o menos a esta hora. El resto del día me la paso deambulando por la casa y el hospital. Sobre todo, me gusta ir a este lugar y recordar el día en que conocí a mi mujer. Ella usaba una colonia casera, un agua aromática que, más adelante, confesaría que preparaba con alcohol y algunas rosas. El olor le quedaba perfecto en el cuello o en la nuca, pero más en los senos. Ese olor es lo que más recuerdo en lugar de su naricita de niña, sus ojos verdes y su piel blanca con diminutas pecas en ambas mejillas. Pero ahora me es imposible no percibir el olor horrible que desprende su menudo cuerpo. Con este día ya deben de ser trece en los que no se ha bañado. Huele a sobaco sucio, y atrás, muy atrás, quedó su olor juvenil.

El día que llegó a este lugar en que la contemplo hubo una gran fiesta en el pueblo. Fue como si una guerra se hubiese instalado en todas las calles. Gente vestida con trajes coloridos, mercachifles singulares, cohete-cillos sonando y mirones por doquier le daban un aire de mundo en caos a este infierno estrecho. Un infierno que logró reunir todas las sospechas que yo no atendía por no quedarme solo.

La mañana de ese día festivo me encontró en el fundo de Wilmerito. Salí de madrugada para ir a atenderle unas cincuenta vacas que, aparentemente, estaban llenas de parásitos. «Eres médico de personas, pero qué bien te entiendes con los animales», me decía. A lo que yo le respondía: «Pues llevo bastante tiempo yendo y viniendo entre tanto monte, a uno se le debe quedar lo que aprende en cada viaje». Terminé curando animales cuando se me atribuyó la sanación de una veintena de gallinas. El dueño corrió la voz y de pronto me vi aplicando inyecciones a vacas, toros, ovejas e incluso eliminando plagas de ratas. Tanta fue la demanda que de llamarme Pascual Coral pasé a ser Purificación Coral o Purificación, a secas.

Ese día en total fueron cincuenta vacas, siete toros y dos yeguas. El trabajo fue cosa de algunas horas. Tiempo que se fue alternando entre risas, aguardiente con jugo de naranja y mapachos que Wilmerito se esmeraba en enrollar con extremo cuidado. «No cuesta nada, pero igual no hay que desperdiciar», repetía cada vez que yo volteaba a verle mientras le daba unas palmadas a las vacas para que se fueran.

De esa mañana también recuerdo que el cañazo se me subió un poco y que el mapacho —tabaco endemoniadamente fuerte— casi llega a marearme. Tanto beber y fumar eran actividades que había dejado de lado cuando me casé con Mildré, y eso porque ella asumió el cuidado de mi salud como el enfermizo que nunca fui, pero que siempre imaginó en una niñez inventada. «Cosa de esposas jóvenes», repetía mi padre cada vez que le rechazaba uno de esos cigarros.

Cuando acabé de vacunar a los animales, Wilmerito estaba un poco mareado y cantaba sus vales de toda la vida. Sentado frente al huerto entonaba su voz y blandía los dedos en la guitarra con una pasión envidiable, paraba la música solo para echarse otro trago, otra pitada al mapacho y luego continuaba sumergido en el trance hasta que sin aviso: ¡jua!, se detenía de golpe. Primero lo hizo dos veces, a la tercera me miró con un rostro compasivo, agachó la mirada y empezó a murmurar cosas que no llegué a entender hasta que exhaló, tiró un resoplido más y dejó la guitarra a un lado.

«Ya sabes que tu mujer te engaña ¿no? —me dijo molesto—. Eres casi como un hermano para mí.» El resto de sus argumentos y ayeres se esfumaban sin calar en mis oídos. Sin embargo, el corazón se me aceleró, empecé a respirar agitado y hasta sentí las piernas débiles. En ese instante solo atiné a decirle que no le creía, que le habían contado mal, que lo había engañado alguien que sentía envidia de Mildré. Mis lamentos y exigencias se hicieron más y más largos, pero de nada sirvió. Wilmerto tiene la virtud de la verdad por encima de todos los desengaños, incluso aquellos que pueden llevarlo a uno en pensar en la muerte. Recordar eso fue suficiente para interpelarlo.

—¿Cómo es que te atreves a decirme esto? —le dije nervioso.

—Estoy seguro de que ya lo habías oído. Vives cerca del mercado, allí esas gallinas cacarean hasta lo que no deben —dijo Wilmerto refiriéndose a las vendedoras de comida—. ¿Me vas a decir que tampoco lo sospechas? Cojudo no eres, Puricho —agregó.

Era cierto. Llevaba semanas escuchando aquellos rumores: «La mujer del doctor está con el hijo de Vicario... Ese bandido a que la preña y el pobre Puricho se hace cargo de la criatura». Lo sabía, sabía que esas viejas no hablaban en vano.

—¿Entonces qué hago, Wilmerto? ¿Me voy del pueblo?

—No lo sé, Puricho. Pero esa mujer no vale, ya no vale ni un cuero.

Ahora que la veo dormir recuerdo con ira esa conversación. Ahora que la veo dándome la espalda me llega un olor a rosas podridas. Pese a todo es increíble verla dormir sin culpa, como si no tuviese remordimientos, como si hubiese olvidado que Wilmerto fue a encararla la noche de ese día de fiesta. Duerme como si nada de eso existiera en su memoria, como si nada le importara. La observo y recuerdo con más ira el día en que le pedí que se casara conmigo. Venía de ser su profesor y novio durante toda su carrera de Enfermería, llegué enamorado hasta la boda y continué enamorado ahora que la miro y recuerdo que en esa posición le gustaba tocarse mientras la penetraba. Recuerdo con ira mientras la veo y lloro desconsolado, aunque ella ya no me escucha.

Vuelvo a esa mañana, a esa conversación con Wilmerto y recuerdo que terminó por confesarme que a él también le dolían esos rumores, que a él también le habían puesto los cuernos y por eso le dolía tanto. «¡Putra ella y puta la que la parió!», maldecía. Recuerdo también que al terminar de maldecir se apagó de golpe. Cayó dormido contra la pared y con la guitarra a un lado —ahora presumo que esos rumores no lo

dejaban dormir—. Al verlo sentado no dudé en cambiarlo de lugar. Su pobre espalda merecía un descanso y no más palo en el lomo. Lo llevé hasta su cuarto; extrañamente, en ese momento, desapareció Mildré. Pero apenas cerré la puerta de la habitación, con Wilmerto ya en su cama, ella volvió a aparecer en mi cabeza como una imagen insistente.

Volví a apretar con fuerza las muelas y a mover los dedos del pie dentro del zapato, signos de ansiedad. Una ansiedad que iba a terminar hundiéndome si no avanzaba. No recuerdo el camino cuesta abajo, solo el momento en que llegué a la carretera y cogí la moto para dirigirme hacia el pueblo. Al cabo de una hora empecé a percibir el olor a carne ahumada, a humo de carbón y a aderezo para corazones de vaca. El sonido de los bombos, las flautas y los cantos de las mujeres me acogían en la entrada de aquel pequeño infierno. Esa mezcla de sabor y alegría me distrajo nuevamente de Mildré, pero solo hasta que llegué a casa.

Cuando bajé de la moto vi a tres muchachos bebiendo cerca del pasaje que da a la calle en la que vivo, parecían ebrios. Comenzaron a mirarme y a reírse. Hasta que uno puso sus dedos índices en cada lado de la cabeza y los otros dos empezaron a imitarlo para luego gritar: «Cuernudo, cuernudo, cuernudo...». Tiré la maleta al piso y fui tras ellos. Fue en vano.

Apenas ingresé a la casa pasó por mi cabeza la idea de desaparecer del pueblo, de regresarme a la capital y olvidarme de todo. Pero no pude decidir. No en ese momento.

Subí a la alcoba y Mildré llegó al poco tiempo de haberme acomodado. Se le escuchaba ebria de alegría pueblerina, ebria de su gente, jocosa en su mentira. «Charapa puta, provinciana de mierda», pensé para luego recordar otra vez lo que me había dicho Wilmerto. Subió al cuarto y me saludó con un beso y enseguida se tiró a la cama para desnudarse en el acto. La vi hermosa, joven en sus casi treinta años. Me miró con deseo, y ahora sé que esa mirada detonó en mí una ira silenciosa. Asesté un beso, asumí lo que estaba a punto de hacer. Pretexté un dolor en la espalda. Ella me miró molesta, y apenas me escurrí de sus brazos fui a la cocina, luego al baño y regresé con una inyección lista para calmar ese dolor ficticio. Ese dolor que nunca sienten las ratas, porque a ellas no las inyectan, a ellas se las seduce para que mueran sabiendo que lo último que se tragaron fue lo más gratificante que han probado durante toda su vida de ratas.

Ahora que estoy aquí escuchando su respiración, desde la celda que ocupa hace trece días, creo que pude haberme quedado más tiempo con ella, que pude ponerme al corriente de lo que pasaba y seguir con mi vida y no estar como ahora, recordando desde el otro lado de su mundo, llorando y extrañando, recorriendo el pueblo sin que nadie me vea, porque mi condición solo me permite observarla y maldecirla sin que me escuche, sin que sufra tanto como quisiera.

EL TARRO DE GALLETAS

JULIANA VILLEGAS GÓMEZ

[Taller Grupo Literario Letras, Medellín]



Yo sí había oído algo de eso por el radio. En el programa de por la mañana una vez llevaron a uno pa' que contara, pero no le entendí mayor cosa. Tenía la canilla del lavadero abierta y no alcanzaba a oírle casi. Después una de las patronas me salió con el mismo cuento. Que ya no me podía pasar más ropa sucia que porque le daba miedo estar moviendo las cosas de un lado pa'l otro y juntarse con una. Como si no me conociera y no supiera que soy más aseada que pelo e' gato. Desde hacía, ¡uf!, me madrugaba sagradito los días martes, dejaba el aguapanela montada pa' los muchachos y me subía casi hasta el cerro de La Dolorosa, que era por donde vivía la doña. Volvía cargada como mula cafetera, con la canasta toa' pesada, llena de trabajo. Ni siquiera cuando estaba esperando a Nátali dejé de irle, y eso que a la final el pie derecho se me abrió y se me puso morado, lo más de gordo. Le recibí el pago y la cuelga que me dio por adelantado, que porque no sabía cuándo me iba a volver a llamar. Enrollé los billetes y me los eché por dentro del corpiño. Y de ahí derecho pa'l tarro de galletas del escaparate. Ahí donde lo ve, ese tarrito de Sultanas, totiado y todo, me ha servido hasta de costurero.

Dios mediante esa va a aparecer cuando vea que la ropa no se lava tan fácil. A lo mejor ella puede creer que eso es más o menos lo mismo y que ropa es ropa, porque toditica se ve igual, pero cuando una detalla, cada cual es distinta y una va distinguiéndola. Con decirle que ese olor a sobaco de las camisas y esos regueros de jugo de mora son jodidos y hay que saberlos lidiar. Pa' eso los hervores de vinagre con sal son benditos. Pero por allá en la parte alta de la vereda qué van a entender de eso. Es que cuando una va tratando la ropa, va aprendiendo sus mañas. Cómo

le dijera yo, vea, es como si cada eslá, cada calzón o cada bata se echara una historia con la mugre que trae. Las manchas le cuentan a uno la vida de la gente, que el paseo, que el pegote de la piñata, que la torta de la primera comunión y hasta los curtidos del día del matrimonio, ¿usté sí me entiende?

A la semana, la viejita de cabeza torcida pa' un lado, que mantiene de ruana tejida, también le dio por las mismas: que dizque ella andaba con una tos de perro muy fea, entonces que era mejor que no arrimara más por allá. Oiga. Ni siquiera me dejó entrar a guardarle la ropa en la cómoda. Me hizo señas desde la ventana del segundo piso pa' que le dejara todo en el zaguán y me fuera. Y yo que pensaba que ella andaba amañada conmigo. Empujé la reja, que sonó como un chillido de rata, y le dejé la mano de enaguas y de combinaciones junto a la manguera que tenía pa' regar las matas. Antes de irme le voltié la canasta pa' que viera que no me le traía nada y no desconfiara de una.

Me vine con las manos vacías. Al mediodía volvieron los muchachos de la escuela. Eso parecían un reloj de iglesia, siempre llegaban precisito cuando el sol dentaba por la ventana de la cocina y la monjita del radio terminaba de rezar el ángelus. Venían secos de la risa y hablando hasta por los codos, parecían pollos hambrientos en un gallinero. Agarraron las tajadas que acababa de fritar y se las mandaron a la boca antes de que les sirviera la sopa de legumbres. ¡Y dele!, ellos también con las mismas: que dizque iban a cerrar la escuela y que estaban en vacaciones.

Nos encerramos todos cuatro en la casa, no hubo de otra. Al principio, eso nos sentíamos apretujados apretujados, como vacas lecheras en establo. La casa se volvió una pelotera. Los muchachos se peliaban a toda hora por cualesquier cosa. Eso gritaban, lloraban, me ponían quejas, que amá esto, que amá aquello. Usté no se imagina el trajín, pero a la larga nos terminamos acostumbrando a la voluntad de Dios. El día menos pensado, con Nátali nos repartimos los destinos. Ella se encargaba de la loza y yo del resto del oficio. Y mis muchachos mantenían por la vereda. A cada rato me los encontraba pisando gusanos en los sembrados. Se nos volvió la vida... cómo le dijera yo... como lenta, sobre todo pa' una que estaba enseñada a andar de aquí pa'llá recogiendo y lavando ropa. Algo así como una vida pasito, como a la noche, donde la única bulla que se oye es la de los grillos y a veces ni eso. Haga de cuenta que nos la pasábamos como si aguardáramos algo o como si nos estuviéramos escondiendo del diablo.

La lidia de conseguir la platica se volvió peor. A toda hora me asomaba al tarro de Sultanas a contarla y eso parecía un delantal de bolsillos rotos. Al menos antes me bandiaba a punta de agua y jabón, pero ahora no hacía más que picotiar la menuda. El pensado era caminar al pueblo a empañar el televisor, pero me daba guayabo con los muchachos.

La última vez que volví de la compraventa me los encontré sin almorzar, comiendo pan dulce. Lo estaban dizque remojando en agua. ¡Ay juelita! Esa sí que me revolcó y me hizo chillar toda la noche. Por eso fue que al otro día me subí corriendito pa' donde la patrona a decirle que sí, que me iba de interna y desde allá vería cómo mandaba la plata pa'l tarro de galletas. Arranco el domingo, si Dios quiere. La cosa va a ser todo el tiempo encerrada sin poder salir ni a darle vuelta a mis muchachos, que porque si salgo, dizque cuando una menos lo piense me pica el virus ese y ya no puedo volver a dentrar. ¡Sí ve ustedé?

IRONÍA

HÉCTOR ANCÍZAR VARGAS OBANDO

[Taller Ítaca, Zarzal]



Soy de aquellos jóvenes que viven en medio de estrecheces, y me paseo por la vida falto de experiencia e indeciso. Así, comienzo a observar la sangre de los inocentes que enturbia el agua de los ríos y escucho los gritos de dolor de las clases menos favorecidas. No poder hacer nada al respecto me llena de nostalgia. Al mirar hacia el horizonte, varios caminos se muestran tentadores, puesto que en cualquiera de ellos podría asegurar mi destino, pero todos son peligrosos, porque me llevarían a ser señalado política y socialmente con beneplácito para unos y resquemores para otros. Como adolescente, cuento con las posibilidades de volverme militar, unirme a la guerrilla, convertirme en delincuente o continuar con mis sueños e ilusiones, que quizá no se logren debido a que en nuestra sociedad es difícil salir adelante si no se cuenta con la fortuna de acercarse a un árbol que dé buena sombra y sirva de trampolín para asegurar el futuro. Estaría dispuesto a luchar para que hubiera una mejor distribución de la riqueza, más facilidades de estudio, un eficiente cubrimiento de la salud a nivel nacional por parte del Estado y oportunidades de trabajo. Sin embargo, esto afectaría el interés de aquellos que crecen en la opulencia del capitalismo salvaje, basado en la competencia desleal y el triunfo del más fuerte, sin tener en cuenta el bienestar de los menos favorecidos.

De esta manera me movilizo por la vida, mientras poco a poco el hambre y la falta de oportunidades me llevan a tomar decisiones apresuradas. Llevo en mi mente la imagen de mi padre, me sirve de guía porque labora sumiso y entregado a su hogar con la firme idea de darnos a mis hermanos y a mí una buena educación para que seamos ciudadanos ejemplares y logremos salir adelante, orientándonos para

no caer en las calles igual que otros jóvenes de nuestra edad que navegan por aguas turbulentas en medio de las drogas, la prostitución o la delincuencia. Qué orgulloso me siento de ti y cómo te admiro, papá.

En medio de la incertidumbre, mi espíritu inquieto me lleva a querer fortalecer la voz del descontento de un pueblo olvidado que se sumerge en aguas profundas, buceando en busca de una dignidad perdida. Creo que existen fuerzas oscuras que satisfacen sus necesidades enfrentando a la comunidad, izquierda contra derecha, rico contra pobre, joven contra viejo o negro contra blanco, con miras a la obtención de un beneficio personal. Sin comprender bien y confundido, formo parte de aquellos que luchan por la igualdad de derechos, para que haya menos abismos entre quienes no tienen y los más favorecidos.

Fue así como ayer se me presentó la oportunidad de asistir a un acto de protesta para llamar la atención del gobierno debido a la gran cantidad de irregularidades que afrontamos. Cuando me encontraba en primera línea decidí encapucharme. En medio de la euforia, mientras la manifestación se iba tornando más violenta y los policías se organizaban y avanzaban amenazantes hacia nosotros con la intención de desalojarnos, decidí enfrentar el peligro. Observé los proyectiles que lanzaba la Policía, las piedras de parte y parte, me vi envuelto en una nube de gases lacrimógenos y olores inexplicables. Envuelto por la trifulca, sentí que algo hizo explosión e inmediatamente sentí la piel irritada y deseos de vomitar. Asfixiado y sin poder ver debido a los gases, me armé con el primer artefacto que me entregó uno de mis compañeros y, sin siquiera analizar qué era, lo lancé contra el policía que se acercaba. Mis ojos recobraron la claridad y supe que había tirado una bomba incendiaria que cubrió a un uniformado en llamas. Me asusté y corrí en medio de la multitud, pero algo me golpeó la cabeza. Todo fue oscuridad: caí aturdido, inconsciente e indefenso.

Al despertar, lo primero que observé fue el rostro lloroso de mi madre. Me recuperaba en la habitación de un vetusto hospital, donde varias enfermeras iban y venían con medicamentos para los pacientes hospitalizados. Una de ellas, se acercó risueña y me congratuló debido a mi fácil y rápida recuperación; también se lamentaba porque el paciente de enseguida, un policía que sufrió quemaduras debido a una bomba incendiaria, se encontraba en delicado estado de salud.

Mi madre se acercó al policía enfermo mientras, con tiernas caricias, trataba de calmar su dolor. Entonces no pude contener las lágrimas,

mas al comprender que aquel viejo policía era mi padre, que se debatía entre la vida y la muerte por mi culpa, por cumplir órdenes, por ser integrante de la Policía. ¡Qué irónica que es la vida! Y cómo reacciona el destino frente a nuestras decisiones, ¿verdad?

UN DÍA GRIS Y LLUVIOSO

ANA GABRIELA SUÁREZ CEPEDA

[Taller José Eustasio Rivera, Neiva]



«¿Qué quiero ser cuando sea grande?»

Esa es la pregunta que la saca de su ensoñación. Voltea a ver a la pequeña señorita que, sentada a la mesa, hace su tarea y sonríe. Ojalá ella hubiese tenido la oportunidad de contestar esa pregunta cuando niña, pero nunca se la hicieron. Para eso tendría que haber estudiado y ahora, de grande, lo único que no quiere ser es una de las estadísticas que ayer, al mediodía, mencionaron en las noticias que el patrón vio tan atentamente:

«En Colombia, un 5,5% de la población está en riesgo de desnutrición».

—Desnutrición significa que no tienen pa' comer —algo así le había explicado la profe María cuando le preguntó qué significaba.

Se le ponía la piel de gallina de solo pensarlo, pero, más aún, se le partía el alma al pensar en sus niñas. Ella no lo permitiría. Fue la promesa que se hizo al escuchar la noticia. Trabajaría las horas necesarias para que tuvieran comida, fueran a la escuela todos los días y cuando les preguntaran qué querían ser cuando grandes, ellas pudieran responder lo que quisieran.

Respira profundo y continúa lavando los trastes.

—Marisol, ¿cuánto falta para la cena?

—Cinco minuticos, patrona.

Mientras termina con los platos, escucha a la señora recordarle a la señorita que debe lavarse las manos antes de cenar. «Ojalá sobren algunos huesos de pollo, eso le dará más sabor al caldito esta noche —piensa—, a las niñas les gusta mucho.»

Después de servir la cena, lavar las ollas y limpiar la cocina, se dirige al cuartucho donde deja sus cosas, guarda los huesitos y toma su poncho. Siente ganas de bostezar, pero aún hay mucho camino por delante antes de que pueda descansar, así que se contiene. Se despide de la patrona y toma el camino de piedras que lleva hasta el portón de la casona que, aunque grande e imponente, no es la más bonita del conjunto.

Hay poca luz en la parte de afuera, pero lleva tantos años recorriendo ese camino que puede describir cada piedra, cada planta y cada grano de arena. Después de despedirse de Lucho, el portero, atraviesa la calle y llega a la parada del bus preparándose para pasar una hora y media en sus entrañas, porque, aunque vive en la misma montaña que los patrones, el bus tiene que recorrer una gran distancia para llegar al otro lado, donde vive Marisol.

No siempre es tan tedioso el viaje. Por lo menos tres veces a la semana se encuentra con alguna comadre que también vuelve del trabajo. Es agradable. Le gusta saber cómo están sus vecinos. Aunque sus casas están separadas por una distancia de casi quince minutos a pie, ellos se consideran muy cercanos, y es que, como dice don Isidro, el líder de la comunidad, «¿si no se cuidan entre ellos, ¿quién lo va a hacer?». O como menciona doña Jacinta, «en estas épocas cualquier cosa es bienvenida: un saludo, unos buenos días, una bolsita de harina o un hombro pa' llorar. Pero si no estamos pendientes del otro, ¿cómo vamos a saber qué necesita?».

Cinco minutos más tarde aparece el bus, pero no es una noche de suerte. Reconoce algunas caras, pero nadie de «sus gentes», como dice don José. Al llegar a su parada, Marisol se baja del bus y observa el cielo.

—Parece que va a llover —dice en voz alta y empieza a subir la trocha que la lleva hasta su casa.

Normalmente, son cinco minutos de camino, pero con tanta llovera y los caminos en mal estado, tarda casi media hora en ver la tenue luz que sale de su casa. «Ojalá fueran como las calles por donde vive la patrona, allá la plata sí está bien invertida», piensa.

Al llegar a casa le duelen los pies a causa del frío. Tendrá que pedirle a doña Petra que le borde otras medias porque las que tiene ya casi ni abrigan. Entra a la casa y saluda a las niñas. Mientras descarga el bolso, les pregunta por las tareas y le pide, a la mayor, agregar el huesito a la sopa que está terminando de preparar y a la del medio que cierre las ventanas y coloque baldes, por si llueve. Después de la comida, siente

que le pesan mucho los ojos. Pero aún no es momento de descansar. La niña más pequeña necesita que le cosan el uniforme. Está creciendo tan rápido que ha tenido que hacerle varios ajustes el último mes.

Mientras sus niñas se alistan para dormir, sentada en una butaca al lado de la mesa, termina de ajustar la falda y recorre la casa con sus ojos, viendo lo poco que ha conseguido en toda una vida de lucha. Suspira, por última vez en el día, solo que esta vez el suspiro se hace más pausado y tembloroso. Cuelga la ropa, abriga a sus hijas, apaga las luces y deja ir las últimas gotas de energía que le quedan, esperando que al día siguiente las pueda recuperar para hacerlo todo otra vez. Sabe que, una vez más, terminará soñando con algún hueso que le sobre al caldo de su patrona.

CEFERINO

ÁNGEL ROYS MEJÍA

[Taller Cantos de Juyá, Riohacha]



*Se acabaron esas noches de vigilia,
ya no salen aparatos en los caminos,
ya no existen los amores escondidos
ni se roban los besitos en las esquinas.*

«Costumbres perdidas», Dagoberto López

En la hacienda de Juan Capadocio Peñaranda acontecieron los hechos que convirtieron en leyenda a Ceferino antes de las primeras lluvias del 68. Había llegado el día anterior e iniciado su rutina en la noche. La curiosidad y la intriga alebrestaron a Jimena, joven de dieciséis años e hija del capataz del predio, nacida en las mismas tierras y con temperamento silvestre en su niñez tardía. Rondaba a Ceferino en silencio, sin atreverse a seguirlo por las noches.

Ceferino izó su nombre mucho antes de sellar su pacto, o más bien sus pactos se cerraron primero con nosotros y luego con el descubrimiento accidental de la mujer con quien ganó juventud, compañía y silencio. Eran otros tiempos de caminos difíciles, en los que el documento de más valor era la palabra; los hombres se hacían a pulso y su saber pesaba como conocimiento; los vientos, el firmamento y el sol anunciaban las estaciones; el tiempo y las distancias se medían en tabacos; la tierra era patrimonio genuino.

No había labriego en la región a ambos lados de la rivera del Rancharía que superara su fama. Descapotaba, podaba, abría caminos, sembraba y preparaba la «socolita» con la buena mano que hacía prosperar la tierra, abonándola con un don divino. La mitad de sus siete décadas dedicadas a las tareas del campo las había pasado con el mismo vestido

de campesino bajo el sombrero alón, camisa manga larga, pantalón de dril y abarcas; la mochila para el tabaco, las limas, el ron, el mechón, la funda triple para los tres machetes y sus misterios.

Lo buscaban con fe finqueros de toda la región desde La Jagua hasta Cotoprix quienes, confiados como si fuera un credo, le entregaban sus tierras para que las civilizara y las dejara listas para las aguas de abril y de agosto. De eso fuimos testigos y cómplices.

—Un ron de culebra para atemperar el espíritu, tres limones cortados en cruz para alejar las plagas y alimañas, las noches de luna plena y mis tres «monitos» —afirmaba Ceferino cuando le preguntaban por su secreto.

Las culebras ciegas Morrongas, o Mouyuu, como las llamaban los indios de por aquí, las cazaba en los terraplenes de comejenes, sin dejarse intimidar por su braveza, ni por la engañifa de las dos cabezas que tenía su apariencia y, aún vivas, las sumergía en una botella de Chirrinchi presenciando su lenta agonía mientras descascaraba la corteza de la warrarra para tonificar el ron de los ungimientos. Las pomadas con las que untaba los ombligos de los terneros, las ubres de las vacas recién paridas, las pezuñas de los animales y la huequera de los cachos frotadas y rezadas, hacían caer los gusanos derrotados y purgados por un poder superior a su hambre infectiva y letal.

Sus faenas empezaban a la prima noche doblándole el lomo a fa-negas enteras de tierra, alumbrado en solitario con un mechón. En la madrugada el milagro estaba hecho, metros de tierra dispuestas para el cultivo como si diez hombres hubieran trabajado juntos durante un jornal. Nadie se lo podía explicar sin sentir que se le pusiera la piel de gallina.

Se alistaba al caer la tarde, tomaba su mochila y sus aperos con el galón de ron. Cuando avanzaba los perros ahogaban sus aullidos con sofoco, los gallos ronroneaban y erizaban sus cuellos y los pavos encogían su hidalgo plumaje espantados y sin canturreo. Se abría paso en un sendero de silencios, con destino a cerrarles las puertas al sol que ya se despedía entre los arreboles anaranjados y grises del horizonte.

El sonido de machetes rompiendo el viento y despedazando las cortezas se confundía en un murmullo isócrono y espectral acompañados de breves silencios interrumpidos por el ulular de las lechuzas que cesaba diez minutos antes de las tres de la mañana, en el prelude del rezo piadoso de la Coronilla de la Divina Misericordia.

A su retorno colgaba la mochila con sus «monitos» en lo más alto del horcón, templaba la hamaca y se quitaba la camisa con desmedida parsimonia meciendo sus pensamientos al vaivén de los sueños. Un sueño ligero alertado hasta por el chasqueo y gorjeo de las tuquecas como la flama de un alma en vela que se desperezaba antes de que se filtrara el primer rayo de sol.

Había aprendido a leer con una pelota de caucho que traía el abecedario y los números, con la voluntad autodidacta de asimilar lo necesario y las operaciones básicas para resolver las cuentas rutinarias y los arreglos por las cantidades de tierra trabajada. La biblia que lo acompañaba era el Almanaque Bristol con el que entablaba un diálogo de horas descifrando el comportamiento de las fases lunares, la disposición de los astros y todo tipo de predicciones en favor de las cosechas.

La gente murmuraba que su pacto era sobrenatural, que había enterrado tres huevos y cargaba dos pollitos amarillos y uno negro en la mochila, los que se convertían en tres gigantes en las noches para ayudarlo a romper la tierra. Su misterio no era de este mundo. El miedo da oficio a la lengua y fantasía a los desocupados. Puros inventos de pueblo, la única que nos ha visto es La Muda.

Con el mismo pocillo de peltre con que bebía el café cerrero y negro de las primeras horas, saboreaba el ron y el agua de su sed milenaria. Solicitaba como parte del trato que le dejaran colgar su hamaca debajo de cualquier troja al amparo del sereno y las cabañuelas, acceso al fogón para preparar sus infusiones y la comida de monte que el mismo se proveía. Con lazos cogía conejos, iguanas, guaras, armadillos y con trampas torcazas y perdices, no le faltaba presa para su vernácula dieta proteínica. Completado con el sorgo, el arroz y el maíz que reservaba para sus «monitos».

Deambulaba por los caminos que principiaron los negros huyendo de la esclavitud para fundar sus rochelas, por el Camino de Jerusalén que unía el mar con la montaña, transitaba de memoria las rutas que las mulas de Ramoncito Rois pergeñaron con sus cascotes, descifraba los laberintos creados por los contrabandistas para evadir a los guardas y con los ojos cerrados andaba tras las huellas de Francisco al que llamaban El Hombre, llevadero de razones por toda la provincia.

Ceferino se mantenía al límite de su mirada. A la semana de estancia su intranquilidad era desmesurada, agobiada por indagar en los misterios de ese extraño que trabajaba solo de noche y que de día pa-

recía invisible. Aprovechó el único momento de sueño del labriego, se trepó en una angarilla colgada en el mismo horcón de la mochila y se asomó. Desde adentro le murmuramos: ¿Qué buscas?

Cayó al suelo sobre sus nalgas y se levantó de inmediato. Desde ese día no volvió a articular palabra, como si hubiera olvidado el sonido de las letras; apenas se le entendía un barullo incongruente en el que repetía: «monitos, monitos». Jimena cambió su nombre por la inquieta curiosidad de conocer lo que se le había esquivado saber.

La familia de Jimena consultó a Ceferino sobre la causa del mal de la joven, confiando en que su sabiduría ayudara a revertir el impacto del susto. Él empezó a explorar con sus manos y tientos el cuerpo de la muchacha con la esperanza de auscultar alguna presencia no natural en su organismo; ella, cuyo cuerpo estaba intacto y virginal, sintió inquietudes inusitadas y revelaciones insospechadas de su piel. Sus ojos se cruzaron y sus silencios sellaron la brecha de los años, una ansiosa búsqueda de intimidad, de descubrimiento y entrega.

—¡Vea! Es que el hombre es candela y la mujer es estopa, pasa el diablo y sopla. La muda estaba como una cauquerita, que siente la mezcla de susto y aventura que hay en el acecho y él, hombre curtío, se sentía como un toro que se apresta a inaugurar una novilla. Corazones desbocados como afluentes que desembocan en el mismo río.

La finca donde nació Jimena y vivía con su familia tenía una cabaña principal rematada con un quiosco comedor rodeado de mangos, marañones, palmeras y guayabas, donde arribaban los dueños por breves temporadas de descanso; colindaba con dos casas de barro en donde se acomodaba su familia, la troja que resguardaba el fogón artesanal que servía como cocina y separado unos treinta metros del corral por un mesón largo con capacidad para doce personas construido por su padre con troncos y maderas de la región.

Un carreteable que lo unía con los pueblos cercanos era el límite norte de las 500 hectáreas repartidas en cinco potreros con jagüeyes dispuestos para cada uno y en los que se iba alternando el pastoreo de ganado con la siembra en tiempos de cosecha. Terreno llano con aguas de escorrentía en invierno que nutrían los reservorios para resistir los intensos veranos. Jimena cabalgaba como una amazona, atravesaba a nado los jagüeyes, ordeñaba a las vacas paridas, enlazaba terneros, descuartizaba, relajaba y adobaba las carnes para los cocimientos que hacía su madre, lo que la convertía en una compañera idónea para ad-

ministrar el rancho de cualquier pretendiente. Sus carnes eran firmes producto del ejercicio de domesticar el campo, de resolver con destreza y templanza tareas andróginas, mientras trepaba árboles.

El patrón le había regalado al papá de Jimena una novilla como gesto de gratitud por sus años de servicio. Por su oscuro color la bautizó con el nombre de Noche Oscura, y la marcó para su hija. Cuando se disponía para ser montada por el toro, recibió una letal mordida de una serpiente de cascabel adulta, lo que le produjo profunda aflicción a su dueña. Su padre se empeñó en afirmar que se necesitaba el rezo de un «curioso» que limpiara los potreros de víboras y culebras, y le preguntó a Ceferino si podía hacer ese trabajo. En respuesta, el hombre inició un ritual de rezos y contras ayudado por limones cortados en cruz, que dispuso en todas las madrinan de las esquinas.

En los días siguientes se produjo un éxodo de todo tipo de animales peligrosos, encabezados por centenares de serpientes que abandonaban en la prisa sus pieles y huevos, como encantadas para la huida. Sus rastros en la arena maravillaron a todos en la hacienda y terminaron por llenar de gozo y admiración a Jimena.

Ceferino pidió su mano respaldado por su nombre y la certeza de ampararla de penurias y mala vida. Su andar —si bien austero— costaba de tierra, ganado y agua que aseguraban el porvenir de dos generaciones. La hizo su mujer; tres hijos tuvieron sellando el pacto de su silencio. Con nosotros no volvió a tener curiosidad, tal vez temiendo perder otra facultad. Prefirió la resignación por destino.

EL CONTRATO

AURA MENA DE LA CRUZ

[Taller Grupo TA. LI. U. M., Santa Marta]



Son las 8:30 a.m., he logrado pasar por seguridad sin inconvenientes. Aunque puedo sentir el aire acondicionado no dejo de transpirar, los nervios me están traicionando. Solo me pregunto una y otra vez, ¿por qué no me fijé en las cláusulas del contrato? No estaría en esta situación si hubiera considerado mejor el asunto; pero ya es tarde, y hoy se hará efectivo.

Te preguntarás qué sucede, por qué estoy en esta situación. Verás, las respuestas a esas preguntas son de un par de meses atrás. Lo que parecía una broma de mal gusto se convirtió en tendencia mundial: los contratos empezaron a hacerse efectivos en muchas partes alrededor del mundo, nadie sabe cómo empezó ni dónde inició la primera cadena de eventos, pero lo que sí sé es que —mala decisión— yo también firmé y entré en esta línea de sucesos.

Un día me topé, en un anuncio de periódico, un mensaje muy peculiar. Era de una página de Internet en donde se hacían trabajos por encargo, solo tenías que «escribir una petición». Un anuncio extraño, con solo tres líneas de texto, sin teléfonos de contactos. Para cualquier persona racional, solo podría ser una broma de una persona sin oficio. ¿Por qué comento esto, querido lector? Pues porque, aunque quiera negarlo, me interesé por el anuncio. Yo también tenía un deseo, pero no sabía si sería posible. A decir verdad, me encontraba escéptica, sin embargo, me atreví a ingresar la dirección de la web en el buscador de Google y dí clic en cargar. Lo único que obtuve como resultado fue un «Not found, error 404». Me sentí estúpida, era obvia la broma. Apagué la computadora y me fui a dormir con la sensación de frustración y con la rabia de sentirme burlada por una persona desconocida que jugaba con la idea de mi deseo más profundo.

Un día, navegando por Internet encontré un foro que hablaba de la página de los deseos en cuestión. Según leí, se debía ingresar en un horario específico, un intervalo de ocho horas, por lo que solo podría ingresar a las 12:00 a.m., a las 8:00 a.m. y a las 4:00 p.m. Me pareció una estupidez. ¿Cuánto tiempo dispondría para expresar mi deseo? Revisé los mensajes del foro en busca de mayor información, comentarios divididos, comentarios negativos de gente que se quejara del servicio y otras entradas de usuarios que proclamaran la veracidad de la página. Así que lo volví a dejar todo igual, apagué la pc y me fui a la sala a leer la novela que acababa de comprar.

Intenté mantenerme concentrada en la lectura, aunque no dejaba de revisar de tanto en tanto la hora en el reloj de pared. Entonces, quince minutos antes de las cuatro de la tarde, encendí la pc y escribí la página, de nuevo me sentí estúpida viendo el «Not Found, error 404», estaba segura de que si daba F5, probablemente vería el mismo mensaje, pero cuando fue la hora en punto, la página se actualizó sola y apareció la leyenda «Concedemos tu deseo». Luego un cuadro de diálogo saltó en la ventana, registré mi nombre de usuario, otro cuadro apareció con un mensaje resaltado de advertencia indicando que debía registrar mi petición de manera detallada y precisa, clic para continuar, ingresé cuidadosamente mi petición dando lo que pensé serían suficientes detalles en cada aspecto. Lo admito, sé que pensarás que esto era algo estúpido y en cierta manera lo era, y te preguntarás qué tiene que ver ese registro con mi situación actual. Pero, verás, ese pequeño mensaje de texto encriptado y lo que vino dos semanas después cambiaron mi vida para siempre.

Al enviar la petición, un último mensaje salió de la página antes de que no se pudiera volver a ingresar. En ocho horas exactas mi petición sería contestada y recibiría un contrato en caso de respuesta positiva. Reí incrédula enfrente de la pantalla, tomé todo como un juego estúpido de algún hacker. Pasados unos minutos, entré en pánico. Había dado información delicada, podrían usar eso en mi contra. ¿Y si habían vaciado mi cuenta bancaria? Preocupada, salí al banco a verificar mi estado de cuenta, no podía creer lo ingenua que había sido. Para mi sorpresa mis fondos estaban intactos y eso me dio un poco de tranquilidad, pero lo que había escrito era delicado, podrían usarlo en mi contra. Lo peor era que no podía contarle a nadie lo que había hecho, solo me restaba esperar que fuera una broma.

Pasaron ocho horas exactas y un correo con instrucciones precisas y un archivo que contenía el mencionado contrato llegó a mi bandeja de entrada. El cuerpo de correo me advertía que «debía leer muy bien el archivo antes de firmar, la organización no omitirá ninguna de las cláusulas aceptadas y procurará por todos los medios posibles hacer efectivo el contrato». Tenía ocho días exactos para dar mi respuesta definitiva, aceptar o no los términos del contrato y enviar la respuesta en el horario estipulado.

Me imagino que ya sabes que hice. Lo que yo desconocía era que mi vida estaba siendo entregada a las tinieblas mismas y que no tendría escapatoria. Te preguntarás si mi petición se cumplió tal como la detallé. Permíteme contarte que así fue.

Ocho días después de haber firmado el contrato, a mi bandeja llegó un correo, un archivo de video que mostraba el cumplimiento de la primera parte de mi deseo. Descargué el archivo, le di reproducir y vi el llamativo pasacalle frente al edificio donde vivía esa mujer que detestaba tanto, ahí estaba su nombre impreso en letras mayúsculas y seguido de la frase «eres una puta, primera advertencia». Admito que no pude parar de reír con esa evidencia de efectividad del contrato, mi venganza se llevaba a cabo según mis indicaciones. Sí, lo sé, parece algo estúpido, también un poco infantil, pero no te confundas, porque esto solo fue el inicio, jamás me imaginé que los vacíos en el texto de mi petición iban a ser rellenados y que serían seguidos de forma tan puntual.

Pasó un mes, se ejecutó la segunda parte de mi petición, fue impecable, mejor que la vaga idea que escribí en el cuadro texto. Esto, no obstante, me hizo temer de la organización con la que había firmado el contrato. Ese día todos estaban en la sala de capacitación, ahí también estaba ella; entonces, mientras transcurría la videoconferencia con la oficina central ocurrió la intromisión en el sistema y ante todos los presentes se reprodujo un archivo de video de cinco minutos. Al principio, el fondo negro de la pantalla nos confundió, luego aparecieron unas letras rojas que tenían escrito el nombre de esa mujer seguido de la frase «eres una perra». Giré a ver la cara de esa mujer que odiaba y su expresión no fue la mejor al leer la frase, pero su sorpresa no quedó ahí, tanto en la oficina principal como en la sucursal todos los compañeros, los directivos y yo vimos cómo reconocía que era una perra mientras sostenía relaciones con un hombre que, sabíamos, no era su marido.

Admito que disfruté su vergüenza y su humillación, no imaginé que mi idea de filtrar un video íntimo en la red de la empresa generaría tanto impacto, la veía a ella llorar y cubrirse ante la mirada llena de reproche de todos. Yo quería burlarme en su cara, pero mantuve la compostura y fingí sorpresa, pero por dentro me estaba riendo a carcajadas. Pensé que la organización era genial, me sentía muy contenta con el cumplimiento de mi deseo hasta que recordé el final de mi petición. Pensé: «solo es una expresión, no creo que lo tomen al pie de la letra». Dudé. Ella salió corriendo de la oficina, yo corrí tras ella, ¡qué ridículo!, yo preocupada por mi enemiga. Traté de alcanzarla, pero no pude hacerlo, cuando ella cruzó la puerta, se murió por la vergüenza.

Sí, ella murió, y me aterró de cómo los vacíos de mi escritura y el poco detalle del final de mi petición fueron rellenos por la organización para llegar a ese final. Cuando ella salió del edificio, el hombre del video se le acercó y le disparó ocho veces. Quedé como un testigo del crimen, que la policía catalogó como pasional, suponiendo que ella y el hombre del video eran amantes. Pero yo sabía la verdad: ese hombre debía ser de la organización y lo que había pasado no era obra de los celos; él no fue el autor intelectual, fui yo, yo la maté con una expresión vaga en mi texto.

Durante una semana tuve pesadillas, porque no pensaba en matarla, yo no quería eso, entonces recordé lo que había firmado y me preocupó más ser descubierta. En medio de mis crisis de culpabilidad muchas personas me consolaban pensando que era la impresión del asesinato, pero yo le temía al contrato. Por semanas lo busqué en mi computadora, había desaparecido de mis archivos. Pasé un tiempo sin acordarme del contrato, habían transcurrido meses ya desde la muerte de esa mujer, me convencí de que no era mi culpa lo que pasó, que solo fue un error. No volví a ingresar a la página y seguí con mi vida.

Un día me llegó una notificación que me informaba que era hora de cumplir la cláusula correspondiente dentro de mi contrato con la organización. Ocho días después de la notificación, llegaron unos paquetes a mi puerta. ¿Por qué no me fijé en esa cláusula? Juro que traté de resistirme, que intenté huir, pero fue imposible, el contrato me condenó por completo. Traté de enviar mensajes en todas las plataformas disponibles, pero todos fueron borrados, fui bloqueada y fue entonces que se me ocurrió recurrir a estas páginas, volver al papel. Solo quiero decirte que no tengo nada que ver con la causa que impulsa a la orga-

nización, quizás solo estoy cumpliendo la petición de alguien más, en realidad ya no sé qué pasa. ¡Aléjate de la página de los deseos! Solo sé que cuando el reloj que llevo debajo de la blusa llegue a cero, habrá terminado para mí y todos los que estén conmigo en este edificio, justo a las 8:45 a.m.

JUAN DEDOS

LUIS ÁNGEL YEPES GALLEGO

[Taller Hojas de Hierba, Medellín]



*«¿Por qué no hemos venido al mundo con cualidades
más en consonancia con nuestra desdicha?»*

Abate Prévost D'Exiles

—¿Qué figuras ves en los dados que acabas de tirar? —le preguntó La Toña a Julia.

—En el izquierdo se ve una figura humana llevando en hombros a otra, las dos llevan antifaz... pero, espera; también veo debajo de ellos una imagen diminuta que tiene una cinta sobre los ojos. En el dado del centro se ve una estampa humana con el rostro cubierto, como saliendo de un agujero en la pared, con un joto sobre el hombro a manera de botín, de expresión alegre. En el tercero, una silueta con faz de adulto, ocultando sus ojos, pero con expresión de desengaño.

—¡Perdedor, será un perdedor! —exclamó la adivina—. Quien va en hombros es el padre de la criatura del cual no has querido dar el nombre, la que lo carga eres tú y la estampa diminuta es la criatura por nacer. El dado del centro muestra el destino del ser que llevas en tu vientre, y la silueta de la derecha es el final amargo que este tendrá. ¡Mal augurio!

Julia trabajaba en la casa de los Gutiérrez, familia ejemplar y caritativa, quienes la habían acogido debido a su desamparo, pero siempre le recriminaban su forma de vivir. Los vecinos la llamaban Julia Sapo, porque en su casa tenía un criadero de batracios. Cuando alguna vecina padecía de dolor de venas várices, llamaba a Julia y esta acudía con un desarrollado animal, el cual deslizaba sobre la pierna de la afectada; igual hacía con quien sufría de dolor de cabeza, o de vientre. Los pa-

cientes se calmaban al expulsar la hiel a causa de las náuseas y vómitos que les provocaba el contacto con el repulsivo animal.

La madre parió una criatura de color parduzco, asistida por La Toña como partera. A los ocho días lo acristianaron poniéndole Juan de Dios por nombre. Sus padrinos fueron La Toña y el Negro Echavarría.

Julía se reincorporó a sus labores como doméstica en casa de la familia Gutiérrez a los pocos días del alumbramiento. Le permitieron llevar el hijo, a quien dejaba solo en una caja acondicionada como cuna; este pronto comenzó a valerse por sí mismo. Fue creciendo y volviéndose autónomo, adquiriendo independencia a muy corta edad. Ayudaba en las labores de la casa donde su madre trabajaba haciendo mandados y alimentando a las aves de corral.

Contaba el Chico Gutiérrez que el asombro del niño fue inmenso cuando su padrino le regaló un imán, explicándole por qué algunos objetos se pegaban al extraño adminículo. Decía además que con su novedosa pieza de metal encontraba agujas, alfileres y botones metálicos que perdían sus hermanas en el salón de costura. De manera jocosa contó que la cualidad del imán de atraer objetos la trasladó a su deseo, pues se ofrecía para buscar objetos perdidos, los cuales hallaba sin dificultad, incluso aquellos que no se habían extraviado, como billetes y monedas que terminaban en sus bolsillos.

Le recriminaban por maltratar a los animales domésticos, colgarse de la cola de los terneros y hacer desaparecer los huevos de los nidos de las aves de corral. Don Rafa, el hermano mayor de los patrones, contaba que una ocasión lo mandaron a llevarle el almuerzo al bramadero en donde se encontraba bañando el ganado, y el muchacho apareció con una hora de retraso, con portacomidas a la mitad de su contenido, a saber: el caldo, dos papas y una yuca.

—Al preguntarle por el hecho, el párvulo me respondió muy orondo:

»—Fue que se me regó, y solo pude recoger el caldo, las dos papas y la yuca.

»Tuvo que regresarse y volver a llevarme el fiambre completo”.

Cuando comenzó a asistir a sus primeras clases en la escuela rural, siempre llevaba consigo el imán, el mismo que enseñó a sus compañeros mostrándoles las maravillas que ocurrían al adherírsele objetos de metal. En esos días comenzaron a desaparecer los elementos de estudio de sus compañeros, que iban a parar a la valija de Juan de Dios, no por

los efectos del imán, sino por el arte de sus manos. Por estas mañas le dieron el apodo de Juan Dedos.

Se retiró del estudio antes de terminar tercero de primaria y se dedicó a hacer mandados, recolectar café, vagar, ayudar en labores de jardinería, arreo de ganado, labores secundarias de carpintería y otros menesteres. Al preguntársele sobre cuál era su labor, respondía:

—Ratero, porque solo trabajo por ratos.

Según sus vecinos, la fisonomía de Juan de Dios se semejaba a la de su padrino, más que la de los propios hijos de este. A los diecisiete años se fue a trabajar en la zapatería de su padrino y mentor, quien formaba parte del gremio de artesanos que no trabajaban los lunes, pero se reunían en el restaurante de Maruchenga a degustar sancochos, leer proclamas socialistas y a conversar, acompañados de botellas de tapetusa.

Cogió gusto por el juego, la juerga y las muchachas. Sus borracheras nunca estaban completas si no terminaban en trifulcas, o con alguna damita reclamándole por haberla asaltado en su buena fe, al no pagarle por sus servicios amorosos.

Transcurría el año 1947. El Negro Echavarría no se perdía, junto con su ahijado y los demás compañeros del gremio de artesanos, las reuniones de los viernes donde Maruchenga. Allí, además de las actividades antes mencionadas, escuchaban los discursos del Hijo del Pueblo, el indio Jorge Eliécer Gaitán, transmitidos por la radio. Al escucharlo, les invadía una especie de paroxismo y el Negro exclamaba: «¡Ahora sí, que se atenga la “godarria”, por fin el pueblo llegará al poder con Gaitán!». La escena se repetía semana tras semana.

El Negro Echavarría le infundió a su ahijado un fervor reverencial, casi religioso, por el líder. En una de las visitas que el caudillo del pueblo realizó a la ciudad, el gremio de artesanos se ofreció para conducirlo, en hombros, durante el trayecto del hotel a la tarima de la plaza desde la cual pronunciaría su discurso. Juan Dedos fue uno de los cargadores. Al finalizar el recorrido, el orador fue descargado en el podio algo aligerado de peso, pues su billetera y reloj de bolsillo se habían deslizado hacia el saco de su cirineo, según dijeron sus compañeros.

El 9 de abril de 1948, estando en su labor en la zapatería, pasada la una de la tarde, se escuchó un tropel de gente que corría a los gritos de: «¡Mataron a Gaitán, mataron a Gaitán!». Todos a una, los trabajadores del local salieron a la calle y se unieron a la turba que se dirigía hacia el

Parque de Berrío. Juan de Dios se aprovisionó de un martillo y un saco de gante, recordando que en su recorrido pasaría por la joyería La Esmeralda, propiedad de don Jota, también dueño de la finca más extensa del paraje en donde él vivía.

Esa tarde, en la tienda La Puerta del Filo, doña Tere escuchó el camión que siempre pasaba a las cinco; medio se detuvo y continuó su marcha.

—¿Quién se bajó del camión, mijo? —Le preguntó a pablo.

—Juan Dedos, madre. Y pegó pa' arriba, por el callejón hacia la finca de don Pacho, no pa' la casa de él que queda loma abajo.

Doña Tere se inquietó y a los diez minutos vieron cruzar a Juan Dedos con paso apurado, callejón abajo, hacia su casa.

—Qué raro, mamá, él subía con un gante abultado y ahora baja sin nada. ¿En dónde lo escondería? ¿Qué contendrá?

Al otro día de ese accidentado 9 de abril, el Negro Echavarría entró a tomarse unas cervezas en la tienda de doña Tere. Los clientes comentaban el suceso. Algunos se veían tristes y los demás apuraban sus tragos en silencio. El Negro indagó si alguien había visto pasar a su ahijado Juan de Dios, porque desde el día anterior cuando salieron en carrera de la zapatería no lo había vuelto a ver.

Transcurrieron los días y no se tuvo noticia del paradero de Juan Dedos. Algunos dijeron que el viernes del asesinato de Gaitán lo vieron pasar de largo por su casa, con destino a La Villa. No se supo jamás de él, pero todos concluyeron que lo habían asesinado en los trágicos episodios de ese fatídico día.

Los vecinos vieron convertirse el callejón hacia la finca de don Pacho en un corredor por el cual transitaba gente sin tregua alguna. Unos subían con palas, otros con barras, los de más allá con varas de pesca hacia la quebrada La Borrachera, muchos a arrancar musgo y helechos, pero todos con un mismo objetivo: buscar el paquete con el cual vieron pasar a Juan Dedos. Sin embargo, nadie dio con lo escondido.

Años después, transitando don Jota por su finca hacia la casa principal, se encontró con un árbol arrancado de raíz. Se bajó y fue a llamar al mayordomo y los agregados para remover el árbol, que además estorbaba la vía de su vecino. Al trozar el árbol vieron que, en una oquedad entre la raíz y el tronco, se encontraba un saco de gante con su contenido; al abrirlo brillaron unas joyas sueltas y otras en pequeños joyeros marcados con el nombre Joyería Esmeralda.

—¡Bendito sea el Altísimo, que ha devuelto mis joyas! —exclamó don Jota.

Al enterarse la madre de Juan de Dios de lo acontecido a don Jota, exclamó:

—¡Malditos ricos, solo pierden su alma y a las hijas de los pobres!

LA PRIMERA VEZ

LAURA C. PIZZA VARGAS

[Taller Ibagué escribe y cuenta, Ibagué]



¡Crash!, escuchó Camila. Hubiera querido que aquel crujido fuera de un vaso roto, pero ella sabía que ese sonido provenía de su pecho. Se le había roto el corazón.

Llegó a su casa y trató de no moverse, pues cada vez que lo hacía parecía un cascabel. Jamás le había pasado; se sentía furiosa, asustada y desesperada. Tuvo que sacarse los pedacitos de corazón uno a uno porque le estaban lastimando su interior. Tomó un trozo de cinta y trató de pegarlos. Obtuvo una bola pegajosa con filosas puntas. No podía tenerlo así en su pecho.

Tenía que pensar rápido: nadie sobrevivía sin corazón por más de dieciocho horas, y en todo este embrollo había perdido seis. Trató de dormir, sus pensamientos no eran claros, la falta de oxígeno se hacía cada vez más notoria con el paso de las horas, el vacío en el pecho era inaguantable. Intentó tejer una bolsa para las trizas. Al guardarlas allí la lana se pegó a la cinta y ahora tenía una gran porquería. Lloró.

Camila llamó a Jennifer y le contó a susurros la situación. La solución de Jennifer fue rápida, le indicó que debía ponerse un hielo en el pecho y cambiarlo cada tres horas. Ella llevaba muchos años utilizando esta técnica, a tal punto que el hielo aguantaba casi ocho horas. Camila fue a la cocina y con sigilo sacó la hielera y la vació en su pecho, no estaba convencida de que fuese a funcionar, aun así, debía probar mientras se le ocurría algo mejor.

Corría la tarde. Salió de casa con el corazón en la maleta y un hielo en el pecho. Caminó por el centro y se encontró con Jennifer: pudieron hablar con más calma del asunto. Jennifer relató que se había roto muchas veces el corazón y su arreglo había salido muy caro, tanto que

después había decidido comprar una docena de corazones desechables. No eran de muy buena calidad, pero los podía cambiar sin tanto complice. Después descubrió la técnica del hielo, muy común en grandes ciudades del mundo. En esos lugares la gente no vivía de amor y cosas sin sentido, se movían por la ciencia y por los inventos novedosos.

La tarde estaba soleada. Camila observaba el cielo azul mientras sentía cómo un sudor frío le bajaba por todo el cuerpo. Jennifer miró a Camila y corrió a la tienda; al volver, le trajo una bolsa de hielo y le pidió cambiar la que llevaba en el pecho.

—Nena, es tu primer día, te recomiendo que no tengas emociones fuertes, eso te hará derretir y tu apariencia será asquerosa.

Al volver a casa Camila se bañó con agua helada, se puso una pijama fresca y cenó con su familia. Cuando todos estaban dormidos se dirigió a la nevera a robar hielo. Vinieron entonces los problemas: su mamá se lo había gastado en la limonada, ahora solo tenía un par de hieleras con agua fría.

Se tiró a llorar en el pasillo, estaba desesperada, no creía poder andar con un solo hielo en el pecho por mucho tiempo. Así que lo llamó. Ed era la última esperanza. Él le pidió a Camila que llegara a su casa tan rápido como pudiera. Ella llegó en pijama, desconsolada, con el corazón destrozado.

Ed la miró con un poco de pesar y angustia. Puso agua a hervir mientras le pasó a Camila unas tijeras para cortar la lana. Fue difícil, Camila se hizo un par de cortadas, pero quitó la mayoría de desechos. Después, puso en un balde con agua la bola pegajosa. Allí se disolvió el pegante y los pedazos filosos cayeron al fondo. Ed coló el agua y obtuvo solo los trocitos que le interesaban. Echó al agua caliente fragmentos puntudos y los dejó derretir hasta que se formó una sustancia roja y gelatinosa. Vertió esto en las manos cubiertas de miel de Camila, ella le dio forma, como a una plastilina. No había quedado perfecto, mas lo tenía de vuelta. Su corazón no era como lo conocía, sin embargo, se alegró por remendarlo.

—Ingeniero, es increíble tu capacidad para reparar daños, incluso cuando eres el causante.

OMBLIGADO

ALEXÁNDER DAVID CORTÉS ZAMORA

[Taller Virtual de Literatura Infantil]



Aún recuerdo el día que nació mi hermano y la alegría que sentí al sembrar su ombligo en el patio trasero de la casa. Era época de cosecha de mango, cuando los zancudos aparecen y hay que prender una fogata utilizando el pelo de la cascara del coco para que el humo los espante. En la madrugada me levantaron los quejidos de mi mamá. Al entrar en su cuarto me dijo que Sureika, la partera, ya estaba en camino, que yo debía ir a la casa de las hermanas Taylor para pedirles una aseguranza y que, de regreso, tomara el camino de las palmeras, donde debía conseguir un cocotero pequeño.

Con el sol asomándose a lo lejos caminé por la playa viendo cómo los cangrejos corrían a esconderse cuando mi sombra se acercaba. Al llegar, las hermanas Taylor me saludaron. Yo hice lo mismo y les dije que mi mamá me había enviado por una aseguranza. Con una sonrisa las dos hermanas entraron en su casa. Minutos después, Trishell salió con una bola de hilo rojo que iba desenredando mientras recitaba unas palabras rarísimas que, según me dijo, eran el rezo necesario para que el hilo se convirtiera en aseguranza.

Por su lado, Nashira trajo una bolsa con unos Gustadores adentro. Eran su regalo por el nacimiento de mi hermano. Es que aquí, en la isla, casi nunca comemos carne de res porque no tenemos vacas, ya que en nuestro suelo no crece el pasto necesario para alimentarlas. Por eso, cuando algún barco trae carne de res la aprovechamos toda, hasta los huesos, con los que hacemos una sopa deliciosa. A estos huesos los llamamos Gustadores porque después de que los hemos utilizado los sacamos de la olla, los ponemos al sol y, al ver que están bien secos, se los damos a un vecino para que haga su caldo con gusto a carne.

Cuando él termina de cocinar, pone nuevamente los huesos a secar para prestárselos a otro vecino y este a otro, hasta que se han utilizado seis veces en seis sopas distintas. Al final, les lanzamos los Gustadores a los cerdos, que se los comen como si fueran una golosina.

Cuando Nashira me entregó los Gustadores y Trishell un pedazo de hilo rojo convertido en aseguranza, me despedí de ellas y les di las gracias por todo lo que me habían dado. De regreso, me vine por el camino de las palmeras, donde encontré el cocotero. Al llegar a casa, dejé los Gustadores en la cocina, la planta de coco en el patio trasero y me fui a ver qué pasaba en la habitación.

A través de la ventana vi que adentro estaba Sureika, la partera. Le estaba dando un bebedizo a mi madre. Por lo que dijo, entendí que el brebaje, que estaba hecho con tres aceites (el verde, el de castor y el de ricino), servía para que el niño naciera sin sebo en la piel. Después, le pidió a mi mamá que se agachara y se levantara como si estuviera haciendo cucullas, para que aflojara al niño y naciera rápido. Pero, como no pasaba nada, Sureika descubrió cuál era el problema. El bebé estaba atravesado. Yo me asusté mucho porque pensé que mi hermano estaba perdido dentro de la barriga de mi mamá, que no podría encontrar la dirección correcta para enderezarse y que todo se iba a complicar. Pero me tranquilicé al ver que Sureika acostó a mi mamá en la cama y le sobó la barriga. Con esos masajes mi hermano encontró la posición correcta y, finalmente, nació. Entonces, con unas tijeras, Sureika cortó el cordón umbilical, lo envolvió en un trapo blanco y se lo guardó en uno de los bolsillos.

Emocionada con lo que había visto, entré al cuarto y le entregué a mi mamá el hilo de color rojo. Ella se lo puso a mi hermano en la muñeca izquierda, como si fuera una manilla. Me dijo que esa aseguranza servía para protegerlo del Mal de ojo: una enfermedad bien fea que se transmite por culpa de una mirada con mala energía.

Yo nunca había estado cerca de un recién nacido. Me pareció feo: todo arrugado, casi sin pelo y con los ojos cerrados, pero era tan chiquitico y era tan mi hermanito, que prometí amarlo por siempre. Entretanto, Sureika recogió sus cosas y me dijo que la acompañara al patio trasero de la casa.

Allí, cavó un hueco al lado del árbol de Fruto Pan. A continuación, sacó de su bolsillo el trapo blanco que tenía el ombligo de mi hermano y me lo entregó. Yo no entendía qué estaba pasando o qué debía hacer.

Entonces, Sureika me dijo que enterrara el ombligo en el hueco, junto con el cocotero.

Juiciosa, seguí sus instrucciones mientras ella me contaba que esa costumbre se llamaba Ombligado y que la habían traído nuestros antepasados africanos. Que cuando las raíces del cocotero crecieran y se enredaran con el ombligo de mi hermano, él se apropiaría de las cualidades de la planta.

Cuando ella me dijo eso de *apropiarse de las cualidades de la planta*, yo paré de echarle tierra al hueco y le dije que no entendía lo que me quería decir. Sonriendo, Sureika me explicó que con esa siembra mi hermano iba a ser capaz de soportar cualquier dificultad que se le presentara en la vida, porque cuando su ombligo se juntara con las raíces del cocotero, obtendría mágicamente los poderes que tenía la palmera. Poderes que podíamos apreciar cuando llegaba un huracán a la isla y veíamos cómo el cocotero resistía los fuertes vientos y no se dejaba quebrar ni desenterrar, gracias a la elasticidad de su tronco y a la fortaleza de sus raíces.

Cuando Sureika terminó la explicación, yo sentí una especie de alegría que me invadió por dentro. Estaba feliz porque, ahora, lograba entender a mi hermana mayor cuando el día de mi nacimiento sembró un cocotero al frente de la casa. Pero, sobre todo, estaba contenta porque, finalmente, entendía a mi mamá cuando me decía que esa palmera no solo me cuidaba, sino que era el símbolo de mis raíces. Raíces que me unían a esta isla con un pasado misterioso, que se remontaba a un continente mágico, ubicado al otro lado del mar.

ANDATE PA' LA CIUDÁ

MARTHA LUCÍA LONDOÑO CARVAJAL

[Taller Vecinas del Cuento, Manizales]



El despertador agitó mi sueño con su eco de músico amanecido. Los rayos del sol entraban por las rendijas de la ventana y encandilaban con su luz. No podía abrir bien los ojos. Me levanté tembloroso, tropecé con el cajón que estaba junto a la cama. Quería salir del encierro, tirarme en la playa y atisbar los veleros alejarse, pero era sábado y tenía que ir al ensayo con el grupo. Tita decía que no desperdiciara mi talento animando las parrandas del pueblo, no se daba cuenta de que ni ella ni yo podíamos vivir sin los pesos que recibía en la taberna.

El dinero que pagaban era poco, debía repartirlo con mis compañeros de grupo: Mireya y el Chichi. Los fines de semana la gente del pueblo bailaba al son de nuestra música. Mireya cantaba y tocaba las maracas, el Chichi la guitarra y yo el cajón peruano. Quería irme de Sazpurro, pero si la plata no alcanzaba para mis gastos ni para los de Tita, mucho menos para viajar a la capital.

Esa mañana apuré los tragos y me puse la pinta para salir. El ensayo con el grupo era a las nueve de la mañana, por la tarde teníamos la presentación en la taberna del viejo Helí. Apenas terminé de tomar el café que me sirvió Tita, busqué el cajón para darle brillo y dejarlo listo. Ella me miró y, alzando su voz, me dijo:

—Roque, te vaj a volvé un borrachín como tu padre.

—Ay, viejita, si nunca estoy jincho, solo bebo unos rones para darle duro al cajón.

—Mandá ese cajón pa' la mierda o te acabás las manos.

—¡Mamita, no diga eso! Mejor oiga cómo suena.

—Andate pa' la ciudadá, a esos cachacos sí que les gusta tu sonsone-te. Aquí te morís de hambre.

Agarré el cajón y cerré la puerta. Dejé a Tita sola con su cantaleta. Caminé sin afán hasta la cantina. Iba distraído. Escuché el golpe de las olas contra la roca y me acordé del músico que llegó al pueblo con su cajón peruano. Era un instrumento que no conocíamos en Sapzurro. El hombre era un bacán, me mostró el hueco en la madera y me dijo que por esa boca salía el gemido de sus canciones. Se sentó sobre el cajón y comenzó a dar toques y a palmotear en la madera. Mis manos se movieron al ritmo del repique, se me aceleraron los latidos del corazón.

Quedé tan obsesionado con el cajón que, una tarde, cuando Tita no estaba, abrí un hueco redondo en el centro de la caja de madera. Ella la usaba como banco. Me senté en la orilla, separé las piernas y comencé a darle golpes. Ensayé sonidos con los movimientos de las manos: las deslizaba con toques ligeros o manoteaba al ritmo de alguna canción que recordaba. Sentía palpitar hasta las fibras de la madera. Encendía la radio y me pasaba horas probando, en el cajón, los ritmos que escuchaba. Hacía ejercicios con los dedos y las manos. Después de dar golpes y golpes, me uní a la banda del pueblo para animar las parrandas de los sábados. *Ahí viene Roque El Morocho, ya tenemos yuca pa' gozá*, decían en la taberna y se burlaban de mi cajón.

Llegué al ensayo, mis compañeros del trío no estaban. El dueño bajó a abrir la taberna. *Ombe, Roque, me cogió la locha*, dijo el viejo Helí mientras se fumaba un puro. Acomodé el cajón debajo de la mesa y le pedí un café. Comenzó a sonar la música en la rockola, las canciones me animaron a fantasear con Mireya. Creí ver cuando nos presentábamos en un teatro de la capital, ella con las maracas y yo con mi cajón. El público aplaudía y se ponía de pie, reclamaba más y más música. El premio que nos merecemos. Imaginé a Mireya feliz entre mis brazos. Así, sin darme cuenta, se pasó el tiempo haciendo planes para viajar con ella. En ese momento, el viejo Helí silbó y cambió la música. Sacudí la cabeza y abrí los ojos. No había nadie en las mesas.

Alcancé a escuchar los tañidos de la campana en la Iglesia de Cristo, eran las diez cuando llegó el Chichi con la guitarra. Más tarde entró Mireya con un vestido rojo de boleros que relucía en su piel morocha. Ella tenía una sonrisa que iluminaba la taberna, tocaba las maracas con tanta gracia que el viejo Helí le daba todo lo que ella pedía. Nunca le cobraba.

Mireya y el Chichi acercaron las sillas, ordené otro café mientras ellos se tomaban su jugo de borjón. Después ensayamos en la bodega

que estaba en la parte de atrás de la taberna, allí sudamos interpretando canciones hasta que el hambre nos acosó. Nos despedimos del viejo Helí y fuimos a buscar el almuerzo. Mientras caminábamos por la playa, le conté a Mireya el sueño que tuve antes del ensayo. Ella sonrió. Me dijo que ni creyera que iba a triunfar con ese cajón en la capital porque la gente del interior no entiende nuestra música.

En el almorzadero ocupamos la única mesa disponible. Pedimos sancocho de pescado. Mientras nos servían la sopa, se acercó un señor y nos preguntó si podía almorzar con nosotros. Le corrí una silla y se sentó a mi lado. El hombre se llamaba Fernán, era gestor de eventos musicales. Entre charla y charla, le conté que pensábamos viajar a Panamá a una gira musical, pero ese día las nubes anunciaron tempestad y no pudimos salir de Sapzurro. Entonces nos presentamos ante un grupo de turistas que estaba en la playa. Al día siguiente fuimos a Capurganá, allí nadie se interesó por nuestra música.

Fernán llegó a Sapzurro en busca de pelaos del pueblo que tuvieran talento para la música. Lo miré emocionado y le dije que mi sueño era ser artista, por eso quería irme de Sapzurro, mi pueblo, un caserío olvidado en el que no había donde estudiar ni escenarios para presentaciones artísticas. En la capital tendría más oportunidades de triunfar. Fernán se ofreció para llevarnos a Medellín, nos hizo una propuesta tentadora y luego nos dijo:

—Ni siquiera tienen que pensarlo, les aseguro que ganarán mucho dinero.

—Yo me quedo en mi pueblo. No me voy con un cachaco por cualquier peso.

—Nos dejás solos a Roque y a mí... No joda.

—Eche, si me vas a pegar no me regañés le dijo el Chichi a Mireya. Él se levantó y salió sin despedirse. Ni siquiera probó el sancocho.

¡Triunfar en Medellín! No lo podía creer. Si el Chichi no quiere ir, pues le digo a Mireya que se vaya conmigo. Le mostré a Fernán el cajón con las cuerdas que le había puesto. Parecía tan sorprendido que toqué un vallenato y le pedí a Mireya que me acompañara. El hombre se notaba emocionado. Nos dijo que le gustaba el dúo y el entusiasmo que le poníamos a la música.

Mireya y yo llegamos a la taberna, el Chichi no apareció. Fernán venía con nosotros, le hizo un guiño a Mireya y la abrazó. Ella arrugó la frente. Después de un corto ensayo entramos al tablado. Los amantes

de la bebida y las guarichas comenzaron a llenar el local con su alboroto. En la pista se improvisaron las parejas, comenzó el forro. Algunos hombres, desde sus puestos, brindaban por las chicas que bailoteaban sobre las mesas. Gritos y chillidos iban en aumento. Probé a calmar su euforia con redobles de bullarengue urabaense.

Las mujeres se sentaron para escuchar la música. Mireya me miraba cada vez que los hombres pedían canciones y ritmos en los que la guitarra marcaba el compás. Hicimos ajustes para complacerlos. Las palmas de mis manos se agrietaron con los repiques, mis articulaciones estaban tensas, sometidas a los golpes. No podía detenerme. En puntillas, como si quisieran olvidar el dolor, los dedos de la mano izquierda se me deslizaron una y otra vez mientras la derecha golpeaba con fuerza la madera.

Un hilo de sangre se escurrió por el cajón hasta dejar su huella en el piso. Mis dedos humedecidos se resistían a repicar, las manos perdieron fuerza y el sonido de la madera se fue haciendo débil. Escuché rechiflas. Olvidé el dolor y toqué con más fuerza, no me atormentaron las manos ensangrentadas ni las manchas de la camisa. La madera atraía mi piel, mi cuerpo vibraba. Seguí tocando sin parar. Una extraña sensación de venganza me impulsaba a continuar. Tal vez, era mi rebeldía frente a los que se burlaban de mi cajón. Quería demostrarles que con esa simple caja de madera podía sobresalir como artista.

A la mañana siguiente, convencí a Mireya para que viajáramos con el músico a Medellín. Aún no me recuperaba de las heridas en las manos y el viaje estaba programado para el miércoles siguiente a la presentación en la taberna. Tendría poco tiempo para curarme. El dolor no me dejaba dormir, le pedí a Tita que me hiciera emplastos en las heridas. Ella agachó la cabeza cuando le conté que me iba de Sapzurro. Se encerró en su pieza. Después me buscó para darme un rollito de billetes, repitió una y otra vez: *Roque, andate pa'la ciudad.*

El miércoles el despertador sonó a las cinco de la mañana. Alisté mis cosas y las dejé junto a la puerta. Tita me esperaba en la cocina, tomé los tragos que me preparó. Nos abrazamos sin decir nada. Salí en silencio, cerré la puerta, no me atreví a mirar la casa, allí estaba Tita escondiendo su llanto. A ella la cuidarían los vecinos. Caminé solo por la playa, las lágrimas de Tita parecían ir metidas en la caja de madera.

Cuando llegué al almorzadero, encontré a Fernán tomándose un ron. Pedí un café mientras llegaba Mireya. Otro ron para Fernán y ni

rastros de mi amiga. Las mujeres siempre se hacen esperar. Acabé mi café y Mireya no llegó. Nos vamos, dijo Fernán y se montó en la lancha, me recibió el cajón y la maleta. Me remangué el pantalón para demostrarme unos segundos con la ilusión de ver a Mireya. Ya resignado a no verla, me senté en el cajón; atrás quedaba la estela de espuma que se desvanecía en el mar.

Mientras navegábamos hacia Capurganá, pensaba en el momento de subir al avión siguiendo los pasos de Fernán. Él me dejará sentar junto a la ventanilla para ver mi pueblo desde arriba. Apretaré los párpados. Y es que pasará mucho tiempo sin que vuelva a pisar descalzo la arena de la playa, no escucharé el murmullo de las caracolas ni el sonido de las olas cuando rebotan y juegan a esfumarse. El ruido del motor de la lancha me despertó.

Cuando llegamos al muelle, nos montamos en el único transporte que había en Capurganá para ir al aeropuerto. El carretillero dijo que había conocido a un músico con un cajón igual al mío. Me preguntó cómo diablos sonaba esa cosa. El hombre arrió el caballo y se fue sin escuchar la música.

LA CASA ESTÁ TRISTE

SANTIAGO BERNAL VÉLEZ

[Taller Tintaviva, Envigado]



La casa amaneció silenciosa esta mañana. Ester me llamó a desayunar y su voz, que siempre es alegre, estaba apagada, como si tuviera algo que la molestara. Me habló seria:

—Hoy tiene que estar juiciosa, los papás están tristes. Lucía se fue de la casa.

No entendí bien lo que pasaba. ¿Por qué Lucía se había ido? ¿Sería por ese muchacho del que anda tan enamorada y papá no quiere?

—¿Cómo así que Lucía se fue, qué pasó?

—No son cosas que usted pueda entender a su edad —me contestó Ester mirando para otro lado.

Ester es mi hermana preferida, me recibe cuando llego del colegio, me acompaña a tomar el algo y me ayuda con las tareas. Ella es muy bonita, tiene la cara parecida a la María Auxiliadora que hay en el colegio, pero su mirada es triste, creo que es porque Laura es mandona y no la deja hablar. A veces Ester se enferma y la tiene que revisar el doctor Uribe. Él dice que es un problema con el azúcar

Bajé al comedor y todos estaban serios y callados. Mi mamá se veía agitada, tenía apretado el rosario en su mano derecha. Cuando esto pasa ella comienza a regañar y la primera que paga el pato es la pobre empleada.

—El chocolate está muy caliente, las arepas frías, todo debe estar listo al mismo tiempo. —Ella corría para todos lados tratando de darle gusto.

—Sí, doña Luisa, ya voy señora.

Para mi mamá todo se resolvía con una misa, un rosario o un pellizco. Era mejor no molestar si estaba nerviosa.

Elisa se sienta a mi lado en la mesa y hace monerías para que me ría.

Ella es mi compañera de juegos, vamos juntas al colegio y cuando estamos en la finca corremos por las mangas. Le pregunté pasito si sabía lo que pasaba y me contestó alzando la ceja:

—La cosa es grave, no se sabe dónde está Lucía.

Entonces me acordé de que Lucía estaba muy preocupada el día que papá volvió de Rionegro. Parece que le dieron malas referencias del novio, y papá dijo que no lo podía volver a recibir. Ella no se hallaba.

Mi hermano se sienta en una de las cabeceras de la mesa. Él se mantiene tenso porque mi papá lo regaña mucho, ahora maneja la finca en el Guaico y cuando viene por aquí se emparanda con los amigos. Si está alegre es simpático y sus cuentos hacen reír a mamá, que lo protege de los castigos. Es conocido del novio de Lucía y se veía preocupado, abría y cerraba los ojos y daba golpecitos a la mesa con los dedos.

Elisa me hizo cara de viejo y me dio risa. Laura nos miró furiosa y habló ofuscada:

—Este no es momento para alboroto.

Es la mayor y mi papá confía en ella porque es inteligente y le ayuda a manejar la tienda. En la casa todos la obedecemos, siempre dice la última palabra. Es alta y tiene la mirada seria, se volvió brava después de que el novio con el que se iba a casar se fue con una de sus amigas.

Cuando papá llegó a la mesa todos nos paramos.

—Buenos días, papá —dijo Laura en voz alta.

—No sé qué tienen de buenos. Después de tanto cuidarlas y darles buena educación, Lucía nos abandona.

Luego giró hacia el puesto vacío de Lucía y suspiró profundo, a mí se me salieron las lágrimas y las limpié con una servilleta, mi mamá se santiguó mirando al Sagrado Corazón de la pared, todos agacharon las cabezas, se produjo un largo silencio.

Mi papá es grande y robusto, tiene unos ojos verdes hermosos que brillan cuando esta alegre y echan chispas si se enoja. Casi siempre es serio, pero a veces se pone cariñoso, especialmente cuando regresa de la Feria de Medellín. En esos momentos está contento, recita versos y le dice a mamá:

—Luisa, servime un ron que hoy me fue bien con la venta del ganado.

Entonces abre su carriel, que viene lleno de regalos: una peineta para Lucía, una navaja para mi hermano, unos confites para Elisa y unos aretes para mí, que me entrega con gran algarabía acercándose a su ruana.

Pero hoy está triste, sus ojos se ven apagados y no probó el desayuno.

UNA SEGUNDA OPORTUNIDAD

ZUNNY ELJACH

[Taller La Tinaja, Chía]



*Me sentí sola, indefensa, como un punto
diminuto en la inmensidad del mar.*

La Turca

Me desperté temprano. Barranquilla se sentía como un hervidero. El calor era tan fuerte que no esperé a que sonara el despertador, llamé a mi hermano Julio y, después de alistarnos, llamamos al taxi que nos llevaría al terminal. Mi madre, de temperamento juvenil, la típica mujer costeña, alegre, dada a la risa fácil, trabajadora incansable, siempre dispuesta a complacer a sus hijos, estaba feliz: sabía que nada nos iba a faltar en casa de mi tía. Por el contrario, siempre llegábamos de vuelta a nuestra casa con una maleta adicional, llena de ropa nueva. Cuando faltaba poco para llegar el taxi a recogernos, mi madre nos hizo miles de recomendaciones. Estábamos tan familiarizados con esa costumbre que no dimos importancia a lo que decía; pero, esa vez, dijo algo que nos hizo abrir los ojos de sorpresa: «Tienen prohibido bañarse en el mar». Me sorprendí de que nos prohibiera algo que, ella sabía, nos hacía muy felices. Lo relacioné con la noticia radial de que tres personas de una misma familia se habían ahogado en Cartagena; pensé también que podría tener temor de que algo malo nos sucediera. No tuvimos tiempo de protestar, pues el taxi pitó en la puerta. Pensé que, para una chica de 16 años y un chico de 14, era insólito ir a Cartagena y no disfrutar de sus playas.

Yo tenía ocho primos, que vivían con sus padres en una casa colonial ubicada en la parte histórica de Cartagena. Construida hacía 400

años, tenía salones amplios, largos pasillos, habitaciones grandes y, lo más hermoso, techos con pinturas de llamativos colores que representaban escenas de la vida familiar de la colonia. En la noche nos encantaba sentarnos en la sala y hablar de fantasmas; aunque teníamos que irnos a dormir antes de las diez, pues después de esa hora los murciélagos volaban por toda la casa, y algunas veces se metían en los cuartos. Era la parte desagradable de nuestras vacaciones; pero la compensábamos con idas a la playa casi todos los días. El halo de misterio que rodeaba la casa era el principal atractivo para mí. Percibía que sus largos pasillos estaban impregnados de energías dejadas por tantas personas fallecidas.

Por fin nos embarcamos en la flota que nos llevaría al Corralito de Piedra. El viaje duró hora y media; mientras mi hermano dormía, aproveché para imaginarme los momentos divertidos que me esperaban; había acordado con mi amigo Orlando reunirnos al día siguiente. Los dos teníamos muchos planes, pero mis tíos se oponían a nuestra relación, ya que él tenía 23 años.

Llegamos a La Heroica. Mis tíos nos estaban esperando; tomamos un taxi y en el recorrido bajé los vidrios para sentir la brisa marina que tanto extrañaba; al pasar por las murallas, sonreí al pensar que pronto estaría recorriéndolas; pasamos por la Puerta del Reloj; recorrimos las estrechas calles llenas de vericuetos y abarrotadas de gente, con sus antiguos balcones coloridos y llenos de historia.

Al llegar a la casa, mis primos nos esperaban en el zaguán; nos recibieron con alborozo y, de inmediato, nos informaron que al día siguiente madrugaríamos a las playas de Bocagrande. Mi hermano Julio manifestó que no teníamos permiso. Fue un momento incómodo para mi tía, ya que sabía que una contraorden de ella podría ocasionar un conflicto familiar. Mis primos utilizaron su poder de convencimiento para conseguir el permiso y así se solucionó el impase.

Al día siguiente fuimos a la playa; allí nos encontramos con algunos amigos con quienes acordamos un punto de encuentro para vernos en la noche. Solo cuatro de mis primos nos acompañaban, conseguimos una buena carpa, descargamos todo lo que llevábamos y nos sentamos en la arena a charlar. Nos impresionó el mar tranquilo, sereno. Las playas de Bocagrande se caracterizan por sus grandes olas aprovechadas por los surfistas; pero ese día no había ninguna; el mar tenía una franja de diversos colores que lo hacía más imponente.

Después de un rato, entramos al agua. Comenté que no sabía nadar y mi prima Celmy comenzó a enseñarme a flotar. Estábamos felices, era un día perfecto. De repente, sentí un fuerte tirón. En segundos, me di cuenta de que no tocaba fondo. No me había arrastrado ninguna ola. No entendía qué pasaba ni por qué estaba sola. A lo lejos, escuché gritos de mi hermano y primos pidiendo auxilio. Me di cuenta de que se estaban ahogando, de que todos estábamos en peligro. Poco a poco, me alejaba más, hasta que dejé de escuchar las voces. Caí en la cuenta de que me mantenía en el agua sin hundirme... ¡estaba flotando! En mi mente solo había un pensamiento: no me voy a dejar morir. Ese mar que tanto amaba y extrañaba se había convertido en mi enemigo. Cada segundo que pasaba me hundía en la desesperanza, pero no podía permitir que el pánico me dominara. Ya no veía playa, solo agua. Tenía que mantenerme a flote, no podía regresar a nado. Era importante conservar la serenidad, hasta que alguien experimentado se atreviera a rescatarme. Por un momento pensé en mi tía; la quería tanto como a mi madre y ahora le podría tocar entregar a su hermana sus dos hijos muertos. ¡No voy a permitir que eso suceda! Lucharé hasta que las fuerzas no me respondan. En ese momento tomé la decisión: ¡Voy a vivir! Mi cuerpo seguía flotando y mi mente se mantenía empecinada en salir de tan tremendo trance. De pronto, casi de la nada, apareció una aleta que, posteriormente supe, era de un tiburón blanco. A cada momento lo veía acercarse a gran velocidad. Alcancé a distinguir su masa corporal, su boca grande y sus dientes afilados; creí que el final estaba cerca. Me sentí perdida... mi mente quedó en blanco... En forma sorpresiva, me vi rodeada de varios delfines, que formaron una barrera protectora hasta que el tiburón salió huyendo. No lo podía creer. ¡Los delfines me habían salvado la vida! Se despidieron de mí dando saltos y vueltas en el aire. Lloré en forma inconsolable, me había salvado de ser presa de un tiburón, pero podría llegar otro y no tendría la ayuda de los delfines, entendí que no tenía oportunidad de salvarme, el mar me había llevado demasiado lejos, ya no quería seguir luchando, sentía mucha debilidad en las piernas. Era una niña de 16 años llena de ilusiones, de proyectos que seguramente no iba a poder realizar. Me sentí insignificante dentro de esa inmensidad; no podía defenderme de tantos peligros. ¡El mar me había ganado la batalla! Tomé la decisión de dejarme llevar. En medio de esos pensamientos, que consideraba eran los últimos de mi vida, apareció un brazo que se alargó hacia mí. Ya no coordinaba bien y no

entendía el significado de lo que estaba pasando. No obstante, estiré mi brazo para aferrarme, pero el volumen del agua era tan grande, que no lo permitió. Sentí que alguien me agarró por el cabello y que varios brazos me alzaron. Al comienzo, me resistí, mi mente desvariaba; pasaron varios minutos antes de que tomara conciencia de que estábamos llegando a la playa, ¡todo había terminado!

Extenuada, con el cuerpo al límite de mis fuerzas, me colocaron en la arena. Cuando desperté, estaba en una ambulancia que se dirigía al hospital. Mis primos y yo estábamos bien, pero mi hermano, según el médico, tenía agua en los pulmones y dijo que esto le podría ocasionar una grave infección. Permaneció tres días hospitalizado antes de ser dado de alta.

Mientras atendían a mi hermano, supe que el brazo salvador había sido el de Orlando, a quien di infinitas gracias por haber arriesgado su vida para salvar la mía. Me respondió que el agradecimiento debía extenderse a los dos salvavidas que lo acompañaron. Le pregunté cómo había hecho para llegar a la playa en el momento preciso. Me contó que esa mañana había despertado sobresaltado, había tenido un sueño, que ahora consideraba premonitorio. Me lo relató así: «Estaba durmiendo y de pronto escuché un ruido ensordecedor, me asomé por la ventana de mi cuarto y vi mi casa en medio del mar; el ruido era producido por las olas que se elevaban a grandes alturas y hacían tambalear la casa. A lo lejos, observé una mujer que se alejaba y, con un ademán, me decía adiós». Me dijo también que había llamado a mi tía para preguntar por mí. De inmediato, decidió ir a Bocagrande, tomó un taxi y ofreció el doble de dinero para que lo llevara con toda rapidez. Muy emocionado, me contó que, no sabía por qué, desde que supo que estábamos en la playa, había sentido mucha angustia. Recorrió la playa durante varios minutos hasta encontrarse con uno de mis primos, quien le informó lo que sucedía. De inmediato, sin dudar, se internó en el mar con dos salvavidas que se ofrecieron a ayudar...

Al terminar de escribir esta historia, se me ocurre decir que la vida se nos muestra a veces indescifrable. Muchas veces, cuando sentimos que todo está perdido, un rayo de esperanza aparece ante nosotros, trayendo consigo una segunda oportunidad.

LA OBSESIVA VOZ DEL OTRO

LIMBERTH JOSÉ ZAMBRANO

[Taller Écheme el cuento, Cali]



Miró la luna a través de la ventana. Una luz pálida, seca, que se colaba por entre los edificios cercanos, interrumpía la noche y proyectaba las sombras agónicas de una silla y una mesa colocadas justo al lado de la biblioteca.

—Cuando eres viejo, ya nada debería importar —dijo Eduardo Moreno desde el otro lado de la habitación.

En el silencio, la voz parecía cobrar un tinte ambiguo. Jugaba con el volumen y el tono, que subía y bajaba en la escala, a su antojo, para denotar estados de ánimo o para cambiar de personaje; voces que imbricaba como escamas de pez. Voces que proyectaba a cualquier parte de la sala.

El otro volteó la mirada hacia Eduardo Moreno, suspiró y volvió a la silla. Eduardo permaneció tumbado en el piso con las piernas recogidas y los brazos completando un círculo. Había visto tantas veces pasar la vida a través de esa ventana que conocía cada recoveco de la calle y el exacto momento en que la sombra iba pintando y desapareciendo cada objeto del mobiliario exterior.

—A tu edad, todo debería importar más —dijo el otro.

—Soy un hombre sin tiempo.

Rieron desde la complicidad del mismo recuerdo: cuando se lavaron las caras en la fuente al salir de la fiesta. Los dos vieron diluirse el límite del mundo en la oscuridad; los dos jugaron a ocultarse del tiempo detrás de los muros de la catedral.

Habían permanecido en vigilia la noche entera hablando de cuanto recuerdo se les cruzaba, como si alargara el tiempo fuera el resultado

de jugar con las historias que conocían de sobra y que temían olvidar si no las contaban una y otra vez. A eso se habían reunido: a contarse la historia que trenzaron desde que se conocieron en la fiesta de disfraces.

—Ahora que saliste... es el tiempo oportuno —dijo el otro.

Eduardo escuchó la voz como si fuera una explicación o una excusa que el tiempo no les había permitido.

—Si esperó trece años, puede esperar a que tome una taza de café.

Los edificios vecinos se habían vuelto amarillos y una coraza cuarteada dejaba ver el abandono. La calle húmeda botaba un vaho pegadizo que subía lento y se metía por entre la ventana abierta. La habitación era un rectángulo desolado con escasos tres muebles. La cafetera comenzó a silbar hasta que el sonido se convirtió en un graznido. No recordaba que se anunciara así. El otro se levantó y fue a servir café, tomó un sorbo, miró a Eduardo tan reducido a su naturaleza humana que no pudo evitar sentir lástima. Eduardo tomó un segundo sorbo y se quedó mirando las nubes pasar remolcadas por el viento. Recordó, entonces, la fiesta de disfraces donde conoció a Luisa; venía vestida de hombre y tenían pintado el bigote de la misma forma y llevaban la ropa tan igual que cuando se encontraron creyó estar frente al espejo. Eduardo se adelantó a decir «Yo soy el original, tú eres el otro». Ella respondió: «Que los jueces decidan».

La votación favoreció al Charlot de Eduardo.

Al tercer sorbo el otro notó que el café se había enfriado y abandonó la taza en la mesa.

—Es importante que te lo diga.

—Nada es tan importante como ir a mear.

En la calle se escuchó el chirrido desafiante de los frenos de un automóvil que terminó contra el poste de hormigón que sostenía las redes eléctricas. Eduardo se imaginó el accidente segundo a segundo. La frenada sin tiempo para esquivar el poste, el derrape obligatorio al chocar el guardabarros derecho, llevándose la farola, el golpe de la parte trasera contra el andén después de una aparatosa voltereta y el conductor despedido a través del parabrisas. Al salir del baño se asomó por la ventana y miró el apiñamiento de gente alrededor de la ambulancia junto al cuerpo ensangrentado y amorfo, colocado justo donde lo imaginó. El otro tuvo ganas de desembarazarse de su ropa de Chaplín, pero permaneció inmóvil frente a la ventana mirando cómo levantaban el cuerpo y lo montaban en la camilla con cuidado de que no se desme-

nuzara. Cuando la ambulancia se alejó volvió a mirar a Eduardo. Ahora estaba en la silla y jugaba a pasar la mano por la llama de una vela que había permanecido encendida durante toda la noche en el paroxismo de un final cercano.

—...tengo miedo, pero tengo que decirlo. Ahora es oportuno, pueden venir por ti en cualquier momento.

Eduardo se había quedado dormido sobre la mesa. El silencio era total en la calle y en el apartamento. En su sueño volvía a la cárcel. Escenas confusas de grietas en la memoria por donde se cuelan llamas negruzcas y el humo que llega hasta su celda, un espacio para cuatro. Eduardo se sabía solo, sus compañeros fueron desapareciendo como abalorios, por eso rezaba siempre; lo hacía en silencio cuando las luces se apagaban y él podía tirarse al piso en medio de la oscuridad.

El ácido olor a pelo quemado y el olor a grasa recalentada, que despedía el patio, le alertaron sobre su propia vida, le hicieron reconstruir en escasos minutos los retazos significativos de su existencia, le obligaron a preguntarse: ¿Qué haría si lograba salir? O, ¿cómo sería su último segundo de vida si el fuego alcanzaba su celda? Bajó la mirada, crispó el cuerpo en un instante que le hizo encogerse. Al otro lado del muro se extendía la noche moribunda. Esperó, en la celda solo quedaba esperar.

En la madrugada, cuando el humo no era tan agobiante, empujó la puerta con fuerza y la miró ceder al primer embate, recogió el candado escaldado, mordido por el agua, el viento y el sol.

A Eduardo lo llevaron a la celda de castigo después que lo sorprendieron robando del dispensario, óxido de zinc para las quemaduras constantes de los reclusos cocineros. Era frecuente que se embadurnara la cara con cualquier polvo blanco que encontrara y se diera a gritar monumentales diatribas contra el orden mundial.

Era el 25, día en el que cumplía 13 años de condena. Hoy debería llegar la boleta de excarcelación, pero no llegó. Oficialmente no era libre, pudo haber soportado hasta el final, hasta que llegaron los bomberos, el abogado de oficio, los periodistas.

Cruzó de prisa el patio central sin mirar los cuerpos diseminados. El incendio lamió las paredes exteriores y se fue colando hacia adentro, cerrándose como un cinturón mortal. Las casas de los lados se habían escurrido y solo quedaban ruinas, los higuerones salían de las fisuras.

Cuando ganó la calle se encontró de frente con el aire brusco que mezclaba los olores de la cotidianidad del barrio: el de orín y bosta,

el de cadáver de perro, y el desvergonzado olor a pan fresco y tinto humeante. No supo cuántos habían logrado salir, o si él había sido el único; el peso del recuerdo no se acoplaba a sus espaldas y su temor de encontrarse con los espacios familiares intactos le traicionó por unos segundos. Miró con lentitud los crudos vestigios de la cárcel y comenzó a correr.

Subió corriendo las gradas hasta el quinto piso, dio un empujón a la puerta de su apartamento y entró para tirarse a dormir los siglos que le hacían falta para recuperar el aliento. Allí estaba el otro como si hubiera conocido el momento exacto en que entraría.

Cuando levantó la cabeza, el otro seguía husmeando por la ventana, esperándolo, en silencio, sin un gesto en su rostro maquillado con la capa de zinc.

—Tengo que decírtelo antes de que llegue la Policía.

—Nadie quedó vivo. Así que tenemos todo el tiempo.

—Volvemos al principio —dijo el otro—, me quedé a esperarte, porque tengo que decírtelo.

—Hace trece años también tenías que decirlo.

—Hace trece años llegó un hombre con pasamontañas. No recuerdo lo que dijo, aunque sé que lo sabemos. El hombre entró atolondrado a mi casa, me miró con asco, con tristeza, con impotencia, con amor y me puso las manos sobre el cuello.

—Sé lo que repetía mientras apretaba tu cuello. Cuando llegué pediste que apretara fuerte, firme, sin miedo, con todo el amor; porque ya no aguantabas la culpa.

Las sirenas de la Policía se escuchan cada vez más cerca.

Por un momento, la ventana dejó de mostrarle la calle para servirle de espejo. Se vio con la cara pintada de blanco y terminó de comprender su angustia para decirle al otro, para decirse a sí mismo, lo que sentía, lo que sintió desde que se colocó el pasamontaña y fue a buscar a Luisa. Quería escuchar que fue como apretar su propio cuello.

Cuando la Policía tocó a su puerta, se detuvo, abrió la ventana, aspiró, miró a su alrededor el lugar vacío, la mesa, la silla, la biblioteca y por primera vez se sintió infinitamente huérfano, por primera vez se sintió infinitamente libre.

LA PANDILLA DE LAS FRUVER

LIGIA MORENO

[Laboratorio Virtual de Escritura Creativa]



Anoche me visitó mi cepillo de dientes. ¡Sí, es increíble! Pero lo hizo. Ya estaba yo dormido y sentí que abrieron la puerta de mi alcoba y era Él. Si lo vieras: tiene luz propia como de led, su verdor era fluorescente, sus ojos, ¡qué grandes!, su nariz puntiaguda, su boca caricaturesca y el cabello eran cerdas despelucadas. ¡Qué gracioso se veía!

Me saludó; luego me dijo que no me había lavado bien los dientes; yo le dije que sí; Él dijo que no, yo nuevamente le dije sí y el nuevamente que no, y así nos la pasamos un largo rato, hasta que se despidió y se fue. Al día siguiente estaba confundido, no sabía si había sido un sueño o si de verdad había sucedido.

Esta noche lo esperaré despierto, pensé. Así lo hice: efectivamente abrieron la puerta y de nuevo estaba allí. Me saludó y me preguntó qué hace mi mamá; le conté que es contadora, también me preguntó por el obsequio del ratón Pérez y le conté que me ha traído dinero; me dijo lo bien que debía alimentarme para que el diente nuevo salga bien y se fue.

Al tercer día hablamos mucho, me preguntó qué me da pánico.

—A mí me paniquea la pandilla de las Fruver —respondí con determinación.

—Oye, ¿te refieres a las frutas y verduras?

—Me persiguen a diario, tengo que salir corriendo por toda la casa huyendo hasta llegar a la oficina de mi mamá, que queda en el primer piso.

—Cuéntame más —me pidió el cepillo.

—Mira, cuando la señora que hace sonar las ollas en la cocina me llama a comer, y sale con su plato lleno de verduras, esas verduras me miran con ojos amenazantes. La peor de todas es la espinaca, ni qué decir de la zanahoria y ni pensar en las habichuelas; les tengo tanta repugnancia. Descubrí que es la cebolla de huevo que tiene amenazada a la señora que hace sonar las ollas en la cocina para que me persiga con ese plato por toda la casa; si no me persigue, la cebolla la hará llorar.

—¡Jum!... Te tengo el arma secreta para vencerlos: mañana los esperarás con sal y limón. Prométeme que serás muy valiente. Tienes que vencerlas, la señora que hace sonar las ollas en la cocina sabe mucho de alimentación, así como tu mamá solo sabe de números y yo solo de dientes.

—Lo prometo —dije y el cepillo desapareció, pero antes me dio las instrucciones necesarias.

Eran ya las doce del mediodía y tenía escondidas mis armas secretas: sal y limón. La señora que hace sonar las ollas en la cocina me llamó y yo ya estaba sentado esperando a la pandilla de las fruver. Observé el plato; no olvido cómo me miraba la lechuga, cómo se reía de mí el tomate y me desafiaba la zanahoria; exprimí limón sobre ellas, luego un poco de sal y vi cómo se retorcían; sin duda estaban muertas. Procedí finalmente a masticarlas con rabia, con venganza. Lo disfruté muchísimo; en verdad, me supieron a gloria.

Al terminar de comer, pensé en la gran historia que tenía para contarle a mi cepillo de dientes en la noche; lo esperé mucho rato, pero no llegó.

Al día siguiente, cuando mi mamá me llamó para ir al colegio, me dijo:

—Hijo, estrena cepillo, el otro viejo anoche lo tiré a la basura.

No pude explicar la razón de mis lágrimas; mi madre no lo entendería.

DOS CUENTOS CORTOS

JUAN CAMILO MONTAÑO

[Taller Escrituras creativas de Tenjo, Tenjo]



Volverte a ver

«En cada trocha recorrida por los paisajes del municipio de Tenjo se abría un camino mágico.»

Eso decía Alberto, quien cada madrugada, antes de salir el sol, caminaba junto a su pastor alemán, Félix.

Siempre recorrían varios kilómetros inmersos en la profundidad de la montaña, donde habitaban entes espirituales y místicos que hablaban con el alma de cada visitante, colmándolo de bendiciones o maleficios.

Por supuesto, este no era el caso de Alberto, quien vivía humildemente en su rancho, un hogar hecho de amor familiar. Cada quince días, como ritual, salía en búsqueda de su única hija, quien años atrás se había extraviado sin dar señales de vida. Nunca apareció. La pequeña recorría los parajes con una energía mágica. Su sonrisa y sus travesuras infantiles reconfortaban los días de Alberto con la frescura de una mañana en verano. Ese fue su último recuerdo en vida.

Un 8 de abril, mientras recorría la montaña con su amigo Félix, la penumbra iluminó la carretera y pudo ver, con un brillo cegador, escritos muisca.

En medio de su aturdimiento, Alberto se sintió tentado a atravesar aquel umbral que, en un momento de silencio interior, le susurró una voz conocida. Él reconoció de inmediato aquella voz, como un canto celestial en medio de las sombras. Sin pensarlo dos veces el hombre se echó a correr dejando atrás a su amigo canino; caminó un sendero oscuro y sin retorno.

Al día siguiente, un equipo de agentes del CTI y policías municipales no podían explicar lo que sucedía. Una silueta de un hombre viejo se fundía en la tierra en forma de croquis, moldeando una figura con sombrero, ruana y botas desgastadas. Un misterio rondó la escena: solo se encontraron, en medio de la carretera, el croquis de Félix y un mensaje escrito con letra pequeña que decía:

«Gracias por venir».

El desayuno

La última vez que la mantequilla sin sal estuvo sobre la nevera fue el día más triste para Manolito. Ningún desayuno era especial sin este ingrediente mágico que esparcía y esparcía en el pan, en las tostadas o en la arepa recién preparada.

Un día Manolito se preguntó: «¿Y si la mantequilla tuviese vida? Sería mi mejor amiga».

A la última reunión familiar llegaron sus abuelitos, sus primas traviesas y glotonas, además de sus tíos hambrientos que compartieron aquella velada de fin de semana. Ese día Manolito se quedó dormido profundamente y se perdió el desayuno. Despertó tarde. Su mamá le había guardado una ración de huevos con chocolate, ya que todo estaba a punto de acabarse en la mesa familiar.

Al despertar, Manolito se dirigió al comedor. Desesperado, buscó su preciada mantequilla arriba y abajo de la mesa, sobre la repisa de la cocina, encima de la nevera.

—Mamá, mamá —grito Manolito—. ¿Dónde está la mantequilla?

Su mamá le dijo que se había acabado, pues todos disfrutaron de ella. De inmediato, su estómago empezó a crujir, parecía que trataba de comunicarse con él.

Manolito pensó: «Debo estar enfermo».

Lo que no sabía era que esa sensación era producto de largas horas sin alimentarse, por el hambre que sentía. Dejó el desayuno a medio servir, solo comió un bocado porque no tenía el sabor que tanto le gustaba en la mañana. Al verlo, su mamá decidió llevarle a su cuarto unas galletas untadas con una poción mágica y cremosa. Al ver Manolito las galletas Saltín, con lo famélico que estaba, se dio a la tarea de comer un poco.

Desde ese momento Manolito sintió otro destello de sabores. Eran increíbles el sabor y la textura de los frutos que su boca probaba.

Le pregunto a su mamá:

—¿Qué le echaste a las galletas crujientes?

—Nada especial, tan solo la invitada especial que trajo tu abuela del campo —contestó la mamá.

—¿Y qué es? —preguntó sorprendido.

—Solo la mejor amiga de su infancia: la mermelada.

EL CAOS

CLARA VALENCIA

[Taller Caminantes Creativos, Barranquilla]



¿Qué pasaría si mañana al despertar estuviera en una cárcel? Algo así como lo que le pasó a Gregorio Samsa: todo lo que le acontece en ese nuevo día es diferente. Ya no es un hombre, es un insecto, está fuera de toda expectativa, de todo lo que hasta entonces era su rutina diaria.

Pienso que eso es imposible, y acaso solo lo vemos en la literatura o en las películas. La realidad es siempre la misma y podemos anticiparnos a lo imprevisto.

—¿En una cárcel? —me pregunta Ángel.

No, en realidad no en una cárcel, es una situación hipotética; más bien una especie de encierro general que empieza como un rumor y se va acrecentando. Uno piensa que no le va a tocar, pero poco a poco se va acercando. Cuando menos lo piensas, ya estás metido en ese hueco que lentamente va tomando todo de ti. Primero te amenaza con tu propia seguridad, con tu vida. Luego resulta que es mejor que no salgas a la calle, debes quedarte protegido en tu hogar. El mundo, la naturaleza, se tornan inseguros, peligrosos. Entonces tu casa, que siempre ha sido tu refugio, se convierte en una cárcel, y el carcelero eres tú mismo, con todos tus temores a flor de piel.

Qué fácil y cómodo es para un sistema lograr asustarnos como a niños. Nos contentamos con cualquier cosa que se nos dé, con cualquier alivio.

+

Me parece que estás viendo muchas películas de terror o de ciencia ficción, me dice Ángel. Es mejor confiar y saber que todo lo tenemos

listo, nuestro mundo está organizado, estamos en el siglo XXI, tenemos comodidades, internet, podemos viajar al lugar que nos plazca, nos podemos conectar con cualquier persona en el planeta, no existen las fronteras para nosotros, así que por qué mejor no nos relajamos y disfrutamos de nuestra casa, que es un paraíso, no una cárcel. Y, como no me gusta leer, eso me mantiene a salvo, no tengo que estar imaginando cosas que sé que no van a pasar.

+

Pero pasó.

Hoy me levanté en una cárcel, una cárcel sin carcelero. Al principio todo iba bien. Aunque las noticias eran aterradoras, no eran locales. Pensé que este absurdo no iba a llegar, menos a mi territorio seguro, a mi tierra, que está por fuera de todo, que es un país de los que llaman subdesarrollados. Pensaba que esa era la ventaja de estar fuera de ese mundo tan civilizado, tan digitalizado. Pero ha llegado. Y primero me han dicho que debo quedarme en casa. Luego han fichado y marcado los días que puedo salir. Esos días son pocos y, paulatinamente, los van recortando. Me acomodo a la nueva rutina. Somos animales de costumbres, nos acostumbramos a todo. Y eso lo sabe bien el que creó la cárcel.

+

Voy habituándome a pasar el día en casa. Observo con cuidado a través de una pequeña ventana en mi habitación para saber qué está pasando. Pido mi comida a domicilio. Además, me toca pasar mucho tiempo frente al computador. He aprendido a vivir en compañía de mi computador, mi celular y mi perro. Tengo un permiso especial para sacarlo a pasear. Nunca pensé que tener una mascota se convertiría en algo tan importante, que te otorga un poco de libertad. Y, a veces, cuando salgo a pasear a Lucas, mi perro, me parece que es más libre que yo, o por lo menos no está tan vigilado.

+

Mi celular me pregunta a cada rato: «¿Cómo estás? ¿Cómo te sientes hoy? ¿Te has enfermado?». Las noticias me acosan constantemente, quieren

asustarme. De un modo u otro lo han logrado. Vivo en permanente zozobra. Hoy, que ya no quiero salir, me han dado más días para ir a la calle. Prefiero la seguridad de mi casa/cárcel. Pero tengo un problema: mi carcelero, que es ahora Lucas, me quiere llevar a pasear. Y cómo negarme si es mi guardián quien me lo exige. Entonces salgo y encuentro rostros extraños; ya no es lo mismo. Me parece que están marcando los días para que nos encontremos aquellos que tenemos algo en común, ya sea por nuestras neurosis o por tipos de personas, así que esto se convirtió en un circo. Un día salimos los depresivos, los neuróticos, y otro día los entusiastas. Me parece que nos están dividiendo.

+

No puedo entender qué está pasando, y tampoco entiendo bien por qué tengo casa por cárcel. No recuerdo haber hecho nada distinto a los otros. Tampoco me quejo. Sé que todos estamos encarcelados, pero cada uno tiene una cárcel diferente. Eso siempre sigue marcado por la clase social. Aquellos que viven en las calles tienen calle por cárcel, con todo lo que eso implica en un mundo donde es más segura la cárcel que el exterior. En fin, sigo sin comprender.

+

Llevo 90 días de encierro y mi carcelero Lucas me ha sacado a pasear. Ya estoy acostumbrado a la cárcel, ya no añoro a los amigos, no me hace falta nada, me siento bien. Creo que ahora estoy entendiendo por qué estoy en esta cárcel, y me imagino que ustedes también lo saben, o al menos creen saberlo. Han dicho que es para protegernos de algo que está afuera, que ataca a todo aquel que encuentre.

+

Me he replegado en mí mismo y voy cediendo todo al tiempo a mi soledad, a mi vida lúgubre. Ya «me quedo en casa», no quiero salir, y espero con tranquilidad y paciencia el final de no sé qué.

+

Me ha llamado Ángel, preocupado y angustiado. No comprendo. Él siempre ha sido tan optimista que incluso está marcado para salir los días de los alegres. Me llamó para darme una noticia que ahora no me afecta, pues he renunciado a todo y llevo una vida austera. Me basta con mi pequeña ventana y mi fiel carcelero Lucas. ¿Qué más puedo desear?

Me dice que lo vio en las noticias y ahora lo está viviendo. Parece que nos van a quitar el internet, Netflix, la comunicación digital, pero solo es un aviso. Estamos a la espera para saber si es verdad...

«Tener paciencia, solo tener paciencia», como bien dice Gregorio Samsa.

EL SUEÑO DE JULIÁN

ELA MARÍA ARIAS

[Taller Bucaramanga lee, escribe y cuenta, Bucaramanga]



Durante la cena, Julián habló de la herida que se hizo jugando a la lleva en el recreo. Angustiada, su mamá le revisó la pierna. Mientras observaba la curación, preguntó qué clase de medicamentos le pusieron en el colegio. Mertiolate, respondió el niño mientras su mamá retiraba el trozo de gasa y el esparadrapo. Julián gritó cuando ella le aplicó Dioxogen para limpiar la herida y sintió alivio cuando le puso una curita. Le dio las gracias y ella sonrió. No quiso probar la sopa a pesar de los ruegos y preguntó a qué hora iba a llegar su papá. Ella lo llamó al celular, se lo pasó y Julián le preguntó si se demoraba en llegar. Al escuchar la respuesta se levantó de la mesa y ni siquiera tocó el postre: el flan que preparaba su mamá y que era su favorito.

Ella le ayudó a ponerse la pijama, lo arropó y le leyó un cuento. Cuando iban llegando al final, casi a las once de la noche, Julián escuchó el inconfundible sonido de las llaves de su papá justo antes de entrar a la casa. Se despidió de su mamá con un amoroso abrazo y un beso, cerró los ojos y se hizo el dormido. Su progenitora estaba a punto de apagar la luz cuando su esposo entró en el cuarto y la saludó con un gesto. Con cuidado, se acercó a la cama, miró a su hijo y le dio un beso en la frente. Cuando mamá y papá salieron del cuarto, Julián abrió los ojos y escuchó el agua del platero, el encendido del fuego en la estufa en que su mamá calentó la comida y los lamentos de su papá por la derrota de su equipo de fútbol, transmitida en vivo por televisión. El sonido del televisor se fue perdiendo hasta que Julián se quedó profundamente dormido.

Julián sintió una mano que se posó sobre su hombro. Se asustó al ver tres dedos verdes de una textura rugosa y sin uñas. Imaginó que un

monstruo se lo iba a comer o lo iba a lanzar a un precipicio. De repente dejó de sentir la mano y se dio vuelta, respirando agitadamente. Vio una figura dulce con una sonrisa agradable y el miedo desapareció. La mano con tres dedos se movió lentamente, invitándolo a viajar por el espacio en dos caballos de fuego que llegaron hasta ellos. Uno de color negro intenso y el otro púrpura, con los ojos iluminados cual centellas, despidiendo de sus trompas espuma de globos transparentes que flotaban sobre sus cabezas. Montaron en ellos para iniciar su travesía a través de un espacio lleno de rayos luminosos y senderos de un dorado brillante, por donde viajaban. A su paso no quedaban huellas. En la distancia vieron muchos niños flotando y cantando, celebrando entre figuras de colores muy intensos sobre todo el espacio visual, la llegada de nuevos seres. Todos flotaban, caballos y niños. Atravesaron figuras geométricas gigantes que se iban desvaneciendo al paso de los dos jinetes. Cuando se acercaron a un grupo de niños cantores, se desató una tormenta espacial con meteoritos, rayos y centellas. Los caballos relincharon y desaparecieron. La tormenta continuaba. Estaban malheridos y ensangrentados. El selenita que lo acompañaba abrazó fuertemente a Julián quien recibió varios impactos que lo hicieron más vulnerable. Los atacaban seres grises con un solo ojo gigante y el cuerpo cubierto de escamas. Julián pudo ver cómo salían lenguas de fuego de sus bocas llenas de dientes afilados y sintió los horribles olores que despedían a su paso. Le faltó el aire, sintió un fuerte remolino que lo envolvía y en ese instante apareció su papá, que con una espada de plata enfrentó a los monstruos hasta hacerlos desaparecer, uno a uno. A medida que los monstruos caían, el selenita recobraba sus fuerzas y las heridas de Julián se iban cerrando. Concluida la batalla, el papá de Julián abrazó y besó a su hijo. Juntos agradecieron al selenita y lo vieron desvanecerse, siempre sonriente. Julián tomó la mano de su padre y despertó.

Al otro día —sábado— se sentaron a la mesa a desayunar. El papá de Julián tenía puesta la camiseta de su equipo preferido. Había alistado el maletín con los guayos, la pantaloneta y sus canilleras de la suerte para ir a la final del campeonato Interempresas. Su celular no paraba de vibrar y él tecleaba a toda velocidad. Como de costumbre, mamá sirvió huevos revueltos y le preguntó a Julián qué había soñado. Él miró a su padre con timidez y comenzó a contarles. Antes de que pudiera terminar, su papá se levantó del asiento y, en un gesto inusual,

Lo tomó en sus brazos como a un bebé y lo cubrió de besos. Con los ojos llorosos miró a su esposa y apagó su celular.

El papá de Julián hizo mucha falta en la final que el equipo de su empresa perdió por tres a cero.

SE APAGA EL FUEGO

LIZETH RÁTIVA

[Taller Virtual de Cuento]



Son las once de la noche. César sigue entumecido, sentado en una gélida banca de cemento que al parecer no quiere dejarlo ir. Piensa que no está mal fumar una vez al año, pero se promete que ese sí será el último cigarrillo. Cada agosto suele darse como regalo el permiso osado del sabor a tabaco. César se quedaría otro par de horas en ese abandonado parque de no ser porque la alergia ataca su narizota congelada y aparte tiene muchas ganas de orinar. Ya está bueno, piensa, y se va a casa. Por fortuna, el camino de vuelta es corto y sus zancadas siempre le ganan al tiempo.

A esa hora no hay vecinos qué saludar, eso le permite relajar los hombros. Sin embargo, acelera el andar. El sonido de sus pasos se combina con el de la acompasada fricción que se da entre sus piernas y el rígido *jean* que acostumbra usar. Con ese sonsonete entra casi marchando al edificio. Sube las escaleras en espiral y llega mareado al quinto piso. Se pregunta por qué no eligió vivir dos pisos más abajo. Reniega de su estado físico, que lo deja ahogarse subiendo 48 escalones. Maldito cerrojo, susurra. A esa hora lo último que quiere hacer es jugar a forzarlo. Mientras gira la llave, escucha un ruido seco al otro lado de la puerta. Por un momento le aterra que haya alguien escondido en su sala, así como le sucedió hace un año. Aún recuerda aquella noche, su familia oculta de forma infantil en la oscuridad, detrás de las cortinas, detrás del sofá, esperando ansiosa a que él abriera la puerta para gritarle ¡SORPRESA! Fue la primera vez que sintió esa rigidez en la cara, esa incomodidad paralizante al tomarse una foto y ese tedio al compartir con tantas personas que, pese a sus lazos, para él seguían siendo lejanas. No fue mucho el tiempo que duró la fiesta, hasta que

de él empezaron a salir gritos, casi aullidos, suplicándoles a todos que se fueran, que lo dejaran en paz. Por eso ahora tiene la certeza de que a nadie le interesaría sorprenderlo, ni siquiera a su madre, y más en una edad tan gris y desgraciada como la que él completa. Eso, más que apenarlo, lo alivia.

Suspira y acomoda los hombros hacia atrás, haciendo traquear la espalda. Abre lento, pero casual. Se da cuenta de que no hay nadie en casa, como siempre. Otra noche sin soplar las velas ni apagar el fuego. Tira la puerta. Ante aquel sonido, Horus, el gato que vive con él, huye espantado. Normalmente Horus lo recibe rodeándole las piernas y maullando. Incluso parece más feliz que la mayoría de los gatos, pero ahora demuestra otra cosa. Entonces César revisa la casa. Todo está en perfecto orden, como siempre. Seguido a esto, como todas las noches, decide hundirse en el sillón y sentir cómo ese viejo y agradecido mueble lo abraza mientras él contempla sus peces. Le gusta observarlos porque al menos esos inexpresivos y diminutos seres no le recuerdan todo el tiempo que es feo, pobre, ni que vive en un mundo desgraciado y violento. Frente a aquellos cristales, César se siente como un niño. Observar a los peces, verlos nadar a distintas velocidades y ritmos, lo hace sentirse como un gran y único invitado.

Justo cuando ya está cómodo y tibio, a César lo atacan de nuevo las ganas de ir al baño. No se explica cómo lo había olvidado por completo. Simplemente dejó de sentir aquella necesidad, así como a veces se pasma el hambre con el sueño. Entonces se levanta con pesadumbre, llega al baño y, tan pronto enciende la luz, de allí sale corriendo Horus. Iría tras él, pero a César ahora lo único que le angustia es la imagen aterradora de Fuego, su *goldfish*, tirado en el suelo del baño, moviendo la boca en agonía.

Se agacha con rapidez, lo toma con cuidado y ligereza para no causarle más dolor del que seguro ya padece. Está resbaladizo. Corre llevándolo entre sus manos hasta la sala. El pez casi no se mueve. Lo devuelve con torpeza a las turbias aguas del acuario. Los demás peces ondean la cola con efusividad mientras empiezan a picotear a aquel pez que ya no nada, que ya no extiende sus aletas, sino que se deja llevar de lado a lado entre las burbujas, como una cosa girando a la merced de las corrientes de agua. Con este balanceo, el pez cae al fondo de piedrecillas. Ante el liviano impacto, el *goldfish* abre de nuevo la boca, pero ya con menos fuerza.

César siente que su corazón le golpea el pecho de manera incesante. No sabe qué hacer, mira hacia los lados y lo único que se le ocurre es tomar una jarra de cristal, lavarla y llenarla con agua limpia. Luego mete la mano al fondo del acuario y saca al pez para dejarlo en su nuevo hábitat. Se sienta otra vez en el sofá. A través del agua cristalina nota detalles que antes no había visto en el pez, los agujeritos de lo que fuera una nariz, el interior carnoso y corrugado de las branquias, las escamas nacaradas, partidas y levantadas, y unas manchitas rojas en la piel que aparecen por la ausencia de las mismas.

Mientras César acerca la cara a la jarra, Horus llega a sus pies. César lo recibe y lo acaricia. Sin embargo, no deja de mirar al pez, de presenciar la lucha, en cámara lenta, de aquel pequeño ser contra la muerte. Esa parsimonia de Fuego, sumada al haz de luz que sale de la lámpara, le dan a César la impresión de estar en un íntimo y doloroso espectáculo. Pero la larga cola del pez, ondeándose por inercia como un gran velo en el agua, de forma extraña le brinda un poco de aliento. Horus se saborea. César ve cómo el pez emerge elegante a la superficie hasta que su frágil y brillante costado sobresale del agua. De nuevo, el frío le recorre las piernas y las manos le tiemblan. Hace años no sentía sus lágrimas brotar tan livianas y libres. Mira a su alrededor. Le da la impresión de que su apartamento está más pesado y oscuro. Sabe que cualquier persona en su situación botaría al pez muerto a la basura, le echaría encima las cáscaras y los restos de lo que comiera esa noche, y al día siguiente, después del trabajo, compraría otro pecesito dorado, lo llevaría a casa en una bolsa y lo liberaría en el acuario para seguir como si nada. Sabe que también podría intentarlo, seguir adelante, ser fuerte, como dice la gente, pero no se cree capaz. Pensar en Fuego le hace sentir un abismo en el pecho que lo fulmina. Aquella sensación de caída lo saca de su abstracción. De inmediato se reprocha por no haberlo salvado. Mira el reloj. Ha pasado horas contemplando al pez. Ahora César se levanta del sillón, se quita los zapatos y se tira en la cama. Aprieta los ojos e intenta dormir un rato. Necesitará fuerzas, no para comer, bañarse o volver a trabajar, sino para elegir el destino final de aquel inerte y aún brillante cuerpecillo naranja.

FUTURIKA

JHONNY FERNANDO JIMÉNEZ RODRÍGUEZ

Cuento destacado por el jurado - Categoría Directores
[Taller Casa Barullo, Bogotá]



SE CONFIRMA QUE LA JOVEN RETENIDA LUEGO DE INGRESAR A LAS
INSTALACIONES DE FUTURIKA & CO. LLEVABA UN GATO Y HABRÍA
INTENTADO ROBAR GALLINAS
Ciudad Futura D.C.
7 de agosto de 2142

La joven de 16 años, identificada como Pasión Cuervo, habría actuado con apoyo de algún grupo al margen de la ley. En los próximos días será llevada ante la justicia por intento de robo, allanamiento de propiedad privada y tráfico de especies protegidas desde el año 2098.

En horas de la noche del pasado jueves 5 de agosto se encendieron las alarmas en las fábricas de carne cultivada Futurika & Co., luego de que la joven Pasión Cuervo ingresara sin autorización a los galpones de protección de las gallinas en la zona sur de la ciudad. Si bien se trata de una de las instalaciones más resguardadas del país, la adolescente de apenas 16 años habría conseguido evadir las dos barreras de seguridad, los códigos de ingreso y las autorizaciones digitales que le permitieron llegar hasta el corazón de la industria más fructífera de la nación. De acuerdo con Tomás Carrasco, Ministro de Defensa, «las actuaciones de la joven solo demuestran la necesidad de una mayor regulación de los cuerpos que ponen en riesgo el bienestar económico y moral de uno de los países más productivos y adelantados de la región». Las declaraciones tuvieron lugar luego de que en el cielo

de Ciudad Futura se proyectara un video en el que se mostraba a la señalada ingresando a uno de los galpones con un pequeño gato. El ministro también afirmó: «No descartamos que se trate del actuar de una organización ilegal que insiste en desmontar por completo el sistema cárnico. Le pedimos a la ciudadanía que mantenga la calma, pues en ningún momento se ha comprometido la calidad de nuestra alimentación ni se ha puesto en cuestión nuestra producción y protección animal».

Son pocos los datos que hasta el momento este medio ha conseguido sobre la presunta intrusa. Se sabe, por la misma conferencia de prensa, que la joven no es originaria de Ciudad Futura ni completó el escalafón de estudios necesarios para emigrar. También se informó a la ciudadanía que la señalada no alcanzó a tener contacto con ninguna de las mil doscientas gallinas en protección del Estado desde 2103, cuando se declararon patrimonio nacional y se entregaron para su bienestar a Futurika & Co.

La situación es más compleja por la presencia del gato, pues se trata de una especie prohibida para el contacto humano desde 2098, luego de que su población hubiera quintuplicado a la humana y la mayoría no resistiera la dieta Futurika. El ministro afirmó que se adelanta la investigación sobre la manera en que Cuervo logró acceder a un espécimen tan extraño, especialmente cuando ya han sido expulsados del sistema y alojados en la Isla de los Gatos. El Gobierno aún no ha informado el destino del animal, pues su presencia supone un quiebre del Tratado Internacional para el Bienestar Humano. En caso de conservar al felino, se violaría la Constitución, que estipula al territorio nacional como libre de especies que escapen del control demográfico. La segunda opción sería movilizar al espécimen a la ya mencionada Isla de los Gatos. Sin embargo, se sabe que el espacio ya no hace parte de la jurisdicción colombiana y tendría que negociarse con la recién conformada nación Amazónica. Dicho movimiento político requeriría que el Gobierno desescalara sus impuestos a la de carne cultivada que se exporta, pues solo así el Amazonas accedería a recibir un problema de tales dimensiones.

Se espera que en los próximos días el Gobierno y Futurika & Co. hagan una declaración más detallada sobre los eventos ocurridos en días pasados y el futuro legal de la acusada. Tam-

bién se espera una aclaración sobre el destino del gato y las acciones que se llevarán a cabo para rastrear su origen. Las autoridades han dispuesto las siguientes líneas de contacto para informar sobre cualquier dato que se tenga sobre la implicada y el animal: +49 (0) 21 72 - 38-0.

+

Soy un gato y recién me dieron nombre. El espécimen humano que me ha levantado y limpiado con un pañuelo húmedo que olfa a sándalo me ha dicho: «Qué animal más sucio. Pero esos ojos: blancos, cremosos. Te llamaré McFlurry». Lo más extraño de los humanos es que hablan mucho en diferentes tonos. Son como un esfinge, pero mucho menos delicados y más ruidosos. No me gruñe, pero hace un ruido extraño al respirar como si tuviera una especie de hueso atravesado en el cogote. La mujer me ha preguntado una y otra vez cómo es que llegué hasta aquí, pero es tan horrible con sus dientes todo el tiempo a la vista y sus dedos sueltos como gusanos que no soy capaz de mirarla. Levanté la cabeza a ver si encontraba a alguno de mis hermanos, pero ya no estaba en el lugar húmedo en el que nací ni escuchaba ningún otro maullido de estamos juntos, comámonos un pájaro.

Vi que en el cielo, con una serie de destellos, se formaban múltiples figuras. No recuerdo nada más de antes. El brillo era insoportable como los pinchazos de las avispas. La mujer me metió en una bolsa y me dijo: «Calladito, McFlurry». Adentro sentí tantos objetos rozarme y oí tantas cosas que pensé que ni en donde vivía había experimentado tantas sensaciones. Incluso, luego de un rato, sentí que nos movíamos y que el lugar temblaba con suavidad, como si escalara. Recordé haber estado en un espacio profundamente oscuro y cómo los míos se quejaban. Recuerdo un rayo de luz como un pedazo de sol que perseguí hasta perder el conocimiento. Me permití un ronroneo, porque qué fidelidad le debo yo a la humana. Ninguna, menos estando tan débil. Quién sabe cuánto estuve encerrado y cuánto pasé tirado antes de que ella me despertara.

Me cuesta respirar y siento que mi pelo es una melaza de enredos que no puedo lamer. La humana me ha sacado de la bolsa y siento que entre mis pelos se cuele un frío tan profundo como el maullido nocturno. Tiritito entre sus manos mientras una luz violeta me hace brillante como una estrella. «Te meteré entre las tetas, pero que me aruñas y te tiro desde aquí

arriba, ¿entiendes?» Agradezco que me haya puesto aquí, entre su calor humano y su olor sudado que la hace menos terrible. Me acuerdo de cómo con mis hermanos nos tumbábamos unos sobre otros para evitar sentir frío en las noches. Ahora soy una pequeña bola melcochuda y me muevo en su pecho de vez en cuando, solo para que no olvide que estoy aquí.

Ya me iba quedando dormido, aun con el dolor profundo en el vientre, cuando miré hacia afuera y empecé a entender las figuras que ponen en el cielo. Una parece un árbol con un humano que baila a su alrededor y levanta una de sus piernas como si fuera su cola. Otra es un ave feliz y rechoncha que corre por una montaña. Deliciosa. Da un par de saltos y se pierde para que aparezcan unos signos que no entiendo. «Futurika — dice la mujer y luego me mira —. ¿Tú vienes de ahí?» Luego aparece un perro babeando como idiota y me erizo un poco, pero ella me acaricia: «A esos no hay que limpiarles la mierda ni darles de comer, ¿sí ves?». Y me muestra los dientes y no entiendo por qué si ya me quedé otra vez quietico. «¡Brutas! Tú tienes que comer.» Y mete la mano en la maleta, pero no encuentra nada. Así son los humanos, tantos dedos y no les sirven. Pone la maleta en la silla de al lado y saca una a una sus cosas: un objeto plateado y afilado, una bolsa más pequeña con flores y unas hojas arrugadas. Luego saca una caja casi transparente y la abre para hundirle la uña a un pedazo de carne húmedo. Me mira profundo y me lo pone frente a la nariz. Huele a pez podrido.

Luego de darle un mordisco siento que el lugar en el que vamos se hace más pequeño y da mil giros por segundo. La vomito. Su camisa y chaqueta ahora no solo están negras como yo, sino que les escurre una masa informe, cruda. ¿Qué diablos me dio esta humana? ¿Es que me quiere matar? Me coge del lomo y me suelta sobre su pierna. Me mira y recuerdo la mirada de los humanos que me sacaron de donde nací y siento la amenaza. Recoge la masa con un pañuelo que saca de su maleta de flores y que huele a sándalo. La lanza por la ventana. Imagino que cae como un pájaro al que otro gato le ha dado un zarpazo desde un árbol y se estrella contra las ramas para después reventarse la cabeza contra el suelo. Me mira otra vez y respira como si se llenara de energía, porque se le inflan las venas de la cabeza. «Malparido gato». Y sigue hablando, pero está tan alterada que apenas entiendo que se reprocha a sí misma haber sentido compasión por mí: «Un animal como este está destinado a morir como todos los que no aguantan comer Futurika. No hay más opciones, ¿me oyes? Te vas a morir». Y, poniéndose de rodi-

llas, me agarra de las orejas y me saca por la ventana. Me deja suspendido y siento un frío tan intenso que me chuzca entre los huesos. Siento el aire en cachetadas y un relámpago me recorre desde la punta de la cola hasta el pelo más pequeño y sucio de mi oreja izquierda. «Después de esto —me dice—, no tendrás más hambre.»

+

Sentada en una banqueta oxidada de la estación de Ricaurte, Pasión escuchó desde la pantalla: *Bienvenidos a Futurika, cocinando el porvenir*. Sonaba de fondo una música celestial como si presentaran la mismísima ambrosía. *En nuestras cocinas de última tecnología producimos la carne cultivada de más alta calidad en el mundo*. Y una mujer alta, con una falda en tubo, abría una puerta tan elevada como un piso completo. Luego una luz intensa ponía todo en blanco, pero Pasión, con las nalgas bien plantadas sobre el metal, no cerraba los ojos. *No podemos negar los beneficios que ha traído establecer una dieta exclusiva de carne in vitro*. Y aparecían un montón de gallinas corriendo por una loma mientras un hombre en la cima las esperaba con los brazos abiertos. ¿Cómo era que nunca había visto una gallina de verdad? *Es como comer carne: ¡sabe exactamente igual!*, decía el hombre sonriendo mientras levantaba la gallina más pequeña. Luego cambiaba la secuencia a un laboratorio. *Desde aquí, las células madres de las vacas, cerdos y pollos se multiplican en nuestro sistema de creación. Aquí nace la vida*. Un pedazo de carne redondo, colorado y aún con un líquido que nadie se atrevería a llamar sangre salía sobre un plato tan blanco como la luz. Después un niño le enterraba un tenedor, lo tajaba y sonreía antes de meterse un pedazo a la boca. Luego en letras llenas de decoraciones decía Futurika. Pasión dejó de ver.

En su maleta, McFlurry la miraba con sus inmensos ojos blancos. No vomitaba más, pero estaba tan débil que no maullaba y casi no se movía. ¿Cómo iba a alimentar al maldito gato? Tal vez si Pasión cazaba las palomas que llegaban al techo del edificio a mediodía y se las servía, no tendría que comer lo único que todos podían comer. Habría que crear un sistema de poleas capaz de accionarse cuando el pájaro se le parara encima. No era difícil: un sensor, unas cuerdas, tuercas y una jaula que se soltara desde arriba. Pero no tan arriba, porque se podrían escapar. Era mejor si lo hacía en el rincón del edificio, así tendrían menos espacio para huir. Además, si lo llevaba a cabo al borde de la terraza,

alguien podría verla partiéndoles el cogote. La denunciarían por caza ilegal. Pasión se preguntó si había alguna caza que fuera legal en la que pudiera guardar pájaros en sus corrales, como se veía en el comercial. Apretó los puños: *Futurika solo hay una.*

Pasión decidió que haría un camino de migas que llevaran a la trampa del fondo, a lo Hansel y Gretel. Ella sería Gretel y McFlurry Hansel, pero no serían víctimas. Serían incluso mejores que el par de niños, porque se comerían la casita completa de la bruja. Se comerían incluso a la bruja. Entrarían a su casa por la puerta gigante y no cerrarían los ojos a la luz. Subirían la loma y Pasión sabría cómo se siente, cómo suena, cómo corre en verdad una gallina. Y McFlurry podría meterse adonde sea que vivieran y les clavaría un buen mordisco. Se imaginó al gato sonriendo como el hombre que decía: ¡sabe exactamente igual! El gato sabría qué es lo igual, porque sobreviviría como todos los demás. Luego Pasión se pasearía sobre las largas bandas elásticas para ir pateando los pedazos de carne *in vitro*. Levantaría a McFlurry y sentiría su panza llena de carne que no vomitaría, sino que la cagaría. Lo dejaría cagar en toda la fábrica y saldrían con la sangre escurriéndoles por la boca. El gato maulló y el sueño de Pasión se quebró. «¿Qué voy a hacer contigo, McFlurry? ¿Cómo vamos a entrar?»

EL BOBO DEL PUEBLO

MAURICIO VANEGAS GIL

Ganador - Categoría Directores de Taller
[Taller Tinta sin Fronteras, La Estrella, Antioquia]



El sol de la tarde iluminaba en pleno la oficina más alta de la alcaldía del pueblo; una desesperante sensación térmica ofrecía gotas delicadas en la cabeza de disimulada calvicie del residente del escritorio. Se trataba de un administrador acostumbrado al clima gélido de la zona rural, recién posesionado como alcalde por elección popular en un municipio tranquilo, lejos de la metrópoli. En compañía del Consejo de Gobierno y después de evaluar la situación de la comunidad, concluyeron que el problema central de pueblo se volvió visible tras el paso fugaz de una caravana de turistas con rasgos del sur que llegó hasta la plaza, asaltando con fotos el frontis de la iglesia y preguntando por las principales atracciones, entre ellas, la del bobo del pueblo...

¿El bobo del pueblo? La pregunta generaba una mueca de incertidumbre en los entrevistados. El último bobo había fallecido hace algunos meses; desde entonces era difícil conseguir quien hiciera un mandado, quien correntiara palomas y escolares groseros, quien intercediera por los presos, quien animara fiestas, velorios y reuniones. Una señora que salía de misa intentó dar una respuesta al turista desprevenido, pero después de hurgar en su memoria y en el paisaje de la plaza no se le ocurrió quién sería el bobo actual, supuso que la información más exacta la podía tener Jorge el carnicero. El carnicero pensó en el caos que dejaba la ausencia de bobo, y que la respuesta la podía tener Octavio el zapatero, y este elevó la pregunta al inspector de policía.

El asunto se extendía entre vecinos, aun después de que los turistas abandonaran el municipio. Así, la cuestión y sus consecuencias llegaron al Consejo de Gobierno, con una evaluación tentativa de los

riesgos para la economía local de no encontrar un renovado bobo. En la agenda se trató el tema. Los posibles candidatos, de acuerdo con una evaluación psiquiátrica exterior a «ojo de buen cubero», una valoración de los pueblos vecinos de acuerdo con su personaje tradicional e, incluso, un registro de los últimos bobos del pueblo con las fechas de deceso, para información patrimonial.

El alcalde, naturalmente lento al calor de la tarde, sintetizó:

—Entonces ¿no tenemos bobo del pueblo? Bien, es necesario encontrarlo lo más pronto posible.

Se delegó un Comité Central de Selección, Identificación y Elección Administrativa del Nuevo Bobo del Pueblo, COCESEIDEANEOBOBO, como fue conocido por sus siglas. Dicho comité emprendió acciones inmediatas para resolver esta crisis de identidad. Tras varios meses de intenso trabajo y de una inversión burocrática importante, se presentó al Consejo una evaluación general de la situación que se sintetizaba en los siguientes puntos:

- La salud mental del pueblo es en general bastante buena, no existe realmente un candidato con las condiciones y pergaminos para asumir el rol de *bobo del pueblo*.
- Se deben evaluar acciones de choque para resolver este problema.
- Extraoficialmente, se sugiere practicarle una lobotomía a una lista de voluntarios mayores de edad, para definir el personaje, o hacer una importación del bobo, entendiendo el potencial de los pueblos cercanos. No se descarta que sea un rapto no sustentado en la ley o —en última instancia— una elección popular de la persona dispuesta a asumir ese papel, incluso fingiendo la bobera en presencia de turistas.

El alcalde activó los protocolos de crisis y convocó a una asamblea masiva en la que presentó los preocupantes resultados recogidos en el informe de COCESEIDEANEOBOBO.

Como era de esperarse, varias voces irrumpieron advirtiendo el incremento del calor y en consecuencia la disminución de producción de frutas y verduras necesarias para la alimentación; asimismo, otras que denunciaban el mal estado de las vías públicas como resultado de la ola invernal; igualmente, la poca oferta cultural para los jóvenes, entre otros problemas cotidianos. El párroco indicó en su intervención que

todo se debía al equilibrio interrumpido desde la muerte del último bobo del pueblo, y exhortó a la administración a ser contundente en la pronta solución de esta situación.

El alcalde anunció:

—No se diga más, asumo en pleno mi compromiso con el futuro y determino por acto administrativo la convocatoria a la elección popular urgente del bobo del pueblo. —Y agregó—: La persona elegida por sufragio popular tendrá un papel importante frente a los turistas que nos visiten y deberá competir en franca lid por la popularidad de un bobo de pueblo digno de nuestro municipio.

La asamblea terminó con la prometida conformación del Comité de Emergencia para la Elección Popular del Nuevo Bobo del Pueblo, COEMELEPONEOBOBO, como fue conocida por sus siglas.

Después de un par de meses de arduo trabajo técnico y de una notable baja en la visita de turistas al pueblo, el Comité presentó sus resultados frente al Consejo de Gobierno, que sintetizó de la siguiente manera:

- Con la participación masiva de la población en una elección popular atípica, el 56% de los mayores de edad habilitados para ejercer su derecho al voto, se cerró la elección del bobo del pueblo.
- Con un tarjetón abierto, consistente en una hoja de papel donde se podían escribir nombres y apellidos completos de la persona que asumiría el rol del bobo del pueblo, o, en su defecto dibujarlo, los resultados ya superaban el margen de error.
- Con un 97 % escrutado, faltando algunos votos —debido a las dificultades en las vías de acceso— de la zona rural de donde era originario el alcalde, los resultados eran contundentes:
- En cuarto lugar, con un 10 % de los votos, un personaje sin identificar, dibujado en casi todos los casos con una incipiente calvicie.
- En tercer lugar, con un 12 % de la votación, fue señalado el turista que había preguntado por el bobo del pueblo.
- Con un 24 % del escrutinio fue mencionado el párroco.
- Y, en primer lugar, con un 53 % de aprobación y, por elección po-

pular, el alcalde resultó elegido como bobo del pueblo, obteniendo así su segunda elección en línea en menos de un año.

- Este último ha sido destituido como burgomaestre por decisión del Consejo de Gobierno. Desde entonces, cumple una grata tarea como bobo del pueblo en presencia de turistas, quienes —sin duda alguna— han incrementado sus visitas en beneficio de la economía local. Se anuncia la conformación de un Comité para la elección del nuevo alcalde.



NOVELA



EL SEÑOR DEL TIEMPO

ANDREA GUATAVITA

[Taller Distrital de Novela, Bogotá]



Primer capítulo

Antonia viajó a La Cristalina. Era su primer viaje. Llevaba una maleta inútil y una mirada bucólica de la selva. Subió con ánimo al avión y, como si no sintiera dolor, se sentó sobre una lona sostenida con tubos de aluminio junto a otros viajeros: personas, cerdos, gallinas, tomates y todo tipo de verduras que no se cultivaban en la región a la que se dirigía. Miró durante todo el camino por una ventana pequeña ubicada a su espalda y recorrió el verde limón de la llanura hasta que aparecieron los árboles tupidos y la meseta llena de estribos con un corte recto al lado izquierdo que sugería un abismo. Era la serranía.

El avión aterrizó en la pista amplia, arenosa e inesperada para alguien que soñaba la selva, cubierta por el sol intenso del medio día que no permitía ver con nitidez. Antonia pensó caminar hacia el quiosco de Parques, rodeado por una chambrana verde, pero estaba vigilada. Una guacamaya la miraba atentamente; ella rechazó los ojos vigilantes y se detuvo a contemplar la sabana seca bajo el cielo azul claro.

El ayudante del avión tomó las maletas y las descargó en una carreta movida por un caballo. El animal avanzó por la pista, cruzó el quiosco de control, pasó cansado la calle principal y descansó frente a una fonda con música a alto volumen, en donde algunos hombres jugaban billar y tomaban cerveza.

Antonia quería llegar pronto a su nuevo lugar de trabajo. Caminó hasta el puesto de registro, donde encontró a una mujer vestida de camuflado y con el cabello castaño, largo, rizado y amarrado debajo de una visera verde. La mujer la esperaba de pie tras una mesa y con un

arma colgada en su espalda. La vigilante anotó el nombre de la recién llegada en una planilla, revisó la foto de la cédula para comprobar que era la misma persona, se extrañó de su presencia infantil, sin cicatrices, manchas de sol ni marcas en las manos y la dejó pasar sin interrogar.

Antonia miró hacia todas partes y no adivinó cuál era el camino. Siguió directo hacia el parque central y disfrutó la brisa de los árboles de mango. Pasó bajo dos cúpulas redondas pintadas de naranja; en medio de ellas estaba la casa cural de un viejo sacerdote español. Junto a la iglesia había casas de madera vieja, separadas por el barro. Entró al pueblo de pocas cuadras, con una calle principal de dos carriles y pavimentada, pero sin autos. Fue hasta la esquina a recoger su maleta y su guitarra. Preguntó en la fonda dónde podía tomar el transporte hacia la vereda Brisas. Un hombre con sombrero y bigote le respondió y los hoyos largos dibujados en su rostro se alargaron con seriedad.

—Le recomiendo que vuelva a tomar el avión hasta la capital. Se equivocó de camino —dijo en un tono de voz que a Antonia le pareció demasiado fuerte.

El hombre escondió los ojos bajo el sombrero, tomó el taco de billar, lo apoyó en la base del dedo pulgar y golpeó por debajo de la bola haciéndola brincar fuera de la mesa. Sus compañeros de juego se burlaron y uno de ellos dijo que el diablo lo castigaba por burlarse de la ignorancia ajena. El hombre rio junto con ellos y miró a la mujer indicándole el puerto, porque al lugar que buscaba se llegaba por el río, selva adentro.

Ella agradeció con la cabeza y se quedó en silencio, luego se dirigió al río a buscar una ruta que llevara pasajeros. El separador estaba sembrado de árboles que daban una sombra delgada, inútil para resguardarse. Ella prefirió caminar bajo la sombra de las casas de la calle principal, hechas de un piso y con paredes pintadas de amarillo y zapote, brillantes por la luz del sol. Encontró un puesto para llamadas telefónicas a la derecha, al que volvería pronto —pensó ingenuamente— cuando quisiera llamar a su familia; había muchos graneros decorados con toldillos, botas pantaneras y otras herramientas propias del trabajo agrario que ella iba a necesitar, pero siguió de largo.

Escuchó música saliendo de los negocios de venta de licor: *Mire compadre cómo tengo las manos de tanto raspar coca. / Sí, es verdad, pero qué le vamos a hacer, es en lo único que nos está yendo bien.* Y en una panadería reconoció una canción llanera que acompañó su infancia: Y

habrán muchos caminos esperando / para darte acceso al mundo que te toca ti vivir.

Al llegar al final de la calle principal, Antonia encontró algunas casas con puertas de fibras o tiras tejidas en cáñamo, iluminadas con una luz roja al fondo. Al llegar al río vio un barranco con troncos a los que se amarraban las canoas con el motor apagado.

Antonia preguntó por la ruta a Brisas, pero esa ruta no existía. No existían rutas de viaje hacia la parte alta del río Guayabero. Sin embargo, un pescador, que llegó con la lancha medio vacía, le explicó que por el puerto andaba «Chiquitín» y él podría llevarla, pero debía esperar, pues seguramente él estaba en las fondas comprando provisiones. Ella descargó la maleta, sacó la guitarra y comenzó a tocar para acompañar el sonido de las hojas movidas por la brisa.

Se sentó junto al río sobre el que navegaban ligeros los potrillos, siguiendo su cauce. Vio mujeres y niños remando. Las canoas grandes se mecían al ritmo del agua llenas de arroz, café, lentejas, de personas bronceadas, mujeres que llevaban niños en los brazos y los cubrían con pañales de tela blanca para protegerlos del sol, esperando iniciar el viaje hacia sus casas. Las observadas sabían que la joven era una profesora más que venía de la ciudad. Ya conocían ese tono de piel y la flacidez de los jóvenes de la ciudad que venían en un viaje a ese otro país, del que partirían dejándolo intacto.

Sintió hambre. Guardó la guitarra y se acercó a un restaurante con una vitrina casi vacía. Miró con desagrado algunos liberales y panes; los supuso insípidos. Recorrió el local con la mirada hasta que encontró una mujer alta. La rubia caminaba como si tuviera un casco, el cabello cortado en redondo y capul sin movimiento. Casi pudo leer sus labios sin hablar, pues el mentón era grande. Con esa boca gigante le preguntó qué quería. Ella respondió:

—¿Tiene almuerzo?

—Se acabó.

Antonia se resignó y pidió gaseosa con pan. La mujer sacó el pedido y saludó a un hombre que llegó:

—Ole, Chiquitín. ¿Y ese milagro?

—Aquí buscando a una perdida, doña Sara. Buenas —dijo el hombre mirando a Antonia.

Chiquitín metió las manos en los bolsillos. Las botas pantaneras de marca ecuatoriana cubrían la manga de su pantalón. Sacó un poco

el pecho rojo, como el color de sus brazos y su rostro. Tocó con sutileza su camisa de cuello desabotonada, mostrando el torso, y sonrió debajo del bigote con una sonrisa amplia, que hacía juego con sus ojos negros y alegres.

—Vamos, ya voy saliendo para Brisas —dijo Chiquitín.

—¿Usted cómo sabe que yo voy para allá?

—¿Hay más rolas buscando transporte? — dijo mirando alrededor.

Sara soltó una carcajada. Antonia aceptó seria y silenciosa. Él tomó su bolso y lo cargó. Caminó y en tres zancadas estuvo nuevamente en el puerto. Ella corrió con pasos cortos tratando de seguirlo. Chiquitín puso la maleta junto al motor, detrás de bolsas de garbanzo, lenteja, leche en polvo, galletas de sal, panela, pasta y mucho arroz. Luego comenzó a mover la canoa hasta que la desencalló. Ella se quedó parada en la orilla sin dejar de mirarlo.

—¿Va a irse nadando, profe?

—No señor —respondió, y de un brinco entró a la canoa.

El río tendría cincuenta metros de ancho y, como los ojos de Antonia, se veía verde y pasivo. La canoa no llevaba más pasajeros. El agua brincaba transparente. Cada tanto, Chiquitín le pedía que hundiera una taza en el río y la combinara con la panela guardada en una jarra. Él la recibía y la tomaba, luego repetían la operación. Antonia bebía ansiosa pues el sol se sostenía inclemente sobre el agua y no había cargado nada para tomar. Pasaron al menos dos horas y el sol comenzó a confundirse con las ondas naranja pintadas sobre el río Guayabero, rodeado de árboles y de pájaros.

Al ver que la luz bajaba, Chiquitín decidió parar en la fonda del raudal. Se acercó a la orilla izquierda y detuvo la canoa. Le pidió a Antonia que caminara por una trocha y ella siguió su indicación. Por fortuna para la recién llegada y su poca habilidad en la orientación, era un camino de cinco minutos. A ella le bastó seguir las huellas de una camioneta que cada tanto se acercaba a la orilla para recoger los insumos de la tienda. Chiquitín recorrió solo el paso del raudal.

Antonia vio una casa pintada con jaguares coronando la única montaña de la zona, pequeña y redonda. Pasó la chambrana pintada de naranja por Martín para que resaltara en medio de la selva llena de verdes y de tierra. Entró a algo así como una «sala» con mesas largas de madera y sillas de plástico. Allí se sentaban los clientes de la fonda. Vio los postes de manera usados para sostener las tejas y guindar las

hamacas. Junto a la fonda, había una vieja casa de madera para viajeros con algunas camas improvisadas en tablas y sin colchones. Quizás para obligar que los visitantes se quedaran poco.

Antonia llegó a la fonda y saludó a Martín. Él manejaba el comercio de todos los insumos en la parte alta del río. La miró desde lo alto y le habló con acento cafetero.

—¡Bienvenida! ¿La nueva profesora de Brisas?

—Gracias, soy Antonia —dijo dándole la mano al tendero.

—¿Le dio miedo cruzar el raudal, profe?

—No conozco el raudal. ¿Por qué le voy a tener miedo?

Martín sonrió y abrió los ojos.

—Chiquitín no me dejó ir con él —prosiguió Antonia, bajó la mirada y se extravió en un pensamiento. Su altanería se deshizo en medio de un gesto infantil. La tristeza y el disgusto de no tener todo lo que quería, incluso si el deseo era reciente. Conocer un paraje prohibido del que nunca antes escuchó.

Chiquitín regresó del río a guindar las hamacas. Recibió las cuerdas de Antonia pero ella había llevado dos lazos que no sostenían el peso de un perro. Extendió sus guindos para sostener las dos hamacas y le enseñó a la profesora cómo hacer los nudos. Mientras lo hacía, Antonia entendió que pasaría la noche junto a dos desconocidos. No se sintió intranquila, la confianza en Chiquitín apareció justo cuando lo conoció en la puerta de Sara y aún no había llegado el momento de verla defraudada.

Martín habló con Chiquitín de su último viaje al pueblo y le ofreció una lata de sardinas. Antonia las organizó sobre dos galletas de sal que se deshicieron en la salsa y fue poco lo que pudo rescatar. Después de esa cena desastrosa fueron a dormir. Su hamaca se mecía al ritmo de la respiración de Chiquitín. Ella miró las estrellas, nunca había visto tantas, ni tan nítidas y, lentamente, se quedó dormida.

Cuando despertó, sintió el frío de la mañana y el olor de un café arriero que les ofreció Martín. Levantó sus cosas, deshizo su guindo y se fue con Chiquitín.

—Vuelva pronto, profe, será bien recibida.

Chiquitín y Antonia caminaron a la orilla del río y subieron a la canoa. Después de una hora de camino, pasaron por un lugar al que él llamó «techo roto». Apagó el motor explicando que el sonido despertaba las nubes y, si eso ocurría, comenzaría a llover. Después de ese

corto trayecto encendió de nuevo el motor. Ella consideró gracioso el poder mágico del que Chiquitín dotaba a su rocinante. Su canoa de madera pintada de amarillo tenía un motor pequeño que debía llenar en la marcha con la gasolina empacada en pinpinas azules de plástico ubicadas junto a la remesa. Ese vehículo sencillo despertaba, según él, las nubes de la serranía para recibir con un gran aguacero a quienes entraban en ella. Era su forma de dar la bienvenida o, quizás, de hacer una advertencia.

DONDE NACE LA MUERTE

DANIEL SEBASTIÁN MELO CABAL

[Taller Permanente de Formación Literaria, Popayán]



Francisco trabajaba en la Estación de Policía de Pasto. Al enterarse de lo ocurrido a través de la radio, viajó junto a un grupo de uniformados, unos perros rescatistas y unos equipos de búsqueda especializados con cámaras térmicas y drones para hallar a los sobrevivientes. Nadie le daba razón del paradero de su familia, las llamadas se iban a buzón y aferrado a una difusa esperanza se negaba a creer que había sucedido lo peor. En su barrio no quedaba nada en pie. Las calles donde aprendió a montar bicicleta eran montañas de lodo, los lotes llenos de maleza que se extendían hasta los árboles del río ahora eran lotes de muertos, los amigos de su infancia que habían formado sus hogares y tenían pequeñas empresas ahora salían en camilla con los cuerpos desmembrados, las piernas hacia adelante y los cuellos tiesos como el acero. En las canchas donde aprendió a jugar microfútbol y rodaban los balones ahora rodaban las cabezas, y en el río donde le enseñó a Hierrito a nadar ahora nadaban los cadáveres.

Veinte perros rescatistas eran el modo de buscar a personas vivas, y se dispusieron otros veinte para buscar a los muertos. En una de las orillas, debajo de una nevera, se encontró un bebé envuelto en una estopa, con la cabeza en forma de huevo y los pies lacerados. Estaba blanco como la cera. Francisco aprovechaba su estatura, sus piernas y brazos largos para las labores de búsqueda. Mientras con sus manos temblorosas agarraba al bebé, mentalmente susurraba:

—Tú ya estás muerto. Tú eres un angelito. Cuida desde el cielo a mi familia para que se encuentre bien.

Un militar se acercó para recibir al pequeño y Francisco reconoció en los ojos del uniformado a un viejo amigo de la niñez con el que

jugaba a las canicas, al trompo y a la lleva. Tras entregarle el cuerpo del neonato sin signos vitales a su amigo, para que este lo llevara a una ambulancia, Francisco lo detuvo un momento.

—Breiner, Breiner. ¿Sos vos? Tiempos sin verte.

—¡Quihubo! Pachito. A los años, mi hermano.

—No sabía de vos hace siglos. Desde que te fuiste de este barrio.

—De aquí me fui un tiempo para las Américas, y luego para Puerto Caicedo, donde mi madre. Ahora estoy prestando servicio militar. ¿Y vos seguiste viviendo acá?

—Hace algunos años que soy policía, ahora trabajo para servir a la comunidad y vivo en Pasto, pero mi familia sí siguió viviendo acá. ¿Sí ves esa volqueta acostada por allá? Más o menos por ahí era nuestra casa. Todo está tan irreconocible ¿De pronto no los viste? ¿Desde qué hora estás acá?

—Yo estoy acá desde las ocho y hemos sacado mucha gente. Lo siento mucho por tus padres. Puede que los haya visto o puede que los haya ayudado. Pero el problema es que todos están tan cubiertos de barro que es imposible reconocerlos. ¿Ya preguntaste en la finca del señor Getial? Allá escuché que pasaron la madrugada algunos sobrevivientes. Quizás los encuentres.

—¿La finca del señor Getial? Ya mismo voy para allá.

Despidiéndose de su amigo con unas palabras de aliento saltó de roca en roca con sus botas enlodadas hasta llegar a la finca del señor Getial. Por su mente vio pasar toda su vida en minutos: los recuerdos de su infancia cuando llegó al barrio, los primeros pasos de su hermana cuando le enseñó a caminar, las tardes en las que le ayudaba a su madre a alimentar a las gallinas, los viernes de cuando le ayudaba a su padre cargando las cañas para pescar los dorados, los picudos y los bagres, los sábados en los que regaba las flores de araucarias, artemisa y begonias del jardín de su abuela y los domingos de cuando acompañaba en la moto a su abuelo a comprar las verduras en la galería. Nunca más volvería a alejarse de ellos y lo primero que haría después de pedir su traslado a Mocoa sería pedir un crédito en el Banco Agrario, comprar un lote en Las Planadas, apoyar a su hermana para que pudiera ingresar a la universidad y acompañar a sus padres hasta la vejez.

Cuando llegó al portón de la finca vio a un grupo de mujeres llorando desconsoladamente y recogiendo agua en baldes para lavar a unos niños sobrevivientes, a la esposa del señor Getial encogida en un

taburete de madera, a una pirámide de cuerpos apilados como troncos de leña al lado de unas piedras, a un camión entoldado con un gran platón en donde arrojaban a los muertos como bolsas de basura y al señor Getial, un hombre achaparrado, de orejas alargadas, bigote gris ralo, nariz gruesa y escasas canas en forma de alambre en la calvicie de su cabeza manchada conversando con algunas personas que lo habían perdido todo.

—Señor Getial, ¿cómo está? ¿De pronto ha visto a mi familia?

—Lo siento, señor agente. Pero ¿quién es su familia?

—¿No se acuerda de mí? Soy Francisco Sánchez. El hijo de Vicente, el maestro de obra.

—¡Ah, Pachito! Qué pena no reconocerlo. Estos ojos grises ya no ven nada. A la única que vi fue a su señora madre.

—¿Mi madre? ¿Y dónde está mi madre? ¿Cómo está ella? Respóndame, por favor.

—Ella estaba muy mal, una varilla de hierro le atravesó la pierna y se fue en el carro de enfermos junto a dos mujeres más directo a urgencias.

—Le agradezco por haberla recibido, señor Getial. Y si llega a saber del resto de mi familia les dice por favor que estoy acá, que más tarde vuelvo.

—Acá pasaron la noche solo algunos sobrevivientes, puede que el resto de su familia esté en el ITP, en la Cruz Roja o en los otros albergues. No pierda la fe de que ellos aparecerán, y no se preocupe si no le contestan o si no lo llaman, porque en Mocoa no hay luz y la gran mayoría tiene los celulares apagados. Acá, cualquier cosa yo le estoy avisando.

—Muchas gracias, señor Getial, le agradezco de todo corazón esas palabras de apoyo. No se imagina la falta que me hacen. Yo luego me doy una vuelta. Mientras tanto, iré a ver cómo sigue mi madre.

Cuando llegó al hospital vio la multitud y en la entrada no le pusieron restricción para ingresar debido a su traje. Caminó entre los pasillos encharcados. La gente estaba en el suelo agonizando y lanzando gritos de purgatorio. Al abrir la puerta de la sala de urgencias se dio cuenta de que en ninguna de las camillas estaba su madre. Un viento helado congeló sus articulaciones, paralizó sus piernas y lo hizo sudar frío. Intentando buscar una explicación detuvo a una enfermera de más de cuarenta años, con el cabello largo y de estatura más baja que la suya que pasaba con el uniforme salpicado de sangre y una agenda apretada en el antebrazo.

—Disculpe, enfermera, ¿de pronto usted ha visto a mi madre? Me dijeron que estaba en la sala de urgencias pero no la veo.

—Mantenga la calma, señor agente, porque algunos pacientes de la sala de urgencias los hemos remitido a otras ciudades. Unos fueron trasladados a Neiva, otros a Pasto... ¿Me recuerda el nombre de su madre?

—Gloria, Gloria, Gloria Barrera.

—Ah, sí. Ya la recuerdo. Ella llegó muy temprano. Había tragado mucho barro, tenía los pulmones llenos de agua y la lesión en su pierna se agravó. Los médicos no pudieron hacer nada.

—¿Cómo así, enfermera? ¿Y entonces, dónde está ella?

—Debido a la escasez de camillas tuvimos que trasladarla. Y aquí en mi agenda tengo anotado que su cuerpo ahora está en la morgue. Puede pasar al fondo a recoger el cadáver.

Con el corazón fulminado, los ojos empañados, la respiración ahogada y tapándose la cara con ambas manos mientras se mordía los labios para refrenar el llanto, se desplomó de rodillas en la sangre que cubría las baldosas del hospital. Los que pasaban a su alrededor lo miraban con pesar.

—No puede ser, maldita sea, no puede ser. Esto no me puede estar pasando.

Cuando recobró la fuerza para levantarse se sostuvo de una pared, exhaló un hondo suspiro y con las columnas de sus piernas a punto de desplomarse nuevamente se dirigió hasta la morgue. Ahí le abrió la puerta un enfermero jefe de estatura alta y tez morena. Llevaba un tapabocas en el rostro, guantes de látex, y lucía una cabellera desaliñada y ojos grandes. La morgue estaba hacinada y los cadáveres estaban esparcidos por el suelo envueltos en bolsas blancas.

—Muy buenas tardes, agente, ¿en qué puedo colaborarle?

—Buenas tardes. Vengo a buscar a mi madre. Me dijeron que acá estaba.

—Sería tan amable de decirme el nombre.

—Gloria, Gloria Barrera.

—¿Y usted qué es para ese cadáver? Ella fue una de las primeras en llegar y alcanzó a estar en una nevera. Como puede ver las cien neveras las tenemos copadas y al no tener dónde colocar tantos muertos los ponemos en el piso. Los que están totalmente cerrados es porque están identificados y los que tienen el rostro descubierto son los que falta por identificar.

—Yo soy el hijo, señor. Y usted me puede decir si acá está el resto de mi familia. Ellos son de apellido Sánchez y de apellido Barrera.

—Con esos apellidos no figuran más registros en mi lista de cadáveres identificados. Las familias que han desaparecido por completo hasta ahora son: Ariza, Bustos, Chindoy, Gaviria, García, Guerrero, Insuasty, Imbachi, Inchima, Inagán, Jansasoy, Legarda, Moncayo, Mutumbajoy, Naranjo, Perenguez, Piedrahita, Semanate, Vitery y Zapata. Entre otros. En unas horas vamos a actualizar las listas que tengo en la mano y las colocaremos en unos carteles afuera del hospital. Pero si usted quiere salir de dudas y asegurarse de que sus familiares no se encuentran entre los cadáveres que falta por identificar debe dirigirse a la sala de reconocimiento.

—¿La sala de reconocimiento? ¿Y dónde queda?

—Queda aquí a cinco pasillos, cruzando a mano izquierda. Es la sala habilitada para reconocer a los muertos que están sin identificación dentro del hospital. Si usted desea puede dirigirse ahí.

—¿Y usted podría explicarme cómo funciona esa sala?

—Es muy sencillo, ponga atención que no le voy a repetir. A las personas que ya fallecieron o llegaron sin vida al hospital y no fueron identificadas se les lavó el rostro con agua y se les tomó una fotografía. Entonces, en la sala de reconocimiento se van a mostrar los rostros en una pantalla gigante para que los familiares puedan reconocer a sus muertos.

—Entiendo, enfermero. Pero, ya que estamos acá, ¿usted me puede dejar ver si alguno de esos cadáveres que tiene el rostro descubierto es mi muerto?

—Por supuesto que no, señor agente. Como usted puede ver hay más de cien cadáveres que aún no han sido identificados y, por cuestiones de asepsia, para evitar la propagación de epidemias, eso nos está prohibido. Por esa misma razón se creó la sala de reconocimiento. Si usted desea puede dirigirse allá y cerciorarse de que no tiene más familiares acá. Y luego recoger el cadáver de su madre. Como le dije antes, ella alcanzó a estar en una nevera y su descomposición se va a retardar.

—Muchas gracias, entonces más tarde regreso.

—Ah, y se me olvidaba decirle algo, señor agente, ahora que recuerdo hace unas horas vino una persona a preguntar por alguien con esos apellidos. Puede que sea familiar suyo.

—¿Y quién era esa persona? ¿Por quién preguntaba?

—La persona no dijo su nombre, señor agente, pero por lo que recuerdo era un hombre delgado y ligeramente mayor que usted, se lo veía desesperado y preguntaba por una joven que, si mi memoria no me falla, se llamaba Margarita.

—Margarita, Margarita. Mi hermana se llama Margarita ¿Y usted qué le dijo?

—Le dije lo mismo que a usted, señor agente, que en mi lista no tenía a nadie registrado con ese nombre y esos apellidos y que debía ir a la sala de reconocimiento.

—Muchas gracias por su información. Ya mismo voy para esa sala.

PEORES COSAS HAY EN LA VIDA, MIJITA

PAULA MEDINA PACHECO

[Taller Virtual de Novela]



Esa mañana casi nos deja el bus a todos. La abuela había amanecido molesta y muy callada. Sin ella llevando la batuta de la sinfonía matutina era imposible salir de casa a tiempo. A las seis y media corrimos a alcanzar la ruta a medio vestir y con los libros en la mano. En el corredor del autobús me di cuenta de que había otra compañera sentada en mi puesto, y Tina, mi mejor amiga, estaba enrollada como un tabaco en nuestra frazadita de aerolínea. Tenía los ojos cerrados como si estuviera dormida.

Me senté con mi prima Juliana, quien me miró desconcertada al ver que Cristina compartía el puesto con otra compañera. Le extendí uno de mis auriculares para que pudiéramos escuchar música juntas, como hacíamos todas las mañanas con Cristina, pero ella rechazó el ofrecimiento y sacó de su morral un cuaderno con apuntes de Sociales para un examen que tenía a segunda hora.

Cuando el vehículo entraba al colegio, con el bus aún en movimiento, noté que Cristina se levantaba de su silla con el morral ajustado a la espalda. Fue la primera en bajarse apenas nos detuvimos y abrieron las puertas. Vi por la ventanilla cómo se alejaba con pasos ligeros y sin mirar atrás.

Me quedé un rato más en el bus ya detenido, pensando en que era la primera vez, desde que habíamos entrado al colegio años atrás, que no compartía el puesto ni el audífono con Tina. Me pregunté si doña Alba la habría regañado por las quejas que le dio la directora o si realmente se había quedado dormida al subirse a la ruta y alguien más ocupó mi puesto.

Al llegar al salón vi a Tina sacando los libros del casillero y moviéndolos a otro pupitre muy lejos del mío. La miré extrañada y frustrada. «Tina, ¿para dónde vas? ¿Te vas a cambiar de puesto?», pregunté con suavidad para que nadie se diera cuenta. Ella se movió y no me miró. Hablé de nuevo: «Cristina, ¿no me vas a hablar? ¿No me vas a responder? ¿Qué pasa? ¿Qué te hice?», pero siguió ignorándome mientras nuestros compañeros se daban cuenta de su antipatía y veían como ella, tan tranquila, le pedía un lápiz prestado a Julia, una compañera que tenía una cartuchera parecida al maletín del gato Félix.

Comenzaron las clases con Cristina ocupando un puesto al otro lado del salón, dos filas delante de mí. Siempre nos habíamos sentado juntas. La observé durante el primer bloque de clases esperando una mirada cómplice, alguna pista que me permitiera acercarme, pero nunca se dio la vuelta. Cuando sonó la campana para ir a recreo, Cristina guardó los libros rápidamente en su casillero y salió del salón ante la mirada curiosa del resto del curso, que se sentía tan confundido como yo. Un grupo de chicas se me acercó de repente a averiguar el chisme. Todas estaban interesadas en saber qué le había hecho a Cristina para que estuviera actuando de esa forma conmigo. Yo no tenía respuestas. Cuando se dieron cuenta de que no me sacarían información, me abandonaron en la puerta del salón y se fueron en busca de la otra fuente. No supe si lograron respuestas satisfactorias.

Caminé sola a la *casucha* en busca Cristina. Pensé que podría ser una actuación digna de ganar un concurso de teatro o una broma muy pesada. Creí que iba a llegar a nuestro escondite y la encontraría burlándose de mi reacción y de la de nuestros compañeros, pero no estaba. Al levantar la mirada, me percaté de que habían removido el techo y una de las paredes que sostenían precariamente la casucha. Lo que había sido un refugio ahora era una pila de escombros que parecía una alegoría a mi amistad con Cristina. Rín, ríííííííííí. Sonó la campana y se acabó el descanso.

Al volver a clase todo siguió igual. Cristina me ignoró el resto de la jornada. No pude prestar atención a ninguna clase, llamándola a gritos desde mi interior. «Voltéate, ¿qué pasa? ¿Por qué me ignoras?» Pero ella no atendió los alaridos del corazón que me reventaban las entrañas.

Cuando subí a la ruta, de regreso a casa, Cristina ya estaba sentada nuevamente con la misma niña con la que había compartido la banca por la mañana. Ante la mirada desconcertada de mis primos, decidí

ignorarla y me senté junto a Juliana, que me preguntó qué pasaba entre nosotras. Yo me mordí los labios con fuerza para no llorar y, sobre todo, para que Cristina no se diera cuenta del dolor que me causaba su displicencia, hasta que comencé a sentir el sabor metálico de la sangre filtrando hilos en mi garganta, desde la comisura de los labios.

Cristina llegó a su paradero y se bajó de la ruta sin despedirse. Su mamá la esperaba vigilante, examinándome por la ventanilla con su mirada de rayos láser, tratando de descifrar qué había pasado entre nosotras ese día.

Entendí que algo se había roto irremediablemente en mi interior, y un peso gigante me empezó a dificultar la respiración. Comencé a temblar y Juliana me sostuvo mientras nos bajamos de la ruta. Al llegar a casa y ver a la abuela se desató un llanto incontrolable que, por más que quise, no pude explicar. La abuela me abrazó con fuerza sin mediar palabra y le pidió a la muchacha que le ayudaba en casa un bebedizo para los nervios.

Me llevé a la habitación de la tía Patricia, que no estaba en la ciudad, y me dijo que podría quedarme ahí si sentía que quería estar sola. No respondí, pero me fui acomodando en esa cama ajena, tan ajena como sentía mi propia vida en ese momento.

La abuela cerró las cortinas en silencio. Sacó una manta del clóset y me la puso encima mientras lágrimas gordas y flacas rodaban descontroladas a estrellarse con la almohada. Me acosté en posición fetal contrayendo y distendiendo el estómago cada vez que aumentaba o disminuía el llanto. No recuerdo en qué momento me quedé dormida.

+

Las cortinas de arabescos naranja parecían una cascada de vómito espeso que caía denso desde el techo hasta el piso. Sus formas de colores tierra filtraban tiras de luz amarillenta y rojiza que me hacían sentir en el horno donde meten a los pollos a asarse dando vueltas. No sé cómo la abuela permitía semejante adefesio en su casa. A nosotros no nos dejaba tener mascotas, pero sí permitía que la tía colgara esos trapos horribles en las ventanas.

Por un momento olvidé por qué estaba en la cama de la tía Patricia, pero mirando hacia la ventana recordé todo. El rechazo de Cristina. Nuestros juegos. Nuestros secretos. Nuestra república independiente.

Volví a sentir unas ganas incontrolables de llorar. Me sentí débil y recordé que era viernes y debía ir al colegio.

Angustiada, abrí la puerta de la habitación. Había silencio absoluto en toda la casa. Algo tenía que haber pasado. Corrí a mi habitación por la toalla y el uniforme de Gimnasia, pero me percaté de que todas las camas estaban tendidas y abandonadas por sus ocupantes. Mis primas ya se habían ido. Caminé angustiada a la habitación de *los pelaos* y encontré el mismo panorama: todo impecable.

Bajé las escaleras rumbo a la cocina. Vi a la abuela sentada en su sillón con un pocillo de tinto en una mano y, en la otra, un cigarrillo que sostenía entre sus dedos blancos de largas uñas rojas. Aspiró con fuerza el cigarrillo antes de notar mi presencia al filo de las escaleras. Me miró mientras botaba el humo lechoso del cigarrillo haciendo un círculo con la boca.

—Rosarito, mijita, ¿sí descansó bien? Pensé que los pelaos le habían hecho mucho ruido esta mañana.

Miré desconcertada a la abuela. Ella nunca nos dejaba faltar al colegio, teníamos que estar moribundos y desahuciados para que ella aceptara que nos quedáramos en la cama. Pensé que no me habían mandado al colegio simplemente porque ella había olvidado que yo dormía en la cama de la tía Patricia y nadie había notado mi ausencia. Pero no. La abuela había puesto a la tristeza en el mismo escaño de la fiebre alta, la amigdalitis o la varicela. Estaba desconcertada. Los primos no creerían que con la tristeza había conseguido el día libre que ninguno de ellos había logrado con las más sofisticadas mentiras, excusas, pataletas, o las más brillantes manipulaciones.

La abuela dejó el café sobre la mesa y con el mismo impulso con el que se levantó de la silla me abrazó. Entre sus brazos sentí su aroma a hogar y a café. Traté de aspirarlo todo para que se quedara conmigo y me hiciera sentir segura, pero la inhalación se ahogó en un sollozo involuntario que derivó en un llanto amargo e incontrolable, que hacía convulsionar todo mi cuerpo. Me apretó contra su pecho y dijo: «Peores cosas hay en la vida, mijita», mientras me limpiaba las lágrimas y me daba un beso en la frente. Lloré con tanta fuerza que volví a perder la noción de tiempo y espacio. La abuela se mantuvo estoica mientras intentaba ahogar mi dolor entre sus brazos. Sus abrazos eran sanadores, en ellos se encontraba toda la seguridad y protección de mi universo, pero, por primera vez, su magia fue insuficiente.

Nos quedamos muy juntas por largo rato hasta que sentí que podía respirar sin dificultad. Ella me soltó con suavidad y me dijo que un baño haría maravillas por mi estado de ánimo. «El agua purifica el alma, hija mía», aseguró la abuela mientras me ayudaba a subir las escaleras para alistar la ropa.

Mientras el agua tibia me recorría el cuerpo me sentí mejor. No sabía cómo era que la abuela lograba saber todo antes de tiempo. Era como si todo lo viera y todo lo supiera de antemano. Alguna vez salimos a comer helado en el carro de Ignacio, uno de mis tíos, y una grúa se pasó el semáforo en rojo mientras atravesábamos la avenida y nos golpeó con fuerza en la puerta donde iba el primo Ricardo. Su cabeza impactó contra el tablero y comenzó a sangrar por la nariz. El carro dio varias vueltas sobre su eje, como un trompo, hasta que fue a dar contra un separador. Todos nos miramos aterrados cuando vimos la cara de Ricardo llena de sangre.

Mi tío le pasó un pañuelo para que se limpiara la cara. «¿Le duele mucho, chino?», preguntó, preocupado, mi tío, pero Ricardo habló duro y le dijo que todo estaba bien, que mejor fueran a increpar al *hijueputa* que se había pasado la luz roja. Salieron ambos del carro mientras Juliana, Andrea y yo permanecimos dentro, asustadas. Luego de una larga espera al Tránsito, en la que el tío se peleó con el chofer de la grúa y Ricardo le pateó las llantas gritando enfurecido que si era que no había visto que mi tío llevaba un carro lleno de niños, regresamos a casa.

Coincidimos en no contarle nada a la abuela, para no preocuparla, y volvimos alegres como si nada hubiera pasado, pero ella estaba en su sillón y apenas nos vio atravesar la puerta nos preguntó dónde y cómo nos habíamos accidentado. Todos nos miramos aterrados y el tío solo pudo bajar la mirada y confesárselo todo. Así era siempre. Todo lo sabía. Sabía cuándo íbamos mal académicamente o cuándo no entendíamos matemáticas solo con mirarnos la cara. Tenía un instinto fuera de curso. Sabía cuándo mis tíos tenían problemas en el trabajo o en la universidad solo con mirarlos de reojo y sabía evitar, solo con la mirada, una conversación incómoda. Era una maestra para desviar el curso las discusiones y evadir preguntas sobre mi mamá. Conocía cada sonido de su casa y podía saber, tras un corto silencio, si estábamos haciendo alguna travesura. Era imposible de engañar. Por eso mis primos siempre terminaban castigados cuando intentaban engatusarla con inventos baratos para no ir al colegio.

Al salir de la ducha pensé que, si estuviera en el colegio, estaría saliendo a recreo y se me volvió a encoger el corazón al recordar a Cristina mientras me enrollaba en la toalla. Me senté en la taza del inodoro para recuperarme del repentino bajón y volví a repasar todas mis acciones de los días y semanas anteriores, buscando una pista de algo que pudiera haber molestado a Cristina, alguna mirada, algún comentario a modo de broma que pudiera haber malinterpretado, pero no había nada en mi memoria. Sacudí la cabeza con la intención de espantar los recuerdos y escuché la voz de la abuela pidiéndome que estuviera lista pronto porque teníamos una diligencia que hacer, y que me arreglara y me peinara bien porque era una vuelta importante. Cuando estuve lista, llegó el tío por nosotras. Estaba molesto y callado, pero no me atreví a preguntar qué pasaba. Nos montamos todos en silencio al carro y partimos con rumbo desconocido para mí.



DRAMATURGIA



EL JARDÍN DEL MANZANO

DIANA C. SUÁREZ

[Taller Permanente de Dramaturgia, Manizales]



Personajes:

Ella

Él

Caminante

(Un hombre y una mujer están en un jardín rodeado por murallas. Sobre el muro de una de ellas se ve una ventana redonda con marco de oro.)

Escena I En el Edén

(Ella ríe repentinamente.)

Él: ¿Qué?

Ella: La rana, su canto. Es como si estuviera pidiendo algo.

Él: Debe estar pidiendo un abrigo para cubrirse del frío del estanque.

(Ambos ríen a carcajadas.)

Él: Si uno escucha bien, hasta se distinguen palabras.

(Silencio.)

Ella: Raniano.

Él: ¿Qué?

Ella: Raniano. Así debería llamarse el idioma.

Él: Mmm... creo que puedo entender algunas palabras.

Ella: ¡¡Sí!! Si lo descifras, podrías montar una escuela. ¡La escuela nacional de raniano!

(*Ambos rien.*)

Él: En serio, sí entiendo. Yo soy (*con solemnidad*) amo y señor de todas las criaturas.

Ella: Shhh... (*Mira hacia arriba.*) ¿Qué dice? Cuéntame.

Él: se lamenta por algo.

Ella: ¿Algo que perdió?

Él: No, es un dolor, le duelen las extremidades y no puede saltar.

Ella: También dice que quiere dormir, pero no puede porque podría olvidar su camino.

Él: ¡También entiendes!

Ella: El Poderoso me ha enseñado cosas.

(*Sonido de registradora. Ambos miran hacia arriba.*)

Él: ¿A ti también?

Ella: Sí, es benévolo.

Él: ¿Qué más te ha enseñado?

Ella: Me ha dado obsequios. Manzanas, en los días calurosos me da manzanas.

Él: Ya sabes que no puedes comerlas.

(*Se escucha el canto de una rana. Anochece.*)

Escena II

La sed

Ella: Tengo sed.

Él: ¿Quieres que traiga agua?

Ella: (*Se levanta.*) ¡Sí! (*Se sienta.*) No, tendrías que ir hasta el río.

Él: No importa.

Ella: Es tarde.

Él: Ya te dije que no importa.

(*Él se levanta y avanza un poco hasta que lo detiene un cordón umbilical que los ata a ambos. Imagen congelada. Paulatinamente, ambos regresan a sus sitios iniciales.*)

Ella: Podría haber serpientes.

Él: Yo puedo hablar con las serpientes.

Ella: ¿Y qué? ¿Qué les dirías?

Él: Que solamente voy al río por un poco de agua.

Ella: No. Te harían perder y te morderían. Así son las serpientes.

Después te dolería mucho y llorarías toda la noche. Sabes que eso molesta a El Poderoso.

(Sonido de succión estridente desde la ventana. Ambos se sobresaltan. Miran hacia afuera. Él camina cauteloso hacia la ventana.)

Él: Solo son perros callejeros peleando por un pedazo de carne.

Ella: ¿Cómo sabes? Solo puede verse la oscuridad

Él: Lo he soñado.

(Oscuridad.)

Escena III La generosidad del poder

Ella: ¿Duermes?

Él: Sí.

Ella: ¿Sueñas?

Él: Sí.

Ella: ¿Qué sueñas?

Él: Sueño que hablas y no puedo escucharte.

(Luz. Él duerme en el centro. Ella trata de alejarse permanentemente en una misma dirección, pero el cordón umbilical se lo impide.)

Ella: Quisiera soñar como tú, quisiera ver toda el agua de la que hablas y las máquinas que ruedan por el piso...y el camino que el caminante debe recorrer hasta nosotros y ver su rostro. Me pregunto, si no hemos visto su rostro ¿cómo nos reconocerá cuando llegue? ¿Cómo sabrá que debe desatarnos?... *(Deja de caminar en un solo sitio y se acerca a Él.)* Pronto llegará ¿verdad?... Debe encontrar una entrada... ¿Crees que él está perdido por acá cerca sin encontrar la entrada? Tal vez yo deba buscarlo.

(Ella se levanta. Intenta ir más allá pero el cordón se lo impide. Se detiene mirando el horizonte. Él despierta sobresaltado, se pone de pie.)

Él: ¡Las ranas dejaron de cantar!

Ella: Es porque ya amaneció. ¿Soñaste con el Caminante?

Él: ¿Con quién?

Ella: Con el Caminante, el que viene a desatarnos.

Él: No. Soñé con las ranas. Cantaban una canción que hablaba de... de ratones que roían hasta el amanecer y de alguien que tejía una chaqueta con un hilo de sangre o algo así.

Ella: Quisiera soñar como tú, quisiera oír las canciones de esas ranas y ver las luces nocturnas y las construcciones de piedra, y las puertas y las ventanas y todas esas cosas que están fuera de las murallas de este... *(Levanta la voz y habla hacia el cielo.)* ¡Esplendido jardín! Y quisiera soñar con él, ver cómo camina hacia nosotros dispuesto a liberarnos... quisiera también un par de guantes satinados color violeta, y un vestido de seda, y una caja de música con un gato siamés, y un espejo, y una canasta con pelotas amarillas y...

(Cae dinero del cielo y suena una registradora.)

Él: Calla.

Ella: ...y un ramo de flores que no se marchiten nunca... y una colección de plumas de aves exóticas.

(Cae más dinero del cielo y, con cada descarga, suena la registradora.)

Él: ¡Calla! ¡Tendré que limpiar de nuevo!

(Él corre rápidamente a recoger el dinero, arrastrándola a Ella por efecto del cordón.)

Ella: ...y cien fotografías de la vía láctea, y unas gafas especiales para ver eclipses de sol... *(Sigue cayendo dinero del cielo mientras suena la registradora. Él sigue recogiendo y botándolo por la ventana redonda de la pared.)* ...y un cepillo de dientes eléctrico...

Él: ¡Calla! ¡Calla! ¡Calla!

(Ella lo mira y calla. Deja de caer dinero. Él termina de recogerlo y botarlo. Los dos se paran exhaustos frente al agujero. Ella observa detenidamente el agujero.)

Ella: ¡Es tan oscuro!... ¡Adónde llegará?

(Inclina un poco la cabeza dentro del agujero. Oscuridad. Sonido de succión.)

Escena IV La alcantarilla

(Fuera del jardín, El Caminante cae al piso. Seguidamente, cae sobre él dinero en forma abundante. Suena la registradora, el Caminante se levanta y canta la canción infantil que cantaban las ranas del sueño de Él.)

Caminante: Dos o tres ratones desde el amanecer.

Roén, roén mi abrigo hasta hacerlo deshacer.

Y aunque hace mucho frío, no soy presa del descuido,

Me apuro y lo tejo con un hilillo de sangre que encuentro en mi entrecejo.

(Oscuridad.)

Escena V Basura en el jardín

Ella: *(Despierta tranquilamente.)* Tengo sed.

(Desde el cielo le ofrecen una manzana. Él y Ella la miran. Se miran entre sí.)

Él: Traeré agua.

(Él intenta irse, pero el cordón lo detiene. La imagen se congela. Una luz azul los ilumina y, lentamente, Ella hala del cordón atrayéndolo hacia sí. La luz azul desaparece, Ella suelta el cordón.)

Ella: ¡Volviste! Pero aún tengo sed.

Él: Iré por más agua.

Ella: No, no me dejes sola, siempre tardas en volver.

(Él hace un gesto interrogativo.)

Ella: Debe haber serpientes por ahí.

(Oscuridad.)

Enciende la luz que no puedo verte.

Él: Me conoces de memoria. ¿Para qué quieres verme?

Ella: Es que a veces... en la penumbra... respiras como un perro... eso me asusta.

(Él enciende una vela.)

Él: Un perro... ¿Te parece?... ¿Te gustaría que fuera un perro?

Ella: Tal vez uno obediente.

Él: ¿Obediente a quién?

(Sonido de aspiración, se apaga la vela. Se enciende la luz paulatinamente y Él y Ella hablan al mismo tiempo.)

Ella: Si no te veo, se me olvida que estás. No te reconozco, y no puedo imaginar a nadie más. ¿Ves? Sola como una gota de agua en la inmensidad de un océano, como las plegarias de los sabios y los amantes, desde el eco atmosférico hasta la fría luna insertada en las oleadas del tiempo incalculable del *big bang*. Como un espejo perdido en un bosque, sin un brujo o un hada que llegue a mirarse en él o sin tan siquiera una sirena que brote de su centro cristalino.

Él: Debió haber sido perturbador para Aquiles morir por una parte tan minúscula como su talón; yo, en su lugar, le habría pedido a la diosa una muerte más... comprometedora. Por ejemplo, la inmolación contra un enemigo monstruoso y temible; por la destrucción de una máquina diabólica, llena de rectángulos largos y secretos en los que cualquier Ariadna posible resultara ser un testafarro y el mismo Minotauro, rey del laberinto, estuviera desangrado en un rincón, atravesado por grises y agudas banderillas burocráticas mientras una gran rata surge de la alcantarilla para lamerle las heridas y clavarle en la sien una espada solitaria...

(Él continúa hablando solo.)

...solitaria...solitaria...como la manzana que pendía del manzano; te quedabas mirándola por horas, me pregunto si alguna vez tuviste el valor de tomarla.

Ella: *(Mirando hacia el cielo.)* ¡Nunca! *(Cae una manzana del cielo.)*... Bueno, tal vez un pequeño mordisco *(Caen dos manzanas.)* ¡Está bien, la manzana entera! ¡Me comí la manzana entera! *(Cae una ráfaga de manzanas.)* ¡Y por qué no pueden comerse? ¡Ahí están grandes y jugosas!

(Él corre y tapa la boca de Ella con la manzana.)

Él: *(Dirigiendo su voz al cielo.)* No, no, está delirando.

(Caen botellas y latas de gaseosa. Ambos se toman de las manos y hacen una ronda en la que cantan.)

Él y Ella: Alabado, alabado, alabado sea el Poderoso.

(Caen cajas de cartón y papel.)

Él y Ella: *(Se arrodillan y rezan.)* Barre nuestro, que estás en el suelo, plastificado sea tu folder, venga a nosotros tu Reynolds, hágase tu *tetra-pack* aquí en el paraíso y también en el infierno...

(Caen cáscaras y desperdicios de comida. Ellos se levantan en cámara lenta, con movimientos que indican lamento, tragedia y sed de venganza. Se congela la imagen y gritan en coro.)

Él y Ella: ¡Hay que limpiar!

(Sonido de succión. Oscuridad.)

Escena VI Alcantarilla

(Fuera del jardín, el Caminante cae junto con las manzanas, las botellas, y toda la basura. Suena la registradora, se levanta automáticamente y canta la última estrofa de la canción.)

Caminante: Y aunque hace mucho frío, no soy presa del descuido. Me apuro y lo tejo con un hilillo de sangre que encuentro en mi entrecejo.

(Repite la última frase como un disco rayado; a partir del movimiento que esto genera se transforma en perro y empieza a ladrar. El sonido del último ladrido permanece como un eco. Oscuridad.)

Escena VII Un sueño

Él: Anoche soñé con él nuevamente

Ella: ¿Soñaste con su rostro? ¿Viene pronto? ¿Pudiste ver cómo es?

Él: No pude ver su rostro, cuando estaba a punto de verlo... cuando se acercó a mí lo suficiente abrió una boca grande y oscura dispuesta a tragarme.

(Sonido de succión. Oscuridad. Aclara lentamente. Él y Ella están sentados frente a frente elongando el cordón)

Ella: ¿Es cierto que una vez guardaste un pedazo de tu alma cristalizada en el centro de mi tórax?

Él: No lo recuerdo, pero es probable... Algo me falta.

Ella: Ahora siento que quiere salir, pero se enreda en mi carne y corta mis órganos.

(Ella entra en un ataque de tos.)

Él: *(La ayuda a sostenerse.)* ¿Está en tus pulmones? ¡Es mejor que no salga todavía!

(Ambos se calman.)

Ella: ¿Es cierto que me amas?

Él: Sí, sí, ocupas un lugar muy especial.

Ella: Un lugar especial, ¿dónde?

Él: En mí, en mi centro, en lo más profundo. Detrás de las puertas, protegida de las agujas y las linternas, entre mis cuentos favoritos y mis poemas... envuelta entre un pañuelo como entre las nubes rosadas de ciertos atardeceres... a veces estas tan adentro que no te encuentro y hasta olvidó tu nombre. ¿Cómo te llamas?

Ella: No sé. Nómbrame.

(Saca una manzana, ambos la miran, se miran, miran hacia el cielo y Ella la muerde hambrienta. Oscuro.)



CRÓNICA



CAMILA LOBOGUERRERO: NOTAS PARA UNA BIOGRAFÍA

Laura Gutiérrez Rozo

Ganadora - Categoría Asistentes de Taller
[Taller Distrital de Crónica, Bogotá]



La pantalla está en negro, de fondo se escuchan nuestras voces. Le digo a Camila que tengo una idea para el *teaser* del documental. Podríamos hacer que sea un encuentro como este, mostrar el proceso de cómo vamos estructurando conjuntamente la película y definir si la narraremos de manera cronológica o no. Algo así como la película detrás de la película. A medida que hablamos, en la pantalla irían apareciendo fragmentos de sus películas, las grabaciones en súper 8 de escenas familiares y sus viajes, fotos en blanco y negro de su infancia y adolescencia. Al final, la audiencia leerá el nombre del documental:

CAMILA LOBOGUERRERO:
NOTAS PARA UNA BIOGRAFÍA

Acto I: Camila y yo

Mentiría si dijera que recuerdo con exactitud todos los detalles del día que la conocí. Lo que sí recuerdo, de manera vivaz, es la sensación de ese encuentro, la idea de ella. El hecho de que sería mi primer taller con una mujer directora como maestra, saber que era una de las pioneras del cine nacional y la exigencia que antecedió a sus clases me generaba

una mezcla de temor y curiosidad. Y es así como de esta nebulosa de recuerdos sobrevive en mi mente la impresión que me dejó su carácter seguro y desparpajado, y la forma de expresar su opinión.

A juzgar por esa primera impresión, no habría podido imaginar que tendría la oportunidad de trabajar con ella, ni tampoco que, años después, me abriría las puertas de su casa cuando le propuse que me dejara registrar en audio una serie de conversaciones sobre su vida, aquella de la que me había ido revelando fragmentos y que me parecía interesante contar al conectarse con puntos determinantes de la historia y de las mujeres en la historia.

Las mujeres de su infancia, sus estudios de arte en la Universidad de los Andes en una época resumida en una de sus fotos, donde la vemos junto a Marta Traba, Antonio Roda, María Teresa Guerrero y Luis Caballero. O su viaje en barco a París para estudiar en aquel mayo del 68. O sus historias de rodajes frente y detrás de la cámara en un momento en el que todo estaba por hacerse. En fin, una vida fascinante y poco común para una mujer en aquel momento.

Fue así como casi tres años después de nuestro último encuentro me vi de nuevo frente a su puerta. Su casa tuvo el mismo efecto encantador y cálido de la primera vez. Las amplias ventanas de la sala que dejan ver parte del centro bogotano, el sonido de los pasos sobre el piso de madera, la chimenea imponente en el centro de la sala, las plantas observando desde distintos puntos, la biblioteca amplia, los cuadros, los objetos curiosos de diversas partes del mundo, las fotografías familiares, los pósteres de cine. Ella presente en cada rincón de ese espacio.

Después del reencuentro, del abrazo y de un café en la cocina, como en los viejos tiempos, nos acomodamos en la sala. Mientras a listo los equipos de audio, Camila enciende la chimenea, se acomoda en una silla y me ayuda a hacer un conteo regresivo para probar los niveles de audio, dejando registrada de paso la fecha de esta primera grabación: «10 octubre 2017».

Durante los meses siguientes, una vez por semana, esta escena se repitió en su casa. Es sobre estas sesiones, y a partir del ejercicio de revisitarse, organizar y decantar estas conversaciones, que construyo este texto, intentando plasmar en unas cuantas líneas mi versión de algunos momentos, recuerdos y personajes en la vida de Camila. Bueno, de la versión de su vida que ella eligió contarme.

Acto II: Saucio

Hija de una maestra y de uno de los ingenieros civiles que hizo parte de la comisión de Límites con Venezuela a finales de los años veinte, Camila nació en Bogotá, pero sus recuerdos más queridos de infancia están en Saucio, la casa de su familia en Chía y de cuya construcción fue testigo domingo a domingo, hasta que finalmente se mudaron allí.

Su madre, aunque muy católica, fue también una mujer independiente que desde muy joven tuvo que hacerse responsable de su familia, a causa de la muerte de su padre. Esta responsabilidad le dio una perspectiva distinta a la de otras mujeres de su época, e incidió de manera determinante en la vida de Camila, pues, como ella lo describe, su madre nunca la disfrazó de niña ni le impidió jugar par a par con sus hermanos o los otros niños, ni definió la forma en que ella como mujer debía comportarse. Simplemente la dejó ser.

En general, Camila de pequeña se recuerda inquieta y feliz. Saltando de árbol en árbol con sus *jeans*, montando en bicicleta, armando y desarmando esa misma bicicleta y jugando con uno de sus juguetes más queridos, un submarino gris que por poco le embolata el Niño Dios.

Algunos elementos y personajes de esos años han estado presentes en su trabajo creativo, pero también en la forma de entender y enfrentarse al oficio como directora, guionista y camarógrafa. En ellos encontró las bases para asumir los problemas sin «quejumbraría y sin llanto», como ella misma lo describe

«Y todo eso de desarmar la bicicleta yo lo cuento porque en una época yo hice cámara muchas veces. Y para mí no era un misterio desarmar la cámara, destaparla, entender el mecanismo, desenredar la película... siempre me gustó la mecaniquiada. Y eso no nos enseñaban a las mujeres, eso era del mundo de los hombres. Y para mí eso da una estructura mental que me parece muy importante. No solo para el día a día, sino porque en la creación de una película, en la escritura de un guión, en la grabación de una película hay una cosa de entender el mecanismo. Entender cómo funcionan las cosas y cómo un movimiento conduce a desencadenar otro movimiento. Cómo las cosas están interconectadas y cómo funcionan.»

Acto III: Chulos negros

Aunque era la líder a la que todas las niñas seguían y le iba muy bien académicamente, Camila en general odió esos años en el colegio femenino católico. Quizás tuvo que ver con el hecho de que, en sus primeros días, una de las monjas le dijo que esperaba que fuera tan juiciosa y brillante como su madre, y entonces hizo todo lo que pudo para probar lo contrario. No le gustaba tener que rezar en las mañanas. Para alguien que estaba más acostumbrada a relacionarse con niños, no encontraba muchas cosas en común con sus compañeras y definitivamente no compartía el hecho de que las monjas las educaran para ser buenas esposas y madres.

Lo único que puede rescatar de este tiempo es que, gracias a una de sus maestras y al talento que vio en ella, empezó a tomar clases particulares de pintura y a ver el arte como un posible futuro ya que, a diferencia de muchas de sus compañeras, no salía con nadie ni tampoco se veía siguiendo el camino del matrimonio en ese momento.

Cuando estaba cerca de graduarse, su padre, creyendo sorprenderla, le dijo que la había matriculado en la Facultad de Arte y Decoraciones de la Universidad Javeriana, una iniciativa a la que Camila se negó completamente. Luego de muchos años estudiando con esos chulos negros (haciendo referencia a las monjas), ella no quería tener que pasar sus años de universidad bajo esa misma lógica. Fue entonces cuando una amiga le habló de un programa que, pensaba, sería perfecto para ella. La Facultad de Artes de una relativamente nueva universidad en Bogotá, llamada los Andes.

Acto IV: Una bocanada de aire fresco

Luego del Bogotazo y su transformación social y política, la clase dirigente vio la necesidad de crear una universidad para sus futuros líderes. Dentro de este nuevo espacio académico, en lo que antes había sido la cárcel de mujeres del Buen Pastor y una institución para mujeres con problemas mentales, se abre en la Universidad de los Andes el Taller de Arte a cargo de Hena Rodríguez.

Hena era una escultora que había logrado cierto reconocimiento en la década de 1940 y quien, aunque seguía ligada a una visión acade-

micista del arte, también fue una mujer muy progresista para los años cuarenta bogotanos.

Camila llegó a la escuela cuando era aún un espacio de formación únicamente femenino, para niñas bien, y vivió su enérgica transformación hasta convertirse en una Escuela de Bellas Artes gracias a una serie de cambios que se iniciaron con la incorporación de hombres a la facultad, con alumnos como Luis Caballero, y más adelante continuó con la llegada de maestros como Marta Traba y Antonio Roda, que trajeron una visión contemporánea acorde con los cambios culturales y sociales que en ese momento se daban en el mundo entero.

Marta fue uno de los personajes que más influyeron en la vida de Camila en esta época, al considerarla una mujer con una clara postura ante la vida. Era una mujer alegre, inteligente, intelectual, madre, fundadora del Museo de Arte Moderno de Bogotá, con una postura política clara y quien, según Camila, le enseñó a mirar y sentir el arte, entendiéndolo como parte de un contexto histórico. Fue también ella quien a través de sus visitas a radio Sutatenza para ver películas de Francisco Norden y Jorge Pinto, les mostró y resaltó siempre la importancia de mirar el cine colombiano.

Y fue así, entre la apertura de los bares de jazz, la minifalda y las medias de rombos, el existencialismo y su manifestación en el capul, y los ojos delineados de negro de las mujeres, los Beatles, los Rolling, los Happenings, el teatro, el cine y la literatura, como Camila vivió sus años de universidad. Como todos a esa edad, sin tener muy claro hacia dónde iría su vida, pero con una ferviente pasión por pintar y por el arte. Una época fascinante para ella, un hervidero de muchas inquietudes en la que sintió la necesidad de abrirse y conocer el mundo.

Acto V: Abrirse al mundo

Al terminar la carrera, Camila tenía claro que quería ir a estudiar a París. Era la ciudad de Europa donde había un fuerte movimiento pictórico. Así que luego de trabajar como maestra en los Andes, de fundar allí un primer y muy exitoso cine club (se ríe al afirmar que quizás el más exitoso de sus emprendimientos) y de trabajar para el naciente centro audiovisual, parte en un viaje de diecisiete días en barco hacia la Ciudad Luz, gracias a una beca.

Aunque llegó a París para hacer una licenciatura en Historia del arte en la Sorbona, fue el azar, los amigos latinoamericanos que allí conoció y todo el movimiento cultural y político alrededor de mayo del 68, lo que la llevó al cine. Entre sus anécdotas, recuerda el día en que terminó hablando brevemente con Godard y pidiéndole una cámara prestada para hacer un corto, gracias al amigo de un amigo.

Irónicamente, es en París donde conoce el cine latinoamericano que se daba a conocer al mundo gracias al cine cubano y al cinema novo de Glauber Rocha. Fueron películas como *Deus e o Diabo na Terra do Sol* o *Terra em transe* las que le mostraron que América Latina expresaba un lenguaje nuevo, un universo único que había que narrar y que era allí donde ella quería estar. Es por ello que, paralelo a sus estudios de arte, Camila entra a hacer la carrera de cine en la universidad de Vincennes para aprender sobre muchas cosas, pues para ella un cineasta debe estar llenando su cabeza siempre de nuevos conocimientos; aunque, en un comienzo, dominar la técnica era algo importante para ella y se enfoca en el documental. Siguiendo los pasos de Marta Rodríguez, se inscribe en el seminario del documentalista Jean Rouch, donde tiene la posibilidad de ahondar más en la realización y la técnica del montaje y cámara.

Y así, entre cafés, amigos, los estudios, el cine, el arte, los movimientos estudiantiles y los viajes se completaron cinco años y llegó el momento de regresar a Colombia para buscar un nuevo comienzo en el cine y narrar las historias que quería contar, en medio de la expectativa del regreso y como ella lo describe: «la soledad absoluta a la que nos enfrentamos al tener que definir qué vamos a hacer con nuestras vidas».

Acto VI: Volver

Su regreso y la odisea de producir cine en un país donde todo estaba comenzando, y con muy pocas mujeres en el medio, no me cabe en estas páginas destinadas a esbozar los inicios de su historia, los lugares y los personajes sobre los que más adelante construiría sus universos y su carrera como montajista, guionista y directora.

Sus películas pueden contar mejor esa parte de la historia. En uno de nuestros últimos encuentros, antes de terminar la sesión, le pregunté de dónde venían sus ideas:

«Las ideas vienen de cosas que van surgiendo, evidentemente siempre del mundo de las mujeres, es lo que uno piensa y tiene en la cabeza. Entonces siempre mis personajes importantes han sido mujeres, y sobre lo que les pasa a las mujeres, y sobre sus sueños y sus utopías».

Tras escuchar esas palabras reflexiono sobre mi trabajo, sobre lo que quiero contar y, de nuevo, respecto a cómo debería estructurar el documental sobre su vida. Le pregunto si quiere hacer una pausa. Ella acepta y me propone ir a la cocina por un café. La grabación se pausa.

VIAJAR EN EL TIEMPO CON UNA OLLA DE BARRO

JUAN PABLO CHAVES

[Taller Distrital de Crónica, Bogotá]



Daniel me dio un manojo de hojas de eucalipto y me dijo que me las pusiera en el pecho, lo más cercano al corazón. El eucalipto fresco se mezclaba con la humedad tibia de la noche creando un aire aromático, adornado también por algunos frutales y el olor levemente agrio de los cafetales.

—¿Y eso para qué? —Le pregunté desentendido, pero siguiéndole la corriente.

—Por si se le aparece un espanto. Es una contra para que no se desmaye del susto.

Tomamos brandy y Daniel volvió a llenar las copas para brindar por mi mamá. Le agradecí. Planeamos la ruta de cada quien, escogiendo diferentes faldas de la montaña. Acordamos un reencuentro al amanecer en ese mismo lugar y apagamos las linternas. Daniel empezó a caminar sin un rumbo fijo entre la maraña natural que, en esa noche, estaba conformada por un paisaje de sombras, oscuridades y estrellas que aparecían cuando el cielo dejaba de estar cerrado.

El andar de Daniel fue haciéndose menos audible y yo quedé ahí, varado en el tiempo borroso de la noche, rodeado por el sonido cíclico de los insectos en el que mis propios pensamientos parecían encajar perfectamente por ser tercios y repetitivos. La sonrisa, la voz sabia, el cariño de mi mamá. Su vida entera giraba en mi desconcierto y nada más me importaba, así que el campo abierto de esa noche no me intrigó y no tuve los nervios de punta, ni me encogí de miedo ante un sonido o movimiento indefinible. Tampoco tenía ánimos de ahondar en el mis-

terio de hacer camino con mis manos y mantener los ojos afilados en búsqueda de los tipos de luces que identifican a las guacas.

Según lo que me ha contado Daniel, existen tres clases: un resplandor azul significa que cerca hay un entierro de indio pobre, ahí se pueden hallar huesos y elementos de barro como ollas utilitarias, copones y volantes de huso. Si el resplandor es rojizo el entierro fue de alguien con más poder y se pueden hallar huesos, figuras de cobre o bronce, al igual que elementos de barro como ollas utilitarias y ceremoniales, copones y volantes de huso. Si el resplandor es amarillo, eso significa oro, la guaca más perseguida, posiblemente de un cacique o un chamán. En esta se pueden hallar huesos, esmeraldas, figuras de oro y elementos de barro similares al anterior tipo de guaca.

Armé una almohada con un poncho plástico que había llevado en caso de que lloviera y me recosté a mirar el cielo. Traté de huir en la espesura universal, pero desde ahí también llegué al reciente fallecimiento de mi mamá. ¿Cuántos de esos puntos de luz que componen el firmamento habrán muerto ya pero siguen brillando? Algún punto de los que veía en el cielo era mi mamá. Distante, intocable y, a pesar de que ya no estaba conmigo, seguía brillando intensamente.

Durante la noche y la madrugada dormí a ratos hasta que el sol empezó a devolverle el color a las cosas. Las montañas en cadena, verdes de bosque y de sembradíos, se levantaban sobre mí, y abajo, a sus pies, un surco cobrizo pasaba de largo, curvilíneo: era el caudal del río Risaralda en plena cordillera occidental caldense, cuna de los Umbras o Anzeas, las primeras personas que habitaron este territorio antes de la llegada de los españoles, aproximadamente en el año 1538 y mucho antes de que iniciara la colonización antioqueña, desde 1795 más o menos. Esta última era la razón por la cual yo me hallaba en el monte, esperando a que llegara Daniel.

Mis bisabuelos maternos se instalaron en Anserma, Caldas, un pueblo fundado en la cresta de una montaña a veinte minutos de donde me encontraba. Ahí se casaron mis abuelos y nacieron mi mamá y sus hermanos, pero ella, confinada en el cariño sobreprotector de mi abuela, decidió comprobar su talante y su imaginario y en un acto de rebeldía se fue a vivir a Bogotá con escasos veintitrés años. En la capital conoció a mi papá y así fue que yo vine a dar al mundo.

Duendes, lloronas, animales embrujados y resplandores nocturnos cobraban vida en nuestra casa gracias a la voz hipnotizante de mi

mamá. Las historias de su natal Anserma me causaron tal interés desde siempre que empecé a involucrarme más en la región, y fue de esta manera que llegué a la guaquería, que es parte enigma y parte real.

Daniel llegó alborotando la quietud de la maleza y se dejó caer. Estaba sudando.

—¡Qué caminata me di, hermano! —Suspiró de cansancio.

—¿Hasta dónde fue?

—Hasta por allá —dijo y señaló—, al otro lado de río.

—¿Y vio algo?

—Nada, hermano, ¿y usted?

—Tampoco.

Salir esa noche fue una invitación de Daniel para distraer mi duelo, porque en el fondo ambos sabíamos que no iba a suceder nada fuera de lo normal, era de esperarse. Para dar con una guaca hay ciertas reglas que deben seguirse y que nosotros no cumplíamos. La búsqueda la debe llevar a cabo un número impar de personas y nosotros éramos dos. Tratamos de apegarnos a la regla y esa fue la razón por la que cada quien estuvo por su lado, pero el motivo principal, definitivo, es que la guaquería se hace en Semana Santa, porque se cree que es el tiempo más sensible para avistar estos tipos de resplandores que enmarcan la zona donde se debe cavar, y estábamos en febrero, en medio de un viaje que hice desde Bogotá para cumplir el deseo de mi mamá, cuando en vida me dijo que sus restos mortales debían permanecer en una bóveda familiar en Anserma. Yo suponía que ese momento iba a ser lejano y no lograba aceptarlo, estaba confundido, medio muerto.

Trepamos la montaña hacia la carretera. Creo que esa fue la primera vez que no conversamos o que yo no le lanzaba preguntas. Daniel me sacó ventaja, yo iba despacio, incómodo, mi alrededor estaba empañado de enfermedad, precisamente de un cáncer capaz de acabarlo todo. Tuve ganas de no volver. En cuanto llegara al pueblo iba a planear mi regreso a Bogotá, al menos allá podría distraerme y embolatar en otros asuntos mi pérdida.

Daniel me estaba esperando mientras revolía una porción de tierra con las manos. Al levantarse, sus ojos rasgados, indios, estaban agigantados.

—Aquí hay una guaca —dijo con seguridad.

—¿Por qué sabe? —le pregunté casi ausente.

—Por el color de la tierra.

Las capas de tierra con que se sella una guaca se distinguen por sus colores. La primera es café, a esa se le llama *carga*, la segunda es negra y puede ir mezclada con carboncillo y la tercera, la más a ras de la superficie, es amarilla. Dependiendo del tipo de guaca y la tribu, puede haber variaciones, pero, en términos generales, esa forma de distribuir la tierra era una costumbre que ayudaba a abrir el portal hacia otra vida, según la creencia Umbra.

Guaca viene del quechua *waca*, que quiere decir «dios de la casa». Es un término para designar lugares sagrados, siendo uno de ellos los sepulcros, donde la persona que moría era enterrada con sus pertenencias porque las necesitaría en la otra vida. De ahí que la palabra *waca* pasó al castellano como un lugar para saquear oro y piedras preciosas, pero esencialmente es una tumba.

Esta faena de saqueo tuvo su auge en la conquista española y continuó en la colonización antioqueña, pero existía desde antes. Los indígenas cavaban pequeños hoyos y reptaban como gusanos dentro de la tierra para saquear metales y piedras preciosas.

En la carretera nos subimos a uno de los jeeps que hacen la ruta Viterbo-Anserma. Daniel estaba ansioso, quería que caváramos ese mismo día. Yo lo entendía perfectamente porque a la teoría que había acumulado le faltaba la parte más alucinante, la práctica.

De su finca, que queda en la vereda San Pedro, un territorio con pasado indígena (en la época de la conquista ahí funcionó el resguardo María Concepción de Tabuyá), sacamos una mediacaña, que es una guadua delgada y de dos metros de largo, con punta metálica para tantear el interior de la tierra antes de cavar; una pala de cabo corto; una navaja pico de loro para examinar la excavación en pequeñas proporciones y varios costales.

Mientras desayunábamos en el pueblo y yo pensaba en mi regreso a Bogotá, tuve imágenes cruzadas de la ciudad y de la montaña donde posiblemente estaba la guaca. No había descartado acompañar a Daniel porque desde que lo conocí fue generoso con su conocimiento, y también, porque así yo me considerara medio muerto, el lado que seguía latiendo me empujaba a ir.

Regresamos en uno de esos mismos jeeps que hacen la ruta de vuelta a Viterbo. Bajamos la montaña apurados y Daniel empezó a hacer un hoyo minúsculo. A medida que avanzaba reconocía la tierra adherida en la punta de la mediacaña y afirmaba su intuición. Al llegar

a una base sólida empezó a cavar. Yo también ayudaba pero no tenía constancia, me agotaba fácilmente.

Al lograr un hoyo más profundo y dar con la solidez, descubrimos una forma que tenía a simple vista aspecto de piedra, pero al ir la despejando con la navaja pico de loro, la figura se tornó simétrica, hexagonal. Habíamos dado con una gran olla de barro que se encontraba invertida. Una emoción extraña e insólita se apoderó de ambos. La vivencia, cargada de surrealismo, nos dejó aturridos, perplejos.

Al volver a sus cabales, Daniel retomó su conocimiento y me advirtió sobre el cuidado que debíamos tener, porque, a razón de los saqueos, se aplicaban diferentes formas de protección, ya fuera con gases o toxinas para envenenar a quien irrumpiera en esos lugares sagrados.

Trazamos unos pequeños túneles en la tierra para que el aire oxigenara el interior previendo cualquier peligro, y al darle espera, le pregunté la razón de ese hallazgo, sabiendo que habíamos incumplido algunas reglas de la gaaquería. «Esta también es una regla, porque hay guacas que se le presentan a uno», me respondió, con la ropa y el pelo enterrados.

Envolvimos nuestras caras con las camisas para prevenir riesgos y empezamos a nivelar la olla con cuidado milimétrico, porque podría romperse debido a la humedad. Logramos sacarla gradualmente y al darle vuelta y apoyarla en el pasto, un electroshock emocional me recorrió el cuerpo y la mente. Las evidencias de uso, la forma completa, las marcas de esas manos que le dieron cuerpo hace más de 500 años eran evidentes. La existencia se expande de preguntas e igualmente se dobla ante el tiempo milenario.

También pensé en un juicio moral, no en el mío, porque no soy gaaquero, sino para los de verdad. ¿Será que algo los conmovía por deshacer la historia cuando no había valor monetario en los elementos de barro o vendían las figuras de oro a fundidoras?

Ser gaaquero se convierte en una faena desalmada, que insta la desaparición y el olvido, tal vez por eso esté cruzada por una especie de infortunio, enmarcado en una frase popular: «El gaaquero siempre se muere pobre. Lo que saca, lo derrocha».

Daniel describió la forma en que estaría distribuida la tumba bajo tierra, pero yo iba hasta ahí. Hace poco había dejado a mi mamá en un cementerio y cargaba conmigo los sentimientos turbios que implican

perder a un ser amado. La tristeza, la soledad, el abandono y la incomprensión pudieron perfectamente haberse dado también en ese lugar, sin importar las creencias o el tejido social de los Umbra. Era una cuestión de respeto.

Esperamos a que la olla recibiera sol para evitar nuevas fracturas, ya que la boca se alcanzó a romper en el borde. Al estar medianamente seguros de que el sol había cumplido su trabajo, la cubrimos con los costales y Daniel se la echó al hombro.

La olla y el hombre que iba subiendo la montaña se convirtieron en una imagen trasgresora del tiempo, en una suma de muertes y de vidas anteriores que resplandecían y se multiplicaban mientras brotaban de la tierra. Tejían, sembraban, conversaban, adoraban la profundidad del firmamento. Su dinamismo le dio vigor al paisaje que consideraba enfermo, lo imantaron para que no lo abandonara, lo expandieron de misterio para que no le perdiera el gusto.

Esas raíces humanas de otra época me ayudaron a percibir un nuevo resplandor, el de mi mamá. Ensoñé con su alma, la vi jugando, creciendo, contemplé sus edades. Es un desencanto y una confusión no tenerla más, pero el hallazgo de ese día, que considero como un regalo impensado y pertinente, me enseñó que así ella no continuara físicamente en este plano, seguía viviendo en mí.

ENTRE EL TERROR Y LAS NUEVAS ESPERANZAS

YENI YASNITH YAGUARA VILLA

[Taller Fernando Soto Aparicio, Rioblanco]



Cuenta la gente que el 1 de abril del año 2000 los habitantes de una vereda del Tolima se despertaron en medio de disparos y cilindros bomba. El estruendo mañanero les confirmó lo que tanto temían, pues las FARC y las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) habían llegado a cumplir la promesa de arrasar con este pequeño corregimiento, de nombre Rioblanco, Tolima. Fue el inicio de un mes en el que una toma y una posterior retoma de la guerrilla causara decenas de muertes, miles de desplazados, más de cien casas incineradas y todo un pueblo abandonado.

Eso dice don Luis Ernesto Vanegas Neira con los ojos idos a los recuerdos, mientras trae a la memoria lo sucedido.

—Pero esta historia comienza mucho antes de abril —afirma Vanegas Neira—. En Puerto Saldaña conocen la guerra desde la época de la Violencia y fue aquí donde se empezaron a gestar, a mediados de los años 50, los primeros paramilitares del sur del departamento. A finales de los 90 ya se había conformado el Bloque Tolima de las AUC, que aterrorizó a la población por medio de retenes, descuartizamientos, desapariciones en el río, entre otras. —Las lágrimas de don Luis Vanegas empiezan a brotar.

Él quiere ayudar a reconstruir la historia de la violación en Puerto Saldaña y el sur del Tolima. Esa historia de dolor, pérdidas, muertes y desesperanza, eso le ayuda a sanar las heridas a su comunidad, que aún se encuentra en reconstrucción.

Aún sienten escalofrío al recordar el golpe seco de las cabezas de los muertos tras caer, desde volquetas, sobre la cancha de fútbol. Los

paramilitares, en plena luz del día, irrumpían con violencia en el parque central para arrojar los cuerpos, según ellos de insurgentes, como si fueran animales recién sacrificados.

Está dantesca imagen permanece en la memoria de los habitantes de Puerto Saldaña, corregimiento ubicado a una hora de Rioblanco. Allí sucedieron algunos de los hechos más atroces de la violencia que se enquistó, durante décadas, en el sur del departamento.

Guerrilleros y paramilitares se disputaban el control del territorio por tratarse de un corredor estratégico para sus enfrentamientos. En medio de la cruenta guerra cayeron muertos cientos de campesinos cuyos cuerpos eran lanzados a las turbulentas aguas del río Saldaña.

Aunque no existe un dato exacto del número de víctimas, se dice que hubo más de 300 muertos entre 1998 y 2014.

La gente todavía recuerda, con pavor, a un comandante paramilitar apodado ‘Terraspo’ o ‘el Cirujano’, temido por su macabra costumbre de desollar a sus víctimas y sacarles los sesos. Dalila Amézquita recuerda que, a un vecino suyo «[...]lo acusaron de ser informante de las farc, lo descuartizaron y sus restos los arrojaron en bolsas plásticas». A don Luis se le eriza la piel mientras habla. En esa búsqueda de memorias, él les pide a vecinos, mujeres, niños y cuantos pasan por el parque que le ayuden a recordar cosas de la cruel guerra que vivió la población.

—Aquí mataron a mucha gente inocente. Si la guerrilla pasaba por el frente de nuestras casas, esto era razón suficiente para que los paracos nos señalaran de ser sus colaboradores —cuenta con tristeza la mujer.

Otros pobladores, simplemente, eran arrojados al río Saldaña para que murieran al chocar con sus colosales piedras. Si el afluente hablara, perdería fácilmente la cuenta de los miles de muertos que sus rebeldes aguas se tragaron o arrastraron a lo largo de su recorrido.

—Al papá de unas compañeras del colegio lo mataron por ser un supuesto auxiliador de la guerrilla. Le quitaron la cabeza, la echaron en un costal y se la mostraron a la gente. Las niñas quedaron traumatizadas —relata un menor de edad.

Es común escucharles a los niños estos relatos de masacres y enfrentamientos. Para ellos son simples cuentos de terror; para los mayores, un doloroso episodio de la historia que aún hace mella en sus corazones. Muchos civiles huyeron de las balas, las motosierras y los cilindros bomba. Según cifras oficiales y de los pobladores, al menos 4000 personas resultaron desplazadas a raíz de estos hechos

Los constantes enfrentamientos entre miembros de las FARC, las Autodefensas y el Ejército generaron zozobra, incertidumbre y consternación, tanto para los residentes del caserío como para los pobladores de veredas aledañas. La espesa y quebrada geografía de la zona era perfecta para desaparecer a cientos de personas entre sus montañas y ríos.

En 1997, tras recibir amenazas de muerte con panfletos que arrojaban por debajo de su puerta, Teodoro Martínez abandonó el pueblo junto con su familia e inició una nueva vida en Ibagué.

Once años más tarde, sin embargo, decidió volver. Esto dice al hablar con Luis Ernesto: «Todo estaba más tranquilo y quería reconstruir mi ranchito. En Ibagué pagaba arriendo y eso me ocasionada muchos gastos y deudas», dice Teodoro, quien desea pasar sus últimos días en el pueblo que lo vio nacer.

Con unos cuantos ladrillos y tejas donadas por el gobierno departamental comenzó a reconstruir su vivienda, que estaba en completa ruina. En tiempos de guerra sirvió de trinchera a los grupos armados ilegales; sin embargo, aún el arreglo sigue a medias y requiere muchas mejoras. Estas ya le fueron prometidas.

Con él, muchos desplazados volvieron a Puerto Saldaña con el sueño de edificar una nueva vida; otros no volverán nunca. Al recorrer las calles del pueblo se vislumbran, con horror, los vestigios de aquel conflicto. Allí vive actualmente un puñado de personas que con valentía decidieron retomar su vida.

En la entrada se erige un museo.

Este no exhibe cuadros ni esculturas y mucho menos reliquias ancestrales. Allí cuelgan murales artísticos realizados por estudiantes y docentes de la institución educativa Luis Ernesto Vanegas Neira, en homenaje a las víctimas. Las imágenes plasmadas son una clara expresión de la resiliencia de los pobladores, quienes se niegan a repetir aquellas épocas oscuras donde la muerte asechaba en cada esquina.

A pesar haber vivido lo más cruento del conflicto armado, Puerto Saldaña, poco a poco, se repone de las heridas y conserva la ilusión de una paz estable y duradera.

«Aquí se refleja el amor por nuestro territorio [...] Aportar a la iniciativa de sensibilización en el arraigo y sentido de pertenencia.»

Estas son algunas de las frases plasmadas en murales con el propósito de transmitir esperanzas a las nuevas generaciones, que están llamadas a edificar una nueva historia en Puerto Saldaña, llena de progreso y desarrollo.

—La paz llega con inversiones en vías, educación, vivienda y empleo. Gracias a Dios la lucha armada terminó, pero sigue otra lucha: sobrevivir y salir adelante —afirma Egidio Yaguara, presidente de la Junta de Acción Comunal de Puerto Saldaña.

La población confía en que el gobierno les dé una mano para construir su pueblo y les ayude a obtener, de una vez por todas, la tranquilidad que tanto les ha costado conseguir.

—Vivimos felices, porque a mi casa llegan muchos niños, jóvenes y adultos que quieren dejar un nuevo y mejor legado, contrario a la guerra, paz; contrario al odio, amor y contrario a las balas, lápices y marcadores —dice don Luis Ernesto Vanegas Neira, ya anciano.

Con un equipo de docentes experimentados y un nuevo líder rector quien conducirá los destinos de su casa cuando él ya no esté, Vanegas les entregó este reto a Diego Medina y a los niños que quieren escribir historias en el Taller de Escritura Creativa Fernando Soto Aparicio del maestro Over, que viene escribiendo historias desde 2017 en Jericó, Boyacá.

—¡Éxitos para todos! —se despide don Luis Ernesto.

ANTES DE QUE SUENE LA CAMPANA

PAULA CRISTINA QUINTERO

[Taller Virtual de Crónica]



La clase anterior había comenzado con lo que siempre les pido a mis estudiantes cuando dejo una tarea: la confesión. *Mano al corazón, muchachos. ¿Hicieron completa la tarea?* Hemos aprendido a ser sinceros, así que hay manos al aire, miradas al suelo. Valeria me mira confesando que no, que no escuchó el primero de los episodios de *Radioambulante*, un programa de Podcast que narra las historias de América Latina. La tarea era «La noche más larga (parte 1)». Me sorprende, debe de estar con mucho trabajo, pues no dejó muchas tareas y siempre las hace cuando las dejo. Recorro el salón con la mirada, dieciséis pares de ojos me miran. Escucho a algunos, de qué van sus razones. Para mañana escucharán «La noche más larga (parte 2)». Por supuesto, los que no escucharon la primera parte deberán ponerse al día. No pasará nada si no lo hacen, yo no me enfureceré ni tampoco iniciará la Feria del 0, no los tendré entre ojos porque si hay algo que hemos aprendido en nuestra clase de Sociales es que la verdad es lo más importante. La verdad nos libera.

Es la última hora de clase, 45 minutos que en realidad son 40 porque deben salir antes de que suene la campana a lavarse las manos. Eso tengo, 40 minutos para explicar la toma del Palacio de Justicia, tejer la relación de esas víctimas con las de Armero, despertar a los muertos para que nos den su versión y luego escuchar la reacción de mis estudiantes. El tema es delicado, no lo puedo hacer de afán, así que voy despacio.

+

Semanas antes, mientras hablábamos de la conformación de las guerrillas en Colombia y América Latina, había empezado a bosquejar cómo dictaría esta clase. ¿Qué recurso utilizaría? La pandemia me había obligado a ampliarlos, a llevar las clases a un nivel más dinámico y a encontrar formas de conmovier a los muchachos desde la distancia. El reto de engancharlos con la historia de una forma personal, que realmente los tocara en lo profundo, crecía cada vez más. Entonces recordé los episodios de *Radioambulante*. Magníficamente orquestados. Los había escuchado por primera vez durante un entrenamiento, corría por las calles de Bogotá, eran diez kilómetros de carrera que hacían más o menos 60 minutos. Recuerdo que tuve que escuchar la segunda parte y correr ese día casi dos horas, no podía parar. No solo de escuchar, sino de correr, necesitaba el movimiento para poder procesar las voces, las grabaciones, los testimonios. Las siguientes veces que los escuché —al menos cinco— fue montando en bicicleta, conduciendo la moto o caminando. No era la quietud del pasado que reposa en los anaqueles de los museos, la historia viva nos sale al paso, pecamos cuando no la vemos.

Vino luego la investigación, ir a los autores, Bushnell, Palacios, Melo, Mejía. Escuchar la voz de Belisario Betancur en sus alocuciones presidenciales del momento. Revisar la prensa, la radio, la televisión de los años 80. Recordar Armero, buscar las imágenes. Hacer la selección. No revictimizar. No iba a ser la misma clase aquella que dictaría con los niños que estaban atendiendo la presencialidad, que con los que se quedaban en casa. La pantalla ofrecía tantas posibilidades como límites. Me concentré en la clase presencial. A los muchachos les recomendé escuchar el episodio con sus papás, o preguntarles primero sobre la Toma. ¿Estaban en Bogotá? ¿Qué recuerdan? ¿Cómo lo vivieron?

+

¿Dónde queda Armero, muchachos? Me gusta empezar la clase con una pregunta, verlos mover los ojos como quien busca un recuerdo entre los pliegues de la memoria. Escuchar sus aproximaciones: *Quindío*, gritan unos, *Huila*, replican otros. De pronto Nicolás dice que en el Tolima, y complementa diciendo que está en las faldas del Nevado

del Ruíz. Hacemos un breve repaso, nos paramos en el mapa, entre los departamentos de Tolima y Caldas.

Allí hubo una tragedia ¿no? Pregunta con timidez Isabella. Abordamos las horas de angustia, las alarmas, la lluvia de ceniza y azufre, el deshielo del nevado, la mezcla de la nieve con la tierra, el barro, el apagón tras la avalancha, la zozobra, los gritos, las casas y los carros embarrados, la gente teñida toda de un mismo color: la igualdad de la desgracia. De pronto, alguien al fondo del salón levanta la mano, el ceño fruncido en señal de confusión. Mira el título que adorna el tablero, «Toma del Palacio de Justicia 1985», me mira y dice ¿Qué tiene que ver Armero con la Toma? No entiendo. Respondo como siempre que llega una pregunta que se adelanta al ritmo de la clase y anuncia cosas. *Si para el final de la clase no he contestado a tu pregunta, me lo dices. Ya llegaremos ahí.* Llevo tres años diciéndole a los muchachos que ya llegaremos ahí, a su presente. Empezamos a estudiar historia de nuestra América desde el siglo xv y desde ahí se han preguntado por el narcotráfico, el conflicto armado, la corrupción, la Violencia, las pequeñas violencias, esas que se escriben sin mayúscula y constituyen una parte tan importante de nuestra historia. Hoy, por fin, llegamos aquí.

Alguno menciona a Omaira Sánchez, una niña de trece años que duró tres días atrapada en el lodo que ya había hundido su propia casa y cuyo sufrimiento fue transmitido por televisión, hablamos de la película que se hizo al respecto, de la responsabilidad del gobierno, de lo mucho que condiciona nuestra geografía, de la familia de cada muerto, de la familia de cada desaparecido. Escuchamos una entrevista de Univisión a Marta Lucía López, una mujer que sigue buscando a su hijo, 32 años después de la tragedia. Un silencio extraño recorre el salón. La puerta está cerrada, son cuatro filas de pupitres, todas ocupadas y distantes entre ellas. El silencio llena el espacio exigido por los protocolos de bioseguridad. Las bocas están todas cubiertas, los ojos abiertos, algunas miradas gachas reflexionando con el suelo. Uno que otro me mira. Otros apuntan sus ojos al tablero que se ilumina con el rostro de una mujer que llora. La luz del *videobeam* no permite que se vean sus lágrimas. Pero todos intuyen el llanto en esa cara descompuesta que narra con voz quebrada su tragedia personal. *Muchachos, es el 13 de noviembre de 1985, siete días antes ha ocurrido la toma del Palacio, es una semana intensa y dolorosa para nuestro país: se nos van a mezclar los muertos.* Seguimos mañana, les digo. Martina, quien había levantado la

mano en señal de confusión, me mira y dice sin pronunciar palabra que su pregunta ha sido respondida.

+

El reto más grande a la hora de enseñar historia de nuestra América y, sobre todo, de Colombia, es denunciar sus múltiples horrores sin matar la esperanza de los muchachos. Es lo que le digo a Valeria cuando hablamos, dos meses después de la clase. Me angustia que quieran irse de aquí. *Y es que eso es lo que quiere la mayoría de los jóvenes*, me contesta. Valeria tiene trece años. Ya no es una niña, pero tampoco ha llegado al destino adulto. Se encuentra en ese limbo que adolece. Le gusta leer. Es un alma con antigüedad y, sin embargo, conserva en sus ojos el dulce brillo de los que se sorprenden con la vida, Valeria aún cree en ella «con la fe de los que todavía pueden contar sus años con los dedos de las manos» como dice Ruiz Zafón, uno de los favoritos que compartimos. No tenía *brackets* cuando la conocí, ahora los tiene y su sonrisa sigue siendo la misma. Valeria sabe sonreír con los ojos, como lo hace la gente que sonríe desde dentro. Es tímida y por esto ha aprendido a participar a su manera. Se sienta casi siempre en las primeras filas, y lleva con ella un cuaderno de apuntes en el que ha anotado todo lo que quiere recordar. De todos mis estudiantes, nadie se esfuerza como Valeria Castillo.

Me preocupé cuando Valeria llegó sin la tarea, entendí el desgaste del año escolar y del último año y medio de pandemia, entendí su cansancio. Sin embargo, como era de esperarse porque la conozco y sé que le cuesta fallar y disfruta aprender y darles la oportunidad a los temas estudiados, Valeria llegaría al día siguiente con la tarea completa. Así como tengo la certeza de que terminará la novela que dejó en el tintero por falta de tiempo. *¿Cómo es que se llamaba?*, me dice. *El olvido que seremos*, le contesto. *Eso, eso*, y se ríe.

Realmente en ese momento yo estaba cansada del colegio, no quería más tareas ni más estudio. Estaba muy cansada físicamente, mentalmente... me dijo una mañana de julio mientras charlábamos por Zoom. La vi descansada, sonriente, en ese cuarto iluminado que tiene con estrellas fluorescentes pegadas en el techo y un cuadro de Mafalda despelucada que me fascina. Apenas la veo recuerdo que, cuando murió Quino, Valeria me escribió para darme la noticia. Habíamos trabajado con Mafalda en clase de Español y hablado de lo valioso de la caricatura en clase

de Sociales. Me conmovió que me escribiera, de alguna forma intuía que la pérdida de Quino era tan dolorosa para mí como para ella y seguro también pensó que sería menos fuerte recibir la noticia de una voz conocida. Esa es Valeria, la generosidad que se desborda. Me contó que ese día empezó tarde a escuchar los episodios. *Eran las 6 de la tarde y terminé a las 12 de la noche. Yo me demoro mucho asimilando las cosas.* me dice. He admirado siempre esa noción tan clara de sí misma. Cuando reviso sus apuntes, puedo percibir las horas de trabajo. La caligrafía en lápiz no pone puntos sobre las íes sino pequeñas bolitas perfectamente cerradas. Escribe desde el margen izquierdo de la página y casi siempre hasta el extremo opuesto. Utiliza todos los renglones de su cuaderno de hojas rayadas, aprovecha cada espacio entre letras y flechas que le ayudan a conectar los hechos, datos e ideas. No escribe nunca lo que piensa, ni cómo se siente, pero cuando le pregunto, lo dice con claridad: *Es tan fácil morir en este país que da pena.*

+

Entro al salón de clase al día siguiente de haber hablado sobre Armero. Los muchachos están de pie y hablan entre ellos. Regreso el saludo a quien me recibe en la puerta y continúo hacia el fondo del salón donde está el tablero, blanco, a la altura perfecta para que yo pueda escribir sin empinarme. Tomo un marcador rojo y escribo en la esquina superior derecha la que sería la frase del día, «¡Mantener la democracia, maestro!» seguida del nombre que la pronunció por primera vez, el general Alfonso Plazas Vega. Estoy nerviosa esa tarde, no va a ser una clase fácil de dictar, me remango las mangas del saco y me paro frente al tablero de cara a los dieciséis muchachos que me acompañan hoy. Ya se han sentado en sus puestos y corean un saludo que han practicado y realizan con la sincronía de los competidores. *Bueeeeenos días, Pauuuuuu.* Sonrío, su saludo es el mejor alimento para mi vida. Respondo como siempre que me dan los buenos días después de la hora del almuerzo: Buenas tardes, muchachos. Y nos reímos todos. No siempre sé cómo iniciar las clases, a veces es una pregunta que me ronda la cabeza, otras es un estudiante quien da la pauta. Como no quería dejar nada por fuera, tomé un marcador verde, otro azul y otro negro junto con el rojo que ya tenía en mano y empecé a escribir frases sueltas en el tablero, o palabras que tuvieran que ver con los episodios de *Radioambulan-*

te. Si aparece la manga que no aparezca el chaleco. Desaparición forzada no es delito en 1985. Corte Interamericana de Derechos Humanos. Alfonso Reyes Echandía. Diana Andrade. Magistrado Andrade. Pilar y Jimmy. Alfonso Jacquin... Empiezo a ver sus reacciones. Valeria reconoce la frase del chaleco y me dice que lo decían cuando querían hablar en código sobre desaparecer un cuerpo. Algunos me lanzan otros datos para escribir: tortura, discriminación, corrupción. Juliana, que me ha estado mirando desde el lado izquierdo del salón, levanta la mano. Cuando le doy la palabra pregunta cómo es posible que haya tan mal manejo de la evidencia dentro del Palacio ¿Por qué echaron agua? No hace falta ser experto para saber que la evidencia no se toca. Sé, porque conozco su intuición crítica, que ella sabe la respuesta a la pregunta que está formulando, pero le respondo que llegaremos ahí hacia el final de la clase.

+

Se ríe, pero no porque algo le parezca gracioso, sino porque sus nervios suenan así. No es una risa a carcajadas, es intermitente, interrumpe sus palabras y se detiene sola. Juliana tiene los ojos oscuros como el café que le gusta beber mientras ve atardeceres en Guasca, desde donde ha tomado algunas de las clases durante la virtualidad. Recuerdo el color de sus ojos porque hace tres años los conozco, aunque no los veo desde hace más de seis meses porque, después de su contagio de covid, usa unos lentes de sol para que no le moleste la luz, ni del sol ni de las pantallas, como si viviera en un verano infinito, incluso en esta Bogotá que, como decía el poeta Jaramillo Agudelo, siempre tiene ganas de llover. Lleva el pelo corto, un poco ensortijado, castaño oscuro mezclado con un morado que, junto con las gafas, le dan un aire misterioso e interesante.

Su voz es grave, habla con una cadencia que varía dependiendo de la emoción que el tema le suscite; si la hace enojar, casi no se entiende lo que dice y ella misma se regula respirando profundo cuando yo le abro los ojos como diciéndole *calma*. Es delgada y más alta que yo, logro no difícil de alcanzar, pero son sus ideas las que se elevan siempre por encima de mis 160 centímetros. Juliana es una gran escritora porque ha aprendido a leer el mundo, la vida, y es imposible no aprender cuando la perspectiva que se tiene es tan amplia como la suya. Hace tres años era tímida, llevaba el cabello largo y le encantaban los caba-

Ilos, los dibujaba constantemente. Ahora, no ha dejado de amar a los animales, pero sí ha ido encontrado el tono y el volumen de su voz. No teme manifestar su inconformidad, ni con la historia de su país, ni con el presente turbulento que habitamos.

Me cuenta que hizo la tarea de noche porque *Es todo mucho más tranquilo, menos estresante, menos movido*. Agrega que recuerda particularmente al final de la clase, un fragmento de una canción de Laura Murcia que ya me había recomendado: *Con su falda de retazos remendaba el mundo entero, la costura es lo primero en un mundo que se hace pedazos*. Me suelta semejante frase y yo pienso en que justamente lo que hacemos en clase es tejer las costuras de una historia hecha a pedazos que también ha despedazado a muchos. Ahí está la esperanza para mí, en los recuerdos de Juliana y el tejido enorme que es la memoria. *Esa clase supongo que estaba muy enojada con el periodo histórico*, me dice. Se alza el volumen en su nota de voz de cuatro minutos con veinticinco segundos, la escucho respirar, casi bufando, está enojada incluso ahora que revive su emoción. *Pusieron en riesgo la vida de muchísimas personas para acabar con guerrilleros, le ponen precio a la vida y la vida no debería tener un precio porque se supone que somos libres*.

+

Cuando les conté a los muchachos que la toma del Palacio había sido ejecutada por el M-19, no fue una sorpresa. De las guerrillas que habíamos estudiado, FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia), ELN (Ejército de Liberación Nacional), EPL (Ejército Popular de Liberación) y M-19 (Movimiento 19 de abril), esta última les resultaba más llamativa que las demás. Quizás por su origen urbano, el M-19 se diferenciaba del resto de las guerrillas, cuyas bases eran de origen campesino, y, por lo tanto, operaban con mayor frecuencia en las zonas rurales de nuestra tierra. Además, como grupo guerrillero fundado en los años 70, el M-19 recogía ya la experiencia del resto de los grupos que iniciaron en la década de los 50 y esta fue vital para su proyecto de transformación del universo político colombiano.

Recuerdo con especial precisión la cara de los muchachos cuando discutimos el robo de la espada de Bolívar o el robo de armas al Cantón Norte, ejecutadas por el M-19. Reconocíamos que, en esa teatralidad, había una ruptura con las demás guerrillas, pues ya no era el desplie-

que de la violencia física la forma de demostrar su poder. En cambio, algo de humor habitaba aquellas filas que se burlaban de las instituciones estatales, el Ejército entre ellas, con sus dramáticas hazañas. *La risa siempre desatornilla, muchachos, incluso al poder. Por eso es tan peligrosa.* Esa fue la conclusión de aquella sesión. Por supuesto, esto no significa que el M-19 no haya incurrido en actos de violencia, secuestro y extorsión que son, desde cualquier punto de vista, condenables; pero sí denota una clara diferencia sobre cómo su lucha armada se puso al servicio de las alternativas de gobierno que los partidos tradicionales eran incapaces de concebir.

Lo que sucedió el día de la toma no fue más que el resultado de unos entorpecidos procesos de paz entre la guerrilla y el Estado, y la incapacidad del gobierno colombiano para salvaguardar los «Derechos de Gente» y Derechos Humanos en la retoma.

¿Por qué el M-19 decidió dar un golpe en el Palacio de Justicia, muchachos? No todos, pero sí una enorme mayoría se refería a la supuesta financiación de la toma por el capo Pablo Escobar, mientras que otros repetían uno de los rumores históricos que mayor éxito ha tenido en nuestro país: se tomaron el Palacio para quemar los expedientes de Escobar y sus compinches, para que no pudieran ser extraditados. *Ojo muchachos con el peligro de una única historia.* Cuando se revisa con cuidado la «Demanda armada» del M-19 junto con toda la bibliografía publicada después de los años del tropel, sale a relucir que lo primero que buscaba la operación «Antonio Nariño, por los derechos del hombre» era llevar a juicio al entonces presidente Betancur por haber traicionado los acuerdos de Corinto y Hobo, e invitar a la población a repudiar las acciones del gobierno colombiano.

[...] Por eso esta convocatoria es para que acudan a ella las mayorías nacionales en su condición de parte lesionada y en su autoridad de demandante: las familias campesinas los obreros, los empresarios, los estudiantes, los profesores, los jueces de la República, los escritores, los artistas, los deportistas, los pensionados, los colombianos todos que no hemos renunciado a pelear por una vida digna; a todos los que hemos sido ultrajados y ofendidos por este gobierno, para que unamos nuestras voces y esta acusación tenga la fuerza y la grandeza de una Colombia puesta de pie en la decisión de realizar sus sueños. (Semana, 1985)

Un miércoles 6 de noviembre de 1985, a las 11:30 de la mañana, se supo que 35 hombres del M-19 se habían tomado el Palacio. Luego vino la Policía, hubo fuego cruzado y luego lo inimaginable: el Ejército recibió la orden directa del presidente de la República de Retomar el Palacio. No hubo salvaguarda ni protección de la vida de los rehenes. No hubo respuesta del presidente cuando Alfonso Reyes Echandía, presidente de la Corte, junto con Alfonso Jacquin, guerrillero del M-19, solicitaban al presidente que pasara al teléfono y ordenara un alto al fuego. Lo que vino después fueron veintisiete horas de confusión extrema, angustia y censura. Las víctimas que pudieron contarse fueron más de cien. Las grabaciones interceptadas en las que los militares no demuestran ningún interés por salvaguardar la vida de los rehenes y priorizan su objetivo son decepcionantes. Hay negligencia, obstaculización de la justicia, falta de empatía y pérdida. Entre el estruendo de las explosiones de Palacio y el silencio desde el Palacio de Nariño, lo que hacen los fabulosos episodios de *Radioambulante* es reconstruir los hechos a partir del testimonio de dos familias: la de Diana y Gabriel Andrade, hijos del magistrado Julio César Andrade; y la de María del Pilar Navarrete, esposa de Héctor Jaime Beltrán, Jimmy, mesero de la cafetería de Palacio, ambos desaparecidos durante la toma y retoma. A su vez, pone a dialogar el presente de estos sobrevivientes con archivos históricos y grabaciones dentro y fuera de Palacio, e incluye el testimonio de la abogada que llevó los casos de las víctimas después de que su predecesor hubiera sido asesinado, y hace un enorme esfuerzo por hacer memoria, y por hacerlo de una forma crítica y respetuosa con quienes aún cargan la herida abierta de *los ciclos que no se cierran*, como dice Juliana.

+

¿Cómo pueden hacer esperar tanto tiempo a una familia?, eso fue lo primero que me dijo Sarah cuando le di la palabra luego de escribir en el tablero todo lo que habían dicho sus compañeros. Sarah tiene unos ojos que saltan por encima del tapabocas, su piel es blanca y el cabello rubio, por eso el café oscuro de su mirada parece absorber toda la luz alrededor. Ese día, su gesto era de dolor. Las cejas se arqueaban y movía la cabeza de lado a lado, como negando su realidad. Escribo en el tablero *Familia, larga espera*. Sarah se refiere a las historias cruzadas de

los Andrade y de Jimmy. *Radioambulante* nos cuenta que, en medio del despelote que se vivió en Palacio, una vez la retoma acabó los cuerpos de las víctimas, incinerados en los varios incendios que hubo, permanecieron en el patio central en bolsas de basura; algunos fueron removidos del lugar original en el que murieron, otros se mezclaron entre ellos. Tal desorden fue lo que llevó a que la familia del magistrado Andrade, que por su condición social tuvo acceso a unos restos, enterrara el cuerpo de Jimmy creyendo que era el de Julio César. Y, por otro lado, puso a Pilar a buscar, durante más de treinta años, el cuerpo de Jimmy.

Cuando hablo con Sarah sobre estos días aciagos y sobre los muchos años de violencia que hemos estudiado se sorprende con la fortaleza de las once familias de Palacio que aún hoy buscan respuestas sobre sus seres queridos. Hablamos de Gabriel, el hijo de Julio César que no quería exhumar el cuerpo de su papá por temor a descubrir que ese cuerpo no fuera suyo y que tuviera que iniciar una búsqueda luego de tantos años. Le pregunto a Sarah qué es la paz. *Saber la verdad, yo creo que esa es la paz.* Me responde sin dudarle.

+

Faltan quince minutos para terminar la clase, Sarah mira a Isabella, que le da la espalda a la ventana del salón mientras me pregunta *¿Cómo así que en 1985 la desaparición forzada no era un delito? Si esto es algo lógico.* Me sobrecoge un sentimiento que ya me es conocido, una cierta impotencia, una extraña frustración cuando mis estudiantes me hacen preguntas sobre lo absurda que puede llegar a ser nuestra historia. Miro a Isabella a los ojos mientras pienso cómo responderle. Detrás de ella, a través de la ventana, puedo ver una cara del edificio de la Clínica Reina Sofía. Nos separa la ruta de evacuación del colegio, unas cuantas barandas y los generadores que emiten su ruido constante. Son seis los ventanales del salón, desde allí hemos visto varias veces cómo pacientes y enfermeras se asoman a ver qué pasa en nuestra clase. Nos miran desde arriba. A Isabella no le gusta el salón, se ubica siempre dándole la espalda a la ventana. *En esa clínica se murió mi abuelo,* me dijo una vez.

Vuelvo a su pregunta. Sí, Isa, tardará quince años más en ser tipificado como un delito, aunque en la Constitución del 91 se introduce la prohibición de dicha conducta. Las leyes no siempre llevan el mismo ritmo que la historia, le digo. La veo llevarse la mano a

la frente, como reconociendo la estupidez de nuestro sistema judicial. Vuelve el silencio al salón, interrumpido apenas por los generadores. Quedan trece minutos según mi reloj, menos los cinco del lavado de manos antes de salir. Nos retrasamos, pienso.

Alguien pregunta *¿Por qué los muertos de Armero fueron a dar a Bogotá?* Hablamos un poco sobre nuestras instituciones, sobre Medicina Legal, que se fue quedando sin espacio de tantos cuerpos que llegaban entre los de Palacio y los de Armero. De nuevo el silencio. A veces la historia nos anuncia el futuro, muchachos, pero no siempre sabemos escucharlo. Armero era una tragedia que se habría podido evitar, no solo porque los expertos habían avisado la posibilidad de un deshielo, sino porque luego de dos horas de lluvia de ceniza el pueblo no solo no fue evacuado, sino que a los habitantes se les dio luz verde para que regresaran a casa.

Poco a poco el tablero se ha ido desocupando, a medida que avanzamos en los temas he ido borrando lo que escribí al inicio de la clase. Nos quedan algunos detalles: las torturas, el exceso de la fuerza pública, las alocuciones presidenciales posteriores a la toma. Este acontecimiento histórico demostró que el poder militar en Colombia es tan grande que no solo influye, sino que puede llegar a definir el destino político de una situación de tensión entre dos bandos. De repente Nicolás, que me mira desde el fondo del salón, llega a la conclusión lapidaria: *Esto pasó en el 85, pero hoy sigue pasando lo mismo*. La fecha es 19 de mayo del 2021. Para ese día, INDEPAZ había registrado 39 víctimas del Paro Nacional del 28 de abril, de las cuales 29 habrían sido asesinadas por miembros de la Fuerza Pública (ESMAD, GOES, Policía Nacional). La historia está viva, le digo. La búsqueda de la verdad continúa para los sobrevivientes y los familiares de las víctimas del Palacio, y empieza para los familiares de las víctimas del Paro Nacional. Veo en sus ojos, en sus gestos, en las cabezas que dicen *no* la actitud de quién no quiere creer una verdad cruda.

¿Qué es eso de la Corte Interamericana de Derechos Humanos?, pregunta de nuevo Nicolás. Le respondo que la sentencia del 14 de noviembre de 2014 encontró responsable al Estado colombiano por haber violado su deber de garantizar el derecho a la vida de las víctimas, y lo obligó a pedir disculpas públicamente. Asumir responsabilidad es uno de los primeros pasos hacia la paz, lo hemos visto cuando hablamos de procesos de desmovilización, Comisiones de Verdad y experiencias que

ayuden a tejer la reconciliación. Esa tarde escuchamos a Juan Manuel Santos hablar en nombre del Estado colombiano, recordamos aquel video en el que Belisario habla en tercera persona: despersonalizarse es la forma más fácil de evadir responsabilidad, he ahí la potencia del lenguaje. *Pero, Pau, en el paro se escucha mucho hablar de los defensores de Derechos Humanos, ¿ellos quiénes son?* Nicolás tiene la costumbre de hacer preguntas difíciles justo antes de que las clases se acaben. Preguntas que perfectamente podríamos durar horas discutiendo.

Es la 1:48 de la tarde; dentro de poco, Clarita, una de las muchas mujeres que nos ayuda a estar atentos, abrirá la puerta del salón y con los ojos me dirá *Profe, ya*. Es la señal para que salgan a lavarse las manos. No puedo dejar esa pregunta sin responder. Recorro el salón con la mirada, ninguno está distraído, dieciséis pares de ojos bien abiertos parecieran no pestañear. Somos nosotros, Nico, le contesto mientras le digo a Clarita con los ojos que sí, que ya sé, que no tardo. Nos convertimos en defensores de los Derechos Humanos cuando entendemos que en cada paso que damos podemos afectar positiva o negativamente el destino de un compañero. Somos defensores cuando nos dejamos tocar por la historia de otros y aprendemos de allí. Somos defensores cuando nos interesamos por reconocer los errores de la Historia, por sanar no sus síntomas sino sus causas, cuando defendemos la vida, la casa común, cuando luchamos por algo que tenemos y que les falta a tantos. Cuando aceptamos que una acción espantosa viene no de un *alien*, no de un monstruo, sino de hombres y mujeres de carne y hueso como nosotros, que en situaciones específicas tomaron una decisión equivocada. Somos defensores cuando intentamos que lo que para nosotros es un privilegio, sea un derecho para todos.

Suena la campana y nadie se pone de pie. Me miran. *Gracias, muchachos, es por esto que estudiamos historia. Gracias de nuevo.*

+

Valeria me dice que de la clase *solo recuerdo que ese día todos estaban muy afectados por todo*. Le confieso que también yo, pero que ese interés, esa participación desbordada me confirma que había sido una buena decisión llevar la clase de esa manera. *Yo tuve que parar varias veces mientras escuchaba los episodios, son muy fuertes*. Le digo que lo sé, que era de las primeras veces en que sentían de cerca y al oído el relato de alguien que

había vivido en carne y hueso la historia, que ya no la estábamos leyendo en el papel. Valeria me dice que le duele la búsqueda de los Andrade y yo encuentro paz en su empatía. Esa tarde, cuando en mi moto salí del colegio, me topé con una manifestación en la Avenida Boyacá. Me bajé y caminé unas cuadras. A mi lado iban dos muchachos de no más de veintiún años. Llevaban chalecos azules y negros: defensores de *Derechos Humanos*. La paz se defiende caminando.



POESÍA



PARTERÍA

YADIRA ROSA VIDAL VILLADIEGO

Ganadora - Categoría Asistentes de Taller
[Tertulia Colectivo de Mujeres Escritoras de Urabá
Las Musas Cantan, Apartadó]



Palabra ancestral
parida del vientre de antiguas madres
que enseñaron a las hijas de sus hijas,
los secretos del cuerpo.

Palabra cenagosa tejida en croché de taruyas,
voces de arrullo que aprendieron
los menesteres del *bambazú*¹,
cuando a la muchacha no la visitó la luna.

Palabra negra del Atrato adentro
donde Virgelina se hizo partera.
Ella supo de boca de su abuela,
que el embarazo es caliente
y si se enfría la barriga, duele
entonces, hay que sacar el frío del cuerpo
con las hojas de la guayaba
y la cáscara de la guama,
pringando a la muchacha.

1 Relativo a los malestares del embarazo, también es un baile tradicional del Pacífico colombiano que combina la danza y el teatro.

Virgelina

Madre espiritual que amasó vientres acuosos
arrancándoselos a la muerte,
para no entonar alabaos a la corriente.

Ella dejaba brotar como agua
la palabra dulce, sonriente,
que se derramaba en el alma de las primerizas,
como el bálsamo del canime.

Así, sembró el Atrato de muchachos,
dando sorbos a la botella curada,
entonaba cantos incompletos al viento,
y tejía la palabra en la marea del río
bajo una luna que alumbraba bocachicos.

DÍAS DE CASA

JESSICA ANDREA TOLOZA RINCÓN

Poema destacado por el jurado - Categoría Asistentes
[Taller de Poesía Los Impresentables, Bogotá]



La mitad

De niña comía por pedazos
partía por la mitad los dulces
y si no tenían mitad
los hería por las orillas del cuerpo
antes de meterlos a mi boca
Comía d e s p a c i o
porque la mesa
era el único lugar donde se decían palabras
Mamá y papá hablaban
El vecino y las lágrimas de mamá
Bogotá es fría y una persona sin nombre murió
Yo pensaba en galletas de limón
y en el ruido de las casas
Nunca una cosa tenía que ver con la otra
Comía d e s p a c i o
pero mamá siempre me esperaba
y yo aguardaba para que se secara el rostro
Cuando aprendí a leer el reloj
le dije a mamá que su lágrima
tardaba por lo menos
veinte segundos en llegar a la barbilla
que papá masticaba solo siete segundos
antes de poner otro bocado en el tenedor

y que la mitad de los dulces se diluían
en dos minutos y medio
excepto los de color rojo

No sé cuántas moscas he ahogado en el lavaplatos

Sus alas intentan moverse
Lleno el vaso de agua y empiezan a luchar otra vez
Los cuerpos mueren limpios
viajan por ese tubo que termina en una fosa
con las demás moscas
con las sobras de comida
Papá me observa mientras el agua corre
Quisiera ahogar su queja en la espuma
Dice cosas y su voz tiembla
El doctor me dijo que no puedo tener rabias
Le pregunto dónde está la rabia
Allí donde siento el hambre
Me dieron la noticia por teléfono
una arteria diminuta sobresale más que las otras
Una de las moscas que creía muerta
empieza a arrastrar sus patas
Puedo morir en cualquier momento
Yo tengo los ojos fijos en su cuerpo
Me limpio las sobras de espuma de las manos
¡Bum!
Un vaso se rompe
no sé distinguir entre la sangre y el jabón

GIRAR DE LOS CUERPOS

GEORGES RENÉ WEINSTEIN VELÁSQUEZ

[Taller de creación literaria Comedal, Medellín]



Paisaje

¡Ni peces ni ranas!

¿Habrá soledad en los ojos?

Ritual

Al abordar el momento
no existe manual o receta;
se administra por gotas
—¡a veces costosas y amargas!

La propuesta viene de antes,
ningún lugar apropiado,
el perfecto es cualquiera:
sí hay afinidad en los cuerpos.

La palabra... el silencio...;
el beso, que es todo y principio;
la caricia, otra mirada del clímax;
los dedos se deslizan
y derriten las pieles:
el tacto lo trae aprendido,
es un juego de velas ardiendo,
un océano sin medida ni orilla.

El final...
otra vez la promesa
de un nuevo comienzo.

Mariposa de la noche

Retornas —y pregunto—:
¿con tu vuelo del crepúsculo
por qué tus alas temblorosas?
¿en qué sombras
libaste tus colores?

¿por qué un antiquísimo
temor a tu presencia?

¿por qué desaparecen tus formas
con cada madrugada?

¿por qué no disfrutamos la belleza
de tus alas en el día?

El deseo

Que se inicia con dos cuerpos...
en la noche,
es el secreto más antiguo
y reúne sus miradas y su canto.

Cuatro manos...
a tientas recorren laberintos
que no se agotan con el alba.

¡Y queda la promesa!
nuevamente
comenzar en el crepúsculo.

¡Silencio, biblioteca!

Como en los altos montes
y en los templos...
¡igual recogimiento sacro!
y algún diligente silenciario
vigilando, en los pasillos.

Allí solo ronda la palabra,
¡la palabra escrita!
¡Cuántos empleados,
organizando libros
que disfrutan otros!
¡Cuántas manos aferradas
al metal frío, y al calor...
que se guarda en las cuartillas!
¡Cuántos rostros emergiendo
de las mentes acuciosas
de los biógrafos!

Y en una estantería destacada:
poesía, historias y fantasmas;
quizás, junto a ella dos lectores
unieron sus rostros solitarios
con la fuerza de dos versos:
«indagué más de veinte años
buscando tus ojos y tu risa».

Y... a la hora del crepúsculo,
cuando todos se despiden,
contra ella...
dos amantes se recuestan
e imaginan
una anhelada fantasía,
¡que habrá de causar una hecatombe!

Resiliencia

Cuando la rutina
se adueñó del universo,
en la Tierra... ¡vida!,
audaz experimento
de la química.

¡Entonces los poemas
surgieron con las pieles,
al abrir sus poros!
fraguados con sudor candente
tomaron vuelo sin brotarles alas,
y se hicieron versos ignorando rimas.

Y si hay gorjeos al susurrar palabras,
y si se oyen voces que te dicen:
¡vuela!,
entonces... que tu pluma vierta
con avidez su tinta,
para decir que es cierto,
¡que la vida es bella!

Anónimo

Para que sepan
que yo existo,

para que sientan
que aún vivo,
y después de todo
me recuerden,

dejo este poema
con mi nombre

Totalidad

El cuerpo:
solo piel, imagen
y sus pasos.

El rostro:
el color de los ojos
y la intensidad de la mirada
o su tristeza.

Su nombre:
el recuerdo...
y todas las heridas.

Otro camino

¡No eras, tú, el obstáculo!,
¡el sendero estaba trunco!
formas irreales lo habitaban.

Un agua inmensurable lo sumergió de pronto;
delante, lechos hondos, simas,
muchos ruidos, olas recurrentes.

La muralla enorme, infranqueable,
un muro desafiante,
piedras con aristas, lascas sueltas.

Abismos encubiertos con la niebla,
surgidos...
en tiempos apenas holográficos.

Un predio ajeno, alambres dobles,
vigilantes venidos del insomnio.

¿Un *no!* de cien diversas formas?

¡Y, no fui capaz de sortearlo,
de descifrar un fiable atajo,
de imaginar, de construir el nuevo!;
¡de pedirte ayuda,
de cambiar, de ser distinto!

¡De encontrar tus otros sitios,
de entregarme a ti
hasta que tuvieras que aceptarme,
como si fuese tu otra piel!

NOVENARIO

CLAUDIA CAMACHO

[Taller Virtual de Poesía]



He recuperado la lozanía
de la juventud
sin gastar un solo céntimo.

La piel luce encerada y
las arrugas —por las que maldecía—
se han tensado sin ninguna discreción.

Luego del cierre de caja,
pese al azul de los labios,
el balance final arrojó
un grotesco saldo en rojo.

Me acurruco al lado de mi cadáver
y repito:
Brille para ella la luz perpetua...

mientras insisto inútilmente
en cuadrar las cuentas pendientes
de mi propia pesadilla.

ANTES DEL FINAL

JOSÉ MORELOS

[Taller Urabá Escribe, Apartadó]



Si un día me voy
si es que me voy
y no volvemos a vernos
si es que es el final,
que de verdad se acabó,
y no hay más nosotros,
ni más café,
ni más *te quiero*.
Si un día ya no hay más días
ni más momentos
ni más ahora;
entonces quiero que sea ya
que me dediques tu silencio,
tus ojos, tu piel, tu alma, tu frío
para quedarme entonces
en la eternidad de tu cielo,
tu universo, tu principio
para no irme
a ningún otro lado sin vos
que sos lo más sagrado que tengo:
Mi poesía.

DECADENCIA DE LAS ALAS

YIRETH DANIELA SEGURA GARCÍA

[Taller El lenguaje secreto, Bogotá]



El volante óbito de la poesía...

L.G.

Muerte vestida de plumas negras

I

Un cuerpo negro y emplumado
me observa desde la orilla
con su mirada de muerte tiesa
que se aproxima a juzgarme.
La oscuridad
de las alas y sus ojos profundos
anuncian la muerte
a una distancia de
dos
malditos
metros.

II

Desde el columpio
con la poca distancia
ese cuerpo terrible
me obliga a fijar la mirada
a reflexionar
la muerte
esa tirana acompañada por flores

se encuentra esta vez
envuelta de pequeños capullos
amarillos y morados y hay pasto verde
y algunas manchitas blancas de vida
junto a ese cuerpo oscuro, ahora putrefacto.
Seguramente fue un ave poderosa,
dueña del cielo
orgullosamente viva
que hoy la tierra reclama
gracias a la muerte.

Procesión de alas naranjas

En este barrio mío,
en el que ha llovido más cuchillo que esperanza
la monarca, vanidosa
por su capacidad de no ser tocada
por la violenta ola de esta urbe cochina
de gatos malandrines y cazadores.
En este hueco de ropa sucia
y martilleos constantes
y música alegre que se oye en cada puerta
de tonos confusos
de alas preciosas que se unen en su procesión.
En un barrio tan putrefacto como el mío
se ve un desfile de alas en la mañana,
que pasa por las calles destapadas,
intrusas
se cuelan por la maleza urbana, las mariposas.
Las mariposas,
en el barrio,
son un espectáculo de luz,
en las cuadras
untadas de mierda de perro.

Cuatro sucias comadres

En la madrugada fría y calante,
con lagañas pegadas aún a los lagrimales,
recién bañada
empecé a correr rápidamente.
Agotada por la falta de sueño
Tres palomas feas
se sumaron a mi afán.
Volaron por las cuadras abandonadas
a la fría soledad que las madrugadas ofrecen.
Parecíamos cuatro comadres
impulsadas por el miedo a la soledad de los callejones
Aliteamos alteradas,
reprochando esta engreída ciudad.
Ellas maldecían esta selva
que las había obligado a comer basura
y yo
renegaba como mis acompañantes
porque mi alimento,
no era precisamente más que la misma
mierda:

Aquella a la que nos condenan los pájaros que vuelan más alto.

Amenazante suciedad

Al lado de este caño putrefacto
que cada vez huele peor,
hay un pequeño campo de flores rosadas.
Pequeñas, frágiles,
reclaman cada centímetro
de tierra sana en la que puedan germinar.
Sobrepasan la sucia huella humana
que amenaza con desplazarlas.
Al lado de este lago, impregnado de porquería,
hay también unas pequeñas flores moradas

atacadas por un par de alas de plástico
una bolsa rota
se posa sobre el montón de manchitas
de color frío.
El pedazo de plástico,
decorando la muerte y recordando la vida,
permanece unos minutos sobre ellas.
Y las flores enternecidas claman piedad.
El viento
arrebata de las pobres,
la intrusa bolsa
que viene volando desde la putrefacta fuente de agua,
que antaño fue cristalina y alimentaba los pocos campos
que ahora quedan por allí.

ARCANO DE LA TERNURA

ARLEY BOTERO

[Taller de Poesía MECA, Medellín]



Un dolor nos recorre los huesos.
Sacude el viento las hojas de los árboles.
¿Adónde han ido todos?

Danzan tristes las abejas
frente al panal roto.
Un delirio de ausencia
nos pone frente
al miedo a la soledad.

Secreto sueño, aún no sabemos
si este insomnio permitirá
alcanzar el sosiego inexcusable
de abrazar de nuevo la alegría.

Siempre hay quien mira
los signos furtivos
que tiene la mañana
su aurora de rocío.

Hay también quien busca
en medio de la extrañeza
la eterna epifanía de la niñez
la magia perdida de su ternura.

DICCIONARIO POÉTICO / PERCEPCIONES

ELIANA ANDREA PINTO MESA

[Taller Verso Vivo, Sogamoso]



Diccionario poético

ALUCINANTE: Fuente para cambiar la energía, detonante de felicidad.

AMOR: Placer delicioso, embriagante, extenuante, esencia preciosa que no está.

CANDADO: Bosquejo de dos funciones, abre y cierra, pero cuida del preso.

CEMENTERIO: Tiempo final, casa de todos, donde la vida en su brevedad deja de ser ilusoria adentrándose en la mirada de ese que, sin él, no se puede ver pero que no deja de sentirse.

ESPEJO: Símbolo de lo que nos atraviesa y mira; lo podemos ver adentrándose en la mirada de ese que, sin él, no se puede ver pero que no deja de sentirse.

LÁPIZ: Mutante creador e incentivador de tragedias, alegrías, mentiras y bosquejos de tranquilidad, tirano de la verdad, tormento del artista, pasión deseada e incontrolable del niño.

LLAVES: Símbolo para atravesar el muro, para sostener el espacio propio fuera del alcance de los intrusos.

MADRE: Noción de felicidad que embriaga al hombre, lo encausa y lo eleva.

MANDARINA: Fría, agria y dulce sensación, energía naranja, grande o pequeña, que estimula la razón

PANDEMIA: Curso intensivo de reconstrucción y manejo pacífico del ser.

POESÍA: Danza cambiante, vibrante e hipnotizadora, que abraza, suelta y te condena a saborearla, a vivirla y a gozarla

PRESENCIA: Eso que ya no hay.

Cuerpos

CUERPO: Tratado, superficie y espacio de inscripción; es una página que alberga las inflexiones del ser.

MI CUERPO: Continua reconfiguración, un lugar significativo, un espacio que no se limita a un soporte de materia; es una inscripción en el mundo visible y legible.

CUERPOS DIVERSOS: Espacios de afinidad, de reconocimiento, de diversidad, laboratorios permanentes de percepción.

Percepciones

INSTAURACIÓN

Vuelve la sed
un desierto evoca
la instauración del ser en la palabra
brota del silencio
el eco de la ausencia
que devora en la sombra
y aspira luz en el vacío

un movimiento interno
marca el ritmo que se desplaza
como espacio habitado
que surge del silencio
un vértigo indecible en el verbo
establece un juego
y se vacía en el habla

CUERPOS

Hilo conductor
reivindica la partida
crece y se conserva

carne viva carne organizada
dudosa porción del mundo
complejo de la sombra
fuera del alcance
fuera de control
reino incalculable de pulsiones
mundo subterráneo invisible e impensable
colectividad articulada y compleja
prodigiosa diversidad
evidencia deslumbrante
fluido incomprensible
crece desde el interior
y se multiplica.

EXTIMIDAD

Un rostro tras un símbolo
de lo que nos atraviesa
mira y lo miro
y nos miramos mirándonos
somos y no somos
nos adentramos en la mirada
de ese que nos mira
e intenta reflejar un sentir
pero no nos siente.

DESTIERRO

Una voz grita a la izquierda
un viento de sur empuja
no delíres no estás durmiendo
ellos gritan sonriendo
y yo solo ladro
mi cauce ya no será el agua de tu gente
ladro, ladro de hambre
con pluma y tinta

MATICES

Nos habitan fragmentados
adentro y afuera
sonoridades dispersas
tambores en la cadera
violes en el corazón
vientos en la cabeza
todos caminan de noche
como fantasmas en la niebla
versátiles dóciles
bailan en el papel
un doble paso caótico
un sonido silencioso.

SILENCIO

Eres rojo, eres naranja
¿cómo eres?
como te habito
porque no te tengo
porque me tienes tú
me cortejas
me seduces
pero nunca te quedas
ven a mí en calma
no dejes de palpar
de retumbar en la nada
en la calma que no habito
en el estruendo que me conduce
¿dónde estás?
hábitame, posee mi ira
mi alma y mis demonios
mi tormento y mi hermosa monstruosidad
cuélgate y libérame de mí

I

Soy un náufrago, pero no quiero llegar a la orilla,
quiero seguir en la inacabable hora de saberme mía
de saciar mi sed inabarcable
y dejar caer la noche
sin muros sin manos que aprehenden manos
sin lluvia entre los labios
sin códigos de piel
en donde se permita la congoja.
tal vez, solo necesito un requisito para el olvido
un espacio para poder disfrutar de mis días invisibles.

II

El deleite que envuelve esta hora
encamina en sencillos y profundos roces del deseo
de este ruego que está callado,
acelerado, inconsciente, inaccesible,
puedo trastocar el sufrimiento con su roce
ser agradecido del paso por sus páginas
y la tinta que pueda dejar en ellas,
quiero sentir el goce que entraña
la sospecha de andar en turbias manos,
esas sus manos,
sin prejuicio y de forma intempestiva
como un impulso instintivo.
dejo a su voluntad el estigma de este cuerpo,
puede hurgar por las llanuras,
acogerme o desecharme en amplitud,
volverme paz, calma o agresividad
no soy persistente, pero acampe aquí dentro,
entre en esta comarca sin sosiego,
piérdase, desvanézcase sobre el enorme retemblar de mis vientos.
colme la lengua, saboree la plenitud de esta experiencia,
esparza la lasitud de su mirada,

no se detenga, si alcanza puede ir de forma callada
 o como tambores de guerra,
 multiplicándose, creciendo, doblándose,
 no se resista, acójase a este peso,
 inclínese en la profunda veneración de este esplendor.
 entrelácese en este inefable deseo
 rompa la ley en la virtud de sus deseos
 desconecte la multiplicidad de sus dudas
 y encienda el impulso
 uniéndose en un arduo movimiento
 que une su soledad sobre la mía
 y soporte sus fuerzas en mis manos.
 Tranquilo, sin tormentos,
 sus dudas abismales sabrán asombrarle en el intento.

III

Junto al hoyo de tierra fresca
 La mañana yace intacta,
 pala y cobertizo, rastrillo y pico
 se percibe el profundo viento del otoño
 la fragancia de la insondable soledad
 provocando diluvios de pensamientos que varían
 en la medida de la profundidad de las palabras
 absoluta ciega,
 el reposo en el pasado lo despojan ¿sí?
 sin base, sin orbe
 Putrefacto, lleno de trozos,
 de distancias, de secuelas,
 de lenguas zainas
 de senderos negros
 que penetran en el fervor de la agonía
 y se pasean por el bulevar de los sueños
 brillando silenciosamente en las almeras.

UBICUIDAD

GUILLERMO DAVID SOTO GIRALDO

[La Tertulia, Roldanillo]



Palabra fugaz,
Palabra relámpago,

rompes el tiempo y el espacio,
rasgas la realidad como hoja de papel
y aun así moldeas todo cuanto existe.

Eres un ser mitológico que ruga
y da vida a las ficciones.

Palabra sobre palabra, copulándose
haciendo mitosis, replicándose.

Te revuelcas en un monólogo que se hace plural y colectivo.

Me inventas, te inventas,
te desvaneces al nombrarte
pero te eternizas en el vacío.
El cosmos; mi cosmos.

Palabra fuera de mí, palabra dentro de mí.
Te escapas del olvido.
Nunca te vas, incluso cuando no estás.

DONDE VIVEN LOS MONSTRUOS

MARILYN PEÑA ZULUAGA

[Taller Héctor Rojas Erazo, Cartagena]



La advertencia constante me resuena en la cabeza,
Me advirtió mamá, me advirtió papá.
También mi abuela y el colegio,
A veces, incluso, me advertía la tv.

La existencia de un monstruo extraño, desconocido,
Que podía disfrazarse de bondad.
Que me acecharía eternamente desde las sombras,
que me acecharía siempre desde lugares insospechados.

Mantuve el cuidado que me exigían las alarmas sociales.
Juro que viví temerosa de cada rincón en la calle,
Me alejé de cada posible monstruo disfrazado.

Pero nadie me advirtió,
hay monstruos más cercanos,
con un disfraz perpetuado por su misma existencia.
Monstruos amables y bondadosos.
Esos que te hacen confiar por el título y la convivencia.

Me encontré con un monstruo, pero no lo sabía.
Vivía en el mismo espacio que yo,
Un día, sin avisar, arrancó el verdor de mi inocencia.

SENTIRES Y VOCES: COLLAGE

VARIOS AUTORES

[Taller Maniguaje, Florencia]



No, a los ojos no. Pueblo contra pueblo, no.
Fueron las palabras al unísono del colectivo ante las miserias gubernamentales.
El verde me asusta, dice mi hija, y yo le digo:
—Pero el verde es vida, es naturaleza.
«Tú puedes darle significado a los colores y a la vida tú puedes con palabras salvar, curar heridas.»
Me acerco con la palabra... una sonrisa, la invitación a sentir detrás de los uniformes,
recordarles que las personas somos superiores a los gobernantes;
en este momento siento una fuerza vital para afrontar el azote insensato.
Verde del color de la vida, verde de esperanza;
¿y dónde me dejan el resto del ambiente? Los animales, las plantas y el paisaje,
el espectro electromagnético, el subsuelo y el aire.
Latinoamérica como un maízal recogido, fuerte, resistente,
Latinoamérica resiste, el verde se pronuncia.
el dolor que no suele ser efímero, que simplemente carcome cada trayectoria de vida, no se derrumba, por el contrario, sigue...
Con angustia y lágrimas sobre sus mejillas, recordó la esencia de su pueblo y sus grandes praderas; las injusticias estaban a flor de piel, los gritos no se hacían esperar clamando por la libertad, siempre con la esperanza de lucha y fortaleza.
Acallar es hoy una fuerza de derrota.

Hablamos para sentir que no caminamos solos,
 puño arriba y Abya Yala resiste, con el clamor de un pueblo que derri-
 ba dirigentes,
 renombra parques, avenidas, tumba estatuas y vuelve a empezar.
 Llamé en la oscuridad. La palabra abrió una brecha: sudor de lámpara
 fría. Grité. Las sílabas anidaron en una frase de poder.
 ¿Por qué? ¿Por qué suele ser así esta vida, que se basa solo en el dolor?
 Disminuyen las esperanzas de seguir disfrutando esta naturaleza de
 color verde que tanto añoro.
 Calor que me hace resistir,
 sigo tu camino de luz que no quema, pero alumbra que no aconseja,
 pero hiere que no ama, pero quiere... Por eso, la lluvia que cae moja
 mi cara, la que sale de mi alma y está salada.

La pluriculturalidad clama un cambio, un nuevo despertar se gesta
 desde el hablar,
 El dolor empieza a mermar por el gesto colectivo de una conciencia
 social.
 ...las flores antiguas crecerán donde estuvo la estatua,
 una alegría profunda nace desde nosotros
 para brillar y dejar todo en manos de la trayectoria de la vida;
 la era de oro no es pasado ni futuro, es presente;
 nos habita la luz para combatir al inclemente.
 Las palabras nos abrazan como una ruana, juntos,
 alejando los ecos del dolor;
 nos tocamos también con palabras guardadas,
 silencios inocentes, respiros que dicen más que nada;
 que lo único contundente sean las miradas.
 Como tu semilla, germiné en un lago de sangre.
 Labriegos en la tupa, labriegos de palabras, germina la memoria en
 tiempos de proclamas,
 como nuestra primera mirada juntos en aquel día de verano,
 con los ojos testigos del dolor que anhelan el retorno de la libertad.
 Y pensando si somos país o el país es nosotros solo encuentro el amor
 para sanarnos, y que la sonrisa sea universal:
 dejemos que el amor fluya a través de nuestro cuerpo,
 nuestras almas, palabras y acciones, para vencer el dolor con la pala-
 bra amor hecha vida.

BIENVENIDO A SANTANDER

MARIO ALFONSO BAUTISTA

[Elaboratorio de poetas y declamadores
«El mundo de los versos», Floridablanca]



¡Oye, hermano colombiano!
déjame estrechar tu mano,
déjame darte un abrazo
y decirte en breve trazo
que te hago la invitación
y en la primera ocasión,
si viajar tienes por meta,
alísta pues la maleta
sea pesada o sea liviana
y a tierra santandereana
emprende mi amigo el viaje,
en tu auto o por pasaje
emprende ya la aventura,
que una cosa sí es segura:
que te vas a divertir;
sin duda vas a vivir
de emociones un montón,
porque es nuestra región.
(de libertad las raíces)
compendio de mil matices:
montañas, ríos y valles,
pueblos de rústicas calles,
construcciones sin iguales;
edificios coloniales

donde se guarda la historia
y revive la memoria
de clara y sobria manera
esa gesta comunera
que nos dio la libertad
a punta de verraquera.
Vente a Barrancabermeja,
ciudad pujante, bravía,
con su gran refinera
que procesa el oro negro;
y de decirlo me alegro
que en este Puerto venero
a su Cristo Petrolero.

Parecen cosa de cuento
aquí en mi departamento
las bellezas naturales,
pero en verdad son reales
y causan gran emoción,
y es que las hay por montón:
cuevas en donde se encierra,
por kilómetros de tierra
la fantasía, el misterio
y de suspenso el imperio.

Remontarás los raudales
de ríos fenomenales,
con rápidos, con cascadas;
y en las noches estrelladas,
en alegre campamento,
con la caricia del viento,
con la sensación más grata
oirás la serenata
que con acordes sencillos
te van a ofrecer los grillos.

Cuando caminar ansíes,
Sierra de los Yariguíes

aquí te estará esperando,
con su suelo agreste, blando,
con su fauna y con su flora
que al corazón enamora
por su gran diversidad.
Date la oportunidad,
con ánimo y sin afán
de llegar a Santurbán,
ese páramo famoso
que produce generoso
la mejor agua del mundo.
Da luego un giro rotundo
y así tú vas a llegar
al fantástico lugar
donde Dios, hábil artista
creó, alegre, optimista
con cincel, martillo y brocha
el Cañón del Chicamocha.
Panachi está en esa ruta,
donde mucho se disfruta,
y puedes salir de ahí
y llegar a Curití
y a su río Pescaderito
sin duda el más bonito
que Dios puso en el lugar;
luego en San Gil puede hallar
bajo su cielo de tuí
el sinigual Pozo Azul
y el Parque Gallineral.

¡Claro! Olvidar no podía
a nuestra gastronomía,
esos platos deliciosos,
suculentos y sabrosos,
por ejemplo: los tamales,
por siempre tradicionales,
el cabro con pepitoria
que hace parte de la historia

eso nadie lo discute,
y ni qué decir del mute
digno de rancia realeza,
y luego, de sobremesa,
para colmo de la dicha
te voy a invitar a chicha,
de maíz o de corozo
y sabrás lo que es el gozo
cuando te la hayas tomado.
Esto aquí no ha terminado;
si sientes que te apasionas
espérate por favor
porque falta lo mejor:
¡las hormiguitas culonas!

Esto, hermano colombiano
es tan solo el abre bocas;
te nombré solo unas pocas
de nuestras grandes bellezas,
por eso, si te interesas
y nos quieres visitar
pues te vamos a esperar
para estrecharte la mano
y decirte: eres paisano
y no necesitas visa
pues quien nuestra tierra pisa
es también santandereano.

RAÍCES EN LA NIEBLA

ROCÍO VALVANERA CASTAÑO

[Taller Letra Tinta, Itagüí]



Música triste

¡Cuán poco tiempo he vivido!

Yo, César Vallejo

Música triste el misterio

Crepitan mis versos gastados

Invisible paso del lindero

Denuncia a distancia que sabe y no sabe

Tísica luz

Vacío de mis ojos

Aridez de verano dibuja su huella

Esfinge de vientos el sinsabor que mastico

Ángulo del silencio

A Mauricio Lezama

Las luciérnagas vuelan en mayo
Tony Villamizar

Contemplan escenarios donde las sombras persisten
Se niegan a cruzar el vacío que alimenta el olvido

Aleteo de sueños busca entre las grietas
El resplandor de las palabras
Grabadas sobre las páginas de noches raídas

Hedor de herrumbre las aproxima
Al ángulo insatisfecho del silencio

Heriotza tañe campanas
El viento flora
aciago viaje de una luciérnaga

Sed eterna

Yo soy el que te espera en la estrellada noche
Neruda

Siguen tus huellas mis palabras
errantes muerden el polvo del silencio
los cuervos graznan rumbo a las latebras
avezado dolor me lanza al precipicio

Ellas arrastran el peso de mis súplicas
náufragas ánforas en las olas del vacío
Silente mi alma busca las respuestas
se niega a beber la sed de tu ausencia

Ellas como tú trascienden la penumbra
dejan en mi boca un sabor de ajeno
Grisas cortinas se filtran en el tiempo
el viento esparce todas tus cenizas

CARNE QUE SE ERIGE

WILLIAM JIMÉNEZ

[Taller José Manuel Arango, Valledupar]



(Bocetos para Violencia de Alejandro Obregón)

1. Carne que se erige

Carne que se erige
de una hemorragia grávida
Jugo blanco al borde del volcán
«He aquí el tiempo de los asesinos»
La mujer-ubre-vientre-montaña
devuelve su rostro a la infección
Inédita cólera del grito, dolor germinal.
Sol gris de nuestra historia.

2. Esta podredumbre

Esta podredumbre emana
del flujo terrestre
donde una música
es llevada al pozo alterado
Brizna de sangre que palpita
Permanece esa gota en el asco
Manos que manosean otro asesino
Póstuma memoria de la ira
desplaza la arcilla masacrada

Semen esculpido
¡Mujer renace en hija fértil!
Placenta del estallido
despierta

3. Un soplo transgredido

Un soplo transgredido
cruza los tejidos polares
Tal vez agitarás ese coágulo
o bailarás ese golpe
¿Ese prolongado *tú?*
Visible para lo arcillado
Sabrás de esos totemizados
Otra lectura vibra
Encuentra lo claro recubierto
Un diálogo abortado

4. Testamento de auroras

Hollado lo apático
Mientras el delirio
es una afirmación de la llaga
Piel en círculos de peste
Crearemos otra afirmación
La no tortura
Volveremos al resguardo del frío
Otra mujer relámpago
cantará esa ave
Un testamento de auroras
traerá los sentidos transfigurados

5. La ofrenda vertida

¿Deberé verte la ofrenda para que la tierra la beba?

Esquilo

Hay que verter la ofrenda
para construir una morada
Solicitar el latir
un relato del vuelo
Aquí dentro
al nido que destruye
a los pálpitos perturbados
La memoria traerá las manos frías
así el límite gozará lo vaciado
Hará fisuras las fronteras
en una letra hermética
Morada póstuma
tantos emblemas has instigado
para toda construcción alada
Tomemos esta ofrenda
como inexplicable
respuesta
Impensable pensar

Para Nurys Mileth

VERSOS Y ESPEJISMOS

NYDIA REYES

[Taller Cartografías del silencio, Funza]



Entelequia

En mis ojos vivía la esperanza
aun cuando todo lo que miraba
estaba desahuciado.

En un cementerio de hilos
anudadas a trizas de agonía,
se sujetaban las palabras.

Con hálitos nuevos,
te miraba, y me sumergía con fe
en la entelequia que sueles ser.

Déjà-vu

Te reconozco
en el pentagrama
de la ventana;
en el camino sin margen
de mi cuaderno;
en cada letra que se derrumba,
en las líneas imaginarias
de tu voz.
...en cada nota fugitiva,
enamorada del silencio.

Suspiros de bahareque

*¡A los días que son y fueron como un suspiro, y
aún se prolongan en pena, dolor, alivio o deseo!*

Alientos y guadas entretejidos,
recubiertos de barro,
amasijos que relatan
fragmentos de un presente que fue y es.

El ayer, repujado en la piel del tiesto
se eriza con el roce del ahora.
¿Qué vasija no contiene el aroma de un tris de ayer?
¿Qué ayer existe sin la celosía de hoy?

Suspiros de bahareque,
arquitectura agrietada;
voz de adobe, narrativa de siempre,
arcilla y cántaro que cuentan
sin números el tiempo sin palabras.

Noche

Noche que afloras mis inquietudes,
increpas mi ser; lo seduces a la duda,
a la pregunta, a la incertidumbre.
Cada cita contigo es un prontuario infinito,
que me desnuda en el espejo de mi nada.

Origami

Un origami de ilusiones
eclosiona entre tus manos,
los pliegues en *línea del corazón*
albergan páginas sin plumas
que quieren volar.
Una lluvia de grullas de papel

auguran el final de la guerra
y se posan en tu vientre
como destino y libertad,
mientras un diente de león
en un último suspiro, vuela...

A escondidas

Un mañana de tantas pensando en usted.

A destiempo llegas, te instalas
con la confianza de quien ha venido antes.
Soy albergue y estación permanente
de las mil formas en que te asomas.
Vienes y vas a escondidas de ti mismo.
Si lo supieras, ¿te quedarías?

Perseidas

Lágrimas,
pulsaciones,
augurios,
escombros de deseos
en un concierto
de promesas,
exhalan fugaces
aleteos de polvo.

Capítulos de capullos,
y canciones,
en memorias
sacuden
un enjambre
de calma,

y se diluvian
en flor de harina
las tinieblas.

Agua

La sinfonía del viento,
es el preludio de tu presencia;
fría: para suscitar la llama.

Con ímpetu.
penetras con tu aliento;
vital y necesaria,
calabobos,
sirimiri,
lluvia, aguacero.
¿Tormenta o diluvio?
Sin duda, mujer.

Tejidos del disparo

Pertrechos <pum>
Urdimbres de tambores <PAM-PAM>
detonan historias, que hieren
los ovillos de la memoria.
 <Pum>,
 <PAM-PAM>...

Diferencia
bordada
en punto de cruz
del disparo.
 <Pum>,
 <PAM-PAM>...

Hilos y agujas
entonan silencios
 Pum-to,
 cruz,
 disparo...

Disparo
 <pum>,
Cruz
y punto.

SFUMATO¹: DE LA ILUMINACIÓN A LAS SOMBRAS

JAIRO ABELARDO CENTENO VILLAMIZAR

[Taller Tinta de Yopos, Yopal]



Sfumato

Si planeas irte
el café quedará servido
la tristeza se encargará de enfriarlo.

Si vuelves
tal vez lo encuentres en la estufa
por favor
no hagas nada por encenderla
deja que el olvido se haga cargo.

- 1 Técnica inventada por Leonardo Da Vinci a partir del estudio de las sombras y de la luz proyectada en ellas, que le sirvió para ejecutar con maestría obras artísticas como el *San Juan Bautista*, cuadro que representa a un hombre iluminado emergiendo de la oscuridad. Esta obra poética es un reflejo de esos momentos claroscurros, tormentas de sentimientos.

Sombras

Solo eres tú y la oscuridad
sí, hay brisa,
acaricia tu piel teñida
caprichos del tiempo,
furtivos olvidos,
indiferencias.

En el rincón del ausente
la pantalla diminuta inunda los pensamientos
atado, prisión virtual al desconsuelo
infalible la monotonía del destino
cíclico padecimiento de la red adormecedora
noches de hastío en un mar de amargura.

Te revuelves en la inconsciencia de tu propia resignación
giras para cambiar la suerte oscura de tu alrededor
pero la luz solo asfixia tu rostro entumecido
consumes luz diáfana de tu pantalla
detrás de ella, una realidad convulsiona.

La incertidumbre nace al cerrar la aplicación
existes porque una pantalla parpadea estados
fuera de la virtualidad las figuras se destiñen
te vuelves parte de la nada
el aire acaricia tu piel
el frío aumenta los temores.

Tu miseria, mendigar su presencia
cuando quiere ser parte de ti
reemplaza la luz del enmohecido rincón
colorea firmamentos al abrir sus labios
vuelve a diluirse como espejismo caprichoso
marchita la esencia lejos de tu presencia.

Y te vuelves tiempo,
deshilachas las barreras del destino

bordeas las curvas de la hipérbole
reconectas a la espera de mensajes indelebles
fantasías navegando sobre ríos de lodo
la frivolidad vence el anhelo de tu regreso.

Y te vuelves brisa;
cierras los ojos y vuelas buscando respuestas;
vuelas en la oscuridad de tu alma
te sumerges en pantallas grises y desoladas
más allá del tiempo sigues siendo brisa
un cero a la izquierda de quien solo te utiliza.

Gris

Sombras no proyectan luz
las nubes danzan
el día más gris insiste
la calma está de viaje.

La rabia asoma
por la ventana del desespero
inquietante y vacía
arroja truenos ligeros.

No hay vientos
que disipen las nubes
la luz de tu sonrisa
duerme tras la borrasca.

Solo el viento de tu mirada
colorea de azul el cielo
radiante y pintoresco
el día ama de nuevo.

Esencias

¿De qué estamos hechos?
Algunos lo saben
nos han degustado
en sus papilas hemos sido sabor.

La vainilla no es para todos los paladares
nuestras carnes han sido bocado
insipidez para algunos
explosión de sabores para otros.

Bach no se escuchará en todas partes.
Eres placentera melodía
versos de estrofas inagotables
en la partitura de tus notas la clave vacila.

Algunos ojos desconocen *La Gioconda*
trazos impecables son sus contornos
armonía de colores convergen apasionados
tridimensional imagen oculta mil secretos.

El Channel esquivo a muchos olfatos
fragancia expeles, aliento quitas
pocos descubren tus aromas ocultos
recipiente pequeño a la visión confunde.

La belleza de Don Quijote se diluye entre burlas
no todo aquel que acaricia un libro, leer sabe
eres historia tras las líneas
viaje y aventura en una sola vista.

Iluminaciones

Hay un amanecer en tus ojos
la vida misma iluminada en una mirada
los abismos muestran su fondo
y el temor retrocede amenazado por la mañana.

Bajo sombras me encontraste
aún ciego, pude ver tus ojos
mis versos se volvieron primavera
tus canciones apaciguaron mis quebrantos.

Con el café que acompañamos las tardes
revolotearon mariposas coloridas
danzaron sobre el humo de las tazas
y se posaron en jardines iluminados con poesía.

Fuego intenso, ardiente fuego
redundancia de la antorcha que me guía
pasos firmes doy hacia tus brazos
donde arden las cicatrices que tenía.

Fuego ambarino son tus ojos
faro que mi navegación orienta
los estragos del licor al mar arrojado
eres nueva luz que me sustenta.

POEMAS EN MI MAYOR

AMPARO ANDRADE LOAIZA

[Taller Virtual de Literatura Infantil]



Arrullo

Anda a galope fino
la luna llena
con séquito de espumas
y mil estrellas.

Un río la acaricia.
sueña en desvelo
que un día le peinará
su precioso pelo.

En la canoa libre
canta este niño
y lo arrulla la madre,
mar de cariño.

El carpintero del junco

Desde el corazón de un junco
se oye cantar un lucero.
Trae su copete rojo,
laborioso carpintero.

Dicen que viene de lejos
traído por buenos vientos
y camina brinco a brinco
y picotea ligero.

¡Ay! Ave de verde pico
que conoces los secretos
de las maderas diversas
entre tus vuelos inquietos,

cuéntame si con tu pico
descubrirás el secreto
de este corazón mío
que es lluvia, danza y lucero.

Cancioncilla

De negro y amarillo
se viste el canto
del toche que ha venido
este día santo.

Día para alabar
el hermoso cielo
en el que se columpia
un sol mañanero

que sonrío sin prisa
y pinta en colores
las hojas de la vida
llena de amores.

En este día santo
vuelve la brisa,
juega con los vestidos
se hace camisa

para arropar de nubes
un blanco cielo
que se estremece leve
al beso del trueno.

Pero de nuevo el canto
es una presencia
en el que el toche espera
con gran paciencia.

Y el amarillo hermoso
de su plumaje
sol se hace nuevamente
entre los ramajes.

Así es que resplandece
en tono amarillo
un canto que es hermosamente
sencillo.

DOS POEMAS

JUAN BAUTISTA

[Taller de Escritura Amílfkar U., Santa Rosa de Cabal]



Sabina

Te vio mi alma y se quedó perpleja
al contemplar tu gracia y tu finura,
vibró mi corazón con tu hermosura
y quedó preso entre su propia reja

En tu apacible rostro se refleja
el amor, la belleza, la dulzura
y en tus ojos divinos la ternura
que dan alivio a mi profunda queja
Mientras soy tempestad, tú eres la calma
altiva eres como firme palma
que ante el fuerte huracán jamás declina

Por eso siento que tu amor me llama
y el corazón me grita que te ama
con toda intensidad... ¡dulce Sabina!

Contemplación

Baja tranquilo el arroyo
desde la verde montaña
y el silencio del rastrojo

guarda el eco de las aguas.
Montañas somos nosotros
bajo la misma mañana
tal vez con distintos polos
pero con las mismas distancias;
con una tarde en tus ojos
de ensoñaciones lejanas
y dos corazones solos,
bajo la misma esperanza.

LOS LÁPICES

VERÓNICA LUCÍA RODRÍGUEZ FUERTE

[Taller Cielo de un día, Bucaramanga]



Ellos allí, parados como estatuillas inertes. Despojados a la fuerza de toda su humanidad, de toda su identidad... enajenados.

Cubiertos uniformemente por el tejido que se confunde entre las selvas, con la mirada perdida, distante, fría. Acalando cualquier pensamiento, cualquier rezago de reflexión que vaya en contra de lo que hoy los hace estar ahí... Bellos. Bellos y homogéneos, bellos y fortalecidos, alineados como una caja nueva de lápices sin punta, sin la posibilidad de escribir sus propios trazos.

Ellos allí... A la espera. Aguardando pacientemente su momento, apretando con firmeza el armatoste frío y peligroso que les vendieron con la falacia de la protección y que en su mente está para defender, cuidar y hacer justicia. Allí, amándolo, pues es el reemplazo de sus ideas, el sustituto de su ímpetu, la moneda con la cual les pagaron su obediencia. Allí, pero ausentes, con sus recuerdos como el motor de su sacrificio, con sus ilusiones recién paridas como el bastión de la guerra que en silencio se libra en sus mentes, viendo su entorno tan lejano, tan distante de su inmediata realidad.

Ellos allí, ignorando lo evidente; alejándose de lo que por naturaleza es lo más cercano a su ser, a su esencia; viendo a través del cristal sucio y distorsionado del poder, de la falsa autoridad.

Olvidaron aquello que reinó en su alma cuando su mente era pura, cuando no había rastros de temor en la mirada de quienes los encontraban por casualidad, cuando en sus bocas cabían las sonrisas desprevenidas, las carcajadas libres y las ideas.

Ellos me ven pasar con la misma desconfianza con la que yo los veo allí, en su posición inamovible, y nuestras miradas se cruzan y por un ínfimo segundo se encuentran en la misma duda y el momento parece eterno... esclarecedor, hasta que alguien que ni siquiera tiene que mirar dé la orden para que ellos se hagan los ciegos y yo, de pronto, no los pueda volver a ver.

LA MUJER

CECILIO CASTELLAR VELÁSQUEZ

[Taller Clemente Manuel Zabala, San Jacinto]



¡Quién diría que a la mujer
el amor no la reclama!
¡Quién negaría que una dama
no es un bello amanecer!
¡Quién negaría que su ser
un sueño de amor no engendra!
¡Quién una vida no siembra
en su alma que subyuga
si la vida se conjuga
en los labios de una hembra!

La mujer es lo más lindo
que existe sobre la tierra
la mujer es paz y guerra
también el fruto prohibido.
Yo por ella canto y brindo
en bellas noches de luna
y no hallo razón alguna
del hombre en su proceder
que habla mal de la mujer
y siempre deseando una.

La mujer es candidez
que raya en lo malo y bueno
la mujer es un veneno
y es antídoto a la vez.

La mujer es un traspies
que todos queremos dar
la mujer es un manjar
que nuestra pena mitiga
y aunque el hombre la maldiga
¡Es la reina del hogar!

La mujer es un misterio
profundo y encantador
la mujer es el amor
y también el cementerio.
Por ella el hombre más serio
juicioso y de gran saber
pierde la razón al ver
la inmensidad de ese abismo
y queda consigo mismo
llorándole a una mujer.

La mujer es pesadilla
cuando el hombre es incapaz,
no la maltrates jamás
y verás... ¡qué maravilla!
La mujer es luz que brilla
para el que sabe querer,
es sufrimiento y placer
también la horca más bella
y aunque hablen mal de ella
no hay vida sin la mujer.

La mujer es un destino
ineludible y sin nombre
la mujer es para el hombre
como la uva pal vino.
La mujer es lo divino
o la encarnación del mal
la mujer es especial
buscándole el acomodo
la mujer es entre todos
el más precioso animal.

La mujer es el aroma
del aire de primavera
la mujer es la quimera
del primer beso que asoma.
La mujer es la que doma
con su amor al más salvaje
la mujer es el drenaje
para el placer y el dolor
la mujer es el color
del más bonito paisaje.

La mujer es la ternura
en fémina convertida
la mujer es en la vida
la más hermosa criatura.
La mujer es agua pura
que se toma a boca llena,
la mujer es la condena
o también la libertad,
la mujer es la bondad
y sea lo que sea, ella es buena.

La mujer es una fuente
de ternura y sentimiento
la mujer es flor al viento
que perfuma nuestro ambiente.
La mujer lleva en el vientre
al hombre y su propia sangre,
la mujer, aunque taladre
mi alma hasta destrozarla
nunca debo maltratarla...
¡Si una mujer es mi madre!

LAS VITRINAS

JOHN HOYOS

[Taller Versos del Cumanday, Manizales]



Las vitrinas son las muchachas más impúdicas de la ciudad.
Exhibicionistas ellas,
muestran sin bochorno sus intimidades
para invitarnos al consumo.
El vestido largo que anhela lucir la quinceañera,
las calzonarias que harán juego con la corbata del caballero,
las bragas diminutas para la amante ardiente
y las zapatillas de marca para el adolescente.
Un niño humilde pega su naricilla a la vidriera,
mira anhelante un Ferrari bermellón a escala
y con su letra infantil escribe en el vaho del cristal:
«Por favor, Niño Dios».

CORRESPONDENCIAS

HELLMAN PARDO

Ganador - Categoría Directores de Taller
[Laboratorio Virtual de Escritura Creativa]



I

Así como cuando Nikola Tesla
nació en una noche de tormenta eléctrica
y su partera dijo al recibirlo
Será un niño de lluvia
y su madre murmuró
Será un niño de luz
sin que ninguna de las dos matronas supiera realmente
si pertenecería a la lluvia o a la luz,
así,
aunque esta breve fábula de Nikola Tesla
sea una leyenda urbana creada
por sus más cercanos detractores
para burlarse de su autismo y robarle el fuego
o así como cuando Eros Alesi
la rezaba a su mamá morfina
para olvidarse de que su padre en cada atardecer
le reventaba la espalda
solo por reventarle la espalda
y el joven poeta resistía la vida
cantándole a la señora muerte
como un condenado a muerte
o así como Harriet Taylor Mill, quien escribía
numerosos ensayos filosóficos en contra

de la brutalidad conyugal
que padecían esposas, señoritas, doncellas,
sus piernas flaqueando por el agotamiento
y la barbarie
en las altas cortes del silencio,
así,
este no es otro poema de amor
que habla de una mujer y un hombre
o su corazón derrotado.

Este no es otro poema de amor
donde se ha construido un asilo para ancianos,
este no es otro poema de amor
donde se pierde toda esperanza
en la lenta emancipación de los rendidos
porque no sería justo que todo el mundo supiera
cuando un hombre y una mujer
se entregan y se aman en la península del sueño
y son esclusa que se ancla
a las grupas de caballos muertos,
porque este no es otro poema de amor
que habla de un hombre que no se encuentra,
no es otro poema de amor
donde una mujer tiene el corazón derrotado.

II

Mil novecientos noventaitrés
fue el año en que Checoslovaquia
terminó partida en dos por la guillotina
y en Rusia aparecía, quién lo creyera, el cráneo de Hitler.
Un tal David Koresh se inmolvaba
con todos los davidianos
y Michael Jordan anunciaba que no lanzaría
una pelota más.
Aunque el menor de mis deseos es la desorientación,
debo mencionar que mil novecientos noventaitrés

no fue mil novecientos noventaitrés
sino mil trescientos setentaidós en el calendario persa.
Fue la época en que murió el verdadero cantante —la Voz—
y salía publicado en México el libro
Poemas para combatir la calvicie de Nicanor Parra.
Creo que le sirvieron al chileno porque nunca fue calvo,
aunque sí tenía una frente prominente y libertaria,
hay que decirlo.
Nelson Mandela ganaba el Premio Nobel de la Paz
y los dinosaurios de nuevo aullaban
en un parque jurásico.
¿Qué podemos decir de los acontecimientos
de mil novecientos noventaitrés
o de mil trescientos setentaidós en el calendario persa?

En mil novecientos noventaitrés
leí por primera vez la historia de Poseidón
en un viejo televisor de tubos al vacío.

Ese año,
cuando cáncer era regente en un cielo de desahuciados,
el gran Patrón de las bombas moría en el techo
de una vivienda saqueada hasta el derrumbe
pero lo más trascendental, amor,
es que en mil novecientos noventaitrés
conocí tus brotes de primavera,
tus manos que repararon la vibración de la tierra húmeda,
la fuente bautismal donde el gato durmió en las cenizas
de un antiguo rito mahometano,
tu corazón que es un animal de papiroflexia,
tu desembarco, tu olor a madera bifurcada,
conocí la sangre construida en la caracola de mar
que es tu cuerpo.

III

Hubo un tiempo en que salía a la noche
algo así como a las cuatroquince de la mañana
y orinaba por dos minutos largos o tal vez era una solo
y a mí me parecían dos o tres.

Huía también la ausencia por allí
porque en noches como esas abatía la era cretácica
que inundaba el camino al inodoro en mi casa
muerta
y en silencio
para no lastimar el amor y el desamor de Sergio,
mi hijo.

Yo lanzaba sin darme cuenta
una patada al triceratops
que hundía sus cuernos herbívoros
en la planta de mi pie izquierdo o derecho
o en los dos, no sé, y acaso ya no importa.
El divorcio destruyó la casa muerta, el amor y el desamor.

Ya no escucho a Sergio,
su canto de Ronald McDonald o de It el monstruo.

El divorcio es un dios de barro
que no puede resucitar lo caído.

Hubo un tiempo, sí,
en que se herían mis pies en la era cretácica
y yo devolvía los ojos a su cama,
mirándole dormir.



NARRATIVA GRÁFICA

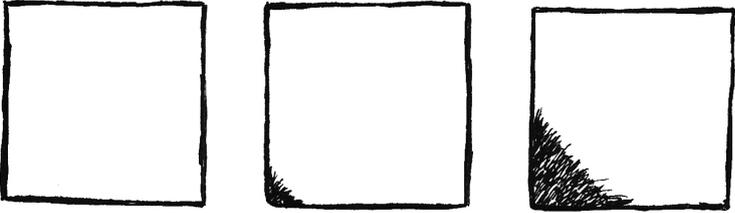


HABLA TU ESPEJO

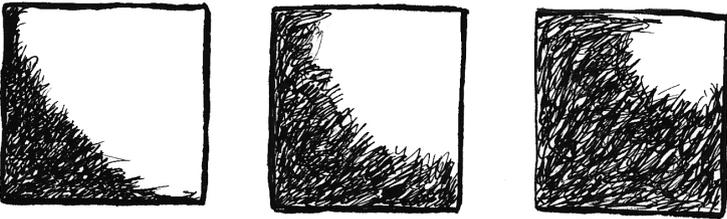
JUAN CAMILO PEDRAZA SANABRIA

Ganador - Categoría Asistentes de Taller
[Taller Distrital de Narrativa Gráfica, Bogotá]

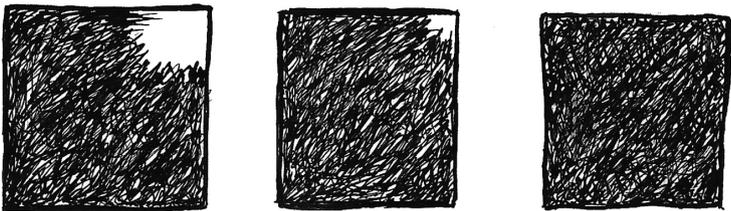
ESTOY EN LA OSCURIDAD

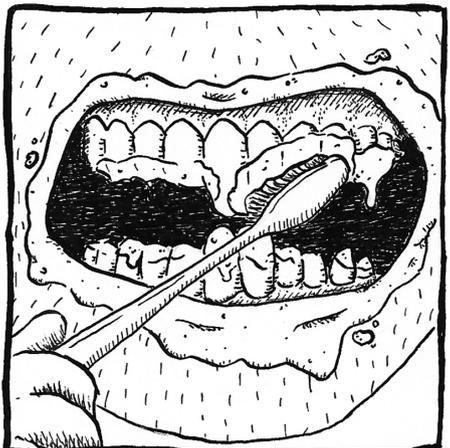
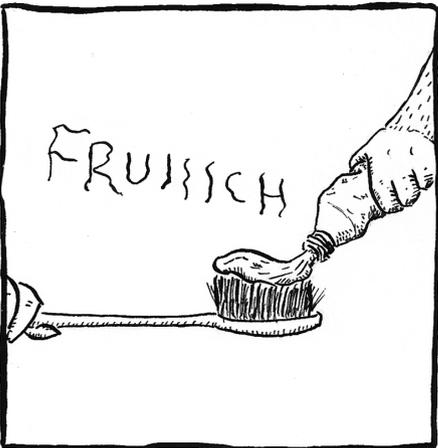
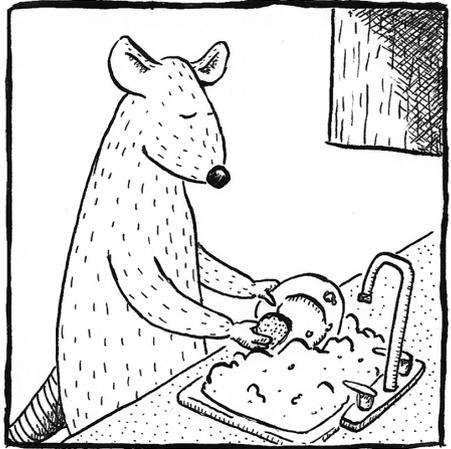
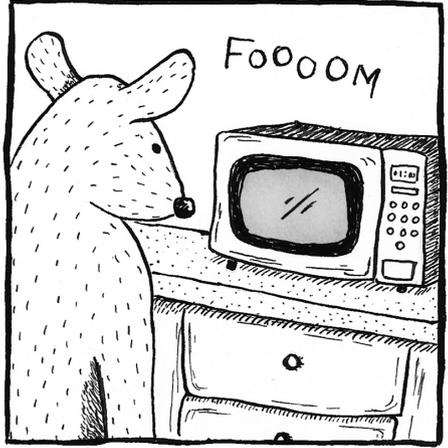
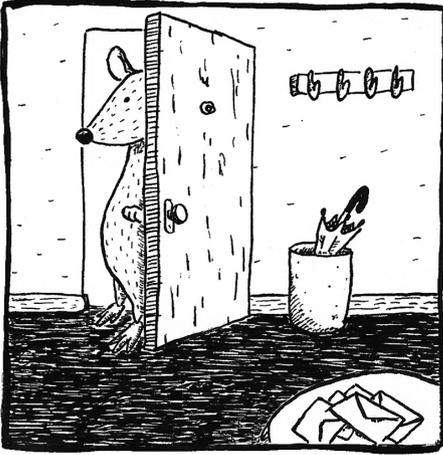


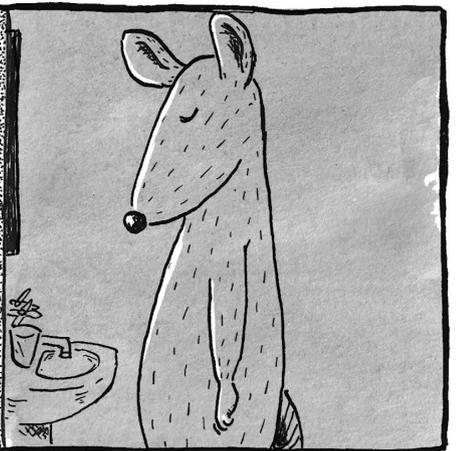
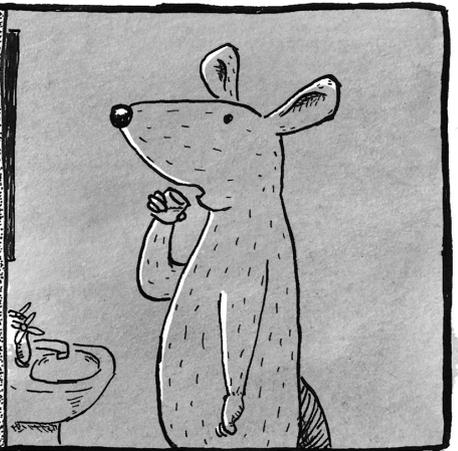
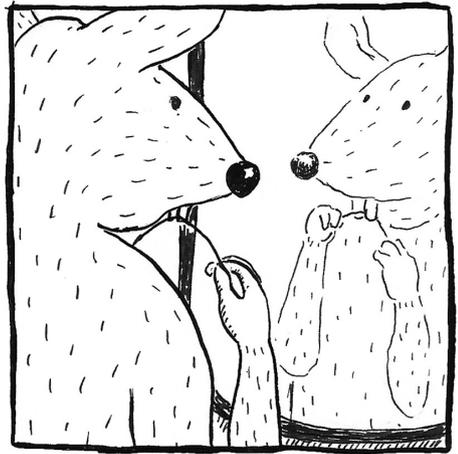
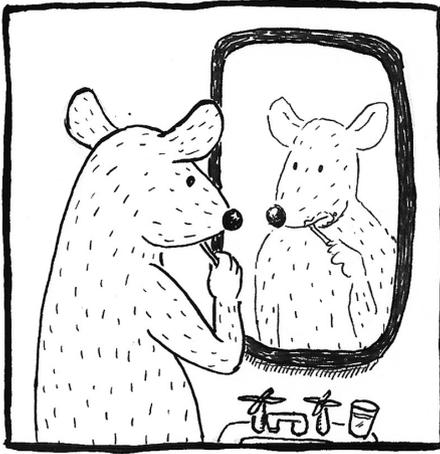
Y AUNQUE LA LUZ
NO ME ASUSTA COMO ANTES

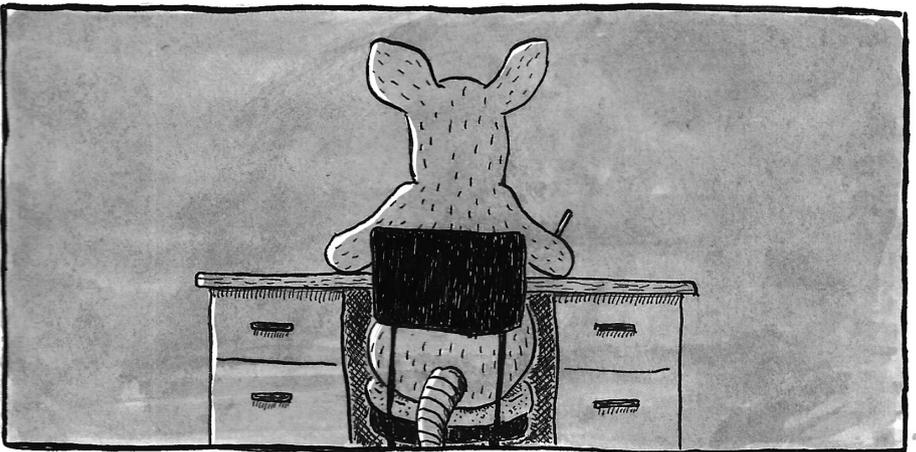
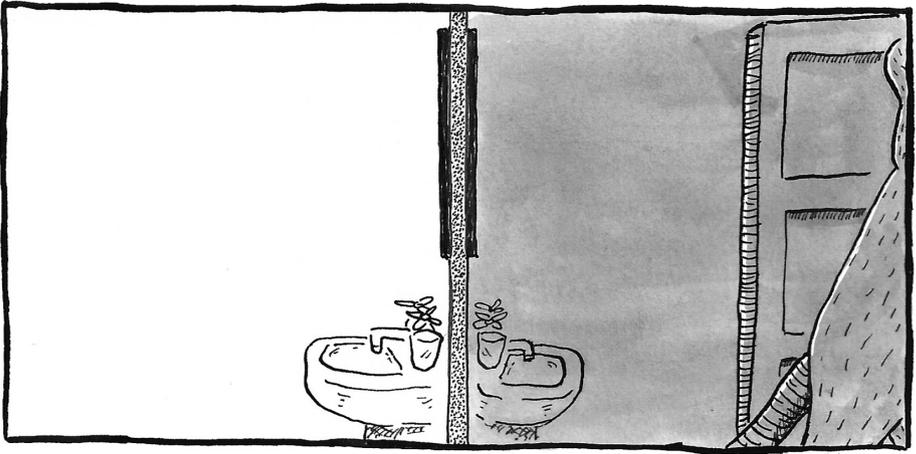
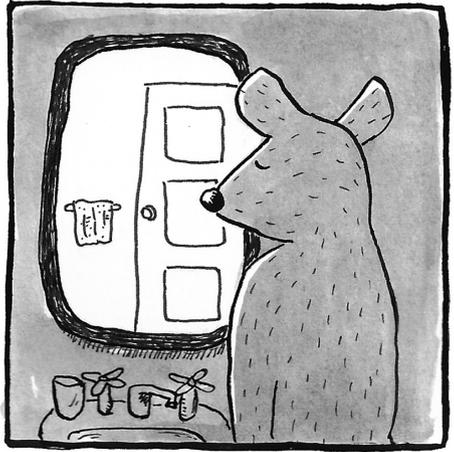
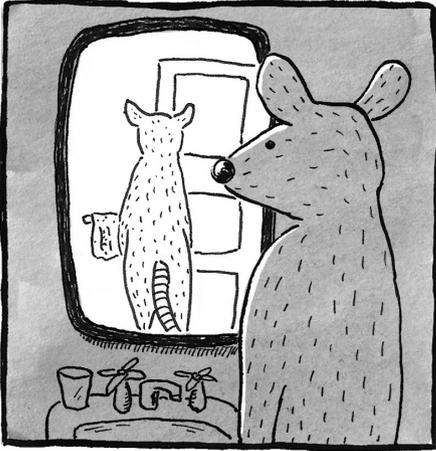


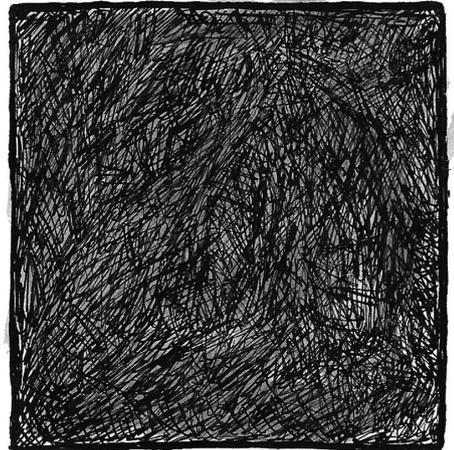
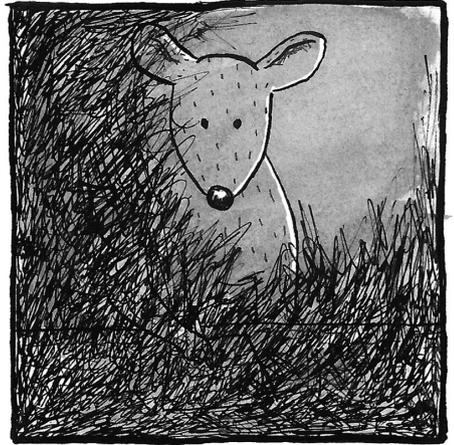
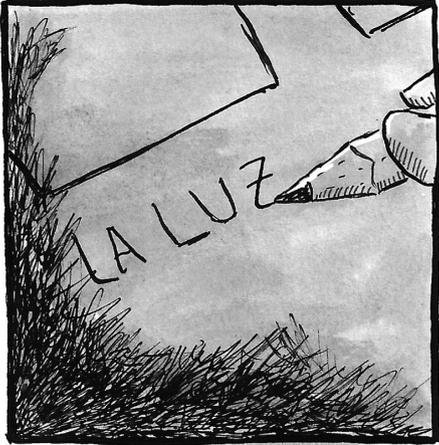
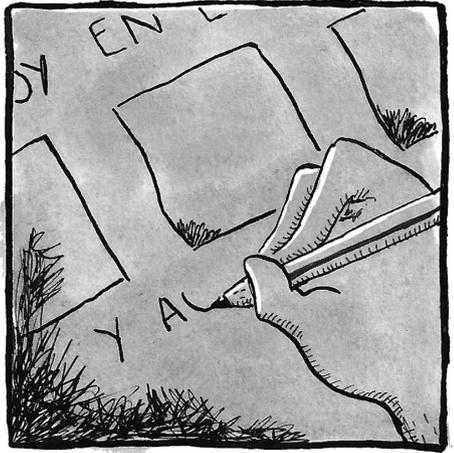
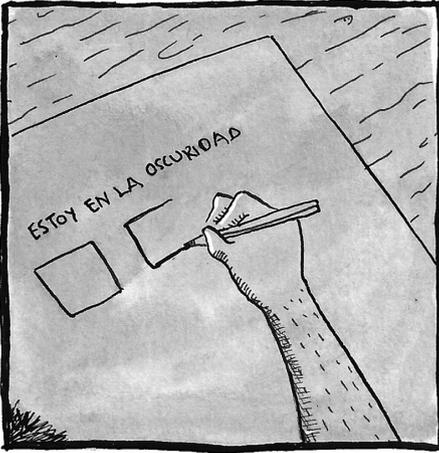
YA ME ACOSTUMBRE
A VIVIR ENTRE TINIEBLAS











HABLA TU ESPEJO

BOGOTÁ EN LLAMAS

MAURICIO SOSA

Texto destacado por el jurado - Categoría Asistentes
[Taller Distrital de Narrativa Gráfica, Bogotá]

-Bogotá, 9 de abril de 1948-

¡Dios mío! ¡Mataron a Gaitán!

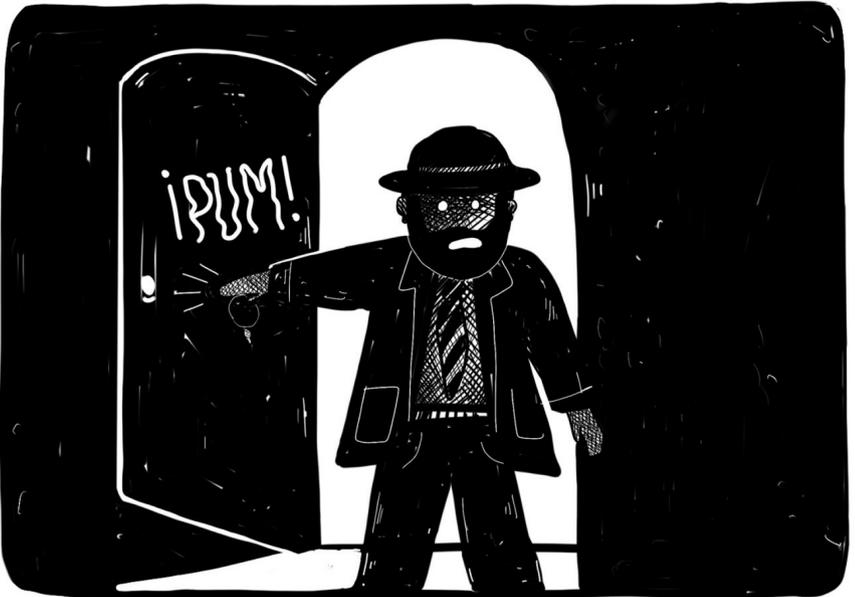
¡NOOOOOO! ¡LO MATARON!

¡Mataron al doctor! ¡Mataron!



SO
SA
JT





¿LO MATARON
MARIA,
¿LO MATARON?





NOS MATARON MARÍA,



SUS MATAROS.

MOJICÓN

SINDY INFANTE Y PABLO GUERRA

Ganador - Categoría Directores de Taller
[Taller Distrital de Narrativa Gráfica, Bogotá]



para recordar
y homenjear
MOJICÓN
A. Sampedro

A comienzos de los años veinte, Arturo Manrique estaba preparando el lanzamiento de *Mundo al día*, un nuevo periódico para los bogotanos.



Adolfo Samper, un joven artista recién salido de la Escuela de Bellas Artes, acepta el encargo. Calca las tiras de *Smitty* de Walter Bernat y traduce los diálogos con el lenguaje de la época para crear a Mojicón, el primer personaje de cómics de Colombia.



Cuando se lanza el periódico, Mojicón es un éxito entre los lectores.



El niño travieso y sus amigos se vuelven referentes que serán recordados por generaciones.



Pero Samper nunca reconoció como propio a Mojicón. De hecho, nunca firmó la tira.



Por décadas se pensó que todo estaba dicho sobre Mojicón. Sin embargo, en 2017, en la Biblioteca Nacional...



Durante una revisión documental del cómic Mojicón, Pablo Guerra y Bernardo Rincón encuentran piezas que hacen más compleja la historia.



Encuentran referencias a hechos históricos de Bogotá y viñetas con la arquitectura de La Candelaria.



Además, hallan la edición del 2 de abril de 1928, una tira a color que no pudo haber sido calcada o siquiera inspirada en otra.

Samper se incluye a sí mismo en una viñeta. Esta es una forma elocuente de "firmar" el trabajo propio.



Tal vez por la ingratitud del oficio gráfico en Colombia, Samper terminó olvidando esta parte de la historia que el archivo logró recuperar.

El primer personaje de cómic en Colombia no fue firmado por su autor, pero la impronta de Samper y su editor está presente en cada trazo de las aventuras de Mojicón.





Red de Talleres de Escritura Creativa y Tertulias Literarias

1 5 a ñ o s



DIRECTORIO DE
TALLERES ANTOLOGÍA
RELATA 2021



TALLERES Y DIRECTORES 2021

Cuento

TALLER EL LENGUAJE SECRETO, BOGOTÁ
Fabián Andrés Rodríguez

TALLER DISTRITAL DE CUENTO, BOGOTÁ
Isaías Peña

TALLER PÁGINAS DE AGUA, SINCELEJO
María Alejandra García Mogollón

TALLER VIRTUAL DE CIENCIA FICCIÓN
Luis Carlos Barragán

TALLER DE ESCRITURA CREATIVA PARA LA PAZ «LA VOZ PROPIA», PELAYA
Eguis Palma Esquivel

TALLER TRIÁDE, ITAGÜÍ
Nelson Rivera Palacio

TALLER LIBERATURA, IBAGUÉ
Martha Elizabeth Fajardo

TALLER PERMANENTE DE ESCRITORES GUAVIARÍ,
SAN JOSÉ DEL GUAVIARE
Edwin Tobón González

TALLER FUNZA PARA CONTAR, FUNZA
Manuel Mejía Ángel

TALLER NAUTILUS, TULUÁ
Walter Mondragón López

TALLER CASA BARULLO, BOGOTÁ
Jhonny Fernando Jiménez Rodríguez

TALLER TINTA DE YOPOS, YOPAL
Irma Pinzón Calderón

TALLER LA FILOSOFÍA O LAS MARIPOSAS, EL CARMEN DE VIBORAL
Yoham Quintana Sepúlveda

TALLER CLUB DE ESCRITURA CREATIVA ALTAZOR, CALI
Gabriel Rodríguez

TALLER DOXA, BOGOTÁ
Ronald Andrés Rojas

TALLER VIRTUAL DE CUENTO
Andrés Mauricio Muñoz

TALLER GRUPO LITERARIO LETRAS, MEDELLÍN
Daniel Bravo Andrade

TALLER ÍTACA, ZARZAL
Jhon Walter Torres Meza

TALLER JOSÉ EUSTASIO RIVERA, NEIVA
Betuel Bonilla Rojas

TALLER CANTOS DE JUYÁ, RIOHACHA
Víctor Bravo Mendoza

TALLER GRUPO TA. LI. U. M., SANTA MARTA
Gustavo Arrieta López

TALLER HOJAS DE HIERBA, MEDELLÍN
Ferney Román

TALLER IBAGUÉ ESCRIBE Y CUENTA, IBAGUÉ
Miguel Alberto Páez Caro

TALLER VIRTUAL DE LITERATURA INFANTIL
Zully Pardo

TALLER VECINAS DEL CUENTO, MANIZALES
Olga Lucía Jaramillo Ochoa

TALLER TINTAVIVA, ENVIGADO
Óscar Darío Villa Ángel

TALLER LA TINAJA, CHÍA
Diego Ortiz

TALLER ÉCHEME EL CUENTO, CALI
Alberto Jairo Rodríguez Castro

LABORATORIO VIRTUAL DE ESCRITURA CREATIVA, BOGOTÁ
Hellman Pardo y Carol Contreras Suárez

TALLER ESCRITURAS CREATIVAS DE TENJO, TENJO
Mónica Mejía Bernal

TALLER CAMINANTES CREATIVOS, BARRANQUILLA
César Mora Moreau

TALLER BUCARAMANGA LEE, ESCRIBE Y CUENTA, BUCARAMANGA
Laura Margarita Medina Murillo

TALLER TINTA SIN FRONTERAS, LA ESTRELLA
Mauricio Vanegas Gil

Novela

TALLER DISTRITAL DE NOVELA, BOGOTÁ
Eduardo Otálora Marulanda

TALLER PERMANENTE DE FORMACIÓN LITERARIA, POPAYÁN
Felipe García Quintero

TALLER VIRTUAL DE NOVELA
Catalina Navas

Dramaturgia

TALLER PERMANENTE DE DRAMATURGIA, MANIZALES
Carlos Alberto Molano Monsalve

Crónica

TALLER DISTRITAL DE CRÓNICA, BOGOTÁ
Javier Osuna Sarmiento

TALLER FERNANDO SOTO APARICIO, RIOBLANCO
Over de Jesús Rentería

TALLER VIRTUAL DE CRÓNICA
Patricia Nieto

Poesía

TERTULIA COLECTIVO DE MUJERES ESCRITORAS DE URABÁ LAS MUSAS
CANTAN, APARTADÓ
Diana Lucía León Restrepo

TALLER DE POESÍA LOS IMPRESENTABLES, BOGOTÁ
Rodolfo Ramírez Soto

TALLER DE CREACIÓN LITERARIA COMEDAL, MEDELLÍN
Luis Fernando Macías Zuluaga

TALLER VIRTUAL DE POESÍA
Henry Alexander Gómez

TALLER URABÁ ESCRIBE, APARTADÓ
José Danis Morelos

TALLER EL LENGUAJE SECRETO, BOGOTÁ
Fabián Andrés Rodríguez

TALLER DE POESÍA MECA, MEDELLÍN
Raúl Henao Fajardo

TALLER VERSO VIVO, SOGAMOSO
Tatiana Paola Pinto Mesa

LA TERTULIA, ROLDANILLO
Rocío Alejandra Santacoloma Patiño

TALLER HÉCTOR ROJAS HERAZO, CARTAGENA
Wilfredo Vega Bedoya

TALLER MANIGUAJE, FLORENCIA
Hermínsul Jiménez

ELABORATORIO DE POETAS Y DECLAMADORES «EL MUNDO DE LOS
VERSOS», FLORIDABLANCA
Sonia Amado Ríos

TALLER LETRA TINTA, ITAGÜÍ
José Rafael Aguirre Sepúlveda

TALLER JOSÉ MANUEL ARANGO, VALLEDUPAR
Luis Alberto Murgas Guerra

TALLER CARTOGRAFÍAS DEL SILENCIO, FUNZA
Jorge Eliécer Valbuena Montoya

TALLER TINTA DE YOPOS, YOPAL
Irma Pinzón Calderón

TALLER VIRTUAL DE LITERATURA INFANTIL
Zully Pardo

TALLER DE ESCRITURA AMILKAR U., SANTA ROSA DE CABAL
Duván Darío Cano

TALLER CIELO DE UN DÍA, BUCARAMANGA
Víctor Manuel Niño Rangel

TALLER CLEMENTE MANUEL ZABALA, SAN JACINTO
Fredy Joaquín Chamorro Tovar

TALLER VERSOS DEL CUMANDAY, MANIZALES
Gloria María Medina Jiménez

LABORATORIO VIRTUAL DE ESCRITURA CREATIVA, BOGOTÁ
Carol Contreras

Narrativa gráfica

TALLER DISTRITAL DE NARRATIVA GRÁFICA, BOGOTÁ
Sindy Infante y Pablo Guerra



AUTORES



Nubia Yanet Alvis Ariza (Ibagué, 1968; [texto en página 42](#)). Vive en Ibagué y se desempeña como administradora de talento humano. Realizó estudios de administración, gestión empresarial, alta costura y técnica textil. Tiene diplomados en gestión pública local y en formación ciudadana de la Universidad de Ibagué, y ha realizado varios cursos sobre diversos temas. Integra el taller Liberatura, adscrito a la red Relata, desde 2019. Escribió «El último muñeco» en 2021.

Amparo Andrade Loaiza (Cali, 1964; [texto en página 262](#)). Magister en conflicto, territorio y cultura de la Universidad Surcolombiana. Maestra y poeta, creadora y directora de la experiencia pedagógica significativa *Martes de poesía: un punto de encuentro*, y de la *Red de amor y poesía*, proyecto de promoción de lectura de poesía que se desarrolla a través de WhatsApp. Es conferencista y tallerista. Ha presentado sus ponencias sobre la poesía, la escuela y los niños en Nueva York, Chile, Perú y Argentina. Fue *speaker* en TEDxNEIVA con la charla «Vivir-se en poesía: una oportunidad». Ha publicado en distintas antologías.

Anabelén Arcila Valencia (El Carmen de Viboral, Antioquia, 2005; [texto en página 72](#)). Su pasión por las artes la acompaña desde la niñez, etapa en la cual practicó *ballet* y formó parte de clubes de lectura. Escribe desde los diez años, como una manera de entender lo que pasa en su cabeza. Escribir es la manera en que procesa sus emociones; disfruta compartir su sensibilidad con el mundo. Actualmente cursa el último año de educación media y aspira a conducir su vida por el camino de las letras, para dejar una huella de inspiración en la mente de los otros.

Ela María Arias Gélvez (California, Santander, 1948; [texto en página 141](#)). Estudió la primaria en su pueblo natal y la secundaria entre el Santa Teresita y la Normal de Señoritas de Bucaramanga, bajo la dirección de Antonia Cardozo Serrano. Estudió secretariado en el SENA y Comercio Internacional en la Universidad Javeriana de Bogotá. Los últimos veintiséis años de su vida laboral los ejerció en la Compañía Industri Ltda., representante de productos Pelikan para Colombia. Disfrutó sus años de descanso entre pinceles y manualidades muy diversas. Nunca se atrevió a escribir, hasta vincularse al Taller Bucaramanga lee, escribe y cuenta, adscrito a la red Relata.

Juan Bautista (Toro, Valle del Cauca, 1960; [texto en página 265](#)), apodado «el Mentiroso», estudió en la Uribe Mejía de Santa Rosa de Cabal. Se presentó como humorista en *Sábados felices* en 1982, y resultó ganador, en varias oportunidades, de la modalidad de cuentachistes. Obtuvo el Concurso Nacional del Mentiroso en sus versiones de 1984, 1986 y 1988. Recibió el Premio al humor latino en Chicago, Estados Unidos, en 1992. Ha publicado sus poesías en el periódico *El Faro* de Santa Rosa de Cabal, y ha publicado chistes, poesías y apuntes humorísticos en los periódicos *el Boquiabierto*, *The Paisa times* y *Paisinglish*.

Mario Alfonso Bautista (Silos, Norte de Santander, 1959; [texto en página 243](#)). Vive en Floridablanca desde 1970. Desde hace muchos años ha sentido el gusto por la música autóctona, lo mismo que por los versos. Ha escrito algunas cosas simples a las que no se atreve a llamar poesía; sin embargo, algunas personas les han dado una valoración positiva, lo que lo anima a seguir escribiendo. Su poesía viene cargada de expresión emotiva y sensorial, y conserva el gusto por el uso correcto de las reglas idiomáticas y lingüísticas, rescatando la era antigua del juego de la lírica.

Germán Bernal (Tuluá, 1975; [texto en página 57](#)) es comunicador social con estudios de maestría en Sociología de la Cultura. En 2002 ganó el premio Jorge Isaacs de autores vallecaucanos, en la categoría de ensayo, con el texto «Palabras del cuerpo: nueve maneras de interpretar a los hombres contemporáneos». Desde entonces, la escritura ha estado ligada a su quehacer profesional y a través del taller literario Nautilus incursiona en la escritura narrativa.

Santiago Bernal Vélez (Medellín, 1958; [texto en página 122](#)). Economista. Su vida ha transcurrido entre los afanes de formar una familia, caminar en compañía de los amigos descubriendo paisajes y apoyar a las personas para construir el ahorro de su futuro. Este recorrido lo ha hecho en compañía de los libros. Ahora, como escritor, se dedica a encontrar las palabras que reflejan el mundo en que vive. Inició en el taller de Julio César Londoño, posteriormente continuó en EAFIT con Ignacio Piedrahíta, y ahora en Tintaviva comparte su amor por las letras con amigos con quienes aprende el bello arte de escribir.

Arley Botero (Medellín, 1965; [texto en página 232](#)). Licenciado en Filosofía de la Universidad Nacional Abierta y a Distancia, UNAD. Actor de teatro; durante cinco años hizo parte del Grupo Metropolitano Esclabón. Su poesía «Versos Unadistas Consentidos» obtuvo el primer puesto zonal en 2013. Desde hace dos años integra el Taller de Poesía MECA —escritores y artistas de Medellín. En 2021 publicó el libro *Efluvios* (Todográficas).

Claudia Liliana Camacho González (Bogotá, 1971; [texto en página 226](#)). Abogada de la Universidad Católica de Colombia y especialista en Derecho comercial de la Universidad de los Andes. Es consultora legal y litigante. Participó, en 2019, del Taller de Creación Literaria de Idartes, localidad Usaquén. En 2020 su poema «Desplazamiento» obtuvo el primer premio del Concurso Nacional de Poesía de la Casa de Poesía Silva; el mismo año resultó finalista del concurso Bogotá en 100 palabras con su relato «Desempleada». Considera la escritura como una condición vital, una catarsis y una reconciliación necesaria para avanzar.

Cecilio Castellar Velásquez (San Jacinto, Bolívar, 1954; [texto en página 269](#)). Poeta de extracción campesina. Debido al conflicto armado, tuvo que desplazarse a la ciudad de Soledad, Atlántico, donde actualmente reside. Estudió únicamente hasta secundaria, pero se convirtió, de forma autodidacta, en poeta amante de la décima. Ha interactuado con maestros cultores de este género y ha sido jurado de varios festivales que se realizan en el Caribe colombiano. Actualmente hace parte del taller literario Clemente Manuel Zabala. Su poética es vivencial y narra su vida en el campo y en el entorno bucólico de la cultura ancestral de los Montes de María.

Jairo Abelardo Centeno Villamizar (Saravena Arauca, 1982; [texto en página 257](#)) es licenciado en Lengua Castellana y Comunicación de Unipamplona, especialista en Gerencia Educativa de la UPTC y magíster en Educación de la Universidad Nacional. Desde 2014 es integrante del taller Tinta de Yopos de Casanare, adscrito a la red Relata. Trabaja como docente de lenguaje del colegio Jorge Eliécer Gaitán de Aguazul y como catedrático de la UPTC. Se ha desempeñado como conferencista y tallerista tanto en el ámbito educativo como en el literario; ha sido jurado de concursos literarios y de experiencias pedagógicas en el departamento del Casanare.

Juan Pablo Chaves (Bogotá, 1979; texto en página 192). Publicista. Su escritura inició de forma autodidacta y fue desarrollándose gracias a los talleres literarios en los que ha participado. Su ficción ha aparecido en el dossier de literatura latinoamericana de la Universidad de Texas en El Paso y en *Internacional Microcuentista*, una revista digital de lo breve. También ha escrito textos de no ficción para la revista *Arcadia*. Ha sido tallerista de escritura creativa en zonas del conflicto armado colombiano. Antes de buscar camino en procesos literarios, hizo vida laboral como redactor en agencias de publicidad.

Alexánder David Cortés Zamora (Bogotá, 1980; texto en página 114) Actualmente vive en Santa Marta, desde donde dirige un taller de escritura creativa infantil que ha llevado a distintos departamentos del Caribe colombiano. Diseña, coordina e implementa, para diferentes fundaciones, proyectos educativos y sociales cuyos ejes son la lectura y la escritura. Estudió Literatura y un magister en Desarrollo Educativo y Social.

Zunny Eljach (Barranquillera, 1947; texto en página 124). Secretaria bilingüe, casada, madre de cinco hijos y abuela de seis nietos. Aficionada a la lectura de textos literarios, amante de la buena cocina, especialista en platos de la costa atlántica colombiana. Ingresó al Taller de Narrativa La Tinaja en 2018 y ha publicado los cuentos «Un gato en la oscuridad» (*Desde las sombras*, 2018), «Aliosha y la lata prodigiosa» (*Te cuento*, Encuentros Pedagógicos de Literatura, Idecut, 2018) «El renacer de Aliosha» (*Destino: Utopía*, 2019) y «Una nueva estrella» (*Vasija de fantasías*, 2020).

Elle (Medellín, 1992; texto en página 38). Escritor y comediante. Autor de los libros *De comedias románticas y otros serios problemas de la humanidad* y *20 cuentos de amor y otras delicias latinoamericanas que nadie pidió*. A pesar de su corta trayectoria literaria, sus textos son fruto de concienzudas reflexiones acerca de los asuntos habituales de la existencia humana. Actualmente pertenece al Taller de Literatura Tríade.

Andrea Guatavita (Bogotá, 1979; texto en página 158) es psicóloga y musicoterapeuta egresada de la Universidad Nacional de Colombia. Es magister en Historia y Memoria de la Universidad Nacional de La Plata, Argentina. Escribió los libretos de las obras de creación colectiva *No puede ser cierta la guerra* (publicado por la Defensoría del Pueblo) y *Las*

raíces de mi barrio, que resultó ganadora de la beca de creación *Teatralidades y territorios 2020* del Ministerio de Cultura. Ha participado en talleres de escritura ofrecidos por Idartes y el Ministerio de Cultura. Hace parte del *Colectivo en Movimiento* que realiza puestas en escena de poesía expandida.

Pablo Guerra (Bogotá, 1979; [narrativa gráfica en página 290](#)) es guionista, editor e investigador. Es coautor de la adaptación a cómic de *Rosario Tijeras*; de las novelas gráficas *Recetario de sabores lejanos*, *Caminos condenados*, *Dos Aldos*, *La Palizúa: ustedes no saben cómo ha sido esta lucha* y *Sin mascar palabra: por los caminos de Tulapas*; del ensayo «Apuntes de un falso impostor sobre el guion de cómics» y de la investigación «Historieta colombiana de prensa». Es codirector del Taller Distrital de Narrativa Gráfica de Idartes y dirige el sello Cohete Cómics. En 2018 ganó el «11th Japan International Manga Award de oro» por *Dos Aldos*.

Laura Gutiérrez Rozo (Bogotá, 1987; [texto en página 185](#)) estudió Cine y Televisión en la Universidad Nacional de Colombia y realizó una Maestría en Producción Audiovisual en la New York Film Academy, Los Ángeles Campus. A lo largo de su carrera ha trabajado como productora y creadora de contenidos audiovisuales en proyectos independientes y para compañías, medios y organizaciones de Latinoamérica y Estados Unidos. Hizo parte también de los equipos de trabajo de los festivales de cine Sundance y Cine en Femenino, donde desarrolló y produjo el primer formato de podcast del Festival: Cine en Femenino Conversaciones.

John Hoyos (Manizales, 1958; [texto en página 272](#)). Su poesía ha sido publicada por los diarios *La Patria* y *Quehacer cultural*. En 2019, la Fundación Julio Bayer Jaramillo publicó su libro de relatos *El gran circo Pérez*. Durante varios años participó en los Talleres Relata del Banco de la República, y un texto suyo figura en la Antología Relata 2019. Actualmente hace parte del grupo Versos del Cumanday, en cuyas antologías ha publicado.

Sindy Infante Saavedra (Bogotá, 1987; [narrativa gráfica en página 290](#)), conocida como Sindy Elefante, es Artista visual de la Universidad Javeriana y magister en Ilustración de libros para niños de Cambridge School of Art. Es autora de la novela gráfica *Elefantes en el cuarto* (Coh-

te Cómics, 2016) e ilustradora de varios libros publicados por Editorial Norma, SM o Siete Gatos. Actualmente trabaja con organizaciones como Sentiído, Dejusticia y Colombia Diversa en la producción de imágenes para campañas en favor de los derechos humanos, la equidad de género y la igualdad social. Es docente de cátedra en la Universidad Javeriana.

William Jiménez (Valledupar, 1988; [texto en página 250](#)). Poeta y director de la revista *Terredades*. Ha publicado en *Yuhuka: poetas de Valledupar* (Común Presencia Editores, 2010), *Épica de la sangre* (Frailejón Editores, 2013) y *Lo desnudo del volcán* 25). (Terrear Ediciones, 2016). Es coordinador editorial de Terrear Ediciones, casa que propone las colecciones de poesía Claros del bosque y Plaquetas de poesía, y la colección de narrativa Errancia. Su libro *Tormenta de fiebre* fue publicado en 2020 por Buenos Aires Poetry en su colección Pippa Pases y sed plural.

Luisa Jiménez Lambraño (Ovejas, Sucre 2001; [texto en página 24](#)). Desde niña mostró interés por la lectura, fue una destacada estudiante de primaria y algo controversial en la secundaria. Ha participado en proyectos de interés social y educativo, trabajando de la mano con Reconciliación Colombia en 2017 y, seguidamente, con la Biblioteca Pública Hugo Luis Salcedo García de Ovejas, como promotora de lectura. A mediados de 2018 ingreso a la Corporación Universitaria del Caribe (CECAR) para formarse como psicóloga. Su camino en la escritura comenzó leyendo libros infantiles e informativos; le interesa la literatura colombiana.

Jhonny Fernando Jiménez Rodríguez (Bogotá, 1998; [texto en página 147](#)). Literato con Opción en Escritura Creativa de la Universidad de los Andes. En la actualidad adelanta su maestría en Literatura en la misma institución. Está vinculado con el colectivo Casa Barullo desde 2016, en cuyo fanzine ha publicado de manera continua hasta la fecha, además de incentivar y promover su edición. En paralelo, hace parte de otras iniciativas editoriales como la revista de estudiantes de la Facultad de Artes y Humanidades de la Universidad de los Andes y de la revista virtual e interna del Departamento de Literatura, *La Discreta*.

Martha Lucía Londoño Carvajal (Manizales, 1953; [texto en página 117](#)) vive en Manizales. Arquitecta egresada de la Universidad Nacional de Colombia, sede Manizales. Participante, entre 2015 y 2020, de los ta-

lles Escritura Creativa del Banco de la República, y Narrativa Samoga. Actualmente, hace parte del Taller Vecinas del Cuento, del Taller de Escritores de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín, del Taller de lectura en el Banco de la República y del Taller de poesía de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín.

Nicole Lugo Rincón (Bogotá, 2004; [texto en página 76](#)) vive en Bogotá, en el barrio La Macarena. Es estudiante de undécimo grado en el Instituto Técnico Central. Desde muy pequeña demostró gran interés por la poesía negra, la literatura latinoamericana y por Edgar Allan Poe. Pertenece al colectivo DoXa desde 2020 y participó en el libro *Encuentros, vida y esperanza* (etitic, 2021) con los textos «Cristal», «Tomo una copa de vino» y «Nociones del desorden». El cuento «Una imaginaria catarsis» relata una serie de sucesos provenientes de sueños discretos, anécdotas personales legendarias y fragmentos de realidades tentativas.

Maniguaje (Florencia, Caquetá; [texto en página 241](#)). El taller Maniguaje, adscrito a la red Relata, está compuesto por los siguientes integrantes: Claudia Esperanza Zapata (Manizales), Julieta Osmara Tamayo Rocha (Toluca, México), Yenny Malambo (Florencia), Nelson Alberto Urán (Cali), Adrián Leonardo Becerra (Bogotá), Daniela Vanegas (Manizales), Albeiro Sabogal Floriano (Florencia), Huberney Murcia (Florencia), Ramiro Saldaña (Florencia), Edward Arias (Medellín), Leidy Patiño (Manizales), Luz Adriana Ortiz Ángel (Manizales), Sol Cardona (Manizales), Albeiro Sabogal (Florencia), Myriam Aranzazu (Manizales), Nanny Zuluaga (Juis de Fora, Mina Gerais, Brasil), Fabián Osorio (Sibundoy), Omar Caíta (Bogotá).

Alexánder Martínez (Duitama, 1995; [texto en página 18](#)). Lector. Cortazariano profeso. Traductor y corrector de traducciones. Profesor. Procrastinador, caminante empedernido, silencioso y pésimo bailarín. Tiene aspiraciones de cuentista, trompetista, panadero y ave, albatros o vencejo.

Paula Medina Pacheco (Bogotá, 1980; [texto en página 170](#)). Lectora compulsiva y escritora aficionada. Comunicadora social de la Universidad Javeriana de Bogotá y especialista en Teorías del Diseño Comunicaciones en la Universidad de Buenos Aires, en Argentina. Inició su ca-

rera profesional como redactora y periodista en Caracol Radio. Dejó de lado los medios para acercarse a la vida académica. Se ha desempeñado como asesora de comunicaciones con enfoque diferencial en la Dirección de Asuntos Étnicos y de la gerencia de Mujer y Género del Instituto de Participación (IDPAC) de la Alcaldía Mayor de Bogotá.

Daniel Sebastián Melo Cabal (Colón, Putumayo, 1996; [texto en página 164](#)) es abogado de la Universidad del Cauca y miembro de la Asociación Caucana de Escritores. *Donde nace la muerte* es una novela testimonial de denuncia social sobre la avenida torrencial de 2017, escrita en el municipio de Mocoa. El autor vive actualmente en Bogotá, publicó en la antología *Popayán, capital mundial de la poesía* (Popayán Positiva, 2016) y participó del Recital Poético Internacional Guillermo Valencia (2020) y del Concurso Nacional de Declamación de Duitama, Boyacá, también en 2020.

Aura Mena de la Cruz (Santa Marta, 1992; [texto en página 102](#)). Profesional en Administración de Empresas de la Universidad del Magdalena y estudiante de último año de doctorado en Administración en la Universidad del Norte (Barranquilla). En 2014 resultó ganadora del V Concurso de Cuento Universidad Sergio Arboleda con el texto «Hola, mi nombre es Abel», y obtuvo el tercer lugar en la categoría cuento en el I Festival Regional de Literatura y Narración Oral, ASCUN con «Y tienes miedo». Ha publicado cuentos en distintas antologías. Vive en Santa Marta.

Juan Camilo Montaña (Bogotá, 1987; [texto en página 134](#)) es un consagrado melómano de la salsa, futbolero, lector y futuro aspirante a escritor radicado en Tenjo. Estudió Publicidad en la Universidad Central de Colombia, y es especialista en mercadeo deportivo y digital con más de una década de experiencia laboral. Actualmente es asesor y analista de patrocinios para marcas y clientes en agencias de publicidad.

José Morelos (Apartadó, Antioquia, 1983; [texto en página 227](#)). Realizó estudios de Filosofía. Se ha desempeñado como docente y promotor de lectura, escritura y oralidad en el municipio de Apartadó. Es el representante legal de la Corporación Urabá Escribe y director del Taller de escritores durante tres periodos consecutivos. Es autor del libro de minicuentos *Hojas breves*, ganador del estímulo al talento creativo 2015

por la gobernación de Antioquia. Algunos de sus textos han salido publicados en periódicos regionales, revistas virtuales y antologías locales, departamentales y nacionales. Es el creador y promotor de fenalpa: Feria Nacional del Libro y la Poesía en Apartadó.

Ligia Moreno (Supía, Caldas, 1971; [texto en página 132](#)) es una escritora empírica vinculada desde 2019 al Laboratorio Virtual de Escritura Creativa. Vive en Caldas, en el asentamiento afrodescendiente de Guamal. Es madre sustituta del ICBF; la cercanía con los niños hace que sienta predilección por la creación de cuentos infantiles, aunque también escribe poemas. Se instruye vinculándose a talleres de escritura que la motivan a continuar escribiendo. Pertenecer a la Red de escritoras de Caldas.

Jessica Alexandra Obando Bejarano (Bogotá, 1992; [texto en página 53](#)) es una joven escritora que ha impregnado sus letras con el contraste de los lugares en los ha vivido y sus experiencias personales. Pasó su tranquila infancia en Bogotá, en la zona de Kennedy. Solo fue consciente de la condición de su barrio cuando dejó de vivir allí, pero los aires urbanos nunca dejaron de estar presentes. Lleva veinte años viviendo en Funza, Cundinamarca, donde ha tenido la oportunidad de pertenecer al Taller Funza para contar, adscrito a Relata.

Elocadio Ortega Carvajal (Orocué, Casanare, 1972; [texto en página 66](#)). Se graduó como médico veterinario zootecnista de la Universidad de los Llanos. Imparte talleres de doma racional de caballos (método *Join-up*) y es pintor autodidacta. Ha publicado en las antologías *Testigos y protagonistas: relatos de la región* (Editorial El Llano y la Selva cuentan, 2016), *Contar para la paz* (Gente Nueva, 2017) y *Pinceladas con Tinta de Yopos* (Gente Nueva, 2018). En 2020, con la ponencia «Diálogo sobre lo nativo y lo civilizado», resultó ganador del XI Encuentro Virtual de Escritores Regionales «La Amazonía también cuenta».

Hellman Pardo (Bogotá, 1978; [texto en página 273](#)). Entre sus reconocimientos se encuentran los premios nacionales Eduardo Cote Lamus, Festival de Poesía de Medellín y el Premio de Libro de Poesía Ciudad de Bogotá en 2020. Sus libros más recientes: *He escrito todo mi desamparo* (2019) y *Física del estado sólido* (2021). Es editor de la revista latinoamericana de poesía *La Raíz Invertida* (www.laraizinvertida.com).

Juan Camilo Pedraza Sanabria (Bogotá, 1991; narrativa gráfica en página 278). En 2008 obtuvo una beca académica para estudiar Comunicación Audiovisual en la Universidad de Navarra (España). Regresó a Bogotá en 2013 y desde entonces ha trabajado en el campo audiovisual en proyectos de ficción, publicidad y documental. En 2015 escribió, produjo y dirigió el cortometraje *Anna*, seleccionado en festivales dentro y fuera de Colombia; en 2017 resultó ganador del estímulo del Ministerio de Cultura para su difusión en Bibliotecas Públicas. Además del cine y el audiovisual, siempre le ha interesado explorar las posibilidades expresivas y narrativas del dibujo y la ilustración.

Marilyn Peña Zuluaga (Cartagena, 1986; texto en página 240). Se educó entre Cartagena, Sucre y Córdoba. Obtuvo su título de Maestra en Artes Plásticas, y ha encontrado en la poesía un refugio. Con el apoyo de sus dos pequeñas hijitas y de su compañero de vida, ha participado con varias de sus poesías en la *Antología Latinoamericana II: hermanados por las letras*, de la Agencia Cultural del Caribe. Su poesía «Agonía» fue seleccionada para hacer parte de la antología *Olvido: ¿la cura para el dolor?*, de la editorial ITA; y su poesía «Evolución» fue publicado en el tercer especial literario de mujeres de *El Universal*.

Eduard Pereira Jaramillo (Medellín, 1975; texto en página 74). Ingeniero de sistemas de la Universidad de Antioquia, cuentista, y poeta. Ha participado en diferentes talleres de creación literaria y cursos de literatura infantil y juvenil en Colombia, Argentina y Chile. Ha publicado los libros *Cuentos de Maquiel* (2005), *Mientras crecía y otros cuentos que parecen reales* (2012), *Entre los dedos* (2016), *Benilda* (2019) y *Cuentos del niño en mi hombro* (2021). *Benilda*, libro infantil ilustrado, fue ganador de estímulos para el arte y la cultura de la ciudad de Medellín en 2019.

Eliana Andrea Pinto Mesa (Sogamoso, 1987; texto en página 233). Es Licenciada en Lenguas extranjeras, especialista en pedagogía de los derechos humanos y cursa la maestría en Literatura de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, donde actualmente es docente de inglés. Deportista con trayectoria de diecisiete años en la rama femenil de taekwondo, con participaciones a nivel regional y nacional; es subcampeona y campeona nacional universitaria en Colombia. Estudió ilustración de cuentos para niños y lenguaje de señas

en Bellevue College, en Estados Unidos. Es amante de la poesía y ha participado en performances poéticos.

Laura Camila Pizza Vargas (Ibagué, 1998; [texto en página 112](#)) es estudiante de Ingeniería Electrónica en la Universidad de Ibagué e integrante del semillero de investigación LUN de inteligencia artificial y procesamiento de imágenes digitales. Desde febrero de 2021 participa del taller Ibagué escribe y cuenta. Ha viajado por México, Costa Rica y Perú; realizó un programa Summer Camp en Michigan, Estados Unidos. Empezó un negocio virtual en la ciudad de Ibagué en el cual fabrica accesorios hechos a mano con técnicas tradicionales como macramé y telar. Hizo parte del equipo de voleibol de su universidad en los juegos Ascun 2019, en Pereira.

Paula Cristina Quintero Alvarado (Bogotá, 1993; [texto en página 202](#)) es historiadora y profesional en Estudios Literarios de la Pontificia Universidad Javeriana. Tiene 28 años, vive en Bogotá y trabaja como docente de Español y Ciencias Sociales e Hispanoamericanas en el Colegio Italiano Leonardo da Vinci. En 2018 publicó el cuento «Genealogía» en el libro *Soy Gallina, Soy León* (editorial Caballito de Acero) y en 2020 publicó «Pa-labrar», texto sobre la enseñanza en tiempos de pandemia, en el medio digital *Razón Pública*. En 2021 cursó el Taller de Crónica del Ministerio de Cultura.

Nino Ramos (Perú, 1992; [texto en página 83](#)). Nació en el distrito de Lamas, ubicado en la región de San Martín, Perú. Actualmente es sociólogo de profesión, pero ama la literatura. Nino Ramos aprehende todas las historias que recoge en sus viajes y les da vida. De esta manera elabora cuentos, poemas y un poco de teatro. Considera que todas las voces, desde las más humildes hasta las más solemnes, encajan en un cotidiano que es digno de escribirse.

Lizeth Rátiva (Bogotá, 1990; [texto en página 144](#)). Psicóloga y actriz. Cofundadora del proyecto editorial Dato Escondido. En 2019 fue finalista del Concurso Nacional de Poesía Casa de Poesía Silva, y en 2020 fue una de las ganadoras en la categoría de Cuento del Concurso Nacional de Escritura: Colombia, Territorio de historias. Es autora de los cuentos «El mar» y «Los aviones», incluidos en la antología *Mapas*

para extraviarse (2019). Ha participado en talleres de escritura creativa, poesía y literatura organizados por Idartes y la red Relata. Actualmente trabaja como Artista Comunitaria en el proyecto NIDOS del Instituto Distrital de las Artes en Bogotá.

Nydia Isabel Reyes Muñoz (Bogotá, 1985; [texto en página 253](#)). Bogotana de nacimiento, de raíces sesquileñas. Licenciada en Lengua Castellana, Inglés y Francés de la Universidad de la Salle. Obtuvo el Premio Departamental de Dramaturgia Corazonarte 2019. Participó en la séptima edición del proyecto de escritura «Leer, Nuestra Nueva Misión 2020».

Verónica Lucía Rodríguez Fuerte (Pasto, 1988; [texto en página 267](#)). Reside en la ciudad de Bucaramanga desde 2016. Estudió Biología en la Universidad de Nariño e hizo una maestría en Biotecnología en la Universidad Nacional de Colombia sede Medellín, donde vivió algunos años. Pese a que su vida se ha desarrollado en el ámbito técnico-científico, siente gran atracción por las artes escénicas y literarias, y la escritura de poesía es una de sus aficiones. Participó en el Taller Cielo en un día de la red Relata en 2021, donde escribió el poema «Los lápices».

Ángel Alberto Roys Mejía (Fonseca, La Guajira, 1970; [texto en página 97](#)). Periodista egresado de la Universidad Autónoma del Caribe. Especialista en Gestión pública de la ESAP y Máster en Estudios Avanzados en Literatura Española y Latinoamericana de UNIR. Se ha desempeñado como Gerente del Fondo Mixto para la promoción de la Cultura y las Artes de La Guajira y Consejero Departamental de Cultura. Seleccionado como finalista en la convocatoria de Cuento y Poesía Metáfora La Guajira 2015, con el texto «Penisla». Su cuento «Olor de aceituna» fue publicado en la Antología Relata 2016. Es docente, coordina la tertulia literaria Clan Iisho y prepara su primer libro de cuentos.

Anyeli Sharith Sánchez Quintero (Pelaya, 2011; [texto en página 35](#)) es una niña que ama los libros, la lectura y la escritura. Tiene nueve años y cursa grado quinto en el Instituto Pedagógico Cristiano Semillas de Esperanza (inspecsem) de Pelaya, Cesar. Desde febrero de 2021 hace parte del Taller Relata La voz propia, espacio que aprovecha para dar rienda suelta a su imaginación. Dueña de una riqueza axiológica, Sharith practica la honestidad y el respeto como principios fundamentales para vivir

en sociedad. Por último, le gustaría saludar y darles las gracias a su papá y a su mamá, Samir y Yulianis.

Yireth Daniela Segura García (Bogotá, 2002; texto en página 228) nace en el seno de una familia campesina, cafetera, ahora instalada en la capital. Esta joven de dieciocho años es egresada del colegio Instituto Santa María de la Cruz y continúa sus estudios en la Universidad Pedagógica Nacional, en el programa de Licenciatura en Español y Lenguas extranjeras. Sus intereses generales se centran en la emancipación del ser por medio del arte, el conocimiento y la inspiración. Las letras suponen un pilar importante en su vida y una de sus más grandes pasiones. Le interesan las ciencias humanas y algunas áreas del deporte.

Sierra Rusinque (Yopal, Casanare, 1997; texto en página 31). Estudiante en la Escuela de Medicina de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Alterna sus días entre el hospital, los viajes y la lectura.

Mauricio Sosa Nami (Bogotá, 1989; narrativa gráfica en página 284) es tatuador, ilustrador, escritor entusiasta y cartelista amateur. Se ha desempeñado como docente y tallerista en Artes plásticas. Su estilo gráfico está influenciado por el Ukiyo-e, por la gráfica popular del trópico colombiano y por dibujos animados producidos en casas de animación como Fleischer Studios.

Guillermo David Soto Giraldo (Chigorodó, Antioquia, 1994; texto en página 239) es Licenciado en Bilingüismo con Énfasis en Inglés de la Universidad Tecnológica de Pereira (2019). Estudió en el programa de formación de maestros (2012) de la escuela Normal Superior Jorge Isaacs de Roldanillo y ha participado en diferentes seminarios y talleres. Entre estos, se encuentra el taller de Lectura y Escritura de la Biblioteca del Banco de la República de Pereira, el club de conversación *Let's talk Pereira*, y el club de lecturas bilingües *Lit-up* de la UTP. Actualmente es miembro activo del taller de escritura creativa La Tertulia de Roldanillo, Valle.

Ana Gabriela Suárez Cepeda (Bucaramanga, 1995; texto en página 94). Estudiante de la licenciatura en Literatura y Lengua Castellana de la Universidad Surcolombiana de Neiva. Lectora agradecida y participante del Taller José Eustasio Rivera.

Diana Carolina Suárez Hincapié (Chinchiná, 1982; [texto en página 177](#)) se graduó en Ingeniería de Alimentos de la Universidad de Caldas, donde también se formó en artes escénicas. Ha participado en tres montajes con la compañía de danza Pasos juntos, uno de ellos en el marco de becas de investigación creación del Ministerio de Cultura, y otro como parte del programa de estímulos para circulación nacional del Ministerio. Junto al equipo de teatro Inverso, obtuvo en 2013 el Premio Nacional de Investigación Teatral. *El jardín del manzano* es el resultado de una residencia dramaturgica ofrecida por la Red. Vive en Pereira.

Jessica Andrea Toloza Rincón (Bogotá 1995; [texto en página 218](#)). Trabajadora Social y docente de inglés. Ha participado en los talleres distritales de escritura creativa de 2017 y 2018, en el Taller de Poesía ciudad de Bogotá Los Impresentables y en el Taller Distrital de Poesía 2020.

Luis Eduardo Valdés Romero (Acacías, Meta, 1966; [texto en página 46](#)). Docente de lengua castellana, licenciado en Lingüística y Literatura de la Universidad de la Sabana, especialista en Lúdica y Recreación de la Universidad los Libertadores. Es autor de las obras *La casa del aguacate*, *Una visión*, *La muerte del mercenario*, *Perfis: el elefantito que no tenía moco*, *Puinabe* (novela infantil ilustrada, publicada por editorial Magisterio) y *Serranía mítica* (ganadora de la beca regional de literatura del Guaviare en 2018). Es fundador del taller de escritores Escribanos e integrante del Taller Permanente de Escritores Guaviarí.

Clara Valencia (Barranquilla, 1960; [texto en página 137](#)). Se graduó de la Escuela Distrital de Arte de Barranquilla, con título en Dibujo artístico y en Pintura artística. Es especialista en Filosofía contemporánea y magíster en Filosofía de la Universidad del Norte. Autora de *El rastro femenino en el archivo Mokaná*. En 2013 ganó el Portafolio de Estímulos en Artes Plásticas en la modalidad de Pinturas públicas, con el mural «Piedra pintada». En 2021 ganó el Portafolio de Estímulos German Vargas Cantillo Línea de Estímulos para el Desarrollo Artístico y Cultural en el área de Artes Plásticas y Visuales, con la pintura «El alarido».

Rocío Valvanera Castaño (Itagüí, 1956; [texto en página 247](#)) escribe poesía, ensayo y microcuento. Ha publicado en las revistas *Diámbulos*, *Idearte*, y en varias ediciones de *Letras de parnaso*. Ha sido incluida en

diversas antologías, como *Deshielos de tinta* (2019) y la *Antología Semejantista* (Chile, 2020). Forma parte de los grupos liderados por Lucía Estrada (Otraparte, Comfama) y Jairo Guzmán (Prometeo). En 2021 participó del taller Letra Tinta de Itagüí, dirigido por el escritor Rafael Aguirre. *Raíces en la niebla*, su primer libro, se encuentra en edición.

Mauricio Vanegas Gil (Medellín, 1981; [texto en página 153](#)). Docente de literatura, cuentero, cuentista, novelista y tallerista, coordinador del taller literario Tinta sin Fronteras (La Estrella, Antioquia) y Memorias de Esperanza (Envigado), y fundador de los talleres Letras de Alquitara (Guarne), El Colectivo Literario de Antioquia y Al Sur (La Estrella). Autor del libro *Hoy he querido hablar de amor* (Editorial Uniclaletiana, 2018, 2019). En 2016 resultó ganador del concurso Con la pelota en la cabeza, y en 2017 y 2018 obtuvo el primero premio en el Concurso de Cuento Arnoldo Palacios.

Héctor Ancízar Vargas Obando (Pereira, 1949; [texto en página 91](#)). De familia humilde, desde muy joven se dedicó a las labores del campo. En 1968 ingreso al Ejército como soldado regular y poco a poco ascendió hasta llegar al grado de Sargento Viceprimero. En el transcurso de su vida militar fue lancero, paracaidista, buzo, integrante de las Fuerzas Especiales y del Comando Especial Terrestre, y formó parte del Batallón Guardia Presidencia. En 2015 decidió estudiar Contaduría en la Universidad del Valle, sede Zarzal, donde se apasionó por la escritura y la poesía. Escribe poesía y cuentos cortos sobre su experiencia en la vida militar.

Yury Paola Viáfara Sánchez (Bogotá, 1994; [texto en página 15](#)). Hija de Octavio Viáfara y Mery Sánchez. Es estudiante de Licenciatura en Educación Especial de la Universidad Pedagógica Nacional y profesional en Turismo del Colegio Mayor de Cundinamarca. Desde muy joven se interesó por el cuento, su género literario favorito, pero solo hasta que llegó a la universidad soltó la mano en los talleres de escritura creativa.

Yadira Rosa Vidal Villadiego (Unguía, Chocó, 1986; [texto en página 216](#)) es cofundadora del Colectivo de Escritoras de Urabá Las Musas Cantan, antropóloga de la Universidad de Antioquia e integrante del Taller de escritores Urabá escribe, de Apartadó, así como de la Red de mujeres artistas de Medellín. Su libro *Río arriba* (2018) fue ganador de la beca de

circulación internacional del Ministerio de Cultura, Úbeda, España, en 2019. Obtuvo el Premio Nacional de Poesía Casa Silva 2020, y resultó ganadora de la beca de reedición de autora colombianas en la categoría de Mujeres campesinas del Ministerio de Cultura en 2021.

Juliana Villegas Gómez (Medellín; [texto en página 88](#)). Doctora de la Pontificia Universidad Católica del Perú, con tesis laureada *cum laude* sobre *Branding*. MBA con mención de honor en el trabajo de grado sobre *Brand Rejuvenation*; especialista en Mercadeo y Administradora de Negocios de la Universidad Eafit. Es coautora de los libros *Gerencia de marca* (Editorial Eafit, 2016) y *Neomarketing* (Expertos en Marca, 2017), así como de las dos ediciones de las cartas sobre la psicología del color *ColorPill* (2017 y 2018). Hace parte del Grupo Literario Letras de la Universidad Eafit, y publicó en la antología *Letra de 12* (Eafit, 2019).

Georges René Weinstein Velásquez (Medellín, 1944; [texto en página 220](#)). Químico. Ingeniero de Alimentos. Postgraduado en Ciencias. Tiene seis poemarios publicados, entre ellos, *Cristales de existencia* (Hombre nuevo editores, 2012), *Eternos emigrantes* (Pulso & letra editores, 2013) y *Palabras al borde del amor* (Hilo de Plata editores, 2014). Ha publicado artículos, ensayos, haikus y poemas en revistas, suplementos literarios, antologías y en la Web. Para destacar, poemas en antologías de Italia, Kenia, Ecuador (tres concursos mundiales de ecopoesía), Japón y Alemania (haiku), Fue coordinador de la sección de literatura de la revista digital *Gotas de tinta* de Medellín.

Yeni Yasnith Yaguara Villa (Rioblanco, Tolima, 2004; [texto en página 198](#)). Sus padres son Rosario Villa y Egidio Yaguara. Realizó su primaria en la escuela Luis Ernesto Vanegas Neira y actualmente cursa el grado noveno en la IE Luis Ernesto Vanegas Neira de la vereda Puerto Saldaña, del mismo municipio donde nació. Sueña con pertenecer a la Policía Nacional.

Luis Ángel Yepes Gallego (Medellín 1953; [texto en página 107](#)). Economista Industrial de la Universidad de Medellín. Jubilado en la actualidad. Participa, desde 2017, del grupo Hojas de Hierba de la biblioteca de Santa Elena. Nunca entró en redes sociales; prefiere la lectura, la música, el buen cine y el contacto directo con las personas. Le gusta compartir en

reuniones, clubes y tertulias para intercambiar mentiras con los amigos y charlar al calor de unos buenos tragos.

Limberth José Zambrano (Ancuya, Nariño, 1965; [texto en página 128](#)). Es educador de corazón, licenciado en Filosofía y Letras, y otros títulos que, según él, han cumplido de buena manera la función de tapar baches de la pared del estudio. Su cuento «Sonya» resultó seleccionado para lectura pública durante el acto de cierre del Taller La Ruta de la Literatura. En 2019, la revista *Cali educa*, de la Secretaría de Educación de la ciudad, publicó su ensayo de opinión «Escritor y lector, dualidad y combate en el acto de escribir».

Daniela Zuluaga (Bogotá, 1994; [texto en página 60](#)) es editora independiente, escritora y consultora. Se graduó de Literatura y Ciencia Política de la Universidad de los Andes. Desde hace varios años hace parte de iniciativas literarias y de autoedición como Casa Barullo y Fotocotidiano Fanzine, en las que ha participado activamente tanto en el proceso de escritura creativa como en el diseño y planeación editorial. Presta servicios de consultoría de diseño editorial y acompañamiento a proyectos editoriales independientes. Además de las publicaciones en los colectivos de autoedición en los que ha participado, su cuento «La rola» figura en la Colección local de Dosis mínima.

DEPARTAMENTOS QUE
CONFORMAN LA RED RELATA

Antioquia, Arauca, Atlántico, Bolívar,
Boyacá, Caldas, Caquetá, Casanare,
Cauca, Cesar, Córdoba, Cundinamarca,
Guaviare, Huila, La Guajira, Magdalena,
Meta, Nariño, Norte de Santander, Quindío,
Risaralda, Santander, Sucre, Tolima,
Valle del Cauca

* * *

RED DE ESCRITURA CREATIVA Y DE TERTULIAS LITERARIAS
RELATA

Dirección de Artes del Ministerio de Cultura de Colombia
Carrera 8 # 8-43 Bogotá, D.C., Colombia
redrelata@mincultura.gov.co
Teléfono (601) 342 4100, ext. 4018



RELATA

Red de Talleres de Escritura Creativa y Tertulias Literarias

1 5 años

En 2020, la pandemia del covid-19 llegó a Colombia y cambió las perspectivas sobre nuestras rutinas, nuestros modos de vivir, y puso a tambalear nuestras creencias más firmes. Luego de varios meses muy difíciles, seguimos agradeciendo a cada una de las personas que demostraron, en la *Antología Relata 2021*, que la escritura literaria es la base sobre la que cimentamos nuestro existir.

A cada uno de los lugares de Colombia, a cada una de las instituciones aliadas, a cada uno de los directores de taller, a cada uno de los asistentes, a todos: gracias por ayudarnos a construir algo muy bonito a lo largo de estos quince inolvidables años.



La cultura
es de todos

Mincultura



ISBN: 978-958-753-475-7



9 789587 534757